

**ARTHUR C. CLARKE
Y PAUL PREUSS**

**VENUS PRIME I
MAXIMA TENSION**

Lectulandia

Basado en el relato corto «Breaking Strain» (1949) de Arthur C. Clarke.

Una joven amnésica huye repentinamente de una institución mental. Su nombre en clave es Sparta. Su belleza oculta un misterioso pasado y habilidades de supermujer fruto de la biotecnología avanzada. Ella busca los orígenes de estas habilidades inusuales. Para ello adopta la identidad de Ellen Troy y se convierte en una inspectora de la Junta de Control del Espacio.

Cuando la averiada nave espacial Star Queen llega a la Estación Venus con un solo superviviente a bordo, Sparta es enviada a Puerto Hesperus, la estación espacial en órbita de Venus, para investigar el sabotaje de la nave y debe arriesgar su vida para investigar lo que sucedió realmente durante el mortal viaje por el espacio.

Una vez allí, se encuentra con Blake Redfield, un joven experto en libros antiguos, que puede ser la clave para sus recuerdos perdidos.

Lectulandia

Arthur C. Clarke & Paul Preuss

Máxima tensión

Venus Prime I

ePub r1.0

Rusli 05.12.13

Título original: *Breaking Strain*
Arthur C. Clarke & Paul Preuss, 1987
Traducción: Roger Vázquez de Parga

Editor digital: Rusli
Editor original: Betatron
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

AGRADECIMIENTO

Doy las gracias a Kristina Anderson, encuadernadora de libros y artista de San Francisco, por darme a conocer los rudimentos del arte de la elaboración de libros. A Carol Dawson, escritora, y a Lenore Coral, bibliotecaria de Cornell, por refrescar mis recuerdos de Londres en general y de Sotheby en particular. A mi hija, Mona Helen Preuss, por sudar tinta entre viejos catálogos de subastas en la biblioteca de la Universidad de California, en Berkeley. Al personal de la sección de libros raros de la Biblioteca Pública de San Francisco que se mostraron constante y anónimamente eficientes y serviciales. Gracias a todos ellos, y que estén bien tranquilos, porque mis errores son sólo míos.

PAUL PREUSS

Primera parte

LA ZORRA Y EL ERIZO

1

—¿Significa algo para usted la palabra Sparta?

Una mujer joven estaba sentada en una silla de pino barnizado con respaldo de barrotes. Tenía el rostro vuelto hacia el alto ventanal; sus facciones impersonales se veían pálidas a la difusa luz que inundaba la habitación blanca y que era reflejo del glacial paisaje del exterior.

El hombre que hacía las preguntas se manoseó la barba entrecana, que llevaba recortada con pulcritud, y miró con ojos de miope y por encima de los anteojos a la mujer mientras aguardaba una respuesta. Estaba sentado tras un maltrecho escritorio de roble de al menos ciento cincuenta años de antigüedad, y era un tipo bonachón que al parecer disponía de todo el tiempo del mundo.

—Pues claro.

En el rostro ovalado de la mujer las cejas eran dos anchas pinceladas de tinta por encima de los ojos, de color marrón; bajo la nariz respingona tenía una boca carnosa de labios inocentes, que presentaban un color rosa natural y delicado. El pelo castaño, sin lavar, que le caía en mechones sobre las mejillas, y la bata sin forma definida que llevaba puesta, no lograban ocultar la belleza de la joven.

—¿Y qué significa para usted?

—¿El qué?

—La palabra Sparta. ¿Qué le dice a usted?

—Yo me llamo Sparta.

Seguía sin mirar al hombre.

—¿Y el nombre de Linda? ¿Le dice algo?

Ella movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Y el de Ellen?

La joven no respondió.

—¿Sabe usted quién soy yo? —le preguntó él.

—No creo que nos conozcamos, doctor.

Continuó mirando fijamente por la ventana, contemplando algo que se encontraba a una enorme distancia.

—Pero sí sabe usted que soy médico.

La muchacha se removió en la silla y echó un vistazo por la habitación, abarcando con la vista los diplomas y libros; por último lo miró a él al tiempo que esbozaba una

tenue sonrisa. El médico se la devolvió. Aunque en realidad se habían visto cada semana durante el último año, la actitud de ella era acertada..., otra vez. Sí, cualquier persona en su sano juicio se habría dado cuenta de que se encontraba en la consulta de un médico. La sonrisa de la muchacha se desvaneció y volvió de nuevo la mirada hacia la ventana.

—¿Sabe usted dónde está?

—No. Me han traído aquí durante la noche. Yo suelo estar en el..., programa.

—¿Y dónde es eso?

—En... Maryland.

—¿Cómo se llama el programa?

—Yo... —La muchacha titubeó. Frunció la frente—. Eso no puedo decírselo.

—¿Se acuerda de él?

A ella le centellearon los ojos de ira.

—No está en el lado blanco.

—¿Quiere usted decir que está clasificado?

—Sí. No se lo puedo decir a nadie que no posea una identificación de tipo Q.

—Yo tengo una identificación de tipo Q, Linda.

—No me llame así. ¿Cómo sé yo que tiene usted una identificación? Si mi padre me dice que puedo hablarle a usted del programa, lo haré.

El médico le había repetido con frecuencia que sus padres estaban muertos, y ella invariablemente acogía la noticia con incredulidad. Si él no insistía en ello durante cinco o diez minutos, la muchacha lo olvidaba con prontitud; si, por el contrario, persistía y trataba de convencerla, ella se volvía loca de confusión y pena y sólo recobraba aquella triste calma suya unos minutos después de que él hubiera cejado en su empeño. Hacía mucho tiempo que había dejado de torturarla con horrores temporales.

De todos los pacientes que tenía, la mujer era la que más frustración y pesar le provocaban. Anhelaba devolverle a la muchacha el alma que había perdido y tenía fe en poder conseguirlo, siempre que los que la tenían bajo custodia se lo quisieran permitir.

Frustrado, acaso aburrido, abandonó el guión de la entrevista.

—¿Qué ve usted ahí afuera? —le preguntó a la muchacha.

—Arboles. Montañas. —La voz era un susurro anhelante—. Nieve en el suelo.

De continuar la rutina que habían establecido, una rutina que el médico recordaba pero ella no, él le pediría que le contase lo que le había sucedido el día anterior, y la joven le relataría con todo detalle acontecimientos que le habían ocurrido hacía tres años. Él se levantó bruscamente, sorprendiéndose a sí mismo ya que rara vez variaba sus planes de trabajo.

—¿Le gustaría salir ahí afuera?

La muchacha dio la impresión de sorprenderse tanto como él.

Las enfermeras gruñeron y la mimaron en exceso, envolviéndola en unos pantalones de lana, una camisa de franela, una bufanda, botas de cuero forradas, un abrigo grueso de cierto tejido acolchado de color gris brillante..., un guardarropa fabulosamente caro al que ella no concedió mayor importancia. Era perfectamente capaz de vestirse sola, pero a menudo se le olvidaba cambiarse de ropa. De modo que les resultaba más fácil dejarla con la bata y las zapatillas y fingir que la mujer se encontraba desvalida. Ahora la estaban ayudando, y ella les dejaba hacer.

El médico la esperaba a la puerta, en los helados peldaños de la galería de piedra, y contemplaba los ventanales cuyos marcos se iban desconchando y convirtiéndose en polvo a causa del aire seco y diáfano que atacaba el pigmento de la pintura amarilla. Era un hombre alto y muy redondo, y aquella redondez suya se veía ahora acentuada por el volumen del abrigo «Chesterfield» negro rematado por un elegante cuello de terciopelo. El abrigo costaba tanto como una vivienda corriente. Era un signo de los compromisos que él había llevado a cabo.

La muchacha salió, animada por las enfermeras, y jadeó al recibir aquel aire cortante. En los pómulos le florecieron dos manchas rosadas bajo la transparente superficie del cutis, blanco y azulado. No era ni más alta ni más delgada de lo normal, pero sus movimientos ponían en evidencia una rápida irreflexiva seguridad que a él le hizo recordar que la chica era bailarina. Entre otras cosas.

La muchacha y él se pusieron a pasear por los terrenos situados detrás del edificio principal. Desde aquella altura se podían divisar más de cien kilómetros de llanuras, llenas de retazos marrones y blancos, que se extendían hacia el Este, un desierto de polvo agotado por el exceso de labranza y la utilización para pastos. No todo lo blanco era nieve; una parte era sal. El sol de la tarde se reflejaba en las ventanas de un magnoplano que se dirigía hacia el Sur, demasiado lejos para verlo bien; algunas briznas de hierba marrón pegadas entre sí por el hielo crujían bajo los pies de la pareja allí donde el sol había derretido la cubierta de nieve.

El borde del césped estaba señalado por arbustos de algodón, completamente desnudos de hojas y plantados muy juntos unos de otros, que corrían paralelos a una tapia antigua de piedra marrón. La valla electrificada de tres metros de altura que se encontraba más allá de la tapia resultaba casi invisible a causa de la ladera de la montaña, que se elevaba bruscamente adentrándose en la sombra, al fondo; más arriba, algunas zonas azules de nieve persistían bajo los enebros achaparrados.

Se sentaron en un banco, al sol. Él sacó un pequeño tablero de ajedrez del bolsillo del abrigo y lo extendió entre ambos.

—¿Le apetece jugar?

—¿Sabe usted jugar bien? —le preguntó ella simplemente.

—Bastante. Pero no tanto como usted.

—¿Cómo lo sabe?

El hombre titubeó. Habían jugado muchas veces antes, pero ya estaba cansado de desafiarla con la verdad.

—Lo leí en su expediente.

—Me gustaría ver ese expediente alguna vez.

—Me temo que ya no tengo acceso a él —mintió el médico. El expediente en el que ella estaba pensando era un expediente diferente.

El tablero de ajedrez le asignó las fichas blancas a la muchacha, que rápidamente abrió la partida con el Giuco Piano, desequilibrando al médico con peón a alfil rey tras al cuarto movimiento. Con el fin de concederse a sí mismo tiempo para pensar, él le preguntó:

—¿Hay algo más que le gustaría saber?

—¿Algo más?

—¿Hay algo que podamos hacer por usted?

—Me gustaría ver a mi padre y a mi madre. El médico no respondió, y en lugar de ello se puso a estudiar el tablero con suma atención. Como la mayoría de los jugadores aficionados, se esforzaba mucho por pensar dos o tres movimientos consecutivos, pero era incapaz de mantener en la cabeza todas las combinaciones. Como la mayoría de los expertos, la muchacha pensaba de acuerdo con unos modelos determinados; aunque en aquel momento ya no era capaz de recordar los movimientos con los que había abierto el juego, ello no tenía mayor importancia. Años atrás, antes de que la memoria de acontecimientos recientes le hubiera quedado destruida, era capaz de acumular incontables modelos de jugadas.

El médico movió las piezas clave y ella replicó al instante. Con el siguiente movimiento, uno de los alfiles de él quedó aprisionado. El médico sonrió tristemente, lamentándolo. Otra derrota en perspectiva. No obstante, hizo todo lo posible por estar a la altura de aquella mujer, por proporcionarle una partida interesante. Mientras los guardianes de la muchacha le tuvieran atado de manos, él poca cosa podía hacer para ayudarla.

Pasó una hora —el tiempo no significaba nada para ella— antes de que la muchacha dijera «jaque» por última vez. Él había perdido la reina hacía ya rato, y se encontraba en una situación desesperada.

—El juego es suyo —le dijo. Ella sonrió y le dio las gracias. El médico volvió a meterse el juego de ajedrez en el bolsillo.

Al perder de vista el tablero, la misma expresión nostálgica de antes volvió a asomar en los ojos de la muchacha.

Dieron un último paseo alrededor de la tapia. Las sombras eran ya alargadas y el aliento se les congelaba delante de la cara; en lo alto, el brumoso cielo azul se veía

cruzado en zig-zag por un millar de estelas de vapor. Una enfermera salió a recibirlos a la puerta, pero el médico se quedó afuera. Al despedirse, la muchacha lo miró con curiosidad, pues ya se le había olvidado quién era aquel hombre.

Cierta chispa de reavivada rebeldía impulsó al médico a accionar el interruptor de la conexión telefónica.

—Quiero hablar con Laird.

El rostro que apareció en la pantalla de vídeo era suave y educado.

—Lo siento terriblemente. Me temo que el director no puede aceptar llamadas fuera de programa.

—Es personal y muy urgente. Por favor, comuníquese. Esperaré.

—Créame, doctor, sencillamente no hay manera...

Estuvo en la línea mucho rato hablando con un ayudante tras otro, y acabó por sacarle al último de ellos la promesa de que el director lo llamaría al día siguiente por la mañana. Aquella oposición tan obstinada le avivó aún más la chispa de rebeldía, y cuando se cortó la última conversación el médico estaba profundamente enfadado.

Su paciente le había pedido ver su propio expediente, el expediente del cual ella había sido el objeto hasta un año antes de llegar al hospital. El médico había tenido intención de esperar a que se le concediera permiso para ello en debida forma, pero..., ¿para qué molestarse? Laird y los demás se mostrarían incrédulos ante la idea, pero no había forma de que ella pudiera hacer uso, o abuso, de lo que viera en dicho expediente: lo olvidaría casi al instante.

Ése, al fin y al cabo, era el propósito de todo aquel vergonzoso ejercicio.

Llamó a la puerta de la habitación que ocupaba la muchacha, situada en el piso de arriba. Ella le abrió; todavía llevaba las botas, la camisa y los pantalones que se había puesto para dar el paseo.

—¿Sí?

—Me dijo usted que quería ver su expediente. Ella se quedó mirándolo.

—¿Se lo ha enviado mi padre?

—No. Uno del personal del I. M.

—No se me permite ver mi expediente. No se nos permite a ninguno de nosotros.

—Se..., se ha hecho una excepción en el caso de usted. Pero queda a su propio criterio. Sólo en el caso de que le interese.

Sin decir palabra, la muchacha lo siguió por el pasillo lleno de ecos; luego bajaron varios tramos de escaleras que crujían bajo el peso.

La habitación del sótano estaba iluminada, caldeada y cubierta con gruesas alfombras, todo lo contrario de los pasillos, llenos de corrientes de aire, y las salas del viejo sanatorio situado en los pisos de arriba. El médico le mostró el camino hasta un pupitre.

—Ya he accedido al código apropiado. Me quedaré por aquí por si quiere preguntarme algo.

Se sentó al otro lado del estrecho pasillo, dos pupitres más allá, y de espaldas a la mujer. Quería que ésta sintiera que gozaba de cierta intimidad, pero que no olvidase de que él se hallaba presente.

La muchacha se quedó contemplando con atención la pantalla que había sobre el escritorio. Luego acarició expertamente con los dedos los hemisferios del input manual. En la pantalla aparecieron unos alfanuméricos. «Aviso, el acceso no autorizado a este expediente se castiga, de acuerdo con la Ley de Seguridad Nacional, con multa y/o encarcelamiento». Al cabo de unos segundos apareció un estilizado logotipo, la imagen de una zorra. Dicha imagen desapareció para dar paso a más palabras y números. «Caso L. N. 30851005, Proyecto de Valoración y Entrenamiento de Recurso de Aptitud Específica. El acceso a este documento de personas que no formen parte del personal autorizado de la Inteligencia Múltiple, está estrictamente prohibido».

La muchacha volvió a acariciar el input.

Al otro lado del pasillo el médico, muy nervioso, fumaba un cigarrillo —vicio horrible y muy antiguo— mientras esperaba; en la pantalla que tenía delante veía lo mismo que ella en la suya. Los procedimientos y evoluciones le resultarían familiares a la muchacha; estaban empotrados en la memoria remota de acontecimientos lejanos, engranados allí, pues gran parte de lo que ella había aprendido no era mera información, sino proceso, actuación...

Así a ella le fue dado recordar aquello que se había convertido en parte de su persona. Le había enseñado idiomas —muchos, incluso el suyo propio— mediante el método de conversación, de leer en voz alta con un nivel de vocabulario que estaba muy por encima del considerado apropiado para su edad. La había enseñado a tocar el violín y el piano desde la infancia, desde mucho antes de que tuviera los dedos de las manos lo suficientemente largos como para poder formar acordes, y del mismo modo le había enseñado danza, gimnasia y equitación, haciéndole practicar constantemente y esperando de ella el máximo rendimiento. La muchacha aprendió a manipular imágenes y a rellenar con ellas espacios en blanco en una computadora, y también dibujo y escultura con grandes maestros; desde antes que supiera hablar la habían sumergido en una vertiginosa matriz social en el aula del colegio; había recibido clases de teoría establecida, geometría y álgebra desde que fue capaz de distinguir los dedos de los pies y de mostrar conversación piagetiana. «L. N.» tenía un número muy largo adosado al expediente, pero ella era el primer sujeto de SPARTA, que había sido creado por su padre y su madre.

Sus padres habían tratado de no influir en exceso en la valoración de los logros de su hija. Pero aunque fingieran ser ciegos, la maestría de ella era evidente. Revelada

allí, en la pantalla plana, tal como la muchacha nunca había tenido ocasión de verla confirmada antes, su excelencia bastó para hacer que se echara a llorar.

—¿Algo va mal? —La muchacha se limpió las lágrimas y movió negativamente la cabeza, pero él insistió con suavidad—. Mi trabajo consiste en ayudar.

—Es que..., ojalá *ellos* pudieran decirme... —comenzó a decir la mujer—. Decírmelo ellos mismos. Que lo estoy haciendo bien.

El médico le dio la vuelta a una silla y se sentó al lado de la muchacha.

—Lo harían si pudieran, y usted lo sabe. Pero realmente no pueden. En estas circunstancias.

Ella asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Hizo que el expediente avanzara.

¿Cómo reaccionaría ante lo que venía a continuación?, se preguntaba él; y se quedó observando con lo que confiaba fuera una curiosidad estrictamente profesional. Los recuerdos de la mujer terminaban bruscamente en la edad de dieciséis años. Pero el expediente no. Ahora tenía casi veintiuno...

Ella frunció el ceño al mirar la pantalla.

—¿Qué es esa evaluación? «Programación celular». Yo nunca estudié eso. Ni siquiera sé lo que es.

—¿Ah, no? —El doctor se inclinó hacia delante—. ¿Qué fecha tiene?

—Tiene usted razón —repuso ella riendo—. Debe de ser lo que están proyectando para la próxima primavera.

—Pero mire, ya le han asignado a usted la puntuación. Un grupo entero.

La muchacha se echó a reír otra vez, encantada.

—Probablemente crean que ésa es la puntuación que yo debería conseguir.

Al fin y al cabo, para el médico aquello no era ninguna sorpresa..., y en la mente de ella las sorpresas no estaban permitidas. La inmersión en la realidad que el cerebro de la muchacha había creado no podía agotarse por unos cuantos números en la pantalla.

—Piensan que la conocen a usted muy bien —dijo secamente el médico.

—A lo mejor les estoy tomando el pelo. Se sentía contenta con aquella perspectiva. El expediente acababa bruscamente al concluir la formación estándar de la mujer, tres años antes. En la pantalla, sólo el logotipo de la agencia de Inteligencia Múltiple: la zorra. La zorra marrón y lista. La zorra que sabe muchas cosas...

El doctor observó que a ella le duraba el contento más de lo habitual mientras seguía mirando fijamente aquel logotipo. Quizás aquello la tuviera en un presente que en cierta forma continuara su pasado.

—A lo mejor sí —murmuró él.

Después de dejarla a la puerta de su habitación —la muchacha se estaba olvidando de él tras haberse olvidado de lo que ambos acababan de ver—, el médico movió pesadamente la mole que era su cuerpo por las viejas escaleras camino del

despacho. Aquel edificio de ladrillo, con los techos altos y llenos de corrientes de aire, que había sido construido en la falda de las Montañas Rocosas a finales del siglo XX como sanatorio de tuberculosos, desempeñaba ahora, doscientos años más tarde, el papel de asilo privado para miembros desequilibrados de familias modestamente acomodadas. El médico hacía lo que podía por aquéllos a quienes se confinaba inocentemente en aquel lugar, pero el caso L. N. 30851005 era algo totalmente distinto, y cada vez le absorbía más la atención.

Hizo que apareciera en su propia pantalla de ordenador la historia clínica que la institución había ido llevando a cabo desde la llegada de la muchacha. Y entonces un extraño sentimiento se apoderó de él —cuando la decisión sobrepasa la mente, incluso a una mente normal, a menudo sucede con tanta rapidez que borra la huella del propio proceso seguido—, y el médico se vio sacudido por un afecto tembloroso, por la certeza de la verdad revelada.

Se apretó un dedo contra una oreja y conectó el intercomunicador con el personal del sanatorio.

—Me preocupa el hecho de que Linda no haya dormido bien esta semana.

—¿De veras, doctor? —La enfermera se mostró sorprendida—. Lo siento. No hemos notado nada fuera de lo corriente.

—Bueno, pues esta noche vamos a probar a darle pentabarbital sódico, ¿le parece? Doscientos miligramos. La enfermera titubeó, pero luego accedió.

—Desde luego, doctor.

Esperó a que todos estuvieran dormidos excepto los dos enfermeros de noche, un hombre y una mujer. El enfermero estaría llevando a cabo la ronda de los pasillos; se le suponía alerta por si acaso surgían problemas, pero en realidad lo que hacía era cuidar su propio insomnio. La enfermera estaría sesteando ante los monitores de vídeo, en su puesto del piso principal.

Cuando subió por las escaleras, la saludó con la cabeza al pasar junto a ella.

—Voy a echar un vistazo antes de irme a casa.

La enfermera levantó la vista, poniéndose alerta con cierto retraso.

Todo lo que el médico necesitaba cabía fácilmente dentro del lujoso abrigo «Chesterfield» sin que su figura se viera abultada de un modo apreciable. Subió por las escaleras y avanzó por el pasillo del segundo piso, asomando concienzudamente la cabeza en todas las salas y habitaciones privadas.

Llegó a la habitación de L. N. 30851005 y entró en ella. La cámara de fotogramas observaba todo desde su elevado emplazamiento, en un rincón; él podría situarse de modo que le diera la espalda todo el tiempo, pero si alguien pasaba por el pasillo tendría un ángulo de visión diferente, así que, como quien no quiere la cosa, empujó

la puerta dejándola medio cerrada tras de sí.

Se inclinó sobre la figura inocente de la joven, y luego, rápidamente, le colocó la cabeza en posición vertical. Ella respiraba firme y profundamente. Lo primero que el médico se sacó del bolsillo fue un escopio CT plano del tamaño de un talonario de cheques. Se lo colocó a la muchacha sobre los párpados cerrados; la pantalla mostró un mapa del cráneo de la joven y del cerebro como si les hubieran practicado un corte transversal. Unas coordenadas digitales aparecieron en un ángulo de la pantalla. El médico ajustó el visor de profundidad del escopio CT hasta que la materia gris del hipocampo estuvo centrada.

Siguió inclinado sobre ella. Se sacó de la manga una aguja hipodérmica, al parecer un instrumento primitivo y temible en su propósito, no disimulado. Pero en el interior del tubo de la aguja de acero anidaban otras agujas, unas dentro de otras, graduadas de acuerdo con su grosor hasta el punto de que la más delgada de todas era más fina que un cabello humano, invisible. Eran agujas que poseían mente propia. Mojó la punta de la caña hipodérmica en el desinfectante contenido dentro de un vial pequeño y transparente. Buscó el caballete de la nariz de la joven, se lo apretó con los dedos para ensancharle los orificios nasales y luego, con cuidado, inexorablemente — observando el avance en la pantalla en miniatura— le introdujo la aguja hipodérmica telescópica dentro del cerebro.

2

Los lóbulos olfativos posiblemente sean las porciones del cerebro más atávicas; tuvieron su desarrollo en los sistemas nerviosos de los gusanos ciegos que se abrieron paso a través del estiércol opaco de los mares Cámbricos. Para funcionar en debida forma deben hallarse en estrecho contacto con el medio que los rodea, y ése es el motivo por el que debajo del caballete de la nariz el cerebro se encuentra casi por completo expuesto al mundo exterior. Es ésta una disposición peligrosa. El sistema inmunológico del cuerpo es incompatible con los procesos del cerebro, que se encuentra sellado con barreras sanguino-cerebrales por todas partes excepto en los conductos nasales, donde las únicas defensas que posee el cerebro son las membranas mucosas; cada invierno el frío supone una lucha acérrima contra las enfermedades del cerebro.

Cuando se abre una brecha en las defensas, el cerebro de por sí no nota nada; la flor del sistema nervioso central en sí misma carece de nervios. La microaguja que sondeó el cerebro de L. N. pasándole cerca de los lóbulos olfativos y penetrándole en el hipocampo no le produjo ninguna clase de sensación interna. Sin embargo sí que le dejó una infección, que se extendió rápidamente...

Cuando, ya tarde, se despertó, la mujer que se creía a sí misma Sparta notó una sensación de picor en lo alto de la nariz, justo al lado del ojo derecho.

Tan sólo el día anterior había estado en Maryland, en las instalaciones del proyecto situadas al norte de la capital. Se había marchado a dormir a la residencia deseando estar en su propia habitación, en la casa que sus padres tenían en la ciudad de Nueva York, pero aceptando al mismo tiempo el hecho de que tal cosa no era la más apropiada en las actuales circunstancias. Allí todo el mundo se había portado muy bien con ella. Debería sentirse —intentó hacerlo— *honrada* de encontrarse donde se encontraba.

Pero aquella mañana se encontraba en un lugar diferente. La habitación tenía el techo alto y se hallaba recubierta de una serie de capas de esmalte blanco que tenía al menos un siglo; las ventanas, de las que colgaban visillos de encaje llenos de polvo, tenían unos cristales imperfectos cuyas burbujas, del tamaño de la cabeza de un alfiler, volvían a enfocar el sol convirtiéndolo en doradas galaxias lánguidas. Ella no sabía dónde estaba exactamente, pero eso tampoco era nada nuevo. Debían de haberla trasladado allí durante la noche. Ya encontraría el modo de orientarse en aquel lugar, como había hecho antes en muchos otros lugares desconocidos.

Estornudó un par de veces y se preguntó fugazmente si no habría cogido un resfriado. El sabor rancio que notaba en la boca fue aumentando desagradablemente, hasta el punto de llegar a dominar todas las demás sensaciones; podía saborear lo que debía de haber sido la cena del día anterior con tanto realismo como si la tuviera

delante de ella, sólo que todos los sabores parecían hallarse allí a la vez: las judías verdes estaban mezcladas con natillas, un fragmento de arroz latía junto con vagos olores de saco de yute, migas de carne de buey picada se cocían en la saliva... Algunas fórmulas aprehendidas de aminas, ésteres y carbohidratos comenzaron a danzarle vagamente en la cabeza con cierta cualidad resbaladiza y cosquilleante que le resultaba familiar, aunque no tuviera ni la más remota idea de lo que significaba.

Se levantó de la cama con un movimiento rápido, se echó por encima la bata, se puso las zapatillas —dio por hecho que eran suyas, sencillamente— y salió de la habitación en busca de algún lugar donde lavarse los dientes. El olor que emanaba del pasillo, lleno de corrientes de aire, resultaba abrumador; olía a cera, a orina y a amoníaco, a bilis y a esencia de trementina, olores insistentes que, junto con aquellos otros que los acompañaban, intangibles análogos matemáticos, evocaban fantasmas, los fantasmas de desaparecidos suplicantes y benefactores, de trabajadores y pacientes de aquel edificio, de sus visitantes y cuidadores, de todos aquéllos que habían pasado por allí a lo largo de un siglo. Estornudó una y otra vez, y por fin aquel hedor clamoroso disminuyó.

Encontró el cuarto de baño sin dificultad. Al mirarse en el espejo del armario de madera que había en la pared se vio de pronto empujada fuera de sí misma —su imagen dio la impresión de aumentar de tamaño—, hasta que se encontró mirando fijamente a una inmensa ampliación de su propio ojo. De color marrón oscuro y líquido en la superficie, era un ojo de perfección vidriosa. Al mismo tiempo podía seguir viendo su imagen normal reflejada en el espejo; el ojo gigantesco estaba superpuesto sobre el rostro familiar. Cerró un ojo, y vio sólo la cara. Cerró el otro, y se encontró mirando al interior de las profundidades de una inmensa pupila abierta. La negrura que había en el interior de la misma era insondable.

Al ojo derecho parecía ocurrirle algo..., ¿algo malo? Parpadeó un par de veces y aquella doble imagen desapareció. Su rostro volvía a ser el de siempre. De nuevo se le ocurrió que tenía que cepillarse los dientes. Tras varios monótonos minutos el masaje del cepillo vibratorio la sumió en una especie de somnolencia...

El helicóptero producía un fuerte golpeteo en el exterior, e hizo vibrar ruidosamente las ventanas al aterrizar en el césped. Los miembros del personal se afanaban correteando de un lado para otro; la inesperada llegada de un helicóptero significaba, por lo general, una inspección.

Cuando el médico subió de su apartamento se encontró con que uno de los ayudantes del director le estaba esperando en la consulta. Se sintió molesto por ello, pero no lo demostró.

—Le prometimos que el director se pondría en contacto con usted —comenzó a decirle el ayudante. Se trataba de un individuo pequeño y escrupulosamente educado;

el cabello, de un color naranja vivo, le formaba apretados rizos contra el cuero cabelludo.

—Creí que aún estaría usted en Fort Meade.

—El director me pidió que le entregase a usted este mensaje en persona.

—Estoy seguro de que podría haberme llamado.

—El director le pide que venga usted conmigo a la central. Ahora mismo, me temo.

—Eso es imposible.

El médico se sentó, quedando tensamente erguido en el viejo sillón de madera.

—En absoluto. —El ayudante lanzó un suspiro—. Por eso no lo han llamado por teléfono, ¿sabe?

El tipo del cabello naranja seguía con el abrigo de pelo de camello puesto y una bufanda de lana peruana, también de color naranja vivo, alrededor del cuello; los zapatos eran altos y estaban hechos de una especie de cuero brillante de color naranja. Todo de material orgánico, para hacer ostentación de su elevado sueldo. Con mucho cuidado se abrió el abrigo y sacó de la pistolera abierta que llevaba debajo de la axila un «Colt Aetherweight» calibre 38 provisto de un silenciador en color naranja. La pistola era de un apagado color azul acero. Se la puso al médico a la altura del amplio vientre.

—Haga el favor de venir conmigo ahora.

Cuando regresaba a su habitación. Sparta sintió un dolor en el oído izquierdo, un dolor tan agudo que la hizo tambalearse y apoyarse contra la pared de yeso. *Zumbidos y gemidos de una corriente de sesenta ciclos a través de paredes de listones y yeso, ruido de cacharros que se lavaban en la cocina, quejidos de una anciana* —la anciana de la 206, advirtió Sparta sin comprender muy bien cómo ella sabía que en la 206 había una anciana—, *otras habitaciones, otros ruidos, dos hombres hablando en alguna parte, voces que resultaban conocidas...*

El médico titubeó. No es que estuviera realmente sorprendido, pero el juego avanzaba con más rapidez de lo que había esperado.

—Digamos... —Tragó saliva; luego continuó—: Digamos que no voy con usted.

Tenía la impresión de que aquello le estaba sucediendo a otra persona, no a él, y pensó que ojalá fuese así.

—Doctor... —El hombre color naranja movió la cabeza una vez con aire pesaroso—. El personal que trabaja aquí es absolutamente leal. Cualquier cosa que pueda suceder entre usted y yo no saldrá nunca de esta habitación, se lo aseguro.

Entonces el médico se puso en pie y se dirigió lentamente hacia la puerta. El

hombre de color naranja se levantó al mismo tiempo, sin perder de vista ni un instante los ojos del médico, y se las arregló para parecer respetuoso, a pesar de que continuaba, y sin manifestar la menor vacilación, apuntando con el largo cañón del «Colt» justo a la bifurcación del esternón del médico.

Éste cogió el abrigo «Chesterfield» del perchero, se lo echó por encima y se hizo un lío con la bufanda.

El hombre naranja sonrió compasivamente y dijo:

—Lo siento. —Quería dar a entender que si las circunstancias lo hubieran permitido le habría echado una mano. Finalmente el médico consiguió acabar de ponerse el abrigo. Echó una rápida ojeada hacia atrás; estaba tembloroso, tenía los ojos húmedos y el rostro contorsionado de miedo—. Después de usted, por favor —dijo el hombre naranja.

El médico aferró el manillar de la puerta, dio un tirón para abrirla y salió al pasillo, tropezándose, aparentemente presa de un pánico inminente, contra el umbral. Cayó sobre una rodilla, y entonces el hombre de color naranja se adelantó con la mano extendida y con una despectiva y torcida sonrisa.

—Verdaderamente, no creo que haya motivo para alterarse tanto...

Pero al tiempo que aquella mano se tendía hacia él, el médico salió disparado desde la posición agachada en que se hallaba y apresó contra el marco de la puerta, valiéndose para ello de un macizo hombro, al pulcro hombre de color naranja, al tiempo que le empujaba la mano con la que sostenía la pistola hacia arriba y a un lado del cuerpo. La mano derecha del médico subió veloz y con fuerza brutal, apartando a un lado la izquierda que el hombre agitaba, debatiéndose, y empujó con fuerza debajo del esternón.

—¡Aaahhh...!

No fue un grito, sino un jadeo de sorpresa que se elevó poco a poco hasta convertirse en una nota de ansiedad. El hombre naranja bajó los ojos sobresaltados hacia su diafragma. El cañón de la enorme aguja hipodérmica que aún sujetaba el puño del médico le sobresalía del abrigo de pelo de camello al nivel del diafragma.

No se veía sangre. La hemorragia era interna.

El hombre naranja no estaba muerto aún, le faltaba bastante. El abrigo que llevaba era grueso, y el cañón de la aguja hipodérmica demasiado corto para llegarle hasta el corazón. Las agujas telescópicas que había dentro de la aguja más grande seguían empujando allí dentro, buscando el músculo cardíaco, cuando él consiguió torcer la muñeca derecha y, tras orientar el cañón del «Colt», apretó espasmódicamente el gatillo...

El «phtt, phtt, phtt» del arma provista de silenciador aulló como un lanzador de cohetes en el oído dolorosamente sensible de Sparta. La muchacha retrocedió y luego

avanzó dando tumbos por el pasillo hacia su habitación, con los gritos y jadeos de agonía resonándole en la cabeza y el temblor de pies corriendo en el piso de más abajo sacudiéndola como si se tratase de un terremoto.

En el interior de la mente, como una diapositiva proyectada de modo intermitente en una pantalla, le apareció una imagen que encajaba con las voces que había oído..., la imagen de un hombrecito que siempre iba vestido con ropa cara y excesivamente llamativa, un hombre de pelo naranja y rizado, un hombre al que ella sabía que odiaba y temía. Con la formación consciente de aquella imagen, los sonidos amplificados se desvanecieron.

Para entonces los otros pacientes estaban ya deambulando por el pasillo agarrándose a las paredes y sin saber qué hacer, porque incluso un oído normal era suficiente para apreciar el alboroto que estaba teniendo lugar en el piso de abajo. En su habitación, Sparta se quitó el camión, rasgándolo, y se puso rápidamente la ropa más abrigada que logró encontrar en aquel armario que le resultaba del todo desconocido, ropa que en realidad no reconocía, pero que a todas luces era suya. Por razones que la memoria no quería revelar, comprendió que debía salir huyendo.

El cuerpo del médico yacía boca arriba, atravesado en el suelo del pasillo; tenía la cabeza en medio de un charco de sangre. A su lado el hombre de color naranja se retorció en el suelo, dándose tirones de aquella cosa que llevaba clavada en el diafragma.

—¡Ayúdenme, ayúdenme! —les dijo con voz apagada a las enfermeras que ya intentaban, aunque torpemente, hacer algo por ayudarlo. Una mujer con uniforme de piloto empujó a un lado a las enfermeras y se inclinó para poder captar lo que el hombre decía, pero un repentino ulular de sirenas llenó por completo el aire—. ¡Vayan a por ella! Cójnala... —le dijo el hombre con voz jadeante a la piloto; luego trató de quitarle del medio. Lanzó un agudo grito de dolor, pues se había sacado con la mano la aguja hipodérmica, aunque no entera—. ¡Llévensela al director! —Y tras decir esto, elevó la voz hasta convertirla en un alarido de terror—. ¡Oh, ayúdenme, ayúdenme! —Mientras, las buscadoras agujas que quedaban dentro de él le perforaban y paralizaban el corazón.

Una enfermera entró violentamente en la habitación de L. N. y la encontró desierta. Un lado de la cama estaba desplomado en el suelo. Habían empujado hacia arriba el marco corredizo de la ventana y las amarillentas cortinas de encaje se agitaban movidas por el aire helado que entraba del exterior; una barra de hierro estaba empotrada como una lanza por entre la reja de hierro pesado que cubría la parte exterior de la ventana, de modo que la había hecho torcerse hacia un lado. La

barra de hierro que se encontraba metida en la reja había formado parte de la estructura de la cama.

La enfermera se precipitó hacia la ventana al tiempo que el agudo sonido ascendente de dos motores de turbina alcanzaban un tono agudo casi supersónico. Negra, resaltando contra la helada hierba marrón del césped, una forma lisa y brillante ascendía y revoloteaba, un hocico parecido al de una víbora buscando en una dirección y en otra bajo el «thump, thump» de los rotores que giraban en sentido inverso.

La piloto entró tambaleándose en la habitación, llevando en la mano una pistola desenfundada; de un empujón apartó de la ventana a la enfermera. Abajo, el helicóptero táctico de color negro se elevó otro par de metros, se inclinó hacia delante y pasó rasando entre dos álamos por encima de la valla, muy cerca del suelo.

—¡Maldita sea! —La piloto observó aquello con incredulidad, sin molestarse en malgastar balas contra aquella máquina blindada—. ¿Quién demonios es *ella*?

—La que teníamos escondida aquí. La que él quería que usted llevase a presencia del director.

La piloto siguió con la mirada al helicóptero hasta que éste descendió hacia una hondonada que había más allá de la autopista y no volvió a aparecer. La mujer lanzó una palabrota y se dio la vuelta.

Sparta no tenía una idea clara de lo que estaba haciendo. El irregular terreno helado pasaba velozmente a uno o dos metros por debajo de los patines del helicóptero, el fango bajo del arroyo y las paredes de grava se mecían demasiado cerca de las giratorias puntas de las aspas de la hélice mientras ella jugaba con la palanca y los pedales. Con uno de los patines levantó grava del suelo; la máquina dio un fuerte bandazo, pero no volcó, sino que siguió volando.

Ante Sparta, en el espacio, se extendía una imagen de terreno en movimiento superpuesta holográficamente sobre la realidad que la muchacha veía por el parabrisas. Justo ahora estaba volando colina arriba; las estelas del magnoplano interestatal que había cruzado antes de encontrar el arroyo, volvieron ahora a aparecer delante de ella, transportadas en un puente de caballetes de acero que le cerraba el paso. Pasó volando por debajo del puente. El estruendo de los motores de la nave resonó durante una fracción de segundo, y uno de los rotores sonó, con un ruido agudo y claro, al mellar un pilón de acero.

El arroyo se estrechó y las paredes se hicieron más altas; se había ido formando —lánguidamente, durante siglos— hasta adquirir la apariencia de un abanico aluvial entre las montañas que se alzaban más adelante, y allí, delante, la garganta por la que fluían las aguas erosionantes, se alzaba bruscamente como una cuchillada en la roca roja, tan aguda como la mirilla de un arma de fuego.

La mujer seguía haciendo volar la nave manualmente, y a cada segundo que pasaba en el aire se sentía más segura de sí misma. Observó su propia habilidad para manejar una máquina complicada que no recordaba haber visto nunca antes, sabiendo para qué servía sin necesidad de pensarlo, conociendo su lógica, la disposición de los controles e instrumentos y la capacidad de los complicados subsistemas.

Razonó que aquella habilidad era fruto de la práctica. Y al comprender, razonó también que había alguna causa de peso para aquel lapso de memoria suyo.

También pensó que debía existir un motivo que justificara el temor que sentía por el hombre de color naranja, temor que la había hecho huir. Pensó —porque recordaba el día entero (¿por qué ese hecho en sí le resultaba extraño?), desde el momento en que se había despertado con una urgente necesidad de lavarse los dientes, y las anomalías acumuladas aquel día no podían pasarse por alto— que le habían arrebatado deliberadamente un pedazo de su vida, que se encontraba en peligro precisamente a causa de eso y que el hombre naranja había tenido algo que ver con aquellos años que a ella le faltaban y con el peligro que ahora estaba corriendo.

Sparta —no era ése su nombre real, se le ocurrió, sino una identidad que había asumido por alguna razón, aunque todavía permaneciera oculta— le habló al helicóptero:

—Snark, aquí L. N. 30851005. ¿Me reconoces?

Tras una pausa momentánea, el helicóptero dijo:

—Reconozco tu mando.

—Dirección oeste, altitud mínima y velocidad máxima con respecto al suelo, consecuente con los protocolos de evasión. En automático, por favor.

—Automático confirmado.

Paredes lisas de piedra arenisca roja, del jurásico, se elevaban y brillaban de forma intermitente a ambos lados de la nave. El lecho de un torrente formado por desordenados cantos rodados de granito subía en peldaños irregulares por el desfiladero, que ascendía rápidamente; ahora se encontraba seco, excepto en algunos tramos que estaban cubiertos de nieve, pero se convertiría en un torrente intermitente durante las tormentas de finales de verano. La nave tan pronto rozaba las desnudas y rosadas ramas de enmarañados sauces en el lecho del torrente como volaba casi en vertical por la ladera de la montaña, esquivando salientes de risco basáltico, hasta que súbitamente el desfiladero se hizo tan angosto que quedó reducido a una hondonada poco profunda en medio de un bosque de pinos, y la montaña se aplanó dando paso a una pradera salpicada de grupos de álamos temblones.

Sparta había ajustado la escala de la proyección hasta hacer que correspondiera con el terreno que iba apareciendo delante de ella, y ahora se puso a estudiarlo, buscando en la imagen hasta que halló la topografía que necesitaba.

—Snark, dirígete a cuarenta grados dirección norte, ciento cinco grados, cuarenta

minutos y veinte segundos dirección oeste.

—Cuarenta norte, uno cero cinco, cuarenta, veinte oeste. Confirmado.

El helicóptero redujo la velocidad de pronto y titubeó al borde de los bosques de tiemblos, con el morro vibrando como si olfatease en busca de un rastro.

Un instante más tarde la nave cruzaba veloz como un rayo la llanura nevada y abierta, en dirección a la cordillera de picos lejanos y aún más elevados que brillaban al sol.

—Tenemos contacto visual.

En una pantalla de vídeo de un sótano a cuatro mil kilómetros hacia el Este, un reducido grupo de hombres y mujeres observaban cómo el helicóptero avanzaba velozmente sobre el suelo; la imagen, bien enfocada y enormemente aumentada, era captada desde un satélite que se hallaba a mil kilómetros por encima de él.

—¿Por qué no hace uso de los protocolos de evasión?

—Quizá no sepa cómo hacerlo.

—Pues bien que sabe cómo *hacer volar* a esa cosa.

El que hablaba así era un hombre de cincuenta y tantos años cuyos cabellos plateados estaban cortados casi al cero. Llevaba un traje de lana de color gris oscuro y una corbata gris de seda lisa sobre una camisa de algodón gris claro; era un atuendo de trabajo, pero lo mismo hubiera podido ser un uniforme militar.

El arranque que había tenido aquel hombre era una acusación incontestable; no obtuvo más respuesta que un nervioso remover de pies.

Una mujer le tocó la manga, y cuando el otro la miró le hizo una seña con la barbilla. Se adentraron en las sombras de la sala de controles, lejos de los demás.

—¿Qué hay? —preguntó él, molesto.

—Si realmente McPhee le restauró la memoria a corto plazo usando una implantación celular sintética, puede que ahora la muchacha tenga acceso a las habilidades que adquirió antes de dicha intervención —le susurró la mujer. Era atractiva, a pesar de llevar el pelo corto, ir vestida de gris y actuar con cierta rigidez; sus oscuros ojos eran como estanques de sombra en la penumbra de la habitación.

—Tú me indujiste a creer que ella ya había olvidado todo lo que vio o hizo durante los tres últimos años —le dijo él con petulancia, esforzándose por no levantar la voz.

—La permanencia, es decir, el grado de amnesia retroactiva debida a la pérdida de memoria a corto plazo es a menudo impredecible...

—¿Y por qué no me lo has dicho hasta *ahora*? —gruñó él con voz lo bastante alta como para hacer que algunas cabezas se volvieran.

—... sólo que, como siempre, podemos tener la completa seguridad de que la muchacha nunca recordará nada de lo ocurrido *después* de la intervención. —La

mujer gris hizo una pausa—. Hasta la reintervención. Es decir, hasta hoy.

Los dos guardaron silencio, y durante unos instantes nadie habló en aquella oscura habitación. Todos estaban observando el helicóptero, que huía de su propia sombra por encima de enormes moles de nieve y estanques helados, entre pinos y tiemblos, y bajaba luego por abruptos desfiladeros como una velocísima libélula, con los rotores gemelos entrelazados y revoloteando como alas membranosas en los hilos cruzados del satélite rastreador, aunque, evidentemente, con un poco más de decisión en su vuelo.

La imagen osciló momentáneamente y luego, cuando un nuevo satélite asumió la tarea del rastreo, se estabilizó en un ángulo ligeramente diferente.

—Señor Laird —dijo el operador de rastreo—, no sé si esto es significativo...

—Veámoslo —dijo el hombre gris.

—El blanco ha estado girando gradualmente en sentido opuesto a las agujas del reloj durante los dos últimos minutos. Ahora sigue rumbo sudeste.

—Se ha perdido —apuntó alguien, algún ayudante entusiasta—. Está volando a ciegas y no sabe qué dirección sigue.

El hombre de gris ignoró el comentario.

—Déjeme ver el sector completo.

La imagen de la pantalla se amplió inmediatamente para mostrar las Grandes Llanuras ondulándose como un océano helado contra el Front Range; las ciudades parecían varadas allí como objetos arrojados por el mar a la orilla: Cheyenne, Denver, Colorado Springs, todas ellas fundidas por los suburbios en una única aglomeración como una tela de araña. El helicóptero resultaba microscópico, invisible a aquella escala, aunque su posición estaba todavía claramente marcada por los hilos cruzados y centrados.

—Parece que el blanco mantiene el rumbo con firmeza —dijo el operador.

—¡Maldición! Se dirige directamente al Mando Espacial —dijo el hombre gris. Después miró fijamente y con amargura a la mujer gris.

—¿En busca de asilo? —preguntó ésta con suavidad.

—Tenemos que derribarlo —comentó a tontas y a locas el mismo ayudante entusiasta, cuyo entusiasmo ya se había convertido en pánico.

—¿Con qué? —inquirió el hombre gris—. El único vehículo armado que poseemos en un radio de menos de mil quinientos kilómetros de la posición donde se encuentra es precisamente ése en el que ella va volando. —Se dio la vuelta hacia la mujer siseando las palabras, pero sin molestarse apenas en hacer que no fueran audibles—. Ojalá no hubiera escuchado nunca tus inteligentes explicaciones... —Dejó la frase sin terminar, apretando los dientes con ira, y se inclinó sobre la consola—. No está usando los protocolos de evasión. ¿Qué posibilidades hay de bloquearle el camino?

—No podemos bloquear los circuitos de control y navegación del blanco, señor. Se hallan protegidos contra todo.

—¿Y las transmisiones de salida?

—Ahí quizá tuviéramos una posibilidad.

—Hágalo inmediatamente.

—Señor, eso no es tan preciso como una operación quirúrgica. El Mando de Defensa Aérea hará estallar una de las tomas de combustible.

—Hágalo ahora. Ya me encargaré yo del Mando de Defensa Aérea. —Se volvió hacia su ayudante—. Línea negra con el Comandante en Jefe NORAD. Déjeme ver el perfil antes de pasármelo.

El ayudante le entregó un teléfono.

—El Comandante en Jefe NORAD es un tal general Lime, señor. Su perfil va a aparecer en la pantalla B.

El hombre gris habló por el teléfono y esperó, leyendo rápidamente el perfil psicológico del general en la pequeña pantalla y planeando el discurso que iba a hacerle mientras desviaba la atención hacia la pantalla grande.

Los hilos cruzados del satélite espía se movieron inexorablemente hacia el cuartel general del Mando Espacial de las Fuerzas Aéreas situado al este de Colorado Springs. Una voz seca se recibió en la línea telefónica, y el hombre gris contestó rápidamente.

—General, le habla Bill Laird —comenzó a decir con voz cálida, llena de confianza y deferencia—. Siento mucho molestarle, pero tengo que vérmelas con un problema grave y me temo que se me está escapando de las manos; tanto es así, que confieso que se ha convenido en un problema también para usted. Lo cual le explicará la interferencia electromagnética que la gente bajo su mando está experimentando en los canales de combate...

La conversación telefónica exigió una gran dosis de los recursos de amabilidad y persuasión del director. No fue aquélla la última llamada que tuvo que hacer; el general Lime se negó a emprender acción alguna sin recibir antes la confirmación del superior de Laird.

Más mentiras dichas en tono muy serio atravesaron el éter, y cuando por fin el director colgó el teléfono estaba temblando tras una tensa sonrisa. Le tiró de la manga a la mujer gris y la arrastró otra vez a las sombras.

—Este programa está apunto de tocar a su fin, y todo gracias a ti —dijo con enojo—. Y habremos perdido años de trabajo. ¿Crees que podré conservar el puesto que ocupó después de toda esta debacle? Tendremos suerte si no nos vemos metidos en un proceso.

—Ciertamente, dudo que el presidente quisiera...

—¡Tú! Dejadla viva, dijiste.

—Era magnífica, William. Desde el principio. Era una experta por naturaleza.

—Nunca se entregó al Conocimiento.

—¡Es todavía una niña!

A modo de respuesta, él emitió una tos enfadada. Empezó a pasearse arriba y abajo, meditabundo; luego se detuvo, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—De acuerdo. Es hora de que disolvamos la banda y de que nos dispersemos entre el rebaño común y corriente.

—William...

—Oh, estaremos en contacto —le dijo él con amargura—. Habrá un puesto para ambos en el Gobierno, estoy seguro. Pero queda por delante mucho que reconstruir. —Cruzó los dedos, flexionó los brazos e hizo sonar los nudillos—. Ese sanatorio tendrá que desaparecer. Todos ellos tendrán que desaparecer. Y éste es el momento de hacerlo.

La mujer gris sabía muy bien que lo mejor era no poner objeciones.

—¿Qué nave sin identificar es ese zumbido parásito? —La sargento se mostraba incrédula. Con gran eficiencia intervino las coordenadas del helicóptero que se aproximaba transformándolas en AARGGS, el sistema de guía de cañón antiaéreo.

—Dicen que se trata de cierto tipo de nave ECM experimental que se ha vuelto majara —repuso el capitán—. Ops dice que la gente que lo dejó suelto cree que viene de regreso a nuestras bases.

Fuera, en el perímetro de la base del cuartel general del Mando Espacial, las baterías de cañones TEUCE sufrieron una sacudida brusca y se tambalearon sobre sus pedestales.

—¿Los interceptores no pueden alcanzarlo?

—Claro que podrían cazarlo. Un «F-14» podría subírsele justo encima, mirar hacia abajo o disparar. ¿Ha visto usted algunos de estos nuevos helicópteros del Ejército en acción, sargento? Pueden volar a unos tres pies del suelo a seiscientos klicks. Pero ¿qué hay en el suelo entre este lugar donde estamos y las montañas?

—Oh.

—Eso es. Casas, escuelas, esa clase de cosas. Así que depende de nosotros en defensa de perímetro. La sargento miró el campo del radar.

—Bien, en unos veinte segundos lo sabremos.

Ordenó armar los AARGGS incluso antes de que el capitán le dijese que lo hiciese.

El Snark aulló al pasar volando sobre los tejados de los ranchos situados en los

suburbios, sobre las piscinas de los patios traseros y los jardines de rocalla, y al atravesar los amplios bulevares y lagunas artificiales, lanzaba al aire guijarros sueltos, sacudía las últimas hojas muertas de los álamos ornamentales, aterrorizaba a los peatones, levantaba nubes de polvo y dejaba tras de sí las aguas de las fangosas lagunas sumidas en la agitación. Las antenas del helicóptero emitían continuamente en todos los canales, fueran restringidos o sin restringir, a medida que se iba acercando a la base, pero no recibía respuesta alguna a aquellas urgentes comunicaciones. El suelo llano y desnudo del perímetro de la base se aproximaba velozmente...

Al entrar el helicóptero, emitiendo un chirrido, por encima de las vallas y de los camiones de bomberos, ambulancias y vehículos policiales que se hallaban esperándolo, algunos observadores advirtieron —y más tarde así lo testificaron— que la nave no parecía ir en dirección al bosque de antenas de radio enfocadas al espacio que constituían el rasgo más distintivo del cuartel general del Mando Espacial, sino que se dirigía hacia el Edificio de Operaciones, delante del cual se encontraba una plataforma para helicópteros. Era una distinción precisa, demasiado precisa, sobre la cual basar una decisión de fracciones de segundo.

Tres misiles de hipervelocidad TEUCER se lanzaron al aire en el momento en que el Snark cruzaba el perímetro. No eran más que barras de acero dotadas de forma, salvas muertas sin ninguna carga de explosivos, pero impactaban con el momentum de meteoritos, de bulldozers voladores. Dos décimas de segundo después de salir de la plataforma de lanzamiento pasaron a través del helicóptero blindado, desgarrándolo por completo. No hubo explosión. La nave, que sencillamente se había desintegrado, se diseminó sobre la explanada de desfiles como un puñado de confetti ardiendo. Los pedazos más grandes de aquel metal humeante rodaron por el suelo como bolas chamuscadas de papel de periódico.

Sparta se quedó esperando entre los desnudos álamos temblones que había al borde del campo helado, estuvo esperando allí hasta que la luz mantecosa se hubo desvanecido de aquel cielo occidental cuajado de nubes. Tenía entumecidos los dedos de los pies, los de las manos, los lóbulos de las orejas y la punta de la nariz, y el estómago no paraba de gruñirle. Mientras estuvo caminando no le había importado el frío, pero cuando al final tuvo que detenerse y esperar a que se hiciera oscuro, ya había empezado a tiritar. Ahora que ya era de noche podía avanzar y entrar.

Había hecho acopio de valiosa información en el Snark antes —en aquella fracción de segundo en que el aparato se había detenido, revoloteando sin moverse a unos centímetros por encima del suelo mientras computaba nuevas coordenadas— de saltar fuera del helicóptero, y lo había enviado en aquella dirección carente de protección. Dónde estaba, precisamente. Qué día, mes y año eran, precisamente. Esto último había venido como una sacudida. Los recuerdos habían ido acumulándose cada vez más a cada minuto que pasaba, pero ahora ya sabía que incluso los más recientes de aquellos recuerdos eran de hacía más de un año. Y en las horas transcurridas desde el momento en que saltase del helicóptero, mientras caminaba trabajosamente abriéndose paso entre la nieve, había estado meditando sobre la retoñante extrañeza de aquella sensación que tenía de su propia persona.

Comprendió de un modo visceral que durante la última hora transcurrida —aunque no se hubiera recreado en una autoinspección— sus frenéticos y ondulantes sentimientos habían comenzado a acudir parcialmente y a quedar bajo su control consciente; incluso había logrado recordar *para qué* servían algunos de dichos sentimientos, y de ese modo consiguió modular mejor la insistente intensidad de sus sentidos, del gusto, del olfato, del oído y del tacto. Y su extraordinariamente flexible vista.

Pero aquellos sentidos todavía se le escapaban, sólo esporádicamente, pero aun así de un modo abrumador. La ácida dulzura de las agujas de pino caídas sobre la nieve amenazaron más de una vez con vencerla, sumiéndola en un desmayo de éxtasis. La dulce madreperla del sol poniente hizo más de una vez que el mundo girase como un caleidoscopio dentro de su cerebro palpitante, en medio de una epifanía de luz. Se enfrentó a aquellos momentos embriagadores sabiendo que en el esquema de las cosas momentos como aquéllos deben repetirse, y comprendiendo que cuando tal cosa ocurriera ella podría, con esfuerzo, suprimirlos. Luego apretó el paso.

Comprendía mucho mejor la naturaleza de la apurada situación en la que se hallaba. Sabía que podía resultarle fatal que alguien llegara a enterarse de las peculiaridades que ella poseía, e igualmente fatal le resultaría ponerse en manos de

las autoridades, fueran las autoridades que fuesen.

Por fin estuvo lo suficientemente oscuro como para impedir que la vieran acercarse. Caminó trabajosamente a través del campo nevado hacia un distante grupo de luces donde dos estrechas carreteras asfaltadas, de reciente construcción, formaban una intersección en forma de T. Uno de los edificios, de madera blanqueada por la intemperie, tenía un cartel colgando de los oxidados aleros de hierro que estaba iluminado por una única bombilla amarilla: «CERVEZA. COMIDA.»

Media docena de coches estaban estacionados delante de la rústica taberna; eran coches deportivos y vehículos todo terreno con soportes para esquís en el techo. La muchacha se detuvo fuera y *se puso a escuchar...*

Oyó tintineos y entrecuchar de botellas, un gato que maullaba, lastimero, reclamando la cena, el crujido de sillas de madera y de tablas del suelo, la cisterna de un retrete en la parte de atrás; y por encima de todo ello, un sistema de sonido ambiental a un volumen tan fuerte que casi hacía daño. Por debajo de la música —ira enérgica y ronca de un cantante masculino, trueno rodante de una línea de bajo, sinuosos aullidos gemelos de un sintetizador construyendo armonías y tres clases distintas de percusión—, alcanzó a oír algunas conversaciones.

—Rocas y paja —estaba diciendo una muchacha—. Tuvieron el valor de vender un billete de ascensor.

Y en otra parte un muchacho intentaba engatusar a su compañero para que le prestase unos apuntes de clase de la facultad. En otro lugar, en la barra, calculó Sparta, alguien hablaba de hacer reformas en un rancho cercano. Se quedó escuchando un momento y prestó atención a este último; le parecía el más prometedor...

—... y esa otra muñeca, con el pelo rubio que le llegaba por *aquí*, allí parada, mirándome fijamente aunque no me veía, y sin llevar encima nada más que un pedacito de seda rosa transparente de ésos que se ven en los anuncios de los grandes almacenes. Sólo que yo ni siquiera estaba en la misma habitación.

—Seguro que andaba buscando algo. Allí todas andan buscando algo, hombre. ¿Sabes ese mezclador de sensaciones que tienen, ése que se supone que está pagando el local? El tipo que lo dirige se encuentra siempre tan hundido, no sé cómo puede sentir *alguna* cosa...

—Pero las muñecas —dijo la primera voz—, eso es lo que más me impresionó. Es decir, nosotros caminamos de un lado a otro llevando por ahí una plancha de pino nudoso en cada viaje, ¿no es así? Y aquellas muñecas, una rubia, una morena y la otra pelirroja, allí sentadas, y de pie, y tumbadas...

—¿La mayoría de los que pasan por aquí afirman que van a alquilar las instalaciones del estudio? No están más que haciendo negocio, hombre —dijo en tono confidencial la segunda voz—. Nada más que comprando y vendiendo...

Sparta siguió escuchando hasta conseguir lo que necesitaba. Dejó que los sonidos se desvaneciesen y dedicó toda su atención a los vehículos del estacionamiento.

Hizo que su visión se enfocara hasta alcanzar la gama de infrarrojos; entonces fue capaz de ver huellas recientes de manos brillando en las manillas de las puertas; la más brillante de todas era de tan sólo unos minutos antes. Inspeccionó las llegadas más recientes. Los ocupantes de aquellos coches eran los que con toda probabilidad tardarían más en marcharse. Se asomó y escudriñó el interior de un dos plazas salpicado de barro; brillantes siluetas de traseros humanos resplandecían como postales de san Valentín en ambos asientos. Una manta de viaje hecha un montón en el suelo, delante del asiento del pasajero, ocultaba otro objeto caliente. Sparta confió en que se tratase de aquello que buscaba.

Se quitó el guante de la mano derecha. Unas espinas quitinosas se le deslizaron hacia afuera por debajo de las uñas; con gran cautela hizo funcionar las sondas que le salían de los dedos índice y corazón y las metió en la ranura de la puerta del lado del pasajero. Notó el diminuto hormigqueo de los electrodos a lo largo de sus polímeros conductores; imágenes de series numéricas danzaron en el umbral de la consciencia, las moléculas superficiales de sus sondas se reprogramaron a sí mismas, todo ello con tanta rapidez que sólo la intención era consciente, pero no el proceso. Al retirar Sparta la punta de los dedos, las sondas se retrayeron. La puerta del coche se abrió y la alarma quedó desconectada.

Se puso el guante y levantó la manta de viaje. El objeto que había debajo, que alguien había manejado recientemente, era un monedero. Sacó del bolso la ficha de identificación y luego volvió a dejarlo como estaba, exactamente igual que estaba, con la manta de viaje doblada precisamente del mismo modo como había estado antes, de acuerdo con la imagen que la joven había almacenado temporalmente en la memoria. Ajustó la puerta hasta conseguir cerrarla sin hacer ruido.

En el porche cubierto, Sparta golpeó fuertemente el suelo con los pies para sacudirse la nieve de las botas, y luego empujó la doble puerta, muy desvencijada; la recibió una ráfaga de aire lleno de humo y sonido ambiental mal amplificado. La mayoría de los allí presentes eran parejas, chicos universitarios que volvían a sus casas de esquiar. Unos cuantos lugareños que llevaban raídos pantalones tejanos y camisas de franela de cuadros escoceses sobre camisetas rojas de lana pasaban el tiempo al extremo de la larga barra de caoba. Fijaron los ojos en la muchacha cuando ésta se dirigió a ellos con descaro.

El carpintero a quien había oído hablar desde fuera resultó fácil de identificar; era el que llevaba un arma de láser en una pistolera de cuero sujeta a las caderas. Sparta se encaramó al taburete que había junto a él y le dirigió una larga y despreciativa mirada, enfocando los ojos un poco más atrás de la cabeza del hombre antes de volver la mirada hacia el camarero que se encargaba de la barra. El rizado pelo color

naranja del camarero la sobresaltó. Pero se le pasó en seguida, pues también llevaba una barba ensortijada.

—¿Qué va a ser, señorita?

—Un vaso de vino tinto. ¿Tiene algo decente para comer? Estoy muerta de hambre.

—Lo habitual de autochef.

—Demonio... Pues entonces póngame una hamburguesa con queso. Mediana. Y todo lo que se le pueda poner dentro. Patatas fritas.

El camarero se dirigió a la consola de acero inoxidable manchada de grasa que había detrás de la barra y apretó cuatro botones. Cogió un vaso de un estante alto y metió en él una pequeña manguera, llenándolo de un vino espumoso de color zumo de arándano agrio. Luego, al volverse hacia la barra, sacó la hamburguesa y las patatas fritas de la boca del autochef de acero inoxidable, sosteniendo ambos platos en la amplia mano derecha, y lo depositó todo sobre la barra, delante de Sparta.

—Cuarenta y tres pavos. Servicio incluido.

Sparta le tendió la tarjeta. El camarero registró la transacción y volvió a poner la tarjeta delante de ella. La muchacha la dejó allí, preguntándose cuál de las mujeres que había en la taberna le estaría pagando la cena.

El camarero, el carpintero y los otros hombres del bar parecían haber agotado los temas de conversación, y todos miraban fijamente a Sparta sin decir palabra mientras ella comía.

Las sensaciones de oler, saborear, masticar y tragar casi sobrecargaron los ansiosos sistemas internos de Sparta. La manteca cuajada, el azúcar carbonizado, las proteínas medio digeridas eran a un tiempo desesperadamente ansiadas y nauseabundas en toda su riqueza. Durante unos minutos el hambre sofocó la repugnancia.

Luego terminó. Pero no levantó la mirada hasta que hubo lamido la última gota de grasa de los dedos.

Volvió de nuevo los ojos hacia el carpintero, dirigiéndole la misma mirada fría y prolongada e ignorando al hombre de barba negra que estaba detrás de él, al cual se le salían los ojos de las órbitas, fascinado al mirarla.

—Yo te conozco de algo —le dijo el carpintero.

—Pues yo no te había puesto los ojos encima en toda mi vida —le dijo ella.

—No, yo te conozco. ¿No eras tú una de las que estaban allá, en Cloud Ranch, esta mañana?

—No me nombres ese lugar. No quiero oír que alguien pronuncie siquiera el nombre de ese lugar en mi presencia mientras viva.

—De modo que sí estabas allí. —El hombre hizo un gesto afirmativo con la cabeza lleno de satisfacción, y le dirigió al camarero una significativa mirada. Su

barbudo compadre también le dirigió una mirada significativa al camarero, aunque qué era lo que significaba exactamente era un misterio para todos ellos. El carpintero se volvió de nuevo hacia Sparta, mirándola lentamente de arriba abajo—. Sabía que eras tú sólo por la manera en que mirabas fijamente. Claro que ahora no tienes precisamente el mismo aspecto.

—¿Y qué aspecto tendrías tú si te hubieras pasado medio día caminando por la nieve? —Se dio un tirón de un mechón del enmarañado cabello castaño, como si el hombre le hubiese herido los sentimientos.

—¿No encontraste a nadie dispuesto a llevarte? Sparta se encogió de hombros y miró hacia delante, fingiendo dar un sorbo de aquel vino tan asqueroso. El hombre insistió:

—¿No encontraste a nadie dispuesto?

—¿Qué es lo que eres tú, un apestoso cobardica? —gruñó Sparta—. Yo toco el violín. Cuando alguien me contrata para que toque el violín, lo que yo espero es tocar el violín y punto. ¿Cómo es que los únicos que hacen dinero en este negocio son los cobistas?

—Señorita, no me malinterprete. —El carpintero se pasó una mano por el enredado cabello rubio—. Yo creía que todo el mundo de por aquí estaba al corriente de que allí arriba hacían muchas cosas más aparte de sensaciones *musicales*.

—Yo no soy de por aquí.

—Ah. —El hombre sorbió la cerveza, pensativo. Lo mismo hizo su compadre—. Bueno..., perdone.

Durante un rato todos se quedaron mirando fijamente los vasos que tenían delante, como una escuela de filósofos sumidos en profunda contemplación. El camarero, con aire ausente, golpeó con la bayeta la barra.

—¿Y de dónde es usted? —El carpintero, esperanzado, había decidido reemprender la conversación.

—Del Este —repuso la muchacha—. Y ojalá estuviera allí ahora. Dígame que hay un autobús que sale de ahí fuera dentro de diez minutos y me habrá alegrado el día.

El tipo barbudo que estaba detrás del carpintero se echó a reír cuando oyó aquello, pero el carpintero no.

—Por aquí no pasan autobuses —dijo.

—No me extraña.

—No me tome a mal, pero yo voy en coche esta noche a Boulder. Desde allí podría coger un autobús.

—No me lo tome a mal a *mí* —dijo Sparta—. Ya le he dicho que me alegraría el día.

—Claro, señorita.

El carpintero parecía bastante humilde, pero como hombre que era estaba

intentando jugar sus cartas. A ella eso le parecía de primera, con tal de poder llegar a un lugar civilizado.

El carpintero acabó por ir con ella en la furgoneta hasta la base de transbordadores espaciales de Denver, a casi trescientos kilómetros de distancia. Durante el trayecto de setenta minutos no le causó a la muchacha ninguna molestia. Parecía estarle agradecido por la poca conversación que Sparta se mostraba dispuesta a darle, y se separó de ella alegremente con un fuerte apretón de manos.

Sparta entró en la terminal y se arrojó gozosa en el primer sillón de cromo y plástico negro que encontró en el concurrido vestíbulo. A ella el ruido, los parpadeantes anuncios de neón, las resplandecientes carteleras en pantalla de vídeo y la difusa luz verde que se desprendía de todas las superficies reflectantes, le resultaban tranquilizadoras. Se ciñó el abrigo acolchado, abrazándose a sí misma, y dejó que la fatiga y el alivio la inundasen; ya estaba de vuelta, de vuelta entre las multitudes de gente, con acceso a los transportes, a las comunicaciones y a los servicios financieros, a toda esa inmensa red neurálgica de electrónica que entrelazaba el país, el mundo y las colonias del espacio. Podía obtener todo lo que necesitase sin llamar la atención. Y durante unos minutos podía sentarse allí mismo y descansar, abiertamente, sin molestarse en ocultarse, segura de que nada en su aspecto mediocre llamaría la atención lo más mínimo.

Cuando abrió los ojos se encontró con que un policía del aeropuerto la estaba mirando lleno de desconfianza; tenía un dedo puesto en el oído derecho, dispuesto a accionar su intercomunicador.

—Lleva usted media hora traspuesta, señorita. Si está falta de sueño use la colmena de la sección Cinco. —Se dio unos golpecitos en la oreja—. ¿O quiere usted que llame al refugio de trabajo?

—Cielos, agente, lo siento muchísimo. No me había dado cuenta. —Sobresaltada, miró a un punto situado más allá del policía, en dirección a la pantalla que anunciaba los vuelos—. ¡Oh, no me diga que voy a perder *éste también!* —Se puso en pie y se marchó como una exhalación hacia el transportador más cercano, que se dirigía hacia la plataforma de lanzamiento.

No se dio la vuelta para mirar hacia atrás hasta que estuvo rodeada de otros pasajeros. Había un cierto aire de melancolía en la gente que viajaba en el cinturón, acurrucada en festivos trajes de vacaciones hechos de plástico y lámina metálica, que probablemente respondía al hecho de que para la mayoría de ellos las vacaciones habían terminado; se dirigían de regreso a la reserva. Sparta llevó a cabo una discreta representación y, angustiada, se puso a registrarse los bolsillos antes de salirse de la

pasarela rodante en la primera intersección y volver a la sala de espera.

Entró directamente en el lavabo de señoras y se miró en el espejo. Se llevó una fuerte impresión. Mediocre no era la palabra precisa para describirla; tenía un aspecto cochambroso. El pelo castaño y grisáceo le colgaba en mechones semejantes a serpientes grasientas; tenía unas oscuras ojeras; las botas, los pantalones y la falda del abrigo estaban salpicados de barro rojo y seco hasta la altura de las rodillas.

No resultaba extraño que el policía hubiera sospechado que era una indocumentada. Estaba en lo cierto, desde luego; sólo una agencia tenía la identificación de Sparta y era precisamente por razones adversas, de modo que tendría que hacer algo al respecto, y de prisa.

Se lavó la cara, salpicándosela repetidamente con agua helada hasta que se encontró bien despierta. Luego salió de allí para dirigirse en busca de la cabina de información más próxima.

Se deslizó dentro de la cabina y se quedó mirando la pantalla en blanco. Allí, por medio de aquella pequeña placa plana y del inclinado teclado, uno podía contactar a la velocidad de la luz con cualquier persona de la Tierra o del espacio que deseara estar accesible (tener acceso a personas que no querían estar accesibles llevaba un poco más de tiempo). También era posible acceder a inmensos bancos de datos (el acceso a datos protegidos también llevaba un poco más de tiempo). Allí se encontraban los medios necesarios para pedir o asegurar préstamos, pagar deudas, invertir, apostar, comprar cualquier clase de mercancía legal o cualquier otro servicio imaginable. O sencillamente regalar dinero (otras clases de mercancías, servicios y transacciones llevaban un poco más de tiempo). Lo que se le pedía al cliente era una tarjeta de identificación válida y crédito suficiente en una cuenta registrada.

Sparta ya no tenía la tarjeta que había robado, pues la había dejado caer deliberadamente en la nieve al salir de la taberna de la montaña, ya que no tenía intención de ir dejando tras de sí un rastro de transacciones ilícitas. Pero en la intimidad de una cabina de información, una clase de intimidad que sólo un lugar rodeado de multitud de personas puede proporcionar, el hecho de carecer de tarjeta no era una preocupación inmediata.

Al igual que la larga lucha entre gente que diseña blindajes y la gente que diseña proyectiles para perforar dichos blindajes, la larga lucha entre gente que diseña programas de ordenador y la gente que quiere penetrar en ellos formaba una interminable espiral. En aquellos días de finales del siglo XXI, jugar con programas de acceso abierto no resultaba fácil, ni siquiera para aquéllos que poseían el conocimiento interior.

Pero aquélla era una de las cosas para las que Sparta estaba segura de haber recibido entrenamiento, aunque no podía recordar con qué finalidad exactamente. Haciendo uso de las sondas de las uñas e introduciéndolas profundamente en la

ranura para las tarjetas, era capaz de pasar por encima del teclado y probar directamente el sabor del sistema...

Pero, por desgracia, no hay relucientes paisajes de información, ni bonitas estructuras de cristales de datos, ni brillantes modos de inferencia y significación. No hay imágenes en la electricidad, ni en la luz, excepto las que están codificadas, y las imágenes que hay deben ser filtradas a través de crudos aparatos análogos y externos, rayos dirigibles, fósforos relucientes, diodos excitados, suspensiones líquidas magnetizadas que se retuercen, líneas de escaner. Pero aunque no haya imágenes en la electricidad, sí hay relaciones. Hay dibujos, armonía, ajustes.

Los flujos de datos son números, números enormes de números enormes, números más enormes de números más pequeños, una virtual infinitud de bits. Tratar de visualizar aunque sólo sea una parte del torrente queda fuera del alcance de cualquier sistema general que se haya desarrollado alguna vez a lo largo del tiempo. Pero el olfato y el gusto son otra cosa. El tacto es otra cosa. El sentido de la armonía es otra cosa. Todos ellos son agudamente sensibles a las pautas, y como hay procesos más elevados análogos a dichas pautas, a algunas personas les resulta posible saborear los números. Astutos prodigios —genios, y con mayor frecuencia, *odious savants*^[1]— se dan de modo natural en todas las épocas; crear uno de manera intencionada requiere un enorme conocimiento y control de la peculiar neurología de aquéllos que están numéricamente dotados. Hasta el momento dicha tarea sólo había sido llevada a cabo una vez.

Sparta ni siquiera lo sabía. Sparta, al igual que todos los calculadores natos, poseía una especial fascinación y facilidad para los números primos; pero, al contrario que los calculadores natos, su lóbulo cerebral derecho albergaba estructuras neurológicas que podían agrandar enormemente la gama y tamaño de los números primos que era capaz de manipular, estructuras éstas de las cuales aún no era consciente, aunque las utilizase. No es del todo una casualidad que los sistemas cifrados de datos dependan con gran frecuencia de claves que son grandes números primos.

Sentada tranquilamente en la cabina de información de Denver mirando la pantalla, Sparta parecía estudiar la danza de los alfanuméricos; sin embargo los borrosos símbolos que aparecían en la pantalla no tenían significado alguno, porque lo que ella buscaba iba mucho más allá del *interface*, siguiendo la aguda espiga de una clave que le resultaba familiar a través de las redes de comunicación igual que un salmón sigue el rastro del arroyo que lo conduce a casa a través del laberinto del océano... Sólo que Sparta estaba inmóvil, y el océano informativo manaba a través de su propia mente. Sentada e inmóvil, nadaba acercándose cada vez más a su hogar.

Los presupuestos de las agencias del Gobierno más secretas no se etiquetan en la Prensa pública, sino que están divididos y esparcidos a través de los presupuestos de

muchas otras agencias, disimuladas como si fueran renglones insignificantes y con los fondos frecuentemente canalizados a través de transacciones con cooperativas y banqueros comerciales. De vez en cuando a esa estratagema le sale el tiro por la culata —como cuando un político a quien sus colegas han dejado a dos velas inquiera públicamente y en voz alta por qué las fuerzas de defensa, por ejemplo, han pagado millones por «piezas de recambio para helicópteros» y sólo tienen un puñado de tuercas y cerrojos baratos para responder por dicho dinero—, pero generalmente sólo unas cuantas personas saben o les importa para qué es en realidad el dinero, o a dónde va a parar realmente.

El dinero es electrónico, por supuesto, una gran extensión de números de magnitud constantemente cambiante, transacciones etiquetadas en códigos electrónicos. Sparta estaba siguiendo la pista de un código en particular. Colándose en el «First Tradesmen's Bank of Manhattan» a través de una escotilla codificada, la conciencia de Sparta descubrió el hilo dorado que había estado buscando.

Las personas que la habían creado no habían imaginado los juguetones usos en que ella emplearía su talento.

Allí, en la cabina de información, era un asunto sencillo transferir una suma modesta y razonable, unos cuantos cientos de miles, desde un insignificante renglón en el presupuesto del blanco que ella se proponía («mantenimiento y protección de oficinas») a un contratista real, al subcontratista real de ese contratista, a una conocida empresa de asesoramiento falsa, y ahora a un hilo de escape a través del lado negro de otra agencia —la cual no echaría de menos aquello que sólo había tenido en su poder durante una milésima de segundo, pero pararía en seco cualquier tipo de investigación—, y finalmente a través de una cascada de direcciones seleccionadas al azar hasta otra institución de Nueva York, mucho más pequeña, el «Great Hook Savings and Loans», que a Sparta le llamó la atención por la ingenuidad de su clave en números seudoprimeros y cuya sucursal de Manhattan adquiría de ese modo un nuevo cliente sin siquiera enterarse de ello, una joven cuyo nombre era...

Necesitaba un nombre, y rápido, no su nombre verdadero, ni Linda, ni L. N., sino *Ellen*, y ahora un apellido, *Ellen, Ellen...*, antes de que la pantalla se deshiciese de ella tecleó la primera palabra que le vino a la mente. Se llamaba Ellen Troy^[2].

Sparta sólo necesitó la cabina de información unos segundos más, para reservar un asiento para Ellen Troy en el próximo avión de retropropulsión hipersónico en el vuelo de Denver a JFK. El comprobante y el pase de embarque se deslizaron sin hacer ruido y salieron por la ranura de la impresora. La muchacha retiró de la ranura para introducir tarjetas magnéticas las espigas PIN de sus uñas nuevamente programadas.

El vuelo que había de tomar no salía hasta la mañana. Iría caminando hasta la colmena del Edificio Terminal Cinco, cogería un cubículo para pasar en él el resto de

la noche, se lavaría, se limpiaría la ropa y descansaría un poco. Habría resultado agradable comprarse ropa nueva, pero tal como estaba la economía, con robots encargándose de toda la parte técnica y personas compitiendo por lo demás, las tiendas que había en los lugares públicos muy frecuentados estaban superpobladas de vendedores de guardia a cualquier hora del día. Todavía no podía comprar en máquinas; tendría que esperar hasta que hubiera conseguido una tarjeta magnética de identificación propia antes de poder comprar nada en público.

Confiaba en que el «Great Hook Savings and Loans» remplazaría de muy buen grado la tarjeta que Ellen Troy había «perdido». En sus archivos hallarían que la señorita Troy había sido una cliente leal durante los últimos tres años.

El plan parecía bueno al principio. Sparta quería encontrar a sus padres o averiguar qué había sido de ellos. Mientras tanto tenía que sobrevivir. Necesitaba una ocupación que la ayudase a hacer ambas cosas, y antes de que transcurriera mucho tiempo encontró una.

Los viejos edificios de las Naciones Unidas en el East River de Manhattan albergaban ahora al sucesor de la ONU, el Consejo de los Mundos. Además de la Tierra, los mundos en cuestión eran las estaciones espaciales que se hallaban en órbita y las lunas y planetas colonizados de la parte interior del sistema solar, dominados por cambiantes coaliciones de naciones de la Tierra. Los históricos tratados de la ONU contra reclamaciones territoriales en el espacio seguían en vigencia sobre el papel, aunque no en el espíritu; como los océanos abiertos de la Tierra, el espacio no conocía fronteras, de modo que sus recursos eran para aquéllos que podían explotarlos. Entre las mayores burocracias del Consejo de los Mundos se encontraba, por consiguiente, la Junta de Control del Espacio, que formulaba y reforzaba códigos de normas de seguridad, tarifas y programas de transporte, aduanas y restricciones de pasaportes, y también leyes y tratados interplanetarios. La Junta de Control del Espacio poseía enormes bancos de datos, sofisticados laboratorios forenses, naves propias rapidísimas de un blanco resplandeciente cuyo blasón consistía en una banda diagonal de color azul y una estrecha dorada, y un cuerpo de elite de inspectores bien entrenados y motivados.

La Junta de Control del Espacio también daba empleo a miles de personas que no eran de elite —técnicos, empleados y administradores— esparcidos por las oficinas que se hallaban en todas las estaciones espaciales y el conjunto habitado del sistema solar, pero se concentraban particularmente en la Central de la Tierra, cerca del cuartel general del Consejo de los Mundos, en Manhattan.

Siendo central como lo era en la escala interplanetaria, las funciones administrativas de la Junta estaban ampliamente dispersas por toda la ciudad. La joven de veintiún años de edad «Ellen Troy» no tuvo grandes dificultades para encontrar trabajo en la Junta del Espacio, porque poseía unas excelentes credenciales, transcripciones electrónicas procedentes de la escuela secundaria a la que había asistido, en Queens, y de la Facultad de Ciencias Empresariales de Flushing Meadow, en la cual se había graduado a la edad de veinte años, que demostraban que poseía excelentes cualidades para el proceso de datos y de textos. Incluyó también referencias de la empresa para la que había trabajado durante un año después de graduarse, la ahora desgraciadamente inexistente «Manhattan Air Rights Development Corporation», que demostraban que había sido una empleada modelo. Ellen pasó el examen de cualificación de la Junta del Espacio como Pedro por su

casa, y se encontró colocada exactamente donde quería estar, con acceso a la red de computadores intercomunicados del sistema solar, protegida en su anonimato por un nuevo nombre y un nuevo aspecto (Sparta ya no tenía el pelo castaño, ya no tenía el rostro adusto aunque bello, ni ocultaba los dientes detrás de unos labios delgados permanentemente cerrados; en lugar de eso tenía los labios carnosos, ligeramente separados), y además se hallaba camuflada por una enorme burocracia en la cual figuraba sólo como un número más.

El plan de Sparta era a la vez osado y cauto, simple e intrincado. Aprendería lo que pudiera de los inmensos bancos de datos de la Junta. Después, por mucho esfuerzo que le costase hacerlo, se ganaría una placa de inspector de la Junta del Espacio; cuando hubiera logrado eso, habría obtenido toda la libertad que necesitaba para actuar...

En este plan sólo había unas cuantas dificultades de poca importancia. Ahora sabía que en algún momento, cuando tenía dieciocho años, el primero de los tres años que no podía recordar, la habían cambiado de un modo muy significativo, más allá de lo que era evidente; es decir, estaba cambiada más allá de sus intensificados sentidos del gusto, olfato, oído y vista, más allá incluso de las espinas PIN que tenía debajo de los dedos, de las implantaciones de polímero que ya se estaban poniendo de moda entre los ricos más avanzados de ideas. (Ella hacía lo que podía para ocultar las que tenía porque Ellen Troy era hija de la clase trabajadora).

Tales alteraciones le habían dejado señales en el interior del cuerpo, algunas de las cuales aparecían en los exámenes médicos rutinarios. Ideó una historia a modo de tapadera, tarea no demasiado difícil... Pero además tuvo que aprender a controlar ciertas habilidades extraordinarias, algunas de las cuales eran obvias, otras inesperadas, y otras se manifestaban en los momentos más inoportunos. En la mayoría de los casos Sparta ya no notaba el gusto de aquello que no quería saborear, no oía lo que no quería oír, ni veía lo que no quería ver —por lo menos cuando estaba consciente—, pero de vez en cuando se veía vencida por ciertas sensaciones extrañas y sentía algunos impulsos de los que no lograba ser absolutamente consciente.

Mientras tanto, la vida y el trabajo seguían su curso; pasó un año, luego dos. Una mañana de agosto, caliente y húmeda, Sparta se inclinó sobre los papeles que tenía encima del escritorio, copias de documentos y artículos que había estudiado larga y detenidamente muchas veces antes. Ninguno de ellos era secreto, todos resultaban de fácil acceso para el público, y documentaban los inocentes principios del proyecto SPARTA. Uno de ellos empezaba así:

PROPUESTA sometida al Ministerio de Educación de los Estados Unidos para un proyecto de demostración en el desarrollo de inteligencias múltiples.

Introducción

Frecuentemente se ha sugerido que el cerebro del ser humano medio posee un potencial del que no es consciente para el crecimiento y el aprendizaje, potencial que pasa desapercibido en todos excepto en una minúscula y aleatoria minoría de individuos que reconocemos como «genios». De vez en cuando se han sugerido programas educativos que tendrían como meta la potenciación de esta capacidad intelectual no utilizada en el niño que está en período de desarrollo. No obstante, en ninguna época antes de la presente se ha podido identificar métodos reales para estimular el crecimiento intelectual, y mucho menos sujetos a control y aplicación consciente.

Las afirmaciones en contra de esto han resultado, en el peor de los casos, falsas, y en el mejor, difíciles de verificar.

Además, su punto de vista erróneo insiste en que la inteligencia es un rasgo singular y cuantificable, un rasgo genético que se hereda, punto de vista perpetuado por el continuo y extendido uso de tests para calibrar el Coeficiente de Inteligencia que están desacreditados desde hace mucho tiempo, y que llevan a cabo escuelas y otras instituciones. Este uso continuado sólo puede entenderse como un intento de los administradores por encontrar un pronóstico conveniente (y muy probablemente autosatisfactorio) sobre el cual basar la distribución de recursos percibidos como escasos. El continuo uso del Coeficiente de Inteligencia ha tenido un efecto sorprendente en las pruebas de teorías alternativas.

Los autores de esta propuesta pretenden demostrar que no existen genios unidimensionales, que cada ser humano individual posee muchas inteligencias, y que varias, quizá todas, de esas inteligencias pueden ser educadas y estimuladas en su crecimiento mediante la simple y consciente intervención por parte de algunos profesores y técnicos educadores convenientemente preparados...

Despojado de la pelusa académica, este documento —un borrador rechazado por el Gobierno, al cual se le había presentado, y que databa de algunos años antes de que la propia Sparta hubiera nacido— era una clara exposición de lo que los padres de Sparta habían llevado a cabo.

Sus padres eran científicos cognitivistas, emigrados húngaros con especial interés por el desarrollo humano. En opinión de ellos, el número de Coeficiente de Inteligencia, falto de significado inherente, era una etiqueta que bendecía a algunos, condenaba a muchos, y consolaba fácilmente a los racistas. Lo más pernicioso era la peculiar idea de que algo, en cierto modo misterioso, conocido como Coeficiente de Inteligencia, no sólo era hereditario, sino fijo, y que ni siquiera la intervención más beneficiosa durante el crecimiento del niño podía incrementar la cantidad de esa

sustancia mental mágica, por lo menos no más allá de unos cuantos e insignificantes puntos en el porcentaje.

Los padres de Sparta se propusieron demostrar lo contrario. Pero a pesar de su retórica revolucionaria, el público, las agencias que subvencionaban la investigación percibieron algo pasado de moda en aquellas ideas tan convencionales y pasaron varios años antes de que el apoyo se materializase en forma de una modesta ayuda proveniente de un donante anónimo. Su primer sujeto de experimentación, tal como lo exigían sus convicciones, fue su propia hija de corta edad. En aquellos días se llamaba Linda.

No mucho después, el Estado de Nueva York, y luego la «Fundación Ford», aportaron otras becas por su parte. El proyecto «SPARTA» tomó el nombre de las siglas, y adquirió una pequeña plantilla de personal y varios nuevos estudiantes. Cuando llevaba oficialmente dos años de andadura, la sección de Ciencia del *New York Times* publicó una nota:

Como Toro en Zorra, Oso en Erizo.

Psicólogos de la «Nueva Escuela de Investigación Social» esperan resolver un problema muy discutido que se remonta por lo menos al siglo VIII *a. C.*, cuando el poeta griego Arquíloco hizo la enigmática declaración de que «La zorra sabe muchas cosas, pero el erizo sabe una sola, aunque grande». Últimamente este comentario del poeta ha simbolizado el debate entre los que piensan que las inteligencias son muchas —lingüística, corporal, matemática, social, etc.—, y los que creen que la inteligencia se presenta en bloque, como una suma compacta que está simbolizada con una puntuación del Coeficiente de Inteligencia, puntuación que muestra resistencia al cambio y que con toda probabilidad puede achacarse a los genes de la persona.

Ahora surgen nuevas pruebas procedentes de la «Nueva Escuela» en favor de la zorra...

Otros artículos y reportajes, en un círculo cada vez más amplio de medios de comunicación, dieron esplendor al proyecto «SPARTA». La niña que fue su primer, y durante algún tiempo único, sujeto se convirtió en una estrella, en una estrella misteriosa cuyos padres insistían en mantener fuera de la vista del público; no había fotos de ella entre los recortes y fichas del escritorio de Ellen Troy. Luego finalmente el Gobierno territorial de los EE. UU. se interesó por el proyecto.

—Ellen, tú ocultas algo.

Sparta levantó la vista y miró al ancho y moreno rostro que tenía delante. La corpulenta mujer no sonreía precisamente, sino que su expresión acusadora ocultaba maldad.

—¿De qué habla usted, jefe? —le preguntó Sparta. La mujer dejó caer todo su

considerable peso en el sillón que había ante el escritorio de Sparta, el escritorio de Ellen Troy.

—Para empezar por el principio, guapa, has vuelto a solicitar que te saquen de debajo de mi dedo pulgar, *otra vez*. ¿Crees que la Hermana Arlene no sabe lo que pasa en su propio departamento?

Sparta sacudió la cabeza enérgicamente una sola vez.

—No oculto nada. He estado intentando salir de este escritorio durante los dos últimos años. Lo he hecho tan a menudo como las normas me permiten solicitarlo.

El escritorio en cuestión era uno de los cincuenta, todos exactamente iguales, del Departamento de Proceso de Información de la División de Servicios de Investigación de la Junta de Control del Espacio, con sede en un edificio de ladrillo rosa y cristal azul que daba a la Union Square de Manhattan.

La jefa, Arlene Díaz, era la directora del departamento de Proceso de Información.

—Tú y yo, las dos, sabemos que cualquiera que haya sido sometido a la cirugía a que tú has sido sometida no tiene la menor oportunidad de salir de la oficina y pasar a desempeñar otras funciones. De modo que, ¿cómo es que tú no paras de hacer justamente eso? ¿Cómo es que no haces más que intentar salir de aquí?

—Porque no pierdo la esperanza de que haya alguien entre los de arriba que tenga un poco de sentido común, por eso. Quiero que se me juzgue por lo que soy capaz de hacer, Arlene, no por lo que está registrado en mis exámenes médicos.

Arlene lanzó un fuerte suspiro.

—Verdad es que los supervisores del campo son muy parciales en cuanto a los especímenes perfectos.

—No hay nada malo en mí, Arlene. —Sparta permitió que el color le subiera a las mejillas—. Cuando tenía dieciséis años cierto borracho me aplastó a mí y a mi *scooter* contra un poste de la luz. Vale, la motocicleta quedó para el arrastre. Pero a *mí* me remendaron..., todo está archivado para que lo mire quienquiera que tenga interés en ello.

—Tienes que admitir que eso fue un remedio muy raro, guapa. Todos esos *terrones*, *alambres* y espacios *huecos*... —Arlene hizo una pausa—. Lo siento. Tú no lo sabías, pero es política común aquí que cuando una persona pide el traslado, su supervisor se siente ante el panel de revisiones. Yo he considerado con especial cuidado tus informes médicos, querida. Más de un par de veces.

—Los médicos que me remendaron lo hicieron lo mejor que pudieron. —Sparta parecía avergonzada, como si se estuviera disculpando por ellos—. Eran talentos de provincias.

—Lo hicieron estupendamente —dijo Arlene—. No es que fuera la «Clínica Mayo», pero lo que hicieron funciona.

—Ésa es tu opinión. —Sparta arqueó las cejas, se puso a estudiar a su jefe y empezó a entrar en sospechas—. Y, ¿qué es lo que piensan los demás del panel? —Al ver que Arlene no contestaba, Sparta sonrió—. Embustera —le dijo—. *Eres tú quien esconde algo.*

Arlene le devolvió la sonrisa.

—Felicidades, guapa. Vamos a echarle mucho de menos por aquí.

Pero no resultó tan fácil.

Allí estaban los físicos para empezar con todo otra vez; mentiras que ensayar para mantener invariables, documentos electrónicos falsos que mostrar instantáneamente para respaldar las nuevas historias inventadas.

Y luego el trabajo. El entrenamiento básico de seis meses necesario para convertirse en investigador de la Junta Espacial era tan riguroso como el de cualquier astronauta. Sparta era lista, rápida, coordinada y capaz de almacenar mucha más sabiduría de la que los instrumentos de la academia podían impartir (capacidad que no dejó entrever), pero no era físicamente fuerte, y algunas de las cosas que le habían hecho por motivos que aún estaba tratando de comprender, la habían dejado altamente sensible al dolor y vulnerable a la fatiga. Quedó claro desde el primer día que Sparta estaba en peligro de llegar al agotamiento.

Los que se preparaban para ser investigadores no vivían en barracones; la Junta Espacial los consideraba adultos que aparecerían por las clases si querían hacerlo, y mientras tanto no meterían la nariz en problemas, pues eran responsables de ellos mismos. Sparta se presentaba diariamente en los locales de la división de entrenamiento, en los pantanos de Nueva Jersey, y cada noche tomaba el magnoplano hacia Manhattan, preguntándose si tendría el valor para volver a la mañana siguiente. Era un trayecto largo, no tanto en minutos como en la repetida lección de la clase de mundo en que vivía. La dulce Manhattan era una joya montada dentro de una ciénaga; estaba rodeada de hierbas marinas y granjas de algas que llenaban los ríos que en otro tiempo fluían, lo que hacía que Manhattan fuera una isla circundada de unas chabolas espantosas y casuchas en ruinas más allá de las orillas del río, y que estuviera completamente amurallada por refinerías humeantes que transformaban los desperdicios humanos y la basura en hidrocarburos y metales aprovechables.

Sobrevivió a duras penas las pruebas de shock del principio: eléctricos, termales, clínicos, de luz, de ruido, vueltas para soportar la fuerza centrífuga, desorientación espacial en la jaula, máxima tensión, cosas todas ellas que le consumían por completo las energías en la silenciosa y secreta defensa de sus delicadas estructuras nerviosas. Con enormes esfuerzos logró pasar los cursos de obstáculos, los de armas pesadas, los deportes de contacto, en los que la fuerza bruta de los otros jugadores a menudo vencía la gracia y la rapidez de la muchacha. Exhausta, magullada, con los músculos

ardiendo a causa del esfuerzo y los nervios destrozados, entraba tambaleante en el magnoplano, se deslizaba suavemente entre los fuegos y el humo del Purgatorio, llegaba a su casa NoHo y se subía a la cama en el condoapartamento que compartía con tres desconocidas a las que apenas veía.

Algunas veces la soledad y el desánimo se llevaban la mejor parte de su persona, y entonces lloraba hasta quedarse dormida, preguntándose por qué hacía aquello y cuánto tiempo podría seguir haciéndolo. La segunda pregunta dependía de la primera. Si flaqueaba en su creencia de que ganarse las credenciales de investigador de la Junta Espacial le permitirían el acceso, la libertad que necesitaba para saber lo que necesitaba saber, su resolución se desmoronaría rápidamente.

Y por la noche estaban los sueños. En un año no había encontrado un modo seguro de controlarlos. Comenzaban de manera bastante inocente con algún fragmento del pasado lejano, como la cara de su madre, o del pasado inmediato, como algún muchacho que hubiera conocido aquel mismo día o una clase para la que no había estado preparada o para la que había estado más que preparada. Luego aquellos sueños seguían adentrándose en los oscuros pasillos de un edificio interminable, una meta imprecisa que tenía que alcanzar si tan sólo pudiera encontrar el camino por aquel laberinto; la sensación de que sus amigos estaban con ella, pero también de que se encontraba completamente sola, de que no importaba si encontraba o no lo que necesitaba, pero que si no lo encontraba moriría. Y luego las luces de colores venían dando vueltas, suavemente, desde los bordes, y el tumulto de olores la vencía.

Los aspirantes a investigadores tenían libre los domingos. Sparta solía pasarlos paseando por Manhattan, de un extremo al otro, desde el Battery hasta el Bronx, aunque lloviera, nevara, cayera aguanieve o hiciera viento. A pesar de que no era fuerte, era dura. Sesenta kilómetros en un día no eran algo fuera de lo habitual para ella. Caminaba para liberar la mente de pensamientos fijos, de la necesidad de detectar, planear y almacenar datos. Un descanso mental periódico era esencial para evitar sobrecargarse y desfallecer.

Tal como había sido concebido en su origen, el proyecto «SPARTA» nunca habría utilizado implantaciones cerebrales artificiales. Pero cuando entraron a formar parte del mismo agencias gubernamentales, el proyecto dio un giro; de pronto hubo muchos más estudiantes, y nuevas y mayores instalaciones. Sparta era entonces una adolescente, y al principio no le pareció raro que ahora viera menos a sus ocupados padres, ni tampoco que viera menos a los demás miembros, la mayoría de ellos niños más pequeños que ella; sólo uno o dos se aproximaban a la edad de Sparta. Un día su padre la llamó al despacho y le explicó que iban a enviarla a Maryland para una serie de evaluaciones que el Gobierno deseaba hacerle. Le prometió que él y la madre de

Sparta la visitarían con tanta frecuencia como les fuera posible. Su padre parecía estar entonces sometido a una enorme tensión; antes de que la joven abandonase el despacho, la abrazó con fuerza, casi desesperadamente, pero no le dijo nada más que «Adiós» y «Te queremos» en un murmullo. Un hombre que tenía el pelo naranja había permanecido todo el tiempo en el despacho, mirando la escena.

De lo que ocurrió a continuación su memoria sólo conservaba algunos fragmentos. Allá en Maryland habían hecho mucho más que someterla a pruebas, pero muchas de las cosas que le habían hecho en el cerebro no las había deducido ella hasta hacía sólo muy poco tiempo. Lo que le habían hecho en el cuerpo aún estaba aprendiéndolo.

Sparta subió caminando la espaciosa longitud de Park Avenue, hacia el Gran Invernadero Central. Estaban a principios de primavera, y el día era soleado y cálido. A lo largo de la avenida las hileras de cerezos decorativos estaban en flor, y los fragantes pétalos rosados flotaban como confetti perfumados e iban a caer sobre el resplandeciente paseo. Acero y vidrio brillante, hormigón y granito pulidos se alzaban por doquier en torno a ella; algunos helicópteros trillaban los carriles de aire entre las cimas de los edificios. Autobuses y, de vez en cuando, un coche patrulla de la Policía, pasaban susurrando sobre el liso pavimento. Los magnoplanos zumbaban con veloz seguridad a lo largo de delgadas vías de acero sostenidas en alto sobre elevados pilones, mientras que unos antiguos y pintorescos vagones eléctricos de Metro, pintados de colores, traqueteaban y chirriaban bajo los pies de Sparta, visibles a través del pavimento de bloques de vidrio.

A principios de siglo, cuando los Estados del Atlántico central habían decidido fusionarse por conveniencias administrativas, Manhattan fue designado como centro de demostración federal, «Parque Nacional de los Rascacielos», como lo llamaban los cínicos. Aunque la isla estaba rodeada de industrias malolientes y suburbios fétidos, las calles de la ciudad modelo se hallaban atestadas de gente, y la mayoría de las personas que constituían dicha multitud tenían muy buen aspecto, iban vestidos con ropas caras y vistosas y mostraban unos rostros en los que se reflejaba la felicidad. En los centros de demostración federal la pobreza era un crimen, y estaba castigada con la colonización.

Sparta no se contaba entre los que estaban alegres. Sólo faltaban dos meses para que le dieran el suspenso o el aprobado en su programa de entrenamiento. Después de aquello el esfuerzo físico se aliviaría un poco y su lugar lo ocuparía la parte académica, pero en aquellos precisos instantes la muchacha temblaba y estaba a punto de abandonar. Todavía faltaban sesenta agotadores días. En aquel momento le daba la impresión de que no lo lograría.

Al aproximarse a los jardines de la alameda de la Calle 42 notó que un hombre la seguía. Se preguntó cuánto tiempo llevaría siguiéndola; ella había estado

deliberadamente distraída caminando en un estado de semitrance, de lo contrario lo habría advertido al instante. El hombre quizá fuera alguien de la división de entrenamiento que la estaba espiando. Pero quizá se tratase de alguien diferente.

Se obligó a ponerse alerta al máximo. Se detuvo en un puesto de flores y se llevó a la nariz un ramo de narcisos amarillos. Las flores no tenían perfume alguno, pero el embriagador olor vegetal le explotó en el cerebro. Se puso a escudriñar por entre las flores, cerrando un ojo, enfocando de cerca con su mirada de macrozoom...

El hombre era joven, y llevaba el espeso pelo de color castaño rojizo muy corto, a la moda; vestía una chaqueta de polímero negro brillante, con mucho estilo. Era un joven atractivo, de evidente ascendencia china e irlandesa negra; tenía los pómulos altos, suaves ojos oscuros, y el rostro salpicado de pecas; en aquellos momentos parecía extrañamente incómodo e inseguro.

En el momento en que Sparta entraba en el puesto de flores, el hombre vaciló, y durante unos instantes la muchacha pensó que él iba a acercársele para decirle algo. Pero en lugar de eso, el joven se dio media vuelta y fingió mirar atentamente lo que se hallaba expuesto en el escaparate de la tienda que se encontraba más cerca. Con evidente consternación por su parte, pues se trataba de una tienda de confección que exhibía ropa interior femenina, muy cara. Cuando el joven se dio cuenta de qué era lo que estaba mirando, la piel se le iluminó debajo de las muchas pecas.

Sparta lo había identificado al instante, aunque la última vez que lo había visto él tuviera un aspecto completamente distinto; en aquella ocasión el joven sólo contaba dieciséis años. Por aquella época tenía aún más pecas, y el pelo cortado a cepillo presentaba un tono más rojizo. Se llamaba Blake Redfield. Era un año más joven que ella, y el más cercano en edad de todos los demás estudiantes que formaban parte del proyecto original «SPARTA».

Pero la muchacha se dio cuenta de que él no estaba aún seguro de reconocerla. Al contrario que la chica a quien recordaba, cuyo pelo era largo y castaño, Ellen Troy era rubia, de un tono descolorido; llevaba el pelo cortado de una manera práctica y corriente, liso y corto. Tenía los ojos azules y los labios carnosos. Pero a pesar de todos aquellos cambios superficiales, la estructura ósea facial de Ellen no había sufrido alteración alguna, pues no habría podido ser alterada sin riesgo, así que en gran medida Ellen seguía pareciéndose a aquella muchacha que se llamaba Linda.

Afortunadamente, Blake Redfield seguía siendo tan vergonzoso como siempre; era demasiado tímido para acercarse a una desconocida por la calle.

Sparta le entregó al vendedor de flores la tarjeta magnética, cogió los narcisos y siguió paseando. Sintonizó el oído con las pisadas de Blake, amplificando y diferenciando el distintivo «click, click» de sus talones entre los cientos de otros muchos taconazos, repiqueteos y arrastrar de pies que la circundaban. Era esencial despistarlos, pero había que hacerlo de tal modo que él no se percatase de que lo había

descubierto. Paseando sin rumbo, tal como había venido haciendo antes, pasó bajo los arcos del Gran Invernadero Central.

La última vez que ella había visitado el invernadero, el escenario estaba constituido por arena, rocas y plantas espinosas, con retorcidos y desiertos picos que se alzaban a lo lejos. Pero el tema de este mes era tropical. Por todas partes había palmeras y árboles de hoja caduca que se alzaban hacia el elevado techo, y diáfanos emparrados de vides y orquídeas bajaban hacia el suelo. Un holograma panorámico de Eastman Kodak hacía que la vista de la jungla se extendiera hasta formar un lejano paisaje de bruma y cascadas de agua.

Había mucha gente en el invernadero, pero la mayoría se encontraba en el entresuelo mirando desde arriba hacia las galerías de selva, o paseaban por los amplios senderos que rodeaban el bosque central. Sparta se detuvo y luego se adentró entre los árboles con aire indiferente. La espesa alfombra de hojas que cubría el suelo amortiguaba los gritos de los monos y los chirridos de los loros que se hallaban subidos a los árboles. La muchacha se adentró unos cuantos pasos en las verdes sombras, y entonces, sin necesidad siquiera de ampliación, pudo oír con claridad en el sendero las pisadas de Blake, que iba detrás de ella.

Como sin darle importancia, torció por un camino estrecho detrás de un emparrado de vides tan gruesas y enmarañadas como los tentáculos de un calamar gigante... Las pisadas de Blake titubearon, pero finalmente él también torció y continuó tras el rastro de la muchacha.

Otro giro detrás de unas hojas oscuras, satinadas y tan grandes como las orejas de un elefante, de las que recibían el nombre, aunque éstas eran algo más tiesas, como cuero muerto y seco. Y otro giro más entre las rodillas de un baniano desparramado, cuyas raíces, semejantes a velos de madera pálida, eran tan lisas y delgadas como el travertino. De pronto Sparta se topó con la sobrecogedora cascada que descendía en torrentes silenciosos adentrándose en el brillante desfiladero que había debajo. Detrás de ella, Blake seguía acercándose, pero ya titubeante.

El verdadero trueno de la catarata estaba amortiguado, pero una realista bruma emanaba de algunos aparatos de lluvia artificial que se hallaban situados en lo alto de las paredes, invisibles tras la proyección holográfica. Un mirador para contemplar el panorama provisto con una rústica barandilla de bambú, en aquel momento desierto, se hallaba colgando al borde mismo del inmenso desfiladero ilusorio en el cual caía el agua de la catarata.

Sparta se agachó contra el tronco de un árbol, preguntándose qué podría hacer. Había confiado en que despistaría a Blake Redfield dejándolo atrás en el bosque de lluvia, pero no resultaba tan fácil sacárselo de encima. Se arriesgó a perder ella misma la noción de su propio paradero y sintonizó el oído con el zumbido de alta frecuencia que producía el sistema de proyección del holograma «Kodak». El circuito

encargado de la profundidad de enfoque estaba montado en alguna parte de la pared, a unos cuantos pasos delante de Sparta. La forma de las pulsaciones eléctricas le proporcionaba una aproximación burda del programa, pero la muchacha no tenía acceso físico al centro de control.

Y entonces una incómoda sensación se adueñó de ella, extendiéndose desde la mitad del cuerpo hacia arriba, por el pecho y los brazos. El vientre empezó a arderle. Aquella sensación le resultaba extraña y familiar al mismo tiempo. Meses atrás, mientras estudiaba sus propios informes médicos, había visto las estructuras en forma de láminas que tenía debajo del diafragma y creyó saber que eran poderosas baterías de polímeros; pero no podía recordar cómo se usaban, ni siquiera para qué servían. Ahora, de repente, como respondiendo a su inconsciente demanda, aquel recuerdo había vuelto a ella.

Estiró los brazos y las manos y los curvó formando el arco de una antena de microondas. Su máscara facial se tensó a causa de la concentración. Los datos le cayeron en cascada por los lóbulos frontales; la muchacha lanzó un rayo con la ráfaga de instrucciones al corazón del procesador de control de proyección.

El holograma saltó hacia delante. Toneladas de agua cayeron sobre ella...

... y se encontró mirando fijamente la pared de mármol pulido de la vieja estación de tren. Bajó los brazos y se relajó tras aquel trance. Se puso a caminar hacia la fingida barandilla del mirador, el cual se alzaba en el suelo a menos de un metro de la pared. Por encima de Sparta una profusión de proyectores de hologramas parpadeaban en amarillo, azul y violeta. Se dio la vuelta y miró los árboles de la jungla. No podía ver nada del holograma animado desde dentro de la proyección, pero si las instrucciones que acababa de proyectar habían funcionado, el aparente borde de aquel profundo desfiladero debía de encontrarse en aquel momento al final del sendero, justo delante de los árboles...

Blake emergió de la jungla, dio un par de pasos hacia ella y después se detuvo, mirando fijamente más allá de la cabeza de Sparta, hacia los torrentes de agua que caían formando cascada. Siguió con los ojos el camino que tomaba el agua al caer en el desfiladero.

La muchacha estaba vuelta de espalda a la barandilla. Con sólo dar un paso habría podido alargar la mano y tocar aquella cara pecosa, atractiva y amiga. Un paquete de chicle arrugado yacía en el suelo entre ambos, precisamente en el lugar donde él veía cañones de bruma. La luz que se proyectaba sobre el joven era justamente la que los focos del invernadero y la proyectada agua blanca del holograma derramaban sobre él. No había nada en absoluto entre ellos dos, excepto el paquete de chicle y aquella luz insustancial.

Sparta recordó cuánto le había gustado aquel muchacho en otra época, aunque a la edad que tenía entonces no le interesaban mucho los chicos —al fin y al cabo,

Sparta era una sofisticada muchacha de diecisiete años y él sólo era un tipo desgarrado de dieciséis—, y de todos modos lo más probable era que el hecho de comunicar sentimientos sencillos no se le diera demasiado bien.

Ahora, por el simple hecho de saber que ella existía, Blake podía destruirla. El joven se pasó una mano por el pelo castaño rojizo; luego se dio media vuelta, un poco confuso, y se adentró en la jungla. Sparta se agazapó bajo la barandilla. Caminó a lo largo de la pared de mármol liso, emergió por detrás de la cascada y desapareció por un pasillo atestado de gente que iba a dar a Madison Avenue.

Blake Redfield se detuvo entre los árboles y se dio la vuelta para mirar el agua que caía en cascada. Él era un producto de los comienzos del proyecto «SPARTA», el «SPARTA» puro, antes de que se disolviese. No habían manipulado su naturaleza física, sólo habían interferido en las condiciones de su educación. No tenía ojos con lentes de zoom, ni oídos sintonizables, ni RAM intensificado en el cerebro, ni espinas PIN debajo de las uñas, ni baterías en el vientre o antenas envueltas alrededor de los huesos.

Pero poseía también una inteligencia múltiple lo suficientemente brillante como para reconocer a Linda inmediatamente, una inteligencia lo suficientemente brillante como para haberse dado cuenta de inmediato de que ella no deseaba que la reconociera. Y también era lo suficientemente curioso como para preguntarse por qué. Al fin y al cabo, siempre había sospechado que Sparta estaba muerta...

De modo que la siguió hasta que la muchacha desapareció. Blake no estaba muy seguro de cómo ella se las había arreglado para hacerlo, pero tenía la certeza de que lo había hecho a propósito.

Durante mucho tiempo Blake se había estado preguntando qué habría sido de ella. Ahora sólo se preguntaba cuánto le costaría averiguarlo.

Segunda parte

LOS SIETE PILARES DE LA SABIDURÍA

5

En la última parte del siglo XXI el cielo se había vuelto aún más transitado, tanto a bajos niveles como en el espacio, hasta el punto de que la pequeña Tierra se vio tan rodeada como el gigante Saturno, pero con máquinas y vehículos, no con inocentes bolas de nieve. Había brillantes estaciones de energía que recogían la luz del sol y enviaban rayos de microondas a granjas situadas en Arabia, Mongolia, Angola y Brasil. Había refinerías que utilizaban la luz del sol para fundir metales a partir de la arena lunar y de algunos asteroides capturados, o que destilaban hidrocarburos a partir de condritas carbonáceas y extraían diamantes de meteoritos. Había fábricas que usaban estos materiales para hacer unos cojinetes de bolas perfectos, para elaborar el antibiótico perfecto, para sacar el polímero perfecto. Había terminales de lujo para abastecer a las grandes naves interplanetarias de viajeros y entretener a los acaudalados pasajeros que iban en ellas, y había astilleros en órbita para las naves de carga que estaban trabajando. Había una docena de muelles, dos docenas de estaciones científicas, cien satélites meteorológicos, quinientos satélites de comunicaciones, mil ojos espías, todos ellos centelleando intermitentemente entre las estrellas nocturnas, midiendo la Tierra, registrándola en busca del último de sus recursos, controlando el flujo de su preciosa y escasa agua corriente, observando y escuchando las alianzas constantemente cambiantes, los esporádicos estallidos de batallas en la superficie del mundo existente allá abajo, como el virulento combate de tanques y helicópteros que en aquellos momentos se desarrollaba con gran furia en el sur de la parte central de Asia. A causa de un intrincado tratado internacional, todas las armas cuyo alcance fuera superior al kilómetro estaban prohibidas en el espacio, incluidos los cohetes, las ametralladoras, los proyectores de rayos, cualquier clase de artefactos de energía dirigida e incluso los satélites explosivos, cuyos cascotes se expandían sin control; pero no estaban incluidos los satélites propiamente dichos. De manera que había otros cuantos miles de objetos en órbita alrededor de la Tierra que eran esencialmente inertes, poco más que bolsas de rocas lunares, maliciosas amenazas de destruir las instalaciones orbitales por simple colisión, que unos bloques de poder utilizaban contra otros, aunque también estaba implícita la capacidad de destruir ciudades enteras de la Tierra mediante meteoritos artificiales teledirigidos.

Sin embargo, la mayor parte del vertiginosamente revuelto planeta mantenía una incómoda paz, cosa que resultaba asombrosa. La «Alianza del Tratado del Norte

Continental», que estaba formada por los rusos, los europeos, los canadienses y los americanos, a los que normalmente se llamaba euroamericanos, llevaban muchos años en buenas relaciones con la «Esfera de Prosperidad Mutua del Dragón Azul Celeste», normalmente conocidos como nipochinoárabes. Juntos, los conglomerados industriales habían cooperado en la construcción de estaciones en los planetas más cercanos o alrededor de los mismos, así como en el Cinturón Principal. Los latinoafricanos y los indoasiáticos tenían sus propias estaciones, y habían fundado colonias poco importantes en dos de las lunas de Júpiter. El aliciente de la colonización del sistema solar había, al mismo tiempo, agudizado y, paradójicamente, atenuado las rivalidades existentes en la Tierra; la rivalidad era un hecho, pero ningún grupo quería arriesgar sus líneas de comunicación.

Viajar por el espacio nunca había resultado barato, pero a principios de siglo se había cruzado una línea divisoria económica, como un collado de montañas pequeñas que, no obstante, marcaba una división continental. La tecnología nuclear se llevó a su esfera más apropiada, el espacio exterior; los principios eran suficientemente simples y las técnicas suficientemente fáciles de dominar como para que las empresas privadas pudieran tomar parte en el mercado del transporte interplanetario. Y con las naves de transporte vinieron los astilleros, los diques de carena, los equipadores.

Los «Astilleros Falaron», uno de los primeros, se hallaban en órbita a una altura de seiscientos cincuenta kilómetros. En el momento presente, el único buque que había en los astilleros era un antiguo carguero atómico al que se le estaba dando un repaso general y un lavado de cara; un núcleo de reactores nuevo, inyectores nuevos en los motores principales, sistemas de soporte de vida restaurados, y pintura nueva por dentro y por fuera. Cuando todo el trabajo estuviese terminado, la nave iba a entrar de nuevo en activo y se le iba a bautizar con un nombre nuevo y bastante grandilocuente: *Star Queen*.

Los enormes motores atómicos ya habían sido montados y probados. Trabajadores con trajes espaciales que manejaban soldadores de plasma estaban acoplándole las bodegas nuevas, grandes cilindros que se sujetaban al fino tubo central que la nave tenía por debajo del módulo esférico destinado a albergar a la tripulación.

El parpadeo y resplandor de los soldadores arrojaba planos de sombra a través de las ventanas del despacho. A la luz de aquella estrecha iluminación, el erizado bigote del joven Nikos Pavlakis producía cuernos de sombra negra, lo que le proporcionaba un aspecto demoníaco.

—Te maldigo por mentiroso y ladrón, Dimitrios. Nos has asegurado repetidamente que todo se desarrollaba dentro de los plazos acordados, que todo estaba bajo control. «¡No hay problema, no hay problema!», me decías. ¡Y ahora dices que nos retrasaremos un mes si no estoy dispuesto a soportar el coste de las

horas extras!

—Lo siento terriblemente, muchacho, pero nos hallamos indefensos en manos del consorcio de trabajadores. —Dimitrios extendió las manos queriendo demostrar impotencia, aunque costaba trabajo hallar algún signo de remordimiento en aquella cara ancha y arrugada—. No puedes esperar que corra yo solo con todo el gasto de la extorsión.

—¿Cuánto te darán ellos a ti? ¿El diez por ciento? ¿El quince? ¿Cuál es la comisión que recibes por ayudar a robar a tus amigos y parientes?

—¿Cómo puedes ser tan duro y decirme estas cosas, Nikos?

—Fácilmente, viejo ladrón.

—¡Yo te he tenido en las rodillas como si fueras mi propio ahijado! —objetó el viejo.

—Dimitrios, te he conocido tal como eres desde que yo tenía diez años. No estoy ciego, como mi padre.

—No se puede decir que tu padre esté ciego precisamente. Y no te quepa la menor duda de que estas calumnias se las voy a contar. Quizá será mejor que te vayas..., antes de que pierda la paciencia y te arroje al vacío.

—Me esperaré a que le llames, Dimitrios. Me gustaría oír lo que vas a decirle.

—¿Crees que no lo haré? —gritó Dimitrios con el rostro ensombrecido. Pero no hizo ademán de coger la radio. Un enorme frunce se le formó en el entrecejo, digno de Pan—. Yo ya tengo el pelo gris, hijito. Tú lo tienes castaño. Durante cuarenta años he...

—Otros astilleros se atienen por completo a sus contratos —le interrumpió Pavlakis, impaciente—. ¿Por qué es un incompetente el propio primo de mi padre? ¿O es que hay algo más que mera incompetencia?

Dimitrios dejó de actuar de manera emocionada. La expresión del rostro se le heló.

—En los negocios hay más cosas de las que están escritas en los contratos, pequeño Nikos.

—Dimitrios, tienes razón: tú *eres* viejo, y el mundo ha cambiado. Ahora, en la actualidad, la familia Pavlakis dirige una línea de transporte. Ya no somos contrabandistas. Ya no somos piratas.

—Estás insultando a tu propia fa...

—Nosotros tenemos ahora la posibilidad de hacer más dinero en este *contrato* con la «Compañía Minera Ishtar» del que tú hayas podido soñar en todos tus años de latrocinio de poca monta —le gritó enojado Pavlakis—. Pero la *Star Queen* debe estar lista a tiempo.

Lo que en aquel cerrado aire artificial flotaba entre ellos, conocido por ambos aunque no se mencionara, era la desesperada situación de las en otro tiempo

poderosas «Líneas Pavlakis», que de los cuatro cargueros interplanetarios que poseyeran habían quedado reducidas al único y viejo buque que ahora se encontraba en los astilleros. Dimitrios había dado a entender que él tenía soluciones creativas para aquel tipo de problema, pero el joven Pavlakis no quería ni oír hablar de ellas.

—Enséñame, joven maestro —le dijo el viejo con voz temblorosa y llena de sarcasmo—. ¿Cómo hay que hacer, en este nuevo mundo del que hablas, para convencer a los obreros de que terminen el trabajo sin el incentivo de las acostumbradas horas extras?

—Ya es demasiado tarde para ello, ¿verdad? Tú te has ocupado de eso. —Pavlakis se fue hacia la ventana y se quedó contemplando el resplandor de los soldadores de plasma. Habló de espaldas al viejo—. Muy bien, que sigan con ello, y mientras tanto acepta tantos sobornos como puedas, canoso. Éste será el último trabajo que hagas para nosotros. ¿Y quién más querrá tener tratos contigo entonces?

Dimitrios echó hacia arriba la barbilla, despidiéndose.

Nikos Pavlakis tomó un transbordador con destino Londres aquella misma tarde. Iba sentado maldiciéndose por haber perdido el temple. Mientras la nave descendía produciendo un agudo sonido al cruzar la atmósfera en dirección a Heathrow, Pavlakis hacía pasar entre los dedos las cuentas de un rosario de color ámbar. No estaba muy seguro de que su padre fuera a apoyarlo contra Dimitrios; los dos primos tenían un largo pasado en común, y Nikos ni siquiera se atrevía a pensar en las diabluras que podían haber llegado a organizar juntos en los tempranos años en que el transporte comercial en el espacio funcionaba sujeto a unas normas bastante relajadas. Quizá su padre no consiguiera quitarse de encima a Dimitrios aunque quisiera hacerlo. Todo aquello cambiaría cuando Nikos se pusiera al frente de la empresa, desde luego..., si es que la empresa no se venía abajo antes de que eso ocurriese. Mientras tanto nadie debía conocer el verdadero estado de los asuntos de la compañía, de lo contrario todo se vendría abajo de inmediato.

Las cuentas del rosario produjeron un chasquido al mascullar Nikos una oración por que su padre disfrutase de una larga vida. Jubilado.

Para Pavlakis había sido un error enfrentarse a Dimitrios antes de estar seguro de cuál era su propia situación, pero ya no había manera de echarse atrás. Tendría que situar allí a personas en las que pudiera confiar para que se ocupasen de que el trabajo se llevase a término. Y —éste era un asunto más delicado— tendría que hacer lo que estuviera en su mano en lo referente a ampliar el plazo de la botadura.

Los cargueros, afortunadamente, no salían cada mes con destino a los planetas; no era sólo cuestión de encontrar espacio para un cargamento tan voluminoso como era aquella remesa de robots de la «Compañía Minera Ishtar». Un retraso en la salida hacia Venus de la *Star Queen* no era el mejor comienzo para un nuevo contrato, pero

con suerte no resultaría fatal. Quizá pudiera concertar una entrevista informal con Sondra Sylvester, el jefe ejecutivo de la «Compañía Minera Ishtar» antes de discutir la situación con su padre.

Ensayando los argumentos que pensaba emplear, Pavlakis fue descendiendo hacia Londres.

En aquel mismo momento la señora Sondra Sylvester se encontraba volando por el oscuro y encapotado cielo del oeste de Londres en un helicóptero de ejecutivos de la «Rolls Royce». Iba acompañada de un individuo rubicundo llamado Arthur Gordon, el cual, tras haber fallado en su intento de convencerla de que se tomase un whisky escocés, se servía una cosa de la licorera de plata «Sterling» que había cogido del bar, que estaba empotrado y cubierto por una mampara. Gordon se hallaba al frente de los Productos de Defensa en la «Rolls Royce», y estaba muy impresionado con aquella pasajera suya, alta y de ojos oscuros, elegantemente vestida de seda negra y que calzaba botas. El helicóptero volaba solo, pues ellos dos eran los únicos ocupantes, hacia los terrenos de pruebas que el Ejército tenía en Salisbury Plain.

—Suerte hemos tenido de que el Ejército estuviera deseoso de ayudar —dijo Gordon con aire expansivo—. Francamente, esa máquina tiene un gran interés para ellos; desde que nos hicimos cargo de su lanzamiento al mercado, nos han estado dando la lata todo el tiempo pidiéndonos detalles. Y no les hemos proporcionado ninguno que estuviera patentado, desde luego —continuó Gordon mirándola fijamente por encima del borde de la copa de plata con un redondo ojo castaño—. Y ellos han renunciado a meterse con nosotros oficialmente, de manera que no ha habido roces desagradables.

—No puedo imaginarme que el Ejército esté planeando maniobras en la superficie de Venus —comentó Sylvester.

—Cielos, ni yo. Ja, ja. —Gordon tomó otro sorbo de whisky—. Pero supongo que están pensando que una máquina capaz de operar en un infierno como aquél puede hacerlo fácilmente en la variedad terrestre también.

Dos días antes Sylvester había llegado a la planta para inspeccionar las nuevas máquinas, diseñadas según las especificaciones de la «Compañía Minera Ishtar» y virtualmente hechas a mano por «Rolls Royce». Se hallaban alineadas, todas en posición, esperándola en el impecable suelo de la fábrica, seis máquinas agazapadas como enormes escarabajos con cuernos y alas. Sylvester las había ido escudriñando una por una, mirando su propia imagen reflejada en la pulida superficie de aleación de titanio de las máquinas, mientras Gordon y los directores a sus órdenes permanecían de pie, radiantes de satisfacción. Después Sylvester se había vuelto hacia los hombres y les había anunciado enérgicamente que antes de aceptar la entrega deseaba ver uno de aquellos robots en acción. Quería verlo por sí misma. De

nada serviría lanzar hacia Venus todas aquellas moles si no iban a ser capaces de hacer el trabajo correctamente. Los de la «Rolls Royce» habían intercambiado astutas miradas y confiadas sonrisas. No pusieron ninguna dificultad. Habían tardado muy poco en hacer los preparativos necesarios.

El helicóptero se ladeó y descendió.

—Parece que hemos llegado —dijo Gordon—. Si mira por la ventana hacia la izquierda podrá divisar Stonehenge.

Sin excesivo apresuramiento enroscó el tapón del frasco de plata de whisky escocés; en vez de volver a ponerlo en el bar, se lo metió en el bolsillo del abrigo.

El helicóptero descendió sobre el páramo azotado por el viento, donde un pelotón de soldados vestidos de campaña se hallaba de pie en posición de firmes; los pantalones de camuflaje les aleteaban en las rodillas como banderas movidas por una brisa rígida. Gordon y Sylvester descendieron del helicóptero. Un grupo de oficiales se les acercó.

Un teniente coronel, el rango más elevado entre los presentes, se adelantó elegantemente e inclinó la cabeza en una profunda reverencia.

—Teniente coronel Guy Witherspoon, señora. A su servicio.

Pronunció «coronel».

Sylvester le tendió la mano y el militar se la estrechó con rigidez, aunque a ella le dio la impresión de que habría preferido hacer el saludo militar. El teniente coronel se giró y le dio la mano a Gordon.

—Maravillosa bestia la que han construido ustedes. Y terriblemente amable por su parte no tener inconveniente en que le echemos una ojeada. ¿Me permiten que les presente a mi ayudante, el capitán Reed?

Más apretones de manos.

—¿Van ustedes a elaborar informes de estas pruebas, teniente coronel? —le preguntó Sylvester.

—Habíamos pensado hacerlo, señora Sylvester.

—No tengo inconveniente en que el Ejército esté enterado, con tal de que la información se mantenga como estrictamente confidencial. La «Ishtar» no es la única compañía minera de Venus, teniente coronel Witherspoon.

—Ya lo creo. Los árabes y los ni... mmm, es decir los japoneses..., no necesitan nuestra ayuda.

—Me alegro de que lo comprenda. —Sylvester se apartó de los labios rojos una larga mecha de pelo negro. Tenía uno de esos rostros que resulta imposible ubicar. ¿Castellana? ¿Magiar? E igualmente imposible de pasar por alto u olvidar. La mujer le dirigió una cálida sonrisa al joven oficial de bigote pelirrojo, lleno de correajes—. Les agradecemos su colaboración, teniente coronel. Por favor, procedan cuando estén preparados.

El coronel se llevó prestamente la mano derecha con los dedos extendidos a la parte delantera de la gorra de visera, incapaz de reprimir el impulso de saludar. Al instante se dio media vuelta y se puso a ladrarles órdenes a los soldados que esperaban.

La máquina que iban a probar, una elegida al azar por Sylvester de las seis que había en el suelo de la fábrica, la habían transportado por aire hasta el terreno de pruebas el día anterior; ahora estaba agazapada al borde de la pista de aterrizaje, que era de tierra, sin pavimentar. Seis patas articuladas sostenían al robot en el aire con el vientre a sólo unos centímetros del suelo; pero era una bestia grande cuya espalda alcanzaba la altura de la cabeza de un hombre. Dos soldados con trajes blancos, encapuchados y provistos de láminas protectoras para el rostro, se hallaban en posición de firmes junto a la máquina; llevaban sujetas a las batas brillantes insignias amarillas que indicaban radiación. Con la silueta recortada contra un cielo de nubes negras que se deslizaban con rapidez, los soportes de los ojos tachonados de diamantes y los espinosos sensores electromagnéticos le proporcionaban al robot la apariencia de un cangrejo samurai o de un escarabajo. No resultaba de extrañar que sólo con verlo se hubiera disparado la imaginación de los militares.

—Cuando quiera, capitán Reed.

El equipo vestido de blanco se dirigió marcando el paso hacia el camión cubierto de advertencias amarillas contra la radiación y abrió las puertas traseras. Sacaron un cilindro de metal de un metro de longitud, que transportaron lenta y cuidadosamente hasta el robot; luego procedieron a cargarlo en el abdomen del insecto de metal.

Mientras tanto el teniente coronel Witherspoon condujo a Sylvester y a Gordon hasta unas gradas erigidas al borde de la pista de aterrizaje, que estaban protegidas del tempestuoso viento por pantallas de plástico. Desde una sierra poco elevada el pequeño puesto de observación miraba al Norte, hacia un valle amplio aunque no muy profundo. Las crestas de la tierra tenían ambos lados tachonados de fortines, y el suelo que había alrededor se hallaba desgarrado por generaciones de cascos de caballos, ruedas de arzones de artillería, neumáticos con abrazadera, huellas de tanques e incontables pies calzados con botas.

Mientras esperaban, Sylvester declinó una vez más los ofrecimientos de Gordon para que diera un sorbo del frasco de whisky.

Al cabo de unos segundos el robot ya había repostado y se hallaba listo. Los soldados se apartaron un buen trecho. Witherspoon dio la señal y el capitán Reed comenzó a manipular las palancas y botones de la minúscula unidad de control que sostenía en la mano derecha.

En la pantalla de la unidad de control, Reed podía ver lo mismo que veía el robot, una panorámica del mundo que abarcaba un radio de casi doscientos grados, pero que estaba extrañamente distorsionada, como una lente anamórfica, distorsión

programada para compensar la vidriosa atmósfera de Venus.

Al cabo de unos instantes las aletas refrigeradoras de carbono-carbono situadas en la espalda del robot empezaron a resplandecer, al principio de un color naranja apagado, y poco después de un cereza brillante para pasar finalmente al blanco nacarado. El robot recibía la energía de un reactor nuclear de alta temperatura refrescado por litio líquido. La elevada temperatura de las aletas de refrigeración resultaba excesiva en la Tierra, pero era esencial para crear una pendiente suficiente de enfriamiento radiactivo en las temperaturas de ochocientos grados que había en la superficie de Venus.

El olor a metal caliente les llegó desde el otro lado del terreno ventoso y llano. Witherspoon se volvió hacia sus invitados.

—El robot está trabajando ahora a pleno rendimiento, señora Sylvester.

Ésta ladeó la cabeza.

—Posiblemente tendrá usted en mente alguna demostración, ¿no es así, teniente coronel?

El militar asintió con la cabeza.

—Con su permiso, señora... Primero, orientación en el terreno, sin guía, siguiendo los mapas de satélites que tienen almacenados. Objetivo, la cresta de aquella sierra lejana.

—Adelante —dijo Sylvester curvando los labios en una sonrisa y disfrutando de antemano.

Witherspoon hizo una seña a su ayudante. Con un coro de chirriantes motores, el robot cobró vida. Levantó la cabeza, provista de antenas y coronada por el radiador. El chasis era de acero de molibdeno resistente al calor y aleación de titanio para atravesar terrenos más irregulares que cualquiera que se pudiera encontrar en Inglaterra o en otro lugar de la tierra. Movié las patas con intrincada y sorprendente rapidez, y cuando echó a correr hacia delante, se dio la vuelta y se lanzó por la ladera de la colina abajo, un nuevo tipo de huellas quedó sobre la tierra de la llanura de Salisbury.

La gigantesca bestia de metal correteó levantando tras sí una columna de polvo que se fue volando hacia el Este movida por el viento, como un diablo de polvo corriendo a través del desierto.

Para ser utilizados en algún ya olvidado ejercicio acerca del arte del asedio, se habían excavado fosos a lo ancho del valle y realizado bermas detrás de los mismos; el robot correteó sin pausa entre las trincheras y por encima de los montones, produciendo el mismo estruendo a lo largo y ancho del valle que toda la Brigada Ligera de Balaklava. Ahora unas rocas grises que afloraban del suelo le bloqueaban el camino hacia la meta, que se hallaba al final del valle. El robot rodeó corriendo los riscos más escarpados, pero allí donde la pendiente no era demasiado pronunciada

sencillamente se subió a las rocas, escarbando para agarrarse a las grietas y salientes de piedra. Al cabo de unos momentos había alcanzado su objetivo, una hilera de fortines de hormigón que se alzaban sobre las alturas barridas por el viento. Allí se detuvo.

—Esos emplazamientos se construyeron en el siglo XIX, señora Sylvester —le informó Witherspoon—. Ciento veinte centímetros de hormigón reforzado con acero. El Ejército los ha declarado material de desecho.

—Estaría encantada de que procedieran ustedes con la segunda parte de la demostración —dijo Sylvester—. Ojalá tuviera mejor visibilidad.

—¡Capitán Reed! Venga aquí, por favor —gritó vivamente Witherspoon. Reed llevó la unidad de control lo bastante cerca como para que Sylvester y los demás contemplaran en la pantalla la panorámica que abarcaba el ojo del robot—. Y, por favor, coja esto, señora.

Witherspoon le tendió un par de binoculares muy pesados, que estaban enfundados en plástico negro un poco pegajoso.

Los binoculares eran visores de lentes de aceite estabilizados electromagnéticamente con filtros de radiación selectiva; también tenían ampliación de imagen. Cuando la mujer se los llevó a los ojos, vio al robot tan cerca y con tanta nitidez como si hubiera estado a sólo tres metros de distancia, aunque la perspectiva era marcadamente plana y gráfica. Allí estaba el robot agachado, como un bicho de fuego, implacable, enfrentándose al achaparrado búnker.

El robot necesitaba hacer más cosas que moverse por la superficie de Venus. Era prospector, minero; estaba equipado para buscar y analizar muestras de minerales, y cuando se topase con algún mineral de valor en el mercado tendría que excavar, sacar y procesar parcialmente dicho mineral, preparándolo para ulteriores procesamientos que llevarían a cabo otras máquinas; y, finalmente, para el transporte fuera del planeta.

—Adelante, teniente coronel —dijo Sylvester.

Witherspoon dio la señal; Reed manipuló los controles. La trompa ribeteada de diamante y las garras del robot azotaron el búnker partiéndolo en dos. Orín y polvo gris salieron volando en forma de una nube. El robot devoró el búnker, royó las paredes y, cuando el techo se le vino encima, lo devoró también. Royó el suelo; monturas de cañón hechas con bloques de hierro fueron a parar a la enorme boca del robot, y caucho, acero, cables de cobre e incluso el contenido de los sumideros atascados con grasa antiquísima. Pronto no quedó nada del búnker excepto una cavidad en la ladera de la colina. El robot dejó de trabajar. Tras él había depositado pulcros montones derretidos: hierro resplandeciente, cobre rojizo, cal cocida.

—Excelente —dijo Sylvester tendiéndole los binoculares a Witherspoon—. ¿Qué viene ahora?

—Pensamos que quizá vendría bien probar la orientación por control remoto, ¿no le parece? —sugirió el oficial.

—Estupendo. ¿Hay algún inconveniente en que yo lleve el control? —preguntó ella.

—Para nosotros sería un placer. Witherspoon le hizo señas a Reed para que se acercase; el oficial le tendió la unidad de control a Sylvester. Ésta la estudió durante un momento; Gordon inclinó la cabeza hacia la de ella y prudentemente comenzó a murmurar algo acerca de hacia delante, hacia atrás, pero para cuando hubo acabado la mujer ya estaba haciendo juegos de manos con los dedos en los controles. El robot, un punto brillante a lo lejos visto a simple vista, se puso a correr hacia atrás, alejándose de lo que había sido un búnker. Se dio la vuelta y se dirigió ladera abajo hacia donde todos se encontraban.

Sylvester trató deliberadamente de hacerlo correr por encima de uno de aquellos escarpados riscos. Cuando el robot llegó al mismo borde de la roca, se negó a seguir adelante. Pero ella no quiso revocar la orden, de modo que el robot puso en funcionamiento su rudimentario pensamiento y encontró una solución; comenzó a comerse la roca que tenía debajo. Sylvester se echó a reír al verlo masticar aquellas irregulares rocas hasta la misma base.

La mujer lo hizo ir corriendo hacia la posición en la que se encontraban todos. El robot se abrió paso sobre el terreno rojo, haciéndose cada vez más grande de una forma impresionante a medida que avanzaba y dejando a su paso polvo y ondeantes penachos de calor.

Sylvester se volvió hacia Witherspoon, con los ojos resplandecientes.

—¡Calor!

El militar parpadeó ante el entusiasmo que la mujer demostraba.

—Pues, sí... habíamos pensado... —Señaló hacia un alargado búnker abierto que quedaba hacia el Norte, a medio camino sierra adelante—. Fósforo —continuó diciendo Witherspoon—. Es todo lo que hemos logrado, pues el aviso nos llegó con muy poca anticipación. Tenga la amabilidad de dirigir la máquina hacia allí.

Ella volvió a inclinarse sobre los controles. El robot viró repentinamente y se dirigió hacia el búnker abierto. Cuando se acercaba corriendo, el búnker hizo erupción en medio de una resplandeciente luz blanca. Fulgurantes fuentes de llamas siseantes y sibilantes saltaron muy alto en el aire. Sin detenerse, el robot se lanzó a la carga en medio de aquel infierno. Allí se detuvo.

Descansó allí, con los radiadores resplandeciendo entre el fuego. Tras unos segundos que se hicieron muy largos, la pira amainó. Al manipular suavemente Sylvester los controles, el robot dio la vuelta, sin inmutarse, y trepó directamente hacia la cresta de la sierra. Los soldados se mantuvieron en sus puestos, impassibles, cuando aquel metálico monstruo destructor de hombres surgió por encima de la sierra

y cargó contra ellos. Cuando el ardiente escarabajo estaba sólo a unos metros de distancia, Sylvester apartó las manos de la unidad de control. El robot se detuvo, resplandeciente.

—Bien hecho, teniente coronel —dijo Sylvester al tiempo que le tendía los controles a Witherspoon. De nuevo se apartó con un gesto el largo cabello de los ojos—. Señor Gordon, mis felicitaciones para «Rolls Royce».

Cuando Sylvester llegó a su hotel aquella noche, el recepcionista le informó de que un tal señor Pavlakis la estaba esperando en el salón. La mujer entró en el mismo directamente, con paso enérgico, y lo sorprendió inclinado sobre la barra, tensando con los anchos hombros la ajustada chaqueta del traje, con una copa de agua y un vaso tornasoleado de turbio ouzo delante, y acabándose lo que parecía ser el segundo cuenco de cacahuetes. Sonrió cuando el hombre refunfuñó unas palabras que ella tomó por una invitación.

—Lo siento muchísimo, señor Pavlakis, pero he tenido un día de mucho trabajo y me enfrento a una noche completa. Si hubiera usted llamado antes...

—Discúlpeme, querida señora. —Se atragantó con un cacahuate—. Ésta es una parada imprevista en mi camino hacia Victoria. Pensé que quizá podría acapararla a usted durante un minuto. Pero ya será en otra ocasión.

—Con tal de que no haya un retraso en el plan que habíamos trazado, no tiene usted que molestarse en tenerme informada —le dijo ella. Pavlakis tenía un rostro muy expresivo; la mujer había podido jurar que el bigote se le caía, que el pelo acababa de perder parte de los rizos. La expresión de Sylvester se endureció—. ¿Cuál es el problema, señor Pavlakis?

—No hay ningún problema, se lo aseguro. Estaremos listos a tiempo. No hay problema. Algunos costes adicionales que debemos absorber...

—Entonces sí que hay problemas.

—Pero es un problema nuestro, querida señora. No de ustedes. —Sonrió mostrando unos preciosos dientes blancos, pero los ojos no sonreían.

Sylvester se quedó mirándolo.

—Muy bien, entonces. Si realmente no hay ningún problema, haga el favor de enviarme mañana un telegrama aquí, al hotel, confirmándome de nuevo su intención de empezar a cargar dentro de dos semanas, tal como acordamos. —Al ver que el hombre asentía con aire fúnebre, añadió—: Hasta entonces no hace falta que volvamos a hablar.

Pavlakis masculló:

—Buenas noches, querida señora.

Pero ella ya se estaba alejando con paso firme.

A Londres no le había ido tan bien como a Manhattan en el nuevo siglo; se encontraba tan apretada y ennegrecida a causa del hollín como lo había estado siempre, y tan severamente balcanizada por diferencias de acento, color de la piel y clase. En unos instantes el taxi negro y cuadrado en el que uno viajaba pasaba de las elegantes casas hechas de ladrillo y de las casas para carruajes inteligentemente transformadas en pintorescas caballerizas, a barrios bajos destartados y humeantes. También el clima era tan espantoso como siempre, con nubes de vientre gris que dejaban caer una tenue llovizna y con la esporádica niebla del fondo del río, que traía consigo a partes iguales romanticismo y enfermedades respiratorias. A pesar de ello, a Sondra Sylvester le agradaba aquel lugar, aunque no tanto como le gustaban París o Florencia, ciudades que habían cambiado menos con respecto a lo que habían sido antaño; e incluso bastante más de lo que le gustaba Nueva York, que ya ni siquiera era real. Como vivía en Port Hesperus, Sylvester tenía un cupo de diez meses de lujo artificial al año; pero cuando realizaba el viaje anual a la Tierra quería tenerla tal como era, con lo sucio y lo limpio, con el ruido y la música, con lo agrio y lo dulce.

El taxi se detuvo en la calle New Bond, Sylvester metió la tarjeta electromagnética en la ranura del taxímetro; luego abrió la puerta y salió a la acera húmeda. Mientras esperaba a que la máquina terminara la transacción, se colocó debidamente la costura de la falda de seda y se ciñó el abrigo de chinchilla para protegerse de la pegajosa niebla. La tarjeta electromagnética salió de la ranura y la voz de robot del taxi le dijo:

—Muy agradecido, señora.

Se abrió paso entre una multitud de personas de aspecto hambriento que transitaba por la acera y entró a paso vivo en el edificio, saludando con un movimiento de cabeza a la joven portera de mejillas rosadas, que le devolvió una sonrisa de reconocimiento. Penetró en la apretada sala de subastas donde se llevaba a cabo la venta de manuscritos y libros. Había estado allí muchas veces, la última precisamente el día anterior por la tarde, en que había hecho una visita previa para conocer las ofertas. Formaban parte de la subasta fragmentos y piezas de dos colecciones privadas, una de ellas procedente del patrimonio del recientemente fallecido Lord Lancelot Quayle, la otra anónima. Las dos colecciones habían sido divididas en cien lotes, y la mayoría de ellos no tenían demasiado interés para Sylvester.

Aunque llegó bastante pronto, la sala ya había empezado a llenarse. Se acercó a una silla plegable que había en el medio de la sala y se sentó, dispuesta a esperar. Era como llegar temprano a la iglesia. A su derecha se extendía una pequeña ala que resultaba difícil de ver desde donde ella se encontraba; aquéllos que participaban en

la subasta y preferían permanecer en el anonimato a menudo tomaban asiento allí. Los libreros más antiguos, como «Magg's», «Blackwell's», «Quaritch» y los demás, ya se hallaban en los lugares que tradicionalmente solían ocupar alrededor de la mesa situada delante del estrado. Las primeras filas de sillas plegables habían sido acaparadas por gente del cine, gente que iba vestida de manera extravagante y cuya conducta no era lo que se dice digna. ¡Allí gritando y pavoneándose! Con seguridad les pedirían que se marchasen si continuaban haciendo tanto ruido...

Dos artículos habían atraído a los artistas y al resto de los allí congregados, que eran muchísimo más numerosos que de costumbre. Uno de ellos era una auténtica rareza. Como resultado de la manía que Lord Quayle había tenido a lo largo de toda su vida por lo católico, de entre la miscelánea de su biblioteca había surgido lo que pretendía ser el relato de un testigo presencial, garabateado en un griego execrable con tinta de calamar sobre pergamino fragmentado por un individuo llamado Flavius Peticius, centurión romano de escasa cultura y evidentemente crédulo (o acaso escrito por su escriba, casi analfabeto), de la crucifixión de un tal Jesús de Nazaret y otros malhechores fuera de las murallas de Jerusalén, a principios del siglo primero d. C.

¡Allí había espectáculo, verdadero material épico! Por no hacer mención de la publicidad oportuna —que eso era lo que había atraído a la gente del cine—, porque la «BBC» había montado recientemente una lujosa producción de la obra *Mientras Roma arde*, de Desiree Gilfoley, presentando en ella a la antes ágil modelo Lady Alastra Malypense en su debut como actriz, lo que había resultado un hecho memorable porque en sólo una de sus muchas escenas había aparecido Lady Malypense con algo de ropa, y para eso dicha ropa seguía la moda de Egipto y estaba hecha a base de lino plisado, es decir, transparente. Quizá la propia Lady Malypense se encontrase entre las ruidosas personas de la primera fila; Sylvester no la hubiera reconocido ni vestida ni de ningún otro modo.

Por lo que a Sylvester concernía, habrían podido subastar un pedazo de la verdadera Cruz, pues le daba lo mismo el valor intrínseco del pergamino. Sondra Sylvester y la mayoría de los coleccionistas serios venían atraídos por el lote 61, un único y grueso volumen; irónicamente, si en el texto del mismo no se hubiera basado una clásica película británica del siglo anterior, los medios de información quizá lo hubieran pasado por alto, cosa que Sylvester habría preferido.

Había estado inspeccionando el volumen el día anterior en la sencilla librería que había detrás del estrado, donde se hallaba custodiado por fornidos conserjes vestidos con guardapolvos y discretamente vigilado por los jóvenes empleados y empleadas ataviados con trajes de oficina. El libro descansaba abierto dejando al descubierto una tira de papel que yacía en la página portadora del título, que estaba escrito con caligrafía irregular vertical: «A Jonathan...»

Usando este seudónimo encabezamiento, el último de los verdaderamente grandes

y locos aventureros ingleses —que también fue el primero de los grandes y locos filósofos de la guerra moderna— había hecho llegar el libro a las manos de un amigo íntimo. ¿Quién podía seguir el rastro de sus viajes desde entonces? «Sotheby's» no.

Los libros valiosos —por suerte o por desgracia, depende del punto de vista de cada cual— nunca habían tenido tanto valor como, por ejemplo, los cuadros valiosos. Hasta el más raro de los libros impresos se consideraba como uno más de una serie de duplicados, no como un original único. Y a la inversa, el cuadro más raro, por el hecho de ser único, podía reproducirse fácilmente en cien billones de copias, distribuidas por todos los mundos habitados en reproducciones, en revistas y en imágenes electrónicas, y llegando así a ser ampliamente conocido, mientras que ningún libro, raro o corriente, podía ser copiado o aprehendido de forma parecida. Los libros impresos no podían reproducirse fácilmente, y ello les restaba fama, lo cual a su vez disminuía su valor especulativo en el mercado.

Raramente aparecía en una subasta un libro que fuera a un tiempo famoso y único. El lote 61 era uno de esos libros, *Los siete pilares de la sabiduría* en su primera, privada y muy limitada edición, distinta de todas las ediciones posteriores no sólo en los tipos de imprenta y en la encuadernación, sino también en casi la tercera parte del texto. Antes de la subasta que nos ocupa sólo se conocía la existencia de un único ejemplar, pues todos los demás habían desaparecido o se habían destruido; el superviviente estaba en la Biblioteca del Congreso, en Washington D. C. Ni siquiera la Biblia de Gutenberg combinaba la fama con una rareza tal; éste era el único ejemplar original disponible de una reconocida obra maestra de la literatura del siglo XX.

Las esperanzas que tenía Sylvester de adquirir el libro no eran descabelladas, a pesar de que todas las bibliotecas y coleccionistas importantes de este planeta y de los colonizados estarían presentes o representados en la venta. «Quaritch» actuaría en representación de la Universidad de Texas, que con toda seguridad tendría unos deseos frenéticos de añadir esta preciosísima pieza que les faltaba en su extensa colección de la obra y memorabilia del autor.

El personal de «Sotheby» tenía instrucciones de otros pujadores y algunos otros ya flanqueaban el estrado del subastador con las cabezas inclinadas hacia el auricular que llevaban en la oreja, ya que seguían recibiendo instrucciones de última hora desde lugares lejanos. Pero todos los que iban a intervenir en la puja tendrían unos toques límite, y el de Sylvester era muy elevado.

A las once en punto el subastador subió al estrado.

—Buenos días, damas y caballeros. Bienvenidos a «Sotheby y Compañía».

Era un hombre alto, que se afanaba por superar el acento del East End y conseguir el habla y los modales de Oxbridge; puso en marcha la subasta sin dilación. Aunque hubo cierta agitación a causa del interés que suscitaron las traducciones al inglés de

los *Comentarios* de César y las *Vidas* de Plutarco, del siglo XVI, la mayor parte de la biblioteca de Quayle estuvo liquidada rápidamente.

Luego le llegó el turno al pergamino de la crucifixión, y los sabuesos de los medios de comunicación se lanzaron al ataque con las cámaras de fotogramas en ristre. Los ciudadanos de televisión que estaban sentados en la primera fila comenzaron a producir arrullos y revoloteos. Alguien se dirigió a la rubia que hizo la primera oferta llamándola «Adastra, cariño» en un susurro propio de escenario y lo bastante fuerte como para que pudiera oírse en la última fila. Tras unas cuantas rondas rápidas sólo quedaron Lady Malypense y otras dos personas que pujaban en serio. Un miembro del personal de «Sotheby» representaba a uno de ellos, y Sylvester sospechó que el representado era Harvard, que esperaba quizás adquirir un relato de la crucifixión para estar a la par con Yale, que ya poseía uno. El tercer miembro que tomaba parte en la puja, un hombre con acento de predicador de Alabama, se hallaba detrás de ella. El asunto quedó reducido a cosa de dos cuando Harvard desistió; pero el eclesiástico sureño se mostraba implacable.

Por fin Lady Malypense dejó de responder al último «¿Estoy oyendo...?» Como si el martillo del subastador hubiera sido una indicación, la actriz y su claqué salieron de la sala bruscamente, clavándole unas miradas como puñales al gordo vencedor.

La colección anónima, *Propiedad de un caballero*, se ofrecía ahora en lotes. La mayor parte eran volúmenes de historia militar por las que Sylvester no sentía un interés especial; el campo en el que ella se desenvolvía a sus anchas era la literatura de principios del siglo XX, en particular la inglesa..., es decir, la británica.

Por fin el lote 60, una primera edición del relato de Patrick Leigh Fermor sobre las proezas acaecidas durante la resistencia cretense en la Segunda Guerra Mundial, cayó bajo el martillo del subastador. A Sylvester le hubiese gustado tener aquel libro, y pujó por él —no porque le importase Creta ni una guerra medio olvidada, sino porque Leigh Fermor era un muy buen descriptor de paisajes—, pero el precio subió muy rápidamente por encima de lo que ella estaba dispuesta a pagar. Pronto el subastador lo declaró «vendido» y la sala quedó inmediatamente en silencio.

—Lote 61, Lawrence, T. E., *Los siete pilares de la sabiduría*. — Mientras el director hablaba, un joven de aspecto solemne trajo el grueso volumen y lo sostuvo en alto, volviéndolo despacio hacia un lado y otro—. Impreso en linotipia sobre papel biblia, a una cara y a doble columna. Encuadernado en tafilete de color tostado, con los cantos dorados y estuche jaspeado. Sueltas, van insertadas en la parte delantera dos hojas escritas a mano; una de ellas es una nota de dedicatoria «a Jonathan» firmada por el autor «en Farnborough, a 18 de noviembre de 1922». La otra son algunos comentarios escritos a lápiz, en una letra que se cree pertenece a Robert Graves. Este libro, ejemplar rarísimo, es uno de los ocho impresos por la «Oxford Times Press» en 1922 por orden del autor, tras de los cuales fueron destruidos por él

mismo y otros tres se presume que han desaparecido. La salida son quinientas mil libras.

Apenas acababa de concluir la descripción cuando comenzó la puja. Un pequeño revuelo de excitación se extendió por la sala cuando el subastador comenzó a recitar, casi sin pausa, cifras cada vez mayores.

—Seiscientas mil, me ofrecen seiscientas mil... Seiscientas cincuenta mil... Setecientas mil.

Nadie hablaba, pero se movían dedos y se hacían indicaciones con la cabeza, tanto en la mesa de los comerciantes como en otros lugares de la sala, con tanta rapidez que el subastador ni siquiera tenía tiempo de dar las gracias a los que hacían las ofertas.

—Ochocientas setenta y cinco mil libras —dijo el subastador.

Por primera vez se produjo una pausa momentánea antes de que obtuviera una respuesta. Estaba claro que muchos de los que pujaban estaban llegando al límite. Según las reglas del juego, cuanto más alto es el precio, más alta es también la subida mínima; el precio era ahora tan elevado que la subida mínima era de cinco mil libras.

—¿Alguien ofrece ochocientas ochenta mil libras? —preguntó el subastador como dándolo por hecho.

Sólo respondieron «Quaritch» y otro librero más. La mirada del subastador fue rápidamente hacia el ala lateral, que quedaba a su izquierda; evidentemente quienquiera que estuviera allí sentado, fuera de la vista, había pujado también.

—¿Alguien ofrece ochocientas ochenta y cinco mil?

—Novecientas mil libras —dijo Sondra Sylvester, que hablaba por primera vez. Su voz sonó nueva, rica y oscuramente coloreada en la concurrida sala, una voz, este hecho resultó obvio para todos los presentes, acostumbrada a dar órdenes. El subastador le hizo una inclinación de cabeza, y le dirigió una sonrisa al reconocerla.

En la mesa de delante el caballero de «Quaritch», que en realidad representaba a la Universidad de Texas, permaneció impertérrito, pues el Departamento de Humanidades de dicha universidad poseía ya una extensa colección de Lawrence; sin duda alguna estaba preparado para llegar a cifras altísimas con tal de llegar a adquirir el trofeo, pero el otro librero rival que quedaba en la puja se inclinó hacia atrás y dejó caer el lápiz.

—Me ofrecen novecientas mil libras. ¿Alguien ofrece novecientas cinco? —El subastador miró fugazmente hacia su izquierda y anunció—: Un millón de libras.

Un rumor de admiración recorrió la sala. El hombre de «Quaritch» miró con curiosidad por encima del hombro, apuntó algo en la agenda que tenía delante y desistió de seguir pujando, pues había alcanzado el tope permitido por su cliente. La puja mínima era ahora de diez mil libras.

—Un millón diez mil libras —dijo Sylvester. Parecía confiada, más confiada de

lo que se sentía en realidad. ¿Quién sería el que se encontraba en el ala lateral? ¿Quién sería el que estaba pujando contra ella?

El subastador insistió.

—Me ofrecen...

Vaciló al tiempo que miraba hacia su izquierda, y luego fijó momentáneamente la mirada allí. Se volvió para mirar directamente a Sondra Sylvester y casi tímidamente señaló hacia el ala lateral con un espasmo en la mano.

—Me ofrecen un millón quinientas mil libras —dijo transportando hacia ella una peculiar intimidad en la voz.

Un siseo colectivo silbó por entre el público. Sylvester notó que el rostro se le ponía rígido y frío. Durante un momento no osó moverse, pero de poco servía calcular sus recursos; estaba totalmente vencida.

—Me ofrecen un millón quinientas mil. ¿Alguien ofrece un millón quinientas diez? —El subastador seguía mirándola cortésmente, observando al público, que tenía los ojos brillantes de placer—. Me ofrecen un millón quinientas mil. —El martillo revoloteó por encima del bloque—. Por última vez..., tengo una oferta de un millón quinientas mil. —El martillo descendió—. «Vendido».

El público prorrumpió en aplausos, salpicados de gritos de deleite. ¿A quién estarían aplaudiendo en realidad?, se preguntó amargamente Sylvester. ¿A un autor fallecido, o a un adquisidor pródigo?

Los consejeros se llevaron ceremoniosamente de la vista del público la reliquia impresa. Unas cuantas personas saltaron del asiento y se dirigieron hacia la puerta, renunciando a lo que quedaba mientras el subastador se aclaraba la garganta y anunciaba:

—Lote 62, autógrafos variados...

Sylvester permaneció sentada donde estaba, sin moverse, notando que las miradas de los curiosos la quemaba. En las profundidades de aquel desencanto también ella sentía curiosidad por saber quién la había derrotado. Se levantó lentamente y se dirigió con la mayor calma que pudo hacia el pasillo. Poco a poco avanzó hacia el ala lateral, se detuvo al lado de la misma, y se quedó allí esperando pacientemente mientras la subasta continuaba. Cada vez más personas iban abandonando la sala durante lo que eran ya los últimos y rutinarios minutos..., y por fin todo terminó. Sylvester se adelantó hasta quedar delante del ala lateral.

Se encontró frente a un hombre joven con el pelo muy corto de color rojizo, que llevaba en la solapa del traje de corte conservador un botón que lo identificaba como miembro de la plantilla.

—¿Ha sido usted?

—En nombre de un cliente, como es natural. —Tenía acento del Atlántico central..., americano, culto, de la Costa Este. El rostro resultaba extrañamente

atractivo, con los ojos suaves y pecas.

—¿Tiene usted libertad para divulgar...?

—Lo siento mucho, señora Sylvester, pero sigo instrucciones muy estrictas.

—Usted me conoce a mí. —La mujer lo miró con atención: era muy apuesto, más bien atractivo—. ¿Tiene libertad para decirme cómo se llama usted?

—Me llamo Blake Redfield, señora.

—Eso ya es un progreso. ¿Quizá le gustaría a usted comer conmigo, señor Redfield?

—Es usted muy amable. Desgraciadamente...

Sylvester se quedó mirándolo durante un momento. Él no parecía tener prisa por marcharse; la estaba observando tan atentamente como ella a él. La mujer dijo:

—Lástima. ¿Quizás en otra ocasión?

—Sería delicioso.

—En otra ocasión, entonces.

Sylvester salió de la sala con paso enérgico. Al llegar a la entrada se detuvo y le pidió a la chica que llamase un taxi; mientras esperaba le preguntó:

—¿Cuánto tiempo lleva en la empresa el señor Redfield?

—Déjeme pensar... —La muchacha de mejillas sonrosadas torció la boquita de capullo de rosa de un modo encantador al esforzarse por recordar—. Puede que un año, señora Sylvester. En realidad no es un empleado fijo.

—¿No?

—Es más bien una especie de asesor —le explicó la muchacha—. Especialista en libros y manuscritos de los siglos XIX y XX.

—¿Tan joven?

—Muy joven, ¿verdad? Pero, por lo que se oye decir de él a los asesores, un completo genio. Aquí está el taxi.

—Siento haberte molestado. —Sylvester apenas echó una ojeada a la forma negra y cuadrada con conductor que se acercó al bordillo zumbando—. Creo que, a fin de cuentas, prefiero caminar un poco.

El andar de la mujer era decidido, no meditativo; estaba enojada, y necesitaba que le circulase la sangre. Fue caminando rápidamente calle abajo hacia Picadilly, torció hacia el Este para atravesar el laberinto de los pequeños Burlingtons y cruzar el final de Saville Row camino de una tienda cerca de Charing Cross Road, un lugar antiguo y, en el pasado, con frecuencia de mala reputación, pero que ahora hacía gala de una vena de renovada respetabilidad.

Llegó allí en poquísimo tiempo. Unas letras doradas sobre el escaparate anunciaban: «Hermione Scrutton, Librera». Cuando se encontraba aún a media manzana de la tienda vio a la propia Scrutton a la puerta, esmaltada en verde, metiendo una decorativa llave de hierro en la decorativa cerradura de hierro mientras

acercaba el ojo al ojo de una cabeza de león de bronce que servía de llamador, pero que también contenía el lector de retina que accionaba la verdadera cerradura de la puerta.

Cuando Scrutton acabó de abrir la puerta, Sylvester se encontraba ya lo bastante cerca como para oír el tintineo de la campanilla de latón montada sobre un muelle, que sonó al entrar la dueña.

Instantes después la misma campanilla anunciaba la llegada de Sylvester; desde un pasillo bordeado de volúmenes amarillos muy viejos emergió Scrutton, que se había estado ocupando del sistema de alarma. Era una diablilla de constitución rechoncha con cejas muy pobladas; llevaba un vestido de lana de color marrón y un pañuelo dorado en la garganta. La calva se le hacía visible entre el escaso y encanecido cabello. Las mejillas —que ya de por sí tenían un tono tostado e incongruente— prestaban un color subido, y en los inquietos labios rojos aparecía una sonrisa.

—Mi querida Syl. No sabes cómo lo siento. Ah, verás. Mm, estoy sencillamente desolada...

—Oh, Hermione, no estás molesta en absoluto. Sabes muy bien que no habría podido permitirme gastar ni un penique en tu tienda en los cinco años próximos si hubiera conseguido el libro de la subasta.

—Mmm, confieso que la idea se me ha pasado por la cabeza. Y, ciertamente, hubiera echado de menos tu..., eh..., elegantísima presencia en mi humilde..., eh..., establecimiento. —Scrutton sonrió con ironía—. Pero uno no tiene dificultades para colocar los ejemplares realmente raros, ¿no es así? ¿Mm?

—¿Quién me ha derrotado? ¿Lo sabes? La librera hizo un movimiento con la cabeza, la papada aleteando en el aire.

—Nadie a cuyo agente pudiera reconocer. Yo estaba sentada más atrás que tú. Me temo que no conseguí ver al hombre que pujaba.

—El pujador era *anónimo* —le informó ella—. Estaba representado por un joven llamado Blake Redfield.

Las cejas de Scrutton revolotearon arriba y abajo rápidamente.

—Ahh, Redfield. Mm, ya veo. —Se dio la vuelta para revolver el estante de libros que tenía más cerca—. Redfield, ¿verdad? Claro. Oh, sí.

—Hermione, me estás tomando el pelo... —Las palabras le salieron de la parte de atrás de la garganta, como el gruñido de advertencia de una pantera—. Y por eso te voy a arrancar ese pellejo bronceado artificialmente.

—¿Sí? —La librera se volvió a medias, arqueando una ceja voladiza—. ¿Cuánto valor tiene para ti?

—Una comida —repuso Sylvester inmediatamente.

—Pero no en el pub de siempre —le advirtió la otra.

—Donde tú elijas. En el «Ritz», por Dios.

—Hecho —dijo Scrutton frotándose las manos—. Mm. No he comido nada desde el desayuno, por lo menos.

En algún momento entre la lechuga con mantequilla y las gambas, animadas por media botella de «Moët & Chandon», Scrutton le reveló la sospecha que albergaba de que Redfield representase nada menos que a Vincent Darlington... Al oír esto Sylvester dejó caer el tenedor.

Scrutton, con las cejas oscilándole a causa de la alarma, se quedó mirándola con la boca abierta. En todos los años que hacía que conocía a Sylvester nunca la había visto de aquel modo: el hermoso rostro se le estaba oscureciendo de una manera alarmante, y Scrutton no estaba del todo segura de que la otra no hubiese sufrido un infarto. Miró a su alrededor, pero vio con alivio que ninguno de los presentes en aquel espacioso comedor parecía haber notado nada malo, con la posible excepción de un sereno y ansioso camarero.

A Sylvester le mejoró el color.

—Qué sorpresa —susurró.

—Syl, querida, yo no tenía ni idea...

—Esto es una *vendetta*, naturalmente. No importa el idioma ni la época, al dulce Vincent no le interesa lo más mínimo la literatura. Dudo que supiera distinguir *Los siete pilares de la sabiduría* de *El amante de Lady Chatterly*.

—Mm, sí... —A Scrutton le temblaron las mejillas, pero no pudo resistirse—. Son bastante cercanas en la fecha...

—Hermione —le advirtió Sylvester, dirigiéndole una fría mirada; escarmentada, Scrutton se calmó—. Hermione, Vincent Darlington no *lee* nunca. No compró el libro porque conozca su valor; lo compró para avergonzarme, porque yo lo avergoncé a él... en un terreno muy diferente.

Sylvester se recostó en la silla, limpiándose a golpecitos los labios con una pesada servilleta de hilo.

—¿De veras, mi querida niña? —murmuró Scrutton—. Lo comprendo perfectamente.

—No, *no* de veras, Hermione —dijo con brusquedad Sylvester—. Pero creo que tienes buena intención. Por eso estoy a punto de poner mi vida, o por lo menos mi reputación, en tus manos. Si alguna vez necesitas hacerme chantaje, recuerda este momento..., el momento en que juré vengarme de ese gusano de Darlington. Aunque me cueste toda mi fortuna.

—Mm, ah. —Scrutton tomó un sorbo de champán, luego depositó con suavidad la copa sobre el mantel de hilo—. Bueno, Syl, esperemos que no tenga que llegar a eso.

Un objeto que vale un millón y medio de libras se envía discretamente y con la debida consideración hacia su integridad física. Afortunadamente, *Los siete pilares de la sabiduría* se había impreso en aquellos lejanos días que se daba por sentado que las páginas impresas debían durar. Blake Redfield sólo tenía ahora que colocar el libro en un estuche Styrene acolchado por dentro y buscar un medio de transporte adecuado y capaz de proporcionarle un almacenaje que controlara la temperatura y la humedad.

El registro de Lloyd's tenía en la lista dos naves apropiadas que llegarían a Port Hesperus con veinticuatro horas de diferencia la una de la otra. Ninguna de las dos alcanzaría Venus en menos de dos meses, pero no había otras que llegasen antes, y tampoco estaba programada la salida de ninguna otra nave hasta varias semanas más tarde; así era la naturaleza de los viajes interplanetarios. Una de las dos naves era un carguero, el *Star Queen*, que iba a abandonar la órbita de la Tierra al cabo de tres semanas. La otra nave era de pasajeros, la *Helios*, que, aunque tenía programada la partida después que la primera, realizaba la travesía a más velocidad. La prudencia le aconsejaba a Blake reservar un lugar en ambas; el asterisco junto al nombre de *Star Queen* advertía que la nave estaba siendo sometida a reparaciones y que todavía tenía que obtener los necesarios permisos de circulación para el comercio por la Junta de Control del Espacio.

Blake estaba sellando la cerradura magnética del estuche Styrene cuando la puerta de la trastienda de «Sotheby» dio un fuerte golpe.

La silueta de una mujer joven quedó recortada contra el pasillo de ladrillo.

—Cielos, Blake, ¿qué estabas haciendo? —inquirió al tiempo que agitaba una mano para dispersar el humo acre.

—He estado preparando unos granos de clorato de potasio y azufre. Si no hubieras sido *tú*, querida, este objeto más bien caro que tengo ante mí habría quedado barrido de tu vista y oculto en la cámara acorazada antes de que hubieras despejado al aire delante de tu linda nariz.

—¿Y no podías haber usado un avisador o algo así? ¿Tenías que destruir el pomo de la puerta?

—No he destruido el pomo de la puerta. Es más el ruido que las nueces. Podía haber abombado la venerable pintura. Lo lamento.

La joven de mejillas de manzana llevaba un modesto uniforme con una conservadora falda de metal. Se acercó al escritorio y se quedó observando a Blake mientras éste cerraba el estuche de plástico.

—¿No te parece una lástima que ella perdiera en la puja? Tiene un buen gusto.

—¿Ella?

—La que se acercó a ti después de la venta —dijo la joven—. Muy guapa para la edad que tiene. Te preguntó algo que hizo que te sonrojaras.

—¿Sonrojarme? Tienes una imaginación muy viva.

—No se te da bien fingir, Blake. La culpa la tiene tu abuelo irlandés de quien has heredado las pecas.

—La señora Sylvester es una mujer atractiva...

—Después me preguntó por ti. Le dije que eras un genio.

—Dudo que tenga ningún interés personal en mí. Y a mí desde luego no me interesa ella personalmente.

—¡Oh! ¿Entonces le interesa Vincent Darlington?

—Oh, sí, pura lujuria. —Se echó a reír—. Seguro que es por su dinero.

La muchacha apoyó una cadera cubierta de malla en el respaldo de la silla que él ocupaba; Redfield notó el calor de ella en la mejilla.

—Darlington es un cerdo analfabeto —anunció la muchacha—. No se merece una cosa así.

—Es algo ideado por el enemigo —murmuró él; y se levantó bruscamente, apartándose de ella, para meter el estuche cerrado en la cámara acorazada—. Bien. — Se dio la vuelta hacia la muchacha, que quedaba al otro lado del atestado despacho amarillo—. ¿Me has traído el panfleto?

La joven sonrió, demostrando en las sonrosadas mejillas y en los ojos brillantes el franco interés que sentía por él.

—He encontrado un estante lleno, pero todavía lo tengo en mi casa. Ven allí conmigo y te iniciaré en los secretos de los *prophetae*.

El joven la miró con cierto recelo; luego se encogió de hombros.

—Claro.

Al fin y al cabo, aquél era un tema que hacía mucho tiempo que lo tenía intrigado.

Una discreta llamada a la puerta, repetida a intervalos... Sondra Sylvester salió del baño a grandes pasos, llevando puesto un camisón de seda azul que se le ceñía pesadamente al alargado cuerpo. Quitó la cadena de la puerta.

—El té, señora.

—Póngalo junto a la ventana, allí estará muy bien.

El joven de uniforme sorteó el camino entre el gran desorden de objetos femeninos y depositó sobre la mesa la pesada bandeja de plata con el té. Las ventanas de la espaciosa *suite* gozaban de una estupenda vista a Hyde Park, pero aquella mañana tenían las pesadas cortinas corridas, de tal modo que impedían el paso de la luz.

Sylvester buscó con la vista por la habitación en penumbra y divisó el monedero de terciopelo en el suelo, al lado del sillón casi oculto a causa de la ropa que en él había colgada. Encontró allí papel moneda y sacó un billete a tiempo para metérselo al joven en la mano.

—Gracias, señora.

—Has sido muy bueno —le dijo ella un poco aturdida. Cerró la puerta tras él—. Dios mío, ¿cuánto le habré dado? —masculló—. Todavía estoy dormida.

Una forma redondeada se removió debajo de las sábanas de la cama. El revuelto pelo oscuro de Nancybeth y sus ojos violeta aparecieron entre las sábanas.

Sylvester contempló el resto del cuerpo de Nancybeth a medida que salía a la vista: el gracioso cuello, los hombros esbeltos, los pesados pechos de oscuros pezones.

—Qué decoroso por tu parte esperar hasta que él se marchase. Y qué insólito.

—¿De qué te quejas? —Nancybeth bostezó, mostrando unos dientes pequeños y perfectos y una lengua rosa de movimientos rápidos.

Sylvester se dirigió a la pantalla de vídeo que había en la pared y se puso a manipular los mandos ocultos en un marco dorado y tallado.

—Dijiste que estabas despierta. Te pedí que pusieras las noticias.

—Volví a quedarme dormida.

—Estuviste metiendo la mano en el bolso otra vez. Nancybeth la miró echando chispas por aquellos ojos pálidos que tendían a bizquear cuando se concentraba.

—Syl, a veces actúas más como una madre... Saltó de la cama y echó a caminar a largos pasos hacia el baño.

—¿Cómo qué?

Pero Nancybeth no le hizo caso y atravesó el vestidor, dejando la puerta abierta, y pasó a la ducha.

A Sylvester le palpitaba con fuerza el corazón... Dios, qué peana, qué flancos

majestuosos, qué pantorrillas más vibrantes. En parte italiana y en parte polinesia, era como una Galatea de bronce, una escultura hecha carne. Irritada, Sylvester aporreó los mandos de la imagen de vídeo hasta que la máscara de plástico de un locutor de la «BBC» apareció en ella.

Puso el volumen justo lo suficientemente alto para oír al locutor hablar de crecientes tensiones en el sur de Asia central mientras deambulaba por la habitación recogiendo ropa del suelo y echándola sobre la cama. Desde el baño le llegaba el siseo y el gotear de la ducha, así como la voz ronca, desafinada e ininteligible de Nancybeth cantando cualquier cosa. Sylvester miró con desagrado la pesada tetera de plata y las tazas de china. Entró en el vestidor y sacó la botella de «Moët & Chandon» del frigorífico que se encontraba debajo del mostrador. La pantalla de vídeo murmuraba ahora unas palabras que le llamaron la atención:

—«Un secreto desvelado: parece que la puja vencedora de la espectacular subasta de ayer, celebrada en "Sotheby"... —Sylvester se acercó apresuradamente a la pantalla de la pared y subió bastante el volumen—, primera edición de *Los siete pilares de la sabiduría*, de T. E. Lawrence, el legendario Lawrence de Arabia, fue hecha por el señor Vincent Darlington, director del "Museo Hesperiano". Puestos en contacto con él por radio, el señor Darlington se negó al principio a hacer comentarios, pero más tarde admitió que había sido él quien había comprado el libro, una auténtica rareza, en nombre del museo de Port Hesperus, una institución de la cual él es propietario..., no podría decirse que es una institución hasta ahora conocida por su colección de obras escritas. En lo referente a otras noticias del mundo del arte...»

Sylvester aporreó el vídeo para apagarlo. Rasgó la lámina de metal de la botella y desenroscó el alambre. Empezó a retorcer el abultado corcho de la botella de champaña sujetándolo firme y fuertemente.

Nancybeth salió de la ducha. Al resplandor de la luz del vestidor, la piel, vista a contraluz, emanaba vapor. Le tenía por completo sin cuidado el agua que estaba goteando sobre la alfombra.

—¿Han dicho algo de Vincent en las noticias?

—Por lo visto ha sido él quien me venció quedándose con el Lawrence.

El corcho del champaña salió produciendo un satisfactorio y seco sonido.

—¿Vince? A él no le interesan los libros.

Sylvester la contempló, como a una Venus oscura que se manifestase deliberadamente desnuda, que permitiera deliberadamente que la piel mojada se le quedase fría y que los pezones se le pusieran erectos.

—Le interesas tú —dijo Sylvester.

—Oh. —Nancybeth sonrió complacientemente con los párpados medio cerrados sobre los ojos color violeta—. Oh, supongo que has tenido que pagar por ello.

—Muy al contrario, tú me has hecho ahorrarme un montón de dinero que de otro modo habría derrochado al gastármelo en un simple libro. Trae un par de copas, ¿quieres? Están en el frigorífico.

Todavía desnuda, todavía mojada, Nancybeth llevó a la mesa las copas, que tenían forma de tulipán, y se acomodó en el mullido sillón.

—¿Estamos celebrando algo?

—Difícilmente —dijo Sylvester mientras servía el líquido frío y espumoso—. Me estoy consolando.

Le tendió una copa a Nancybeth. Se inclinaron la una hacia la otra. Los bordes de las copas se tocaron y produjeron un tintineo.

—¿Sigues enfadada conmigo? —ronroneó Nancybeth.

Sylvester estaba fascinada mirando cómo, al bajar Nancybeth la nariz respingona y meterla en la boca de la copa, se le ensanchaban los orificios de la nariz.

—¿Por ser quien eres?

La punta de la lengua rosada saboreó el punzante ácido carbónico que emanaba de las burbujas que se disolvían.

—Bueno, no tienes que *consolarte* sola, Syl.

Aquellos ojos violeta se levantaron desde debajo de las largas y húmedas pestañas y la traspasaron.

—¿No?

—Déjame que te consuele yo.

El magnoplano rechinó al cruzar el elegante verdor de los suburbios del sudoeste de Londres, deteniéndose aquí y allá para dejar y coger pasajeros, y depositó a Nikos Pavlakis a un par de kilómetros de su destino en Richmond. Pavlakis tomó un autotaxi en la parada, y cuando ya se alejaba de la estación bajó la ventanilla para que el húmedo aire primaveral inundase el coche. Más allá de los tejados de pizarra de las villas semiadosadas por las que pasaba, unos penachos de nubes nacaradas que había en el suave azul del cielo mantenían la misma velocidad que el taxi mientras éste pasaba por delante de primorosas zonas de césped y setos.

La casa de Lawrence Wycherly era una elegante casa georgiana construida de ladrillo. Pavlakis metió la tarjeta electromagnética en la ranura y pagó al taxi para que lo esperase; luego se encaminó a la puerta de la casa sintiéndose pesado dentro de aquel traje negro de plástico que, como todos los que tenía, le quedaba demasiado tirante en los macizos hombros. La señora Wycherly abrió la puerta antes de que él llegase a tocar el timbre.

—Buenos días, señor Pavlakis. Larry se encuentra en el cuarto de estar.

La señora Wycherly no parecía sentirse excesivamente alegre de verle. Era una mujer pálida de piel lisa y con un precioso pelo rubio, en otro tiempo bonita. Ahora

estaba a punto de desaparecer en la invisibilidad, dejando tras de sí tan sólo su pesar.

Pavlakis encontró a Wycherly en pijama, sentado, con los pies apoyados sobre un cojín. Llevaba una bata a cuadros escoceses remetida por debajo de los muslos, y había un arsenal de novelas de misterio del espacio y de medicinas revueltas sobre la mesita auxiliar que tenía al lado. Wycherly levantó una delgada mano.

—Perdona, Nick. Me levantaría, pero llevo un día o dos que me tambaleo.

—Lamento tener que causarte esta molestia, Larry.

—Nada de eso. Siéntate, ¿quieres? Ponte cómodo. ¿Te apetece tomar algo? ¿Té?

La señora Wycherly seguía en la habitación, con cierta sorpresa por parte de Pavlakis, y salió momentáneamente de las sombras del arco.

—A lo mejor el señor Pavlakis prefiere café.

—Eso estaría muy bien —dijo agradecido. Los ingleses lo asombraban una y otra vez con la sensibilidad que tenían para aquellas cosas.

—Muy bien —dijo Wycherly sin dejar de mirar fijamente a la mujer hasta que ésta volvió a disolverse. En un gesto astuto, curvó una ceja hacia Pavlakis, que había posado delicadamente su musculoso cuerpo en un sofá estilo Imperio—. Muy bien, Nick. ¿Se trata de algo demasiado especial para hablar de ello por teléfono?

—Larry, amigo mío... —Pavlakis se inclinó hacia delante, con las manos recatadamente puestas sobre las rodillas—. Los «Astilleros Faralon» nos están engañando... a mi padre y a mí. Dimitrios anima a los consorcios de trabajadores a que nos aprieten y luego acepta contrapartidas por parte de ellos. Por todo lo cual somos nosotros los que tenemos que pagar. Si es que queremos fletar la *Star Queen*.

Wycherly no dijo nada, pero una agria sonrisa le apareció en los labios.

—Francamente, Larry, la mayoría de los que hemos trabajado con esa empresa durante años, siempre hemos aceptado que eso formaba parte de un arreglo entre Dimitrios y tu padre. —Wycherly hizo una pausa, tosió repetidamente, produciendo un zumbido como si tuviera en el pecho un motor de dos tiempos que se hubiese atascado. Durante unos momentos Pavlakis temió que se estuviera ahogando, pero simplemente se estaba aclarando la garganta. Luego se recuperó—. Es una práctica corriente, por decirlo así.

—Pues ya no podemos permitirnos más esta *práctica* —dijo Pavlakis—. En estos tiempos nos enfrentamos a algo más que a la antigua competencia.

Wycherly sonrió con ironía.

—Y aparte de eso, ya no se te permite librarte de ellos mediante algo tan simple como, pongamos por ejemplo, rebanar unas cuantas gargantas.

—Sí. —Pavlakis adelantó la cabeza de un tirón, solemnemente—. Porque tenemos normas. Demasiadas normas. Tarifas fijas por cada kilogramo de masa.

—... dividido por el tiempo de transporte, multiplicado por la distancia mínima entre los puestos —concluyó cansadamente Wycherly—. Eso es, Nick.

—Así que para atraer los negocios uno debe atenerse a los lanzamientos.

—He estado una temporada con la empresa.

Wycherly repitió aquel sonido de segadora de césped en el fondo de la garganta, en un esfuerzo por respirar.

—Estos cálculos..., no consigo sacármelos de la cabeza —dijo Pavlakis. Estaba pensando que Wycherly no presentaba un aspecto demasiado bueno; tenía el blanco de los ojos ribeteado de rojo brillante, y el pelo rojizo se le levantaba en penachos, como las plumas de un pájaro mojado.

—Lo siento por ti, viejo —dijo Wycherly con ironía.

—Es que estamos muy cerca de hacerlo bien. He cerrado un contrato a largo plazo con la «Compañía Minera Ishtar». El primer cargamento consiste en seis robots mineros que pesan casi cuarenta toneladas. Con eso cubriremos todos los gastos del viaje y hasta nos dejará algún beneficio. Pero si perdemos el lanzamiento...

—Perderéis el contrato —concluyó Wycherly dándolo por sentado.

Pavlakis se encogió de hombros.

—Peor aún, tendremos que pagar una multa. Eso suponiendo que antes no nos hayamos declarado en bancarrota.

—¿Qué más cosas tienes que transportar?

—Algunas tonterías. Un poco de pornografía. Una caja de puros. Ayer nos hicieron una reserva provisional para un condenado libro.

—¿Un solo libro? —Pavlakis movió otra vez la cabeza haciendo un gesto afirmativo, y a Wycherly se le disparó hacia arriba la ceja—. ¿Por qué «condenado»?

—El paquete pesa cuatro kilogramos, Larry. —Pavlakis se echó a reír, bufando como un toro—. Su carga no pagaría ni los gastos de un viaje a la Luna. Pero ha de ir acompañado por un certificado del seguro por la cifra de... ¡dos millones de libras! Preferiría tener ese seguro yo.

—A lo mejor podrías cargarlo y arreglar un pequeño accidente.

Wycherly empezó a reírse, pero le cogió un espasmo de tos. Pavlakis miró hacia otra parte, fingiendo un súbito interés por unas láminas de caballos que había colgadas en las paredes color crema del cuarto de estar, y por las librerías, llenas de obras clásicas encuadernadas en piel que nadie había leído.

Por fin Wycherly se recuperó.

—Bueno, naturalmente tú debes de saber qué libro es.

—¿Debería saberlo?

—Claro, Nick, ayer salió en todos los programas de noticias. Ese libro es *Los siete pilares de la sabiduría*. Tiene que serlo. Lawrence de Arabia y todo eso. —La estropeada cara de Wycherly se retorció en una mueca de ironía—. Otro de los tesoros del imperio que se ve transportado a las colonias. Y esta vez la colonia es otro planeta.

—Muy triste. —La conmiseración de Pavlakis fue breve—. Larry, sin el contrato de la «Ishtar»...

Pero Wycherly estaba meditando, mirando fijamente más allá de Pavlakis, hacia la sombra del recibidor.

—Es una rara coincidencia, ¿verdad?

—¿Qué es raro?

—O puede que no, en realidad. Port Hesperus, naturalmente.

—Lo siento, pero no...

Wycherly lo enfocó con la mirada.

—Perdona, Nick. La señora Sylvester, ella es el ejecutivo jefe de la «Compañía Minera Ishtar», ¿no es cierto?

El otro asintió con la cabeza.

—Oh, sí.

—Ella fue el otro pujador por *Los siete pilares de la sabiduría*, ya ves. Sobrepasó el millón de libras y aun así perdió.

—Ah. —Pavlakis bajó los párpados al pensar en semejante riqueza personal—. Qué triste para ella.

—Port Hesperus es el auténtico centro de la riqueza en estos tiempos.

—Bien... Ya ves por qué tenemos que retener a toda costa el contrato de la «Ishtar». No hay sitio para Dimitrios y sus... «prácticas habituales». —Pavlakis se esforzó por volver a coger el hilo de la conversación—. Larry, no estoy seguro de que mi propio padre acabe de entender estos asuntos...

—Pero *no* has tenido problema en dejárselo bien claro a Dimitrios. —Wycherly estudió a Pavlakis durante unos instantes y vio lo que esperaba—. Y no se puede decir que él esté contento contigo.

—Fui un idiota. —Pavlakis se rebuscó en los bolsillos para sacar el rosario de cuentas.

—Podría ser. Habrá comprendido que ésta es la última oportunidad que le queda de robar. Y aún hay tiempo de sobra para que ese viejo sinvergüenza especule comprando barato y cobrando caro.

—No conseguí encontrar el menor indicio de engaño en las especificaciones cuando inspeccioné el trabajo hace un par de días...

—No estoy dispuesto a capitanear ninguna nave que esté por debajo de lo corriente, Nick —le atajó Wycherly, cortante—. Sea lo que sea aquello que ha estado pasando entre Dimitrios y tu padre, y sospecho que son muchas cosas, tu padre nunca me pidió que arriesgase el cuello con una nave que no fuera digna del espacio.

—Yo tampoco te pediría eso nunca, amigo mío... —Pavlakis se sobresaltó cuando la señora Wycherly se materializó silenciosamente junto a su codo llevando un platito. Sobre el mismo se mantenía en equilibrio una taza llena de un líquido

marrón. Miró a la mujer y le sonrió con incertidumbre—. Es usted muy amable, querida señora. —Cogió la taza y sorbió el líquido con cautela; normalmente tomaba café turco con doble ración de azúcar, pero éste era café al estilo americano, solo y amargo. Sonrió, ocultando la contrariedad—. Mmm.

Aquella farsa educada era una pérdida de tiempo con la señora Wycherly, quien ahora estaba mirando a su marido.

—Por favor, no te agotes, Larry.

Wycherly sacudió la cabeza con impaciencia.

Cuando Pavlakis levantó la vista de la taza, descubrió que la mujer ya no estaba. Cuidadosamente, depositó a un lado el café.

—Lo que yo esperaba era que tú nos ayudaras a asegurarnos de que la *Star Queen* no dejara de obtener el certificado que ha de concederle la junta, Larry.

—¿Y cómo quieres que yo haga eso? —masculló Wycherly.

—Me alegraría mucho ponerte en nómina de vuelo inmediatamente, con primas incluidas, si consintieras en ir a Falaron y en quedarte a vivir allí durante el mes que viene, en cuanto te pongas bien, naturalmente, para actuar como agente personal mío. E inspeccionar el trabajo diario hasta que la nave esté lista.

Los tristes ojos de Wycherly se animaron. Rezongó y farfulló durante un momento.

—Eres un tipo realmente listo, Nick. Contratas a un hombre para que se encargue de velar por su propia seguridad... —La voz cascada se le quebró en una serie de toses rechinantes, y Pavlakis se dio cuenta entonces de que la señora Wycherly, muy nerviosa, estaba volviendo a cobrar solidez entre las sombras. Los espasmos de Wycherly remitieron, y miró enojado a su esposa con los ojos llenos de dolor—. Una oferta que difícilmente puedo rechazar. —Volvió a mirar a Pavlakis—. A no ser que no me vea capaz.

—¿Lo harás?

—Lo haré si puedo.

Pavlakis se levantó con una prisa indecorosa; su oscura masa resaltaba como una torre en la nebulosa habitación.

—Gracias, Larry. Ahora te dejaré solo. Espero que te recuperes pronto.

Las cuentas de color ámbar se retorcían y tintineaban cuando se dirigió a toda prisa hacia el taxi que le aguardaba. Masculló una oración a san Jorge por la salud de Wycherly, mientras en la casa tras él se alzaban voces airadas.

Quince minutos en el veloz magnoplano tardó Pavlakis en estar de vuelta en el aeropuerto de transbordadores espaciales de Heathrow y en la oficina local de mercancías de las «Líneas Pavlakis». Era una nave estrecha unida al extremo de un hangar de aviones espaciales, una especie de enorme granero de acero lleno de

tanques de combustible desechados con forma de huevo y pedazos de fuselaje de cohetes secundarios recogidos de la basura. Un olor de metano odorizado y Gunk se había abierto paso a través de los paneles. Cuando ninguno de los Pavlakis, padre o hijo, se encontraban en Inglaterra, el lugar estaba desierto, con la excepción de los ociosos mecánicos que rondaban por allí intentando hacer avances con la secretaria recepcionista, una de las cuñadas de los primos de Nikos. Se llamaba Sofía, y era una rubia color amarillo cable del Peloponeso, demasiado gorda para su edad, que se deshacía de gusto ante los halagos. Cuando Pavlakis entró en la oficina, Sofía tenía abierta sobre el escritorio una tarrina de yogur a la que no hacía mucho caso a causa de las noticias de mediodía que estaban dando en la pantalla de vídeo que había sobre el escritorio.

—«Para aquéllos de ustedes que pudieran necesitar una excusa, he aquí una buena razón para planear un viaje a Port Hesperus —estaba diciendo el locutor con una sonrisa afectada—. Esta mañana temprano se reveló que el comprador de esa primera edición de *Los siete pilares de la sabiduría...*»

Sofía dirigió una mirada ardiente a Pavlakis cuando éste entró, pero no movió ninguna otra parte del cuerpo.

—Una mujer te ha estado llamando.

—¿Qué mujer?

—No sabría decirte qué mujer. Ha dicho que habías quedado en escribirle una carta. O en mandarle un telegrama. No me acuerdo bien.

—¿La señora Sylvester?

Los ojos de Sofía permanecieron fijos en la pantalla, pero abrió las palmas de las manos; quizá.

Maldiciendo el concepto mismo de primos y parientes políticos, Pavlakis pasó a través de un tabique divisor de pasta de madera al despacho interior. El escritorio, que todo el mundo usaba siempre que les venía en gana, contenía una alta pila de papeles delgados y grasientos. Una hoja rosa descansaba encima de todos, garabateada en la letra demóstica y degradada de Sofía, informando de lo más esencial del último comunicado de Sondra Sylvester: «Imperativo que usted confirme el contrato escribiendo en esta fecha. Si las "Líneas Pavlakis" no pueden garantizar el lanzamiento, la "Compañía Minera Ishtar" tendrá que cancelar inmediatamente el contrato propuesto».

¿Contrato *propuesto*...?

El rosario de cuentas tintineó.

—¡Sofía! —gritó Pavlakis—. Ponme inmediatamente en contacto con la señora Sylvester.

—¿Y dónde puedo encontrar a esa señora? —fue la demorada respuesta.

—En el «Battenberg».

Idiota. ¿Por qué extraña locura la llamaría su padre Sofía, que quiere decir Sabiduría? Pavlakis se puso a revolver entre los papeles buscando algo nuevo y esperanzador. Fue a poner una mano en la petición de «Sotheby» que había recibido el día anterior: «¿Pueden ustedes garantizar el transporte de un libro de cuatro kilos de masa bruta, con embalaje, para que llegue a Port Hesperus?»

—Tengo comunicación con la mujer —le anunció Sofía.

—¿Señor Pavlakis? ¿Está usted ahí?

Pavlakis se precipitó sobre el auricular.

—Sí, querida señora. Espero que acepte usted mis disculpas personales. Numerosos e inesperados asuntos...

La imagen de Sylvester apareció en la pequeña pantalla de vídeo.

—No necesito disculpas. Lo que necesito es una confirmación. Mis asuntos en Inglaterra tenían que haber terminado ayer. Pero antes de poder abandonar Londres tengo que estar segura de que mi material llegará a Venus a tiempo.

—En este preciso momento me estaba sentando a escribir una carta.

Pavlakis resistió el impulso de ponerse a pasar el rosario de cuentas a la vista de la pantalla de vídeo.

—No estoy hablando de una simple grabación o de un pedazo de papel, señor Pavlakis —dijo el rostro frío y hermoso de la pantalla. ¿Cómo podría tener un rostro tan seductor? Algo revuelto en el cabello, el color subido de las mejillas, los labios... Pavlakis hizo un esfuerzo por concentrarse en lo que ella decía—. Francamente, el proceder de usted no ha sido muy tranquilizador. Tengo la impresión de que debería buscarme otro transportista.

Las palabras de ella sirvieron para galvanizarlo.

—¡Debe usted tener fe, querida señora! Desde luego que debe tenerla. Hasta el «Museo Hesperiano» nos ha honrado confiándonos el transponte de su reciente y valiosísima adquisición... —Vaciló, confuso. ¿Por qué habría dicho semejante cosa? Para mostrarse... para estar amistoso, naturalmente, para tranquilizar a la mujer—. Cosa en lo que usted misma tenía mucho interés, si no me equivoco.

Gran Cristo, la mujer se había vuelto de metal. Los ojos empezaron a lanzarle destellos como una perforadora al girar; la boca, cerrada con fuerza, parecía una persiana de acero. Pavlakis se dio la vuelta secándose desesperadamente el sudor que le salía a chorro por la raya del pelo.

—Señora Sylvester, por favor, debe usted perdonarme. He estado..., sometido a una gran tensión últimamente.

—No se atormente tanto, señor Pavlakis. —Éste advirtió, sorprendido, que el tono que ella empleaba era tan suave y cálido como sus palabras..., o incluso más. Se volvió a medias y miró a la pantalla. ¡Ella estaba sonriendo!—. Escribame la carta que me prometió. Y volveré a hablar con usted cuando yo regrese a Londres.

—¿Confiará usted en las «Líneas Pavlakis»? ¡Oh, no le fallaremos, querida señora!

—Confiemos el uno en el otro.

Sylvester cortó la comunicación y se recostó en la cama. Nancybeth estaba tumbada cuan larga era, boca abajo, encima de las sábanas, y la miraba por la rendija de un ojo pesadamente cerrado.

—¿Te importaría mucho que nos quedásemos en la isla uno o dos días más, cariño? —susurró Sylvester.

—Oh, por Dios, Syl. —Nancybeth se dio la vuelta hasta quedar tumbada de espaldas—. ¿Quieres decir que estoy atascada en este montón de hollín dos días más?

—Me ha surgido un trabajo que no esperaba. Si quieres irte antes sin mí...

Nancybeth se retorció con indecisión, abriendo las redondeadas rodillas.

—Supongo que podré encontrar algo...

De pronto Sylvester sintió un ataque de náuseas.

—No te preocupes. Una vez estés instalada puede que yo no tenga que volver aquí para un día o dos.

Nancybeth sonrió.

—Llévame a la playa.

Sylvester cogió el teléfono y marcó una clave. El rubicundo rostro de Hermione Scrutton apareció en la pantalla con sorprendente rapidez.

—¿Eres tú, Syl?

—Hermione, resulta que he tenido que cambiar los planes. Necesito tu consejo. Y posiblemente tu ayuda.

—Mm, ah —repuso la librera, con ojos chispeantes—. ¿Y cuánto vale eso para ti?

—Más que una comida, te lo aseguro.

El capitán Lawrence Wycherly se recobró con notable rapidez de su dolencia del pecho y sentó residencia en los «Astilleros Faralon», donde representó con gran habilidad a las «Líneas Pavlakis» como empleado de las obras. El adusto y decidido inglés logró imponerse con dureza al frustrado peloponesio, y se dedicó a inspeccionar la nave a diario sin avisar y a intimidar con bravatas a los obreros, de modo que, a pesar de la hosquedad y las frecuentes rabetas de Dimitrios, el trabajo se terminó puntualmente. No fue con poca y severa satisfacción que Nikos Pavlakis contempló cómo aquellos obreros vestidos con trajes espaciales imprimían electrónicamente el nombre *Star Queen* a lo largo del igualador de módulo de la tripulación. Se deshizo en halagos hacia Wycherly y le añadió una prima a su ya bastante atractiva paga antes de partir para hacer los últimos preparativos en el cuartel general de las «Líneas Pavlakis» en Atenas.

La *Star Queen*, aunque tenía el diseño de un carguero estándar, era una nave espacial muy distinta de cualquier cosa que se hubiera podido imaginar en los albores de la era de los cohetes modernos, que es tanto como decir que no se parecía en nada a un cascarón de artillería dotado de aletas o al adorno del capó de un automóvil de gasolina. La configuración básica consistía en dos racimos de esferas y cilindros separados entre sí por un puntal cilíndrico de cien metros de longitud. En cierto modo, la nave entera se parecía a un modelo Tinkertoy de una molécula simple.

El racimo delantero incluía el módulo de la tripulación, una esfera de más de cinco metros de diámetro. Una jaula hemisférica de cables superconductores aseguraba por encima el módulo de la tripulación, protegiéndolo parcialmente de los rayos cósmicos y otras partículas cargadas que se mueven en el medio interplanetario..., incluyendo el tubo de escape de otras naves atómicas. Acurruçadas contra la base del módulo de la tripulación se encontraban las cuatro bodegas de carga, que eran cilíndricas. Cada una medía siete metros de anchura y veinte de longitud, y estaban agrupadas en torno al puntal central. Al igual que los contenedores anfibios de carga del siglo anterior, las bodegas eran desmontables y podían dejarse estacionadas en órbita o recogerse de nuevo según las necesidades; cada una de ellas estaba sujeta al eje central de la *Star Queen* por medio de una esclusa de aire propia, y también eran accesibles desde el exterior a través de las cámaras de descompresión. Cada bodega estaba dividida en varios compartimientos que podían ser presurizados o dejados en vacío, dependiendo de la naturaleza de la carga.

Al otro extremo del puntal central de la nave, rodeando el voluminoso cilindro del núcleo reactor del motor atómico, se hallaban unos tanques vulvosos de hidrógeno líquido. A pesar del espesor de la gruesa protección contra la radiación, la popa de la

nave no era el lugar más apropiado para recibir visitas de seres vivos; había sistemas robots que hacían cuanto trabajo se precisase en aquel lugar.

A pesar de su carácter práctico *ad hoc*, la *Star Queen* tenía un aire de elegancia, de esa clase de elegancia de la forma supeditada a lo funcional. Aparte del esporádico cuerno de un cohete de maniobras o de la espina o plato de una antena de comunicaciones, las formas a partir de las cuales había sido ensamblada compartían cierta pureza geométrica, y todas ellas por igual tenían un resplandeciente brillo blanco bajo sus recientes capas de pintura galvanizada.

Durante tres días inspectores de la Junta de Control del Espacio estuvieron recorriendo la remozada nave, y por fin la declararon totalmente apropiada para el espacio. La *Star Queen* recibió los oportunos certificados. Se confirmó la fecha del lanzamiento. Varias lanzaderas de carga pesada trajeron el cargamento desde la Tierra; otras cosas, los paquetes más pequeños, se repartieron por correo certificado.

El capitán Lawrence Wycherly, sin embargo, no logró pasar la revisión de la Junta. Sólo una semana antes del lanzamiento, cirujanos especialistas en vuelo descubrieron lo que hasta aquel momento Wycherly había conseguido disfrazar a base de distintos preparados ilegales obtenidos de fuentes en Chile y destinados a conseguir la exaltación neurológica; se estaba muriendo de una incurable degeneración del cerebelo. Las infecciones víricas y otras enfermedades leves que lo habían estado acosando, no eran más que los síntomas de un fallo general del sistema inmunológico; no importaba que las drogas hubieran acelerado el proceso de la enfermedad. Wycherly se imaginó que era hombre muerto; necesitaba desesperadamente el dinero que aquel último empleo le proporcionaría, porque sin ese dinero —el cuento de sus irreflexivas inversiones y la frenética inmersión en espiral de las deudas era una historia aleccionadora de la época— la que pronto había de convertirse en su viuda perdería la casa, lo perdería todo.

La Junta de Control del Espacio notificó a las oficinas centrales de las «Líneas Pavlakis» en Atenas que la *Star Queen* carecía de capitán, motivo por el cual el permiso de lanzamiento había quedado en suspenso a la espera de una sustitución debidamente cualificada. La Junta, de un modo rutinario, se lo notificó al mismo tiempo a la compañía aseguradora de la nave y a todas las empresas e individuos que habían depositado carga en la misma.

Con bastante retraso a causa de «dificultades técnicas» en el camino de Atenas a Heathrow (los auxiliares de vuelo estaban llevando a cabo una huelga de celo para protestar contra las líneas aéreas del gobierno), Nikos Pavlakis no se enteró de aquella devastadora noticia hasta que se apeó, en Heathrow, del supersónico taxi avión. La señorita Sabiduría, desde detrás de las pantallas que separaban el control de pasaportes, lo miraba hecha una furia con aquellos ojos pintados de negro que parecían los mismísimos ojos de Némesis debajo de aquel casco de pelo grueso y

amarillo.

—*Esto* es de parte de tu padre —le escupió cuando lo tuvo a su alcance al tiempo que le ponía en las manos una hoja de papel fino procedente de Atenas.

Momentáneamente, pero sólo momentáneamente, dio la impresión de que san Jorge hubiera abandonado a Nikos Pavlakis. Se pasó las siguientes veinticuatro horas hablando sin parar por radio y por teléfono, mantenido por aproximadamente un kilo de azúcar disuelto en varios litros de café turco bien hervido. Y al final de dicho tiempo ocurrió el milagro.

Ni Dios ni san Jorge habían proporcionado un nuevo piloto. No hubo esa suerte, porque Pavlakis no consiguió encontrar a tiempo para el lanzamiento de la *Star Queen* ningún piloto cualificado que estuviese sin empleo o libre de obligaciones. Y el milagro no estaba enteramente sin cualificar, ya que ningún santo había evitado la inmediata deserción de unos cuantos de aquéllos que enviaban la mercancía, aquéllos para quienes la llegada de su cargamento a Port Hesperus no era crítica en lo referente al tiempo o cuyo cargamento podía venderse con facilidad en otra parte. En aquellos precisos momentos «Bilbao Atmosferics» estaba descargando su tonelada de nitrógeno líquido de la bodega B, y un valioso cargamento de plantones de pino, el grueso de la carga que tenía que haber viajado en la bodega A, ya había sido reclamado por Silvawerke, de Stuttgart.

El milagro de Pavlakis fue la intervención de Sondra Sylvester.

No la llamó, fue ella la que lo llamó a él desde la villa que había alquilado en la Isle du Levant. Le informó de que después de la última conversación que ambos habían mantenido, se había tomado como un asunto personal el investigar sobre él y los miembros de la tripulación de la *Star Queen*. Alabó a Pavlakis por las medidas que había tomado para salvaguardar la integridad de la *Star Queen* durante el tiempo que había durado la puesta a punto. Y añadió que malamente se le podía culpar por las dificultades privadas de Wycherly. Los abogados que ella tenía en Londres le habían proporcionado informes muy completos sobre el piloto Peter Grant y el ingeniero Angus McNeil. Y en vista de lo que había averiguado, había decidido ponerse en contacto personalmente con la Junta de Control del Espacio para presentarles un resumen *amicus* a favor de la solicitud de las «Líneas Pavlakis» pidiendo una excepción a la regla de la tripulación de tres; también había hecho mención de la fe que ella depositaba en la integridad de la empresa, y había dejado de lado todo tipo de consideraciones económicas. Además se había puesto en contacto con «Lloyd's», exhortándoles a que no retirasen el seguro de la nave. Según ciertas fuentes bien informadas que tenía Sylvester, podía darse como cosa segura que aceptarían hacer la excepción. La *Star Queen* sería lanzada con dos hombres a bordo, y transportaría cargamento suficiente para que la travesía resultase provechosa.

Cuando Pavlakis dejó el teléfono estaba casi mareado de alegría.

Las fuentes bien informadas de Sylvester resultaron estar en lo cierto, y Peter Grant fue ascendido a comandante de una tripulación formada por dos hombres. Dos días después, varios remolcadores pesados trasladaron a la *Star Queen* hasta una de las órbitas de lanzamiento, más allá de los cinturones Van Allen. El motor atómico entró en funcionamiento haciendo salir un torrente de luz blanca. Bajo aceleración constante, la nave empezó una zambullida hiperbólica de cinco semanas de duración en dirección a Venus.

Tercera parte

MÁXIMA TENSIÓN

9

A Peter Grant le gustaba el mando. Se encontraba todo lo relajado que pueda estar un hombre trabajando; tumbado ingrávido, amarrado con correas al sillón del piloto de la cubierta de vuelo de la *Star Queen*, iba dictando el diario de navegación entre bocanadas de un rico cigarrillo turco, cuando de pronto un quebrantacráneos chocó contra el casco de la nave.

Durante un segundo o dos, el tiempo que tardó Grant en apagar el cigarrillo y volver a colocar las conexiones, varias luces rojas se encendieron y las sirenas empezaron a ulular, histéricas.

—¡Valoración de los daños e informe! —ladró Grant.

Sacó de la consola una máscara de oxígeno para las emergencias y se la colocó sobre la nariz y la boca; de pronto todo volvió a quedar en silencio. Mientras las gráficas de la consola cambiaban rápidamente de forma y de color, esperó durante lo que pareció una eternidad —por lo menos treinta segundos más— a que la computadora calculase los daños.

—Hemos sufrido un grave exceso de presión en el cuadrante sudeste de la cubierta de soporte de vida —anunció la computadora con un autosuficiente tono de contralto—. La célula de combustible número dos se ha quebrado. Ha tenido lugar el cambio automático a las células de combustible número uno y tres. Se han cortado las líneas de gas uno y dos de la provisión de oxígeno. Las válvulas de abastecimiento de aire para casos de emergencia se han abierto. —Grant ya conocía todo eso; precisamente estaba respirando aquella materia. Pero ¿qué demonios *había pasado*?—. Los sensores han registrado corrientes de aire supersónicas en el panel L-43 del casco exterior. La pérdida de presión en la cubierta de soporte de vida ha sido total al cabo de veintitrés segundos. La cubierta ha quedado sellada y ahora se ha hecho el vacío en ella. No se han producido más pérdidas de presión atmosférica en los pasajes de comunicación ni en ninguna otra parte del módulo de la tripulación. —Al oír esto último, Grant se apartó la máscara de la cara y la dejó que volviera sola hasta su lugar en el panel de la consola—. Aquí termina la valoración de los daños. ¿Alguna otra pregunta? —inquirió la computadora.

Sí, maldición. ¿Qué demonios *había pasado*? La computadora no contestaba a preguntas de esa clase a menos que supiera la respuesta, sin ambigüedades.

—No hay más preguntas —le indicó Grant; y pulsó el comunicador—: McNeil,

¿estás ahí? No hubo respuesta. Probó con la frecuencia alta.

—McNeil, aquí Grant. Te necesito inmediatamente en la cubierta de vuelo.

No hubo respuesta. McNeil no podía establecer contacto; posiblemente estuviese herido. Tras pensar durante un momento, Grant decidió robar sólo un par de segundos más en un intento por enterarse de la causa del apuro en que se encontraban. Con unos cuantos movimientos rápidos de los dedos envió uno de los ojos monitores externos a recorrer el casco del módulo de mando hacia el panel L-43, en la parte inferior de la esfera.

La imagen que apareció en la pantalla era sólo un borrón que se movía velozmente hasta que el ojo del robot se detuvo sobre el panel designado. Y allí estaba, fijo y claro en la pantalla de Grant: un punto negro en el cuadrante superior derecho del panel de acero pintado de blanco; era tan neto como el agujero de un perdigón en una diana de papel.

—Un meteoróide —susurró Grant. Proyectó una ampliación de la imagen del monitor y vio un agujero de poco menos de un milímetro de diámetro—. Uno grande.

¿Dónde demonios estaría McNeil? Había bajado a la bodega presurizada a comprobar los humidificadores. Una cosa bien sencilla, de modo que, ¿cuál sería el problema? El meteoróide no había penetrado en las bodegas... Grant se zafó de las correas que lo sujetaban y se zambulló en el pasadizo central.

Apenas había quitado los pies de la cubierta cuando se agarró al peldaño de una escalera y, tirando de sí mismo, se detuvo. Justo debajo de la cubierta de vuelo se encontraba la cubierta del área doméstica. Al contrario que las cortinas de los otros dos camarotes, la cortina que separaba el camarote privado de McNeil de las zonas comunes se encontraba abierta. Y allí dentro estaba McNeil, doblado sobre sí mismo y vuelto hacia la mampara hermética; tenía el rostro oculto y los puños apretados en torno a los agarraderos del tabique.

—¿Qué te pasa, McNeil? ¿Estás enfermo?

El ingeniero sacudió la cabeza. Grant notó las pequeñas cuentas de líquido que le brotaban de la cabeza y atravesaban la habitación brillando. Las tomó por sudor, hasta que se percató de que McNeil estaba sollozando. Eran lágrimas.

Ver aquello le repugnó. De hecho, a Grant le sorprendió la fuerza de su propio sentimiento; inmediatamente reprimió la reacción por parecerle indigna.

—Angus, sobreponete —le animó—. Tenemos que reflexionar.

Pero McNeil no se movió, ni Grant hizo ademán de consolarlo ni de tocarlo.

Tras un momento de vacilación, Grant cerró con ira la cortina dando un tirón, para ocultar aquella exhibición de cobardía por parte de su compañero.

En un rápido recorrido de las cubiertas interiores y del pasadizo de acceso a las bodegas, Grant se aseguró de que, fuera cual fuese el daño que había sufrido la cubierta de soporte de vida, la integridad de las zonas de trabajo y vivienda de la

tripulación no se viera amenazada. De un solo salto salió a través del centro de la popa de la nave hasta la cubierta de vuelo, sin ni siquiera echar una ojeada al pasar al camarote de McNeil, y se enganchó de nuevo al sillón de mando. Se puso a estudiar las gráficas.

Abastecimiento de oxígeno uno: plano. Abastecimiento de oxígeno dos: plano. Grant contempló las silenciosas gráficas igual que un hombre del Londres antiguo que, al volver a casa una tarde en época de la peste, hubiera podido contemplar una cruz mal hecha recién garabateada en su puerta. Manipuló algunos botones y las gráficas saltaron, pero la ecuación fundamental que producía una curva plana no se rendía ante sus mimos. A Grant le era imposible albergar la menor duda acerca del mensaje; la noticia que ya es de por sí suficientemente mala de algún modo trae consigo cierta garantía de verdad propia, y sólo los buenos informes necesitan confirmación.

—Lo siento, Grant.

Éste se dio la vuelta y vio a McNeil flotando junto a la escalera, con el rostro sofocado y ojeras debajo de los ojos, hinchados de llorar. Incluso a la distancia a que estaba, de más de un metro, Grant pudo notarle en el aliento el olor a brandy «medicinal».

—¿Qué ha sido, un meteoróide? —McNeil parecía decidido a mostrarse alegre, a reparar aquel lapso que había tenido, y cuando Grant le respondió que sí con la cabeza, incluso intentó tener una débil nota de humor—. Dicen que una nave de este tamaño sólo tiene posibilidades de recibir un golpe una vez cada siglo. Por lo visto hemos madrugado, pues falta para el siglo noventa y nueve coma nueve años.

—Peor suerte. Mira esto. —Grant le señaló con la mano la pantalla de vídeo que mostraba el panel dañado—. Por el lugar en que se ha producido el agujero, esa maldita cosa tenía que venir prácticamente en ángulo recto hacia nosotros. Desde cualquier otro punto no hubiera podido chocar contra ninguna parte vital. —Grant se dio la vuelta, quedando de cara a la consola y a las amplias ventanas de la cubierta de vuelo, que daban a una noche estrellada. Durante unos momentos guardó silencio e intentó poner en orden sus pensamientos. Lo que había sucedido era grave, mortalmente grave, pero no tenía por qué resultar fatal. Al fin y al cabo ya había transcurrido el cuarenta por ciento del tiempo de la travesía—. ¿Estás dispuesto a ayudar? —le preguntó a McNeil—. Tendríamos que hacer números.

—Lo estoy. —McNeil se dirigió hacia el puesto de trabajo del ingeniero.

—Entonces dame las cifras de las reservas totales, en el peor y en el mejor de los casos. Aire en la bodega A. Reservas de emergencia. Y no te olvides de lo que hay en los depósitos adaptables y en los packs portátiles O-dos.

—Bien —dijo McNeil.

—Yo trabajaré en las proporciones de masa. Veré si podemos ganar algo soltando

las bodegas y echando a correr.

McNeil titubeó y masculló.

—Uh...

Grant hizo una pausa. Pero fuera lo que fuese aquello que McNeil había estado a punto de decir, lo había pensado mejor y había decidido callarse. Grant dejó escapar un profundo suspiro. Él era el que estaba al mando allí, y comprendía lo que era obvio: que deshacerse de la carga haría que los propietarios perdiesen el negocio, a pesar del seguro, y lo más probable es que metiera a los aseguradores en el asilo para pobres. Pero, al fin y al cabo, si se trataba de dos vidas humanas contra unas cuantas toneladas de peso muerto, no había demasiadas dudas al respecto.

El dominio de Grant sobre la nave en aquel momento era algo más firme que el que tenía sobre sí mismo. Estaba tan enfadado como asustado; enfadado con McNeil por venirse abajo, enfadado con los que habían diseñado la nave por suponer que una probabilidad entre un billón era decir lo mismo que imposible y haber dejado por ello de proporcionarle a la nave protección adicional contra meteoroides en el suave vientre del módulo de mando. Pero el brazo límite de las reservas de oxígeno no tocaría a su fin hasta por lo menos un par de semanas más tarde, y hasta entonces podía suceder un gran número de cosas. Aquella idea le ayudó, aunque sólo durante unos momentos, a mantener a raya sus temores.

Aquello era una emergencia sin duda alguna, pero era una de esas emergencias peculiarmente prolongadas, en otro tiempo características del mar, y en estos días más típicas del espacio, una de esas emergencias donde había tiempo de sobra para pensar. Quizá demasiado tiempo.

A Grant le vino a la memoria un viejo marino cretense que había conocido en el hangar de la empresa de Pavlakis en Heathrow, un pariente lejano de un pariente del viejo, que se encontraba allí por una invitación de cortesía. El marino había mantenido cautivada a una audiencia de empleados y mecánicos mientras recitaba la historia de una travesía desastrosa en la que había tomado parte de joven a bordo de un vapor mercante por el mar Rojo. Al capitán del navío, inexplicablemente, se le había olvidado dotar a su barco con suficiente agua potable para casos de emergencia. La radio se estropeó, y luego los motores. El barco estuvo navegando a la deriva durante semanas antes de llamar la atención de otros barcos que pasaban cerca, y para entonces la tripulación se había visto obligada a estirar el agua potable a base de agua salada. El viejo cretense se encontraba entre los supervivientes que lograron salir de aquella con tan sólo unas semanas de hospital. Otros no habían tenido tanta suerte, y murieron horriblemente a causa de la sed y envenenados por sal.

Los desastres lentos son así: ocurre una cosa improbable que se complica con otro suceso improbable, y al final un tercero se cobra la vida de alguien.

McNeil había simplificado en exceso las cosas al decir que la *Star Queen*

solamente podía ser alcanzada por un meteorioide una vez cada siglo. En realidad la respuesta dependía de tantos factores que tres generaciones de especialistas en estadística y sus computadoras habían hecho poco más que establecer unas cuantas reglas tan vagas que las compañías de seguros todavía se echaban a temblar de aprensión cada vez que los grandes enjambres de meteoroides barrían como vendavales las órbitas de los mundos interiores. Por otra parte, las compañías aseguradoras dejaban fuera de los límites aquellas trayectorias interplanetarias que requerían que las naves intersectasen la órbita de los Leonids, aunque la posibilidad real de que una nave y un meteorioide coincidiesen en su trayectoria era, en el peor de los casos, remota.

Desde luego, depende mucho de la noción subjetiva de cada uno lo que significan las palabras meteorio, meteorito y meteorioide. Cada terrón de escoria cósmica que llega a la superficie de la Tierra —ganándose de este modo el apelativo de «meteorito»— tiene un millón de hermanos más pequeños que perecen por completo en esa tierra de nadie donde la atmósfera no ha terminado del todo y el espacio está aún por empezar, esa región fantasmal donde Aurora camina de noche. Éstos son meteoros —manifestaciones del aire en su parte superior, original significado de la palabra—, las conocidas estrellas fugaces, que rara vez son más grandes que una cabeza de alfiler. Y éstas, a su vez sobrepasadas en número hasta multiplicarse por un millón, son partículas demasiado pequeñas para dejar rastro alguno visible de su muerte cuando caen del cielo. Todos ellos, las incontables motas de polvo, los raros cantos rodados e incluso las montañas errantes que se encuentran con la Tierra puede que cada doce millones de años, todos ellos, cuando se encuentran volando libres en el espacio, son meteoroides.

Para los propósitos de vuelo espacial, un meteorioide sólo tiene interés si, al golpear el casco, la explosión resultante pone en entredicho las funciones vitales, produce excesos de presión que puedan resultar destructivos o abre un agujero en algún compartimiento presurizado demasiado grande para poder evitar la rápida pérdida de atmósfera. Éstas son cuestiones tanto de tamaño como de velocidad relativa. Los esfuerzos de los encargados de hacer las estadísticas habían dado como resultado unas tablas que mostraban las probabilidades aproximadas de colisión en distintos radios a partir del sol para meteoroides cuya masa alcanzara unos cuantos miligramos. En el radio de la órbita de la Tierra, por ejemplo, sólo uno de cada tres días podía esperarse que cualquier kilómetro cúbico fuera atravesado por un meteorioide de un gramo que viajase hacia el sol a una velocidad de quizá cuarenta kilómetros por segundo. Las probabilidades de que una nave espacial ocupase el mismo kilómetro cúbico de espacio (excepto muy cerca ya de la propia Tierra) era aún mucho más baja, y así se calculaba la incidencia de meteoroides más grandes... De modo que la colisión estimada por McNeil de «una vez cada siglo» era, en

realidad, absurdamente elevada.

El meteoróide que había chocado contra la *Star Queen* era grande, probablemente el equivalente a un gramo en polvo solidificado y hielo, y del tamaño de un cojinete. Y de alguna manera había eludido golpear tanto el hemisferio superior del módulo de la tripulación como las grandes bodegas de carga cilíndricas situadas más abajo, dado el ángulo casi perpendicular en que había atacado a la cubierta de soporte de vida. La virtual certeza de que un incidente como aquél no volvería a pasar en el transcurso de la historia humana no les servía de mucho consuelo a Grant y McNeil.

Aun así, las cosas podían haber ido peor. La *Star Queen* llevaba ya catorce días de trayectoria, y le faltaban todavía veintiuno para llegar a Port Hesperus. Gracias a los motores ascendentes viajaba mucho más de prisa que los cargueros espaciales, los lentos vapores mercantes que surcaban los caminos del espacio y que estaban restringidos a las elipses Hohmann, unos largos senderos tangenciales que gastaban un mínimo de energía besando justamente las órbitas de la Tierra y Venus en los lados opuestos del sol. Las naves de viajeros equipadas con reactores de núcleo gaseoso aún más poderosos, o los veloces cúters que empleaban nuevos mecanismos de tracción por fusión, podían cruzar de planeta a planeta en un plazo de tiempo tan corto como quince días, dado el alineamiento favorable de los planetas —y dado también un margen de beneficios que les permitía gastar mucho más combustible—, pero la *Star Queen* estaba enclavada justo en medio de la ecuación. Su aceleración y desaceleración óptimas determinaban tanto su lanzamiento como su hora de llegada.

Resulta sorprendente lo largo que se hace ejecutar un sencillo programa de ordenador cuando la vida de uno depende del resultado. Grant tecleó los números pertinentes de una docena de maneras distintas antes de abandonar la esperanza de que la línea de fondo fuera a cambiar.

Se dirigió a McNeil, que seguía inclinado sobre la consola del ingeniero, al otro lado de la habitación circular.

—Me parece que podremos esquivar la ETA sólo por un pelo, casi medio día —dijo—. Eso suponiendo que soltemos todas las bodegas en cosa de una hora más o menos.

Durante uno o dos segundos McNeil no le contestó. Cuando por fin se incorporó y se volvió de cara a Grant, tenía una expresión sobria y serena.

—Parece que el oxígeno nos durará dieciocho días en el mejor de los casos..., quince en el peor. Nos van a faltar unos cuantos días.

Los hombres se miraron con una calma semejante a un trance que hubiese resultado extraordinaria de no haber sido evidente lo que les estaba pasando por la cabeza: ¡Tiene que haber una salida!

¡Fabricar oxígeno!

Cultivar plantas, por ejemplo; pero no llevaban nada verde a bordo, ni siquiera un

paquete de semillas de hierba. Y aunque lo hubiesen llevado, y a pesar de tantos cuentos increíbles, si se tiene en cuenta todo el ciclo de energía, las plantas de tierra no son productoras eficientes de oxígeno en una escala menor que un mundo pequeño. Para lo único que les hubiera servido llevar a bordo aquellos plantones de pino habría sido para tener un mayor volumen de aire en la bodega presurizada.

Electrolizar agua, entonces, invirtiendo el ciclo de las células de combustible para obtener hidrógeno y oxígeno elementales; pero no había suficiente agua en las células de combustible o en los depósitos de agua, ni siquiera en el cuerpo de los dos hombres, para mantenerlos con aliento los siete días más que necesitaban. Por lo menos no después de que murieran deshidratados.

No había manera de obtener oxígeno extra. Lo cual dejaba ese último recurso de ópera espacial, el *deus ex machina* de una nave que pasase, una que casualmente se emparejase convenientemente con su exacta trayectoria y velocidad.

Pero no habría tales naves, naturalmente. Casi por definición, la nave que «casualmente pasase por allí» era imposible. Aun en el caso de que otros cargueros viajaran ya hacia Venus siguiendo la misma trayectoria —y si los hubiese habido, Grant y McNeil lo habrían sabido—, entonces, de acuerdo con las leyes propuestas por Newton, debían conservar sus distancias originales sin pretender llevar a cabo un heroico sacrificio de masa y un posiblemente fatal derroche de combustible. Cualquiera nave que pasase a una velocidad significativamente más grande —pongamos por caso, una nave de pasajeros— estaría siguiendo una trayectoria hiperbólica propia, y probablemente resultaría tan inaccesible como Plutón. Pero un cúter enteramente abastecido, si saliera *en aquel momento* de Venus...

—¿Qué hay atracado ahora en Port Hesperus? —inquirió McNeil como si sus pensamientos hubieran seguido la misma trayectoria que los de Grant.

Éste aguardó unos instantes, el tiempo que tardó en consultar la computadora, antes de responder.

—Un par de viejos cargueros Hohmann, según el Registro de «Lloyd»... y el desbarajuste acostumbrado de lanchas y remolcadores. —Se echó a reír bruscamente—. Y un par de yates solares. Ahí no hay ayuda.

—Parece que nos va a resultar imposible encontrar nada —observó McNeil—. Quizá deberíamos tener una conversación con los controladores de la Tierra y de Venus.

—Precisamente estaba a punto de hacerlo —dijo Grant con tono irritado—; en cuanto haya decidido cómo redactar la pregunta. —Tomó aire rápidamente—. Mira, aquí has sido de gran ayuda. Podrías hacernos otro favor a ambos y efectuar un chequeo personal de posibles escapes de aire en el sistema. ¿De acuerdo, entonces?

—Claro, de acuerdo.

La voz de McNeil sonaba tranquila.

Grant observó a McNeil de reojo, mientras éste se soltaba las correas y se alejaba flotando de la cubierta de vuelo. Probablemente el ingeniero iba a traerle problemas en los días venideros, reflexionó Grant. Aquel asunto tan vergonzoso..., desmoronarse igual que una criatura... Hasta el momento se habían llevado bastante bien —como la mayoría de los hombres de sustancial gordura, McNeil tenía buen carácter y era bastante acomodadizo—, pero ahora Grant se daba cuenta de que a McNeil le faltaba un poco de fibra. Era evidente que se había vuelto flojo física y mentalmente a fuerza de vivir tanto tiempo en el espacio.

La antena parabólica que había en el botafón de comunicaciones estaba dirigida hacia el brillante faro de arco situado en Venus, a menos de veinte millones de kilómetros de distancia, que se movía en un sendero convergente con la nave. Un zumbido sonó en la consola indicando que habían recibido una señal procedente de Port Hesperus.

La convergencia física no tendría lugar hasta un mes más tarde, pero las ondas de tres milímetros que salían del transmisor de la nave realizarían el viaje en algo menos de un minuto. Qué bueno habría sido en aquel momento ser una onda de radio.

Grant agradeció el «adelante» y comenzó a hablar firme y, esperaba él, desapasionadamente. Dio un detallado análisis de la situación, adjuntando los datos pertinentes en telemetría, y terminó el discurso con una petición de consejo. No expresó los temores que tenía con respecto a McNeil, pues sin duda el ingeniero estaría monitorizando la transmisión.

Y en Port Hesperus —la estación orbital de Venus— la bomba estaba a punto de estallar, desencadenando oleadas de compasión en todos los mundos habitados cuando el vídeo y las hojas de fax adoptaran el mismo titular: «*LA STAR QUEEN EN PELIGRO*». Un accidente en el espacio posee cierta cualidad dramática que tiene tendencia a desplazar de los titulares a todas las demás noticias. Por lo menos hasta que se han acabado de contar los cadáveres.

La concreta respuesta de Port Hesperus, menos dramática, viajó todo lo rápida que permitió la velocidad de la luz: «Control de Port Hesperus a *Star Queen*, dándonos por enterados de vuestra situación de emergencia. En breve enviaremos un cuestionario detallado. Por favor, no os retiréis».

No se retiraron. Se quedaron allí, flotando en el aire.

Cuando llegaron las preguntas, Grant las imprimió. El mensaje tardó casi una hora en pasar por la impresora y el cuestionario era tan detallado, tan extremadamente detallado —tan extraordinariamente detallado, de hecho—, que Grant se preguntó malhumorado si McNeil y él vivirían el suficiente tiempo como para contestarlo. Dos semanas, más o menos.

La mayoría de las preguntas eran técnicas, concernientes al estado de la nave. Grant no albergaba la menor duda de que los expertos de la Tierra y de la estación de Venus se estarían estrujando el cerebro en un intento de salvar la *Star Queen* y su cargamento. Posiblemente, sobre todo, el cargamento.

—¿Y a ti qué te parece? —le preguntó Grant a McNeil una vez que el ingeniero hubo terminado de leer el mensaje. Se quedó mirando atentamente a su compañero en busca de algún signo de tensión en él.

Tras un prolongado y rígido silencio, McNeil se encogió de hombros. Sus

primeras palabras fueron el eco de los pensamientos de Grant.

—Ciertamente, esto nos mantendrá ocupados. Dudo que podamos terminar en un día. Y tengo que admitir que la mitad de estas preguntas son una locura. —Grant hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, pero no dijo nada. Dejó que McNeil continuase hablando—. «Porcentaje de escapes en las zonas de la tripulación...» Es bastante sensato, pero eso ya se lo hemos dicho. ¿Y para qué quieren saber la eficiencia de las protecciones contra la radiación?

—Quizá tenga que ver con la erosión del cierre hermético, supongo yo —murmuró Grant.

McNeil lo miró.

—Si me lo preguntases, yo diría que están intentando mantenernos con la moral alta, fingiendo que se les han ocurrido un par de ideas brillantes. Y mientras tanto nosotros estamos demasiado ocupados para preocuparnos.

Grant escudriñó a McNeil con una extraña mezcla de alivio y fastidio; alivio porque el escocés no había estallado con otra rabieta; y a la inversa, fastidio porque ahora se mostraba tan condenadamente tranquilo, negándose a encajar del todo en la categoría mental que Grant le había preparado. ¿Habría sido típico de aquel hombre el lapso momentáneo que había sufrido tras el choque del meteoróide? ¿O podría haberle ocurrido a cualquiera? Grant, para quien el mundo era en gran medida un lugar de blancos y negros, se sentía enojado al ser incapaz de determinar si McNeil era un cobarde o un valiente. Que pudiera ser ambas cosas a la vez, ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

En el espacio, cuando se está en vuelo, el tiempo no tiene límites. En la Tierra está el gran reloj que es el propio globo dando vueltas y marcando las horas con continentes enteros a modo de manecillas. Incluso en la luna las sombras se deslizan perezosamente de cráter en cráter al describir el sol su lenta marcha a través del cielo. Pero en el espacio las estrellas están fijas, o es como si lo estuviesen; el sol se mueve sólo si el piloto decide mover la nave, y los cronómetros parpadean números que dicen los días y las horas; pero, en cuanto a sensaciones se refiere, carecen de sentido.

Hacía ya mucho tiempo que Grant y McNeil habían aprendido a regular sus vidas de acuerdo con eso; mientras estaban en el espacio profundo se movían y pensaban sumidos en una especie de ocio —que se desvanecía rápidamente cuando la travesía estaba tocando a su fin y llegaba la hora de las maniobras de frenado—, y aunque ahora se hallaban bajo sentencia de muerte, continuaron por los trillados surcos de la costumbre. Cada día Grant dictaba cuidadosamente el libro de navegación, confirmaba la posición de la nave y llevaba a cabo todos los deberes rutinarios de mantenimiento. McNeil también se comportaba con normalidad, por lo que Grant podía ver, aunque tenía sospechas de que parte del mantenimiento técnico se estaba

llevando a cabo con mano muy ligera, y había tenido ya unas cuantas palabras cortantes con el ingeniero acerca de la acumulación de bandejas de comida sucias cuando a McNeil le tocaba el turno en la cocina.

Habían pasado tres días desde que el meteorode chocase con ellos. Grant no dejaba de recibir mensajes de «ánimo» del control de tráfico de Port Hesperus en términos de «Perdón por el retraso, amigos; tendremos algo para vosotros en cuanto podamos». Y esperaba los resultados del panel de revisión de alto nivel convocado por la Junta de Control del Espacio, que tenía especialistas en dos plantas llevando a cabo simulaciones de frenéticos planes para rescatar a la *Star Queen*. Al principio había esperado con impaciencia, pero lentamente la ansiedad había ido menguando. Dudaba que los mejores cerebros técnicos del sistema solar pudieran ya salvarlos..., aunque resultaba difícil abandonar la esperanza cuando todo parecía aún tan normal y el aire seguía siendo limpio y fresco.

Al cuarto día habló Venus:

—Bien, muchachos, esto es lo que tenemos para vosotros. Vamos a adoptar un único sistema, y parte de él es complicado, de manera que asegurados bien y pedir las aclaraciones que necesitéis. Muy bien, primero entraremos en el registro del sistema de atmósfera de la cabina, punto dos tres nueve coma cuatro. Ahora os daré un momento para que localicéis ese punto.

Desprovistos de la jerga, todo el mensaje era una oración fúnebre; aquella avalancha de instrucciones no era más que para asegurar que la *Star Queen* llegara a Port Hesperus por control remoto con el cargamento intacto, aunque hubieran dos cuerpos muertos en el módulo de comando. Grant y McNeil ya habían sido dados por perdidos.

Un consuelo: Grant ya sabía, por el entrenamiento al que se había sometido en cámaras de gran altitud, que la muerte por hipoxia hace que el final sea un asunto positivamente vertiginoso.

McNeil, sin el menor comentario, desapareció poco después de que concluyera el mensaje. Grant no lo vio durante horas. Al principio se sintió francamente aliviado. Él tampoco tenía ganas de hablar, y si McNeil quería ocuparse de sí mismo era cosa suya. Además tenía que escribir varias cartas, ciertos cabos sueltos de los que ocuparse..., aunque la última voluntad y el testamento eran asuntos que aún podían esperar. Les quedaban un par de semanas.

A la hora de la cena Grant bajó a la zona común confiado en encontrar a McNeil trabajando en la cocina. McNeil era buen cocinero, dentro de las limitaciones culinarias de una nave espacial, y solía disfrutar cuando le tocaba el turno de cocina. Ciertamente cuidaba bastante bien de su estómago.

Pero no había nadie en el área común. La cortina que tapaba el camarote de

McNeil se encontraba cerrada.

Grant abrió la cortina y encontró a McNeil tumbado en mitad del aire cerca de la litera, muy en paz con el universo. Allí, colgando a su lado, había una gran caja de embalaje de plástico, cuya cerradura magnética había sido forzada de algún modo con una palanqueta. Grant no tuvo necesidad de examinarla para saber qué contenía; una rápida mirada a McNeil le bastó.

—Sí, una sucia vergüenza —dijo el ingeniero sin el menor rastro de apuro— sorber esto por un tubo. —Le guiñó un ojo a Grant—. Te diré una cosa, capitán. ¿Por qué no le das la vuelta a esta vasija para que podamos beber como es debido? — Grant le echó una mirada llena de enojo y desprecio, pero McNeil se la devolvió sin vergüenza alguna—. Oh, no seas soso, hombre... ¡Toma un poco tú también! ¿Qué más da?

Le lanzó una botella a Grant, que la cogió en el aire con destreza. Era un «Cabernet Sauvignon» del Valle de Napa; Grant conocía la remesa, de un valor fabuloso. El contenido de aquel embalaje de plástico valía muchos miles.

—No creo que haya ninguna necesidad —dijo Grant con tono grave— de comportarse como un cerdo... Ni siquiera en estas condiciones.

McNeil no estaba borracho aún. Sólo había alcanzado la brillante iluminación de la antesala de la embriaguez, pero no había perdido por completo el contacto con el triste mundo exterior.

—Estoy dispuesto —anunció con gran solemnidad— a escuchar cualquier buen argumento en contra de mi actual modo de comportarme. Un modo que a mí me parece eminentemente sensato. —Bendijo a Grant con una sonrisa angelical—. Pero será mejor que me convenzas de prisa, mientras todavía se me pueda hacer entrar en razón.

Y tras decir esto apretó el bulbo de plástico en el cual había descargado al menos un tercio del contenido de la botella, y se disparó un gran disparo rojizo en la boca, que mantenía abierta.

—Estás robando algo que es propiedad de la compañía... para cuyo salvamento se han hecho planes —anunció Grant sin ser consciente de lo absurdo de aquello, pero sí de que al decirlo su voz había adoptado la misma nasalidad, la misma constricción de un joven maestro de escuela—. Y además..., difícilmente vas a poder estar borracho dos semanas.

—Eso —dijo McNeil, pensativo— aún está por ver.

—Yo no lo creo —replicó Grant. Con la mano derecha se sujetó a la mampara mientras con la izquierda golpeaba fuertemente el embalaje y lo mandaba de un empujón más allá de la cortina abierta.

Al darse la vuelta y lanzarse tras la caja oyó un grito de dolor de McNeil:

—¡Eres un hijo de puta estreñado! ¡Qué putada!

En el estado en que se encontraba, a McNeil le costaría algún tiempo organizar una persecución. Grant guio el embalaje hacia la escotilla de la bodega, y lo metió en el mismo compartimiento presurizado y sometido a temperatura controlada del que había salido. Selló herméticamente el embalaje y lo volvió a colocar en su estante, atándolo firmemente en su sitio. No servía de nada tratar de cerrar la caja con llave: McNeil había destrozado la cerradura.

Pero Grant quería estar seguro de que McNeil no volvería a entrar allí: cambiaría la combinación de la escotilla de la bodega y guardaría en secreto la nueva combinación. Tal como se desarrollaron las cosas, dispuso de tiempo de sobra para hacerlo. McNeil no se había molestado en seguirlo.

Cuando Grant volvía flotando hacia la cubierta de vuelo pasó por delante de la cortina abierta del camarote de McNeil. McNeil seguía allí, cantando.

*No nos importa a dónde vaya a parar
el oxígeno, mientras no se meta en el vino...*

Evidentemente había conseguido sacar un par de botellas antes de que Grant llegara a coger la caja. «Dejemos que le duren las dos semanas si es que no se las bebe esta noche».

*No nos importa a dónde vaya a parar
el oxígeno, mientras no se meta en el vino...*

¿Dónde demonios había oído aquel estribillo? Grant, cuya educación era severamente técnica, hubiera asegurado que McNeil estaba cambiando adrede la letra de algún madrigal obscuro de la época isabelina o algo por el estilo; y sólo para mofarse de él. De pronto se vio sacudido por una emoción que, para hacerle justicia, no reconoció durante unos instantes, y que pasó tan rápidamente como había venido.

Pero cuando llegó a la cubierta de vuelo estaba temblando y se sentía un poco mareado. Se dio cuenta de que el desagrado que le inspiraba McNeil se iba convirtiendo lentamente en odio.

Lo cierto era que Grant y McNeil se llevaban bastante bien en circunstancias normales. No era culpa de nadie que ahora las circunstancias distasen mucho de ser normales.

Sólo porque los dos hombres habían mostrado en los tests psicológicos corrientes unas curvas de personalidad maravillosamente suaves; sólo porque miles de millones de libras y de dólares y de yens y de dracmas y de dinares estaban en el vuelo de la *Star Queen*, sólo por eso la Junta de Control del Espacio había concedido una excepción a la norma de la tripulación de tres.

La norma de que la tripulación debía constar de tres miembros había regido durante un siglo y medio de vuelos espaciales y había proporcionado de manera ostensible una configuración social mínimamente sólida durante los largos períodos de aislamiento —problema que no había sido apremiante durante el siglo xx, antes de que las naves espaciales tripuladas se aventurasen más allá de la luna y cuando el retraso temporal de las comunicaciones con la Tierra se medía aún en segundos—. Cierto; en cualquier grupo de tres, dos de ellos, con el tiempo, acaban por conspirar contra el tercero. Como aprendieron los antiguos romanos después de varias duras lecciones de política, en los asuntos humanos la estructura menos estable es el trípode. Lo cual no es malo necesariamente. Ciertamente tres es mejor que dos, y dos es mucho mejor que uno. Y cualquier grupo de más de tres degenera a no tardar en subgrupos de dúos y tríos.

Un hombre o una mujer casi con certeza acabarán por volverse locos al cabo de un tiempo relativamente corto. Puede que sea una locura benigna, incluso una locura ejemplar que se manifieste en forma de un obsesivo afán de escribir poesía romántica, por ejemplo. Pero ninguna forma de locura resulta alentadora para las compañías aseguradoras de las naves espaciales.

La experiencia muestra que una tripulación de un hombre y una mujer experimentará una crisis en el plazo de unos cuantos días. Sus edades relativas no tienen mayor importancia. Si el tema de su conversación es el poder, el subtema será el sexo. Y viceversa.

Por otra parte, dos hombres solos juntos, o dos mujeres, dado que sus vectores sexuales no son convergentes, pasarán por alto el subtema sexual y todo el tiempo el tema se reducirá a la esencia del poder: ¿quién manda aquí...? Aunque en el caso de dos mujeres la resolución de tal pregunta de algún modo suele ser, por razones culturales, menos propensa a conducir a la violencia fatal.

Con tres personas de cualquier sexo todos tratarán de llevarse bien durante algún tiempo, y con el tiempo dos acabarán por formar comandita contra el tercero. De manera que la cuestión del poder se resuelve por sí misma y, dependiendo de la

composición de la tripulación, el sexo también dará cuenta de sí mismo, es decir, que dos o más puede que lo hagan juntos y uno o más lo harán solos.

Dos hombres que no mantengan una amistad íntima, siendo ambos heterosexuales y de edad y status parecidos, pero de temperamento fundamentalmente diferente, son la peor combinación posible.

Tres días sin comida, se ha dicho, es tiempo suficiente para eliminar las sutiles diferencias entre lo que se llama un hombre civilizado y lo que se suele conocer como un salvaje. Grant y McNeil no estaban incómodos físicamente, no iban a sufrir dolores extremos ni siquiera al final. Pero habían mantenido activa la imaginación; tenían más en común con un par de caníbales hambrientos perdidos en una canoa hecha con un leño de lo que les hubiese gustado confesar.

Un aspecto de su situación, el más importante de todos, nunca se había mencionado hasta entonces: el análisis de la computadora había sido comprobado y vuelto a comprobar, pero la línea de fondo no era del todo terminante, porque la computadora se abstenía de hacer sugerencias que no se le hubiera pedido que hiciese. Los dos hombres que componían la tripulación podían fácilmente dar ese paso decisivo del cálculo en el interior de sus cabezas...

... y cada uno de ellos había llegado al mismo resultado. Era simple, realmente, una macabra parodia de esos problemas de aritmética de escuela primaria que empiezan: «Si dos hombres tienen seis días para ensamblar cinco helicópteros, ¿cuánto tiempo...?»

En el momento en que el meteoróide destruyó el oxígeno líquido almacenado, había aproximadamente ciento treinta y seis metros cúbicos de aire en el compartimiento presurizado de la bodega. A una atmósfera, un metro cúbico de aire pesa ciento veinte gramos, pero menos de una cuarta parte de ello es oxígeno. Sumando las provisiones de emergencia y de los trajes espaciales, había menos de treinta y dos kilogramos de oxígeno en la nave. Un hombre consume poco más de novecientos gramos de oxígeno en un día.

Treinta y cinco días de oxígeno para un hombre...

La provisión de oxígeno era suficiente para *dos* hombres durante dos semanas y media. Venus se hallaba a tres semanas de distancia. No tenía uno que ser un prodigio en cálculo para darse cuenta de que un hombre, un hombre solo, podría vivir para pasearse por los curvos senderos de los jardines de Port Hesperus.

Habían pasado cuatro días. El límite del plazo reconocido quedaba a trece días de distancia, pero el plazo del que no se hablaba eran sólo de diez días. Durante diez días más dos hombres podían respirar el aire sin poner en peligro las posibilidades de que uno de ellos pudiera sobrevivir solo. Al cabo de los diez días únicamente un hombre solo tendría alguna esperanza de llegar a Venus. Para un observador que

fuera lo suficientemente objetivo, aquella situación hubiese podido parecer altamente atractiva. Pero Grant y McNeil no eran objetivos en absoluto. Ni siquiera en las mejores circunstancias resulta fácil para dos personas decidir de manera amigable cuál de ellas debe suicidarse; más difícil aún cuando no se hallan en muy buenas relaciones.

Grant quería jugar totalmente limpio. Por ello, y tal como concebía las cosas, lo único que podía hacerse era esperar a que McNeil estuviera sobrio y saliera del camarote; entonces Grant le plantearía directamente el asunto.

Mientras estos pensamientos le daban vueltas en la cabeza, Peter Grant miraba fijamente a través de las ventanas de la cubierta de vuelo hacia el estrellado universo; veía los miles y miles de estrellas e incluso las nebulosas envueltas en bruma como nunca las había visto antes. Se sintió conmovido por cierta convicción de transcendencia...

... que las meras palabras seguramente traicionarían.

Bien, le escribiría a McNeil una carta. Y sería mejor hacerlo pronto, mientras las relaciones existentes entre ellos fueran aún diplomáticas. Sujetó una cuartilla en el bloc de notas y empezó a escribir: «Querido McNeil». Se detuvo, con el bolígrafo listo para escribir sobre el papel. Luego rompió la hoja y empezó de nuevo: «McNeil».

Le llevó casi tres horas poner en palabras lo que quería decir, y aun así no quedó del todo satisfecho. Algunas cosas resultan condenadamente difíciles de plasmar sobre el papel. Por fin terminó; dobló la carta y la selló con una tira de papel de pegar. Abandonó la cubierta de vuelo llevando consigo la carta y se encerró en su camarote. El asunto de entregarle la carta a McNeil podía esperar un día o dos.

Pocos de los billones de adictos a la pantalla de vídeo de la Tierra —o los millares adicionales de Port Hesperus. Marte, el cinturón principal y las lunas colonizadas— habrían podido tener una noción mínimamente verosímil de lo que les estaba pasando por la mente a los dos hombres que viajaban a bordo de la *Star Queen*. Los medios de comunicación públicos estaban llenos de posibles planes de rescate. Se había llamado a toda clase de pilotos de naves espaciales retirados y escritores de ciencia-ficción con el propósito de que dieran sus opiniones a través de las ondas sobre cómo debían actuar Grant y McNeil. Los hombres que eran la causa de aquel revuelo declinaron sabiamente escuchar todo aquello.

El control de tráfico de Port Hesperus se mostró un poco más discreto. Cualquiera con un poco de decencia no se habría atrevido a dar palabras de consejo o de ánimo a unos hombres que estaban haciendo cola para la muerte, ni aun cuando hubiera cierta incertidumbre acerca de la fecha exacta de la ejecución. Por eso el control de tráfico se contentaba con enviar unos cuantos mensajes emocionalmente neutros, y cada día

retransmitía los titulares de las noticias sobre la guerra en el sur de Asia, las crecientes disensiones en el Cinturón Principal, las nuevas huelgas mineras en la superficie de Venus, el jaleo provocado por la censura de *Mientras Roma arde*, que acababa de prohibirse en Moscú...

La vida en la *Star Queen* continuaba en gran medida igual que siempre, a pesar de la tirantez entre los dos hombres que había acompañado la salida de McNeil —con la clásica resaca— de su camarote. Grant, por su parte, pasaba mucho tiempo en la cubierta de vuelo escribiendo cartas a su esposa. Cartas largas. Cuanto más largas mejor... Habría podido hablar con ella si ése hubiese sido su deseo, pero la idea de todos aquellos adictos a la noticia escuchándolos le quitaba las ganas de hacerlo. Desgraciadamente no había líneas verdaderamente privadas en el espacio.

Y aquella carta para McNeil..., ¿por qué no entregársela y acabar de una vez? Bueno, lo haría al cabo de un par de días..., y entonces tomarían una decisión. Además, el hecho de retrasarlo le daría a McNeil oportunidad de sacar el tema a colación él mismo.

Que McNeil pudiera tener otras razones para titubear aparte de la simple cobardía era algo que a Grant ni siquiera se le pasaba por la cabeza.

Se preguntaba cómo pasaría el tiempo McNeil ahora que se había quedado sin bebida. El ingeniero poseía una gran biblioteca de libros en vídeo, pues era un hombre que leía mucho y la gama de temas que le interesaban se salía de lo corriente. Grant lo había visto ahondar lo mismo en filosofía occidental y religión oriental que en cualquier clase de narrativa; en cierta ocasión McNeil le había mencionado que su libro favorito era una rara novela de principios del siglo xx titulada *Jurgen*. Quizás estuviera tratando de olvidarse de su condena a muerte perdiéndose en la extraña magia de aquel libro. Algunos de los restantes libros de McNeil eran algo menos respetables, y no pocos pertenecían a esa clase curiosamente descrita como «curiosos»...

Pero en realidad McNeil, tumbado en su camarote o moviéndose silenciosamente por la nave, tenía una personalidad mucho más sutil y complicada de lo que Grant suponía, quizá demasiado complicada para que Grant lo comprendiera. Sí, McNeil era un hedonista. Hacía lo que estaba en su mano para hacerse la vida cómoda a bordo de la nave, y cuando se encontraba en tierra se entregaba por entero a los placeres de la vida, tanto más por haber estado apartado de los mismos durante varios meses seguidos. Pero en modo alguno tenía la debilidad moral que el poco imaginativo y puritano Grant le suponía.

Cierto, se había derrumbado completamente cuando el susto del choque del meteoróide. Cuando sucedió se encontraba pasando por el pasillo de acceso a la

cubierta de soporte de vida, de regreso de la bodega, y comprendió al instante la gravedad que revestía aquella violenta explosión; había tenido lugar a un metro escaso de donde él se encontraba, al otro lado de la pared de acero, y no necesitó ninguna confirmación de ello. Su reacción fue exactamente la misma que la del pasajero de un avión que ve cómo se desprende un ala a diez mil metros de altura; todavía quedan diez o quince minutos para caer, pero la muerte es ya algo inevitable. De modo que había sido presa del pánico.

Como un sauce movido por el viento, se había doblado bajo la tensión, aunque luego se había recuperado. Grant era un hombre más duro —un roble—, pero también más quebradizo.

En cuanto al asunto del vino, la conducta de McNeil había sido reprehensible de acuerdo con los principios de Grant, pero eso era sólo problema de éste; y además, aquel episodio también quedaba ya atrás. Por tácito acuerdo habían vuelto a la antigua rutina, aunque ello no contribuía en nada a reducir la sensación de tensión. Se evitaban el uno al otro en lo posible, excepto cuando se reunían a las horas de las comidas. Si se encontraban actuaban con exagerada cortesía, como si cada uno se afanase por estar perfectamente normal, aunque fallasen de forma inexplicable.

Pasó un día, y otro. Y un tercero. Grant había supuesto que para entonces McNeil ya habría abordado el tema del suicidio, ahorrándole de ese modo un deber muy embarazoso. Cuando el ingeniero se obstinó en no hacer nada parecido, ello vino a aumentar el rencor y el desprecio que Grant sentía por su compañero. Para empeorar las cosas, ahora sufría pesadillas y dormía muy mal.

La pesadilla era siempre la misma. Cuando Peter Grant era niño a menudo le había sucedido que a la hora de irse a la cama se ponía a leer una historia demasiado interesante como para dejarla hasta la mañana siguiente. Para evitar que lo descubrieran seguía leyendo oculto debajo de las sábanas, a la luz de una linterna, enroscado en aquel acogedor capullo de paredes blancas. Cada diez minutos más o menos el aire se volvía tan cargado que casi no podía respirar, y el hecho de salir a respirar el delicioso aire fresco constituía la mejor parte de la diversión. Ahora, treinta años después, aquellas inocentes horas de la infancia volvían para atormentarlo. Soñaba que no podía escapar de las asfixiantes sábanas mientras el aire se hacía inexorablemente cada vez más denso a su alrededor.

Había pensado darle la carta a McNeil al cabo de dos días, pero de una u otra manera había ido retrasándolo repetidamente. Aquella falta de resolución no era propia de Grant, pero éste consiguió convencerse a sí mismo de que era una manera de obrar perfectamente razonable. Le estaba dando a McNeil la oportunidad de *redimirse...*

... de demostrar que no era un cobarde al ser él el primero en abordar el tema.

Nunca se le pasó a Grant por la cabeza que McNeil estuviese esperando a que él hiciese lo mismo...

El final del plazo, tomado al pie de la letra, estaba a tres días vista cuando por primera vez a Grant le pasó por la cabeza la idea del asesinato. Se había retirado a la cubierta de vuelo después de la «cena», en un intento de relajarse un poco contemplando la noche estrellada a través de las amplias ventanas que rodeaban la cubierta de vuelo. Pero McNeil estaba limpiando la cocina concienzuda y ruidosamente, provocando al hacerlo un estruendo con lo que seguramente debía ser una cantidad de ruido innecesaria, incluso deliberada.

¿Qué utilidad tenía McNeil para este mundo? No tenía familia, ni responsabilidad alguna. ¿Quién iba a sentir su muerte?

Grant, por el contrario, tenía mujer y tres hijos, a quienes profesaba un cariño moderado, aunque éstos no fueran más allá del estricto sentido del deber en sus someras demostraciones de afecto hacia él. Un juez imparcial no habría tenido ninguna dificultad en decidir cuál de los dos tenía más derecho a sobrevivir, y si McNeil tuviera la menor chispa de decencia en su persona ya habría llegado a la misma conclusión. Pero como por lo visto no estaba haciendo nada de eso, con toda seguridad ya había perdido el derecho a reclamar cualquier tipo de consideración hacia él...

Tal era la lógica elemental que pasaba por el subconsciente de Grant, el cual, por supuesto, había llegado a aquella conclusión hacía días, pero sólo había tenido éxito en atraer la atención por la que había estado clamando.

Para hacerle justicia a Grant, éste de inmediato rechazó la idea. Con horror.

Grant era una persona recta y honorable, con un código de conducta muy estricto. Incluso esos errantes impulsos de homicidio que se dice experimentan los que equivocadamente se denominan hombres «normales» muy rara vez le habían pasado por la cabeza. Pero en aquellos días —los próximos días— que quedaban, dichos impulsos iban a acudirle a la mente cada vez con mayor frecuencia.

El aire se había vuelto sensiblemente más sucio. Aunque la presión se había reducido al mínimo y no tenían escasez de los botes utilizados para limpiar el dióxido de carbono de la atmósfera que circulaba, era imposible evitar un lento aumento en el porcentaje de gases inertes en las menguantes reservas de oxígeno. Todavía no se hacía realmente difícil respirar, pero el denso olor servía de constante recordatorio de lo que les aguardaba.

Grant se hallaba en su camarote. Era «de noche», pero no conseguía dormir..., lo que en cierto modo era un alivio, pues eso rompía el abrazo de las pesadillas. Pero

tampoco había podido dormir bien la noche anterior, y estaba empezando a agotarse físicamente; el aplomo se le estaba agotando rápidamente, estado que se veía acentuado por el hecho de que McNeil se estuviera comportando últimamente con una calma que no sólo era inesperada, sino que además resultaba fastidiosa. Grant se daba cuenta de que en el estado emocional en que él mismo se hallaba sería peligroso posponer más el momento decisivo. Se liberó de las sujeciones para dormir, abrió el escritorio y cogió la carta que había pensado entregar a McNeil hacía días. Y entonces *notó cierto olor...*

Un solo neutrón da comienzo a la reacción en cadena que en sólo un instante es capaz de destruir un millón de vidas, el trabajo de generaciones enteras. Igualmente insignificantes son los sucesos desencadenantes que pueden alterar el curso de la actuación de una persona y de ese modo alterar toda la configuración del futuro. Nada habría podido ser más trivial que lo que hizo que Grant se detuviera con la carta en la mano; en circunstancias ordinarias ni se hubiese fijado en ello. Era olor a tabaco..., a humo de tabaco.

La revelación de que McNeil, aquel ingeniero sibarita, tuviera tan poco control de sí mismo como para estar despilfarrando los últimos y preciosos kilogramos de oxígeno con *cigarrillos*, llenó a Grant de una furia cegadora. Durante unos instantes se quedó completamente rígido a causa de la intensidad de aquella emoción. Luego, lentamente, comenzó a arrugar la carta que tenía en la mano. Aquella idea que primeramente había aparecido como un intruso indeseado y luego como una especulación desenfadada, ahora, finalmente, encontró aceptación. McNeil había tenido su oportunidad y había demostrado, con aquel increíble egoísmo, ser indigno de ella.

Muy bien..., podía morir.

La velocidad con que Grant llegó a aquella autojustificante conclusión le habría resultado obvia hasta al más rancio de los psiquiatras aficionados. Había necesitado convencerse a sí mismo de que no serviría de nada hacer aquello de manera honorable sugiriendo algún juego en el que las oportunidades de conservar la vida fuesen iguales para McNeil y para él. Era la excusa que necesitaba, y se aferró a ella. Ahora podría planear y llevar a cabo el asesinato de McNeil de acuerdo con su código moral particular.

Tanto el alivio como el odio llevaron a Grant de vuelta a su litera, donde cada oleada de aroma de tabaco que le llegaba le servía para poner a salvo su conciencia.

McNeil habría podido decirle a Grant que una vez más lo estaba juzgando terriblemente mal. El ingeniero había sido un fumador empedernido durante años..., muy a pesar suyo, eso era cierto, y con plena conciencia de que inevitablemente era un fastidio para la mayoría de la gente a quien no le apetecía respirar lo que él

exhalaba. Había intentado dejarlo —era muy fácil, decía a veces en broma, lo había hecho a menudo—, pero en los momentos de tensión indefectiblemente se sorprendía a sí mismo alargando la mano para coger uno de aquellos fragantes cilindros de papel. Envidiaba a Grant, un hombre de esa clase que puede fumarse un cigarrillo cuando quiere, pero que es capaz de apartarlo a un lado sin el menor pesar. Se preguntaba por qué fumaría Grant, si no lo necesitaba. ¿Sería alguna especie de rebelión simbólica?

De cualquier modo, McNeil había calculado que podía permitirse dos cigarrillos al día sin producir la menor diferencia perceptible en la duración de la atmósfera respirable. El lujo de esos seis o siete minutos, dos veces al día —uno tarde, por la noche, y otro a media mañana, bien escondido en lo más profundo del pasillo central de la nave—, con toda probabilidad quedaba fuera del alcance de la capacidad imaginativa de Grant, y contribuía en gran manera al bienestar mental de Angus McNeil. Aunque los cigarrillos no suponían diferencia alguna para la reserva de oxígeno, para los nervios de McNeil sí que suponían una gran diferencia, y así contribuía indirectamente a la paz mental de Grant.

Pero de nada serviría explicárselo así a Grant. De modo que McNeil fumaba en privado, ejercitando un control de sí mismo que era sorprendentemente agradable, hasta voluptuoso.

Si McNeil hubiese estado al corriente del insomnio de Grant, no se habría arriesgado ni siquiera a aquel cigarrillo nocturno en el camarote sin cerrar...

Para ser un hombre que sólo una hora antes se había convencido a sí mismo de que debía cometer un asesinato, las acciones de Grant eran extraordinariamente metódicas. Sin la menor vacilación —aparte de aquélla que se necesita para obrar con cautela—, Grant pasó flotando silenciosamente por la separación del camarote y atravesó la oscurecida zona común hasta el botiquín, que estaba empotrado en la pared, cerca de la cocina. Sólo una fantasmal luz azul iluminaba el interior del botiquín, en el cual diversos tubos, viales e instrumentos se hallaban bien sujetos dentro de sus respectivos nidos acolchados mediante tiras de velcro. Las personas encargadas de equipar la nave la habían provisto de herramientas y medicinas para cualquier emergencia de que tuvieran conocimiento o pudieran imaginar.

Incluida ésta. Allí, detrás de la tira que lo sujetaba, estaba el diminuto frasco cuya imagen había estado rondando por lo más profundo del subconsciente de Grant durante todos aquellos días. Bajo aquella luz azul era imposible leer lo que había impreso en la etiqueta —lo único que consiguió fue ver la calavera y las dos tibias cruzadas—, pero se sabía las palabras de memoria: «Aproximadamente medio gramo provoca una muerte indolora y casi instantánea».

Indolora e instantánea... Bien. Y lo mejor de todo era un hecho que no se

mencionaba en la etiqueta. Que aquello además era insípido.

Transcurrió la mayor parte de otro día.

El contraste entre las comidas preparadas por Grant y las organizadas por McNeil con considerable habilidad y esmero era notable. Cualquiera que fuese aficionado a la comida y que pasase una buena parte de su vida en el espacio solía aprender el arte de la cocina como defensa propia, y McNeil no sólo lo había aprendido, sino que había llegado a dominarlo. Era capaz de conseguir salsa picante a partir de leche en polvo, jugo de bistec rehidratado y su reserva privada de hierbas; era capaz de sacarles sabor a los congelados con aquellos frascos suyos llenos de aceites y vinagres.

Para Grant, comer era una de esas tareas necesarias, aunque fastidiosas, por las que había que pasar con la mayor rapidez posible, y su estilo de cocinar reflejaba esta actitud. Hacía ya mucho tiempo que McNeil había dejado de refunfuñar por ese motivo; imagínense, pues, la confusión que se hubiese producido de haber visto las molestias que Grant se estaba tomando con esta cena en particular.

Se reunieron sin decirse una palabra, como de costumbre; sólo las normas de la cotidianeidad y el civismo les impedían agarrar cada uno su bandeja y retirarse a su propio cubil. Pero en lugar de ello revoloteaban hasta situarse en lados opuestos de la pequeña y funcional mesa, cada uno colgado en el aire en un cuidadoso ángulo sin llegar a mirarse del todo ni desviar la mirada del otro. Si McNeil notó cualquier asomo de nerviosismo creciente por parte de Grant en el transcurso de la comida, no lo mencionó; en realidad estuvieron comiendo en un silencio total, ya que hacía tiempo que habían agotado cualquier posibilidad de sostener una conversación trivial. Cuando se hubo servido el último plato, succotash, en aquellos tazones con los bordes curvados hacia dentro que servían para que el contenido no se derramase, Grant recogió la mesa y entró en la cocina contigua para preparar café.

Tardó bastante tiempo en hacerlo, sobre todo teniendo en cuenta que el café era, como siempre, instantáneo, porque en el último momento ocurrió algo exasperante. Estaba a punto de inyectar el agua hirviendo en los dos bulbos para líquidos calientes que tenía delante, cuando recordó una película muy antigua que había visto en algún lugar, película que presentaba a un payaso que llevaba un sombrero hongo y un extraño bigote —Charly algo se llamaba— que en aquella historia intentaba envenenar a una esposa indeseada. Sólo que por un error equivocó los vasos.

Ningún otro recuerdo hubiera podido ser más inoportuno. A Grant casi le dio un ataque de risitas histéricas. Si el maldito McNeil hubiera sabido lo que le estaba pasando a Grant por la cabeza (suponiendo que hubiera podido conservar la ecuanimidad y el sentido del humor), quizás habría sugerido que a Grant le había atacado ese «diablillo perverso» del que hablase Poe, ese demonio que se deleita en desafiar los cuidadosos cánones del instinto de conservación.

Transcurrió un minuto largo antes de que Grant, tiritando, lograra recobrar el control de sí mismo. Debía de tener los nervios en peores condiciones aún de lo que había imaginado.

Pero cuando llevó los dos recipientes de plástico y las pajas para beber, estaba seguro de que, al menos por fuera, se encontraba bastante tranquilo. Ya no cabía el menor peligro de confusión; el vaso del ingeniero tenía las letras MAC descaradamente pintadas alrededor. Empujó éste hacia McNeil y observó, fascinado —y haciendo un esfuerzo para disimular aquella fascinación—, cómo McNeil jugueteaba con el bulbo. No parecía tener mucha prisa; miraba fijamente al vacío con aire melancólico. Luego, por fin, se llevó la paja a los labios y empezó a sorber...

... y luego a escupir, mirando con asombro el bulbo. Una mano helada le oprimió el corazón a Grant. McNeil se aclaró la garganta; luego se volvió hacia él y le dijo sin alterarse lo más mínimo...

—Vaya, Grant, por una vez has hecho el café como es debido. Y además ardiendo.

Poco a poco el corazón de Grant reanudó el trabajo interrumpido. No se fiaba de sí mismo lo suficiente como para hablar, pero se las arregló para hacer un gesto no comprometido con la cabeza.

McNeil aparcó el bulbo cuidadosamente en el aire, a unos cuantos centímetros de la cara. Aquel carnoso rostro adoptó una expresión exageradamente pensativa, como si estuviera sopesando las palabras que preparaba para emitir alguna declaración trascendental.

Grant se maldijo por haber hecho el café tan caliente. Ésa es la clase de detalles que traiciona a los asesinos. Y si McNeil tardaba mucho más en decir aquello que quería decir, fuera lo que fuese, Grant probablemente se traicionaría a causa de los nervios.

Y de nada iba a servirle eso a McNeil.

Por fin éste habló.

—Supongo que se te habrá ocurrido —comenzó en un tranquilo tono conversacional— que todavía queda aire suficiente para que uno de los dos llegue a Venus.

Grant se esforzó por controlar los desapacibles nervios y apartó los ojos del bulbo de café fatal de McNeil; le dio la impresión de tener la garganta muy seca cuando respondió:

—Pues sí..., ya se me había pasado por la cabeza.

McNeil tocó el bulbo flotante, lo encontró todavía demasiado caliente y continuó hablando con aire pensativo:

—Entonces sería más sensato..., ¿no crees...? Que uno de nosotros decidiera sencillamente, digamos, salir por la escotilla..., o tomarse un poco del veneno ése

que hay ahí dentro. —Hizo un gesto con la cabeza señalando hacia el botiquín, que se hallaba en la pared, no muy lejos de donde ellos estaban flotando.

Grant hizo un gesto de asentimiento. Oh, sí, eso sería lo más sensato.

—El único problema, naturalmente —musitó McNeil—, es decidir cuál de nosotros dos va a ser el desafortunado. Supongo que podríamos sacar una carta..., o cualquier otra cosa que fuese igualmente arbitraria.

Grant miraba fijamente a McNeil con una fascinación que casi sobrepasaba el creciente nerviosismo que sentía. Nunca habría creído capaz al ingeniero de considerar aquel tema con tanta calma. Obviamente, los pensamientos de McNeil habían recorrido una línea similar a los de Grant, y resultaba difícil creer que fuese sólo coincidencia que hubiera elegido precisamente aquella hora para sacar a colación la cuestión. A juzgar por lo que decía, era seguro que no sospechaba nada.

McNeil observaba atentamente a Grant, como si estuviese juzgando su reacción.

—Tienes razón —se oyó Grant decir a sí mismo—. Tenemos que hablar de eso. Y pronto.

—Sí —dijo McNeil, impasible—. Tenemos que hacerlo.

Y luego alargó la mano para coger el bulbo de café y se llevó la paja a los labios. Sorbió lentamente durante un rato prolongado.

Grant estaba impaciente por que acabase. Sin embargo, el alivio que había esperado no acudió a él; de hecho incluso sintió un pinchazo de pesar. De pesar, no de remordimiento. Era ya un poco tarde para pensar en lo solo que se iba a sentir a bordo de la *Star Queen*, acosado por sus pensamientos, en los días venideros.

Sabía que no deseaba ver morir a McNeil. De pronto se sintió bastante mal. Sin dirigirle otra mirada a su víctima, se lanzó hacia la cubierta de vuelo.

Inamoviblemente fijos, el fiero sol y las estrellas, que no parpadeaban, contemplaban a la *Star Queen*, que en la grandiosa escala de los asuntos cósmicos se encontraba tan inmóvil como ellos.

Para un observador ingenuo no había modo de saber que la minúscula molécula modelo que era la nave espacial había alcanzado su velocidad máxima con respecto a la Tierra, y que estaba a punto de desencadenar un gran empuje masivo para frenarse a sí misma dentro de una órbita de estacionamiento cercana a Port Hesperus. Desde luego, no había ninguna razón para que un observador en la escala cósmica sospechase que la *Star Queen* tuviese nada que ver con decisiones inteligentes o con la vida...

... hasta que la compuerta principal situada en lo alto del módulo de mando se abrió y las luces del interior resplandecieron con cierto color amarillo en la fría oscuridad. Durante un momento el redondo círculo de luz flotó extrañamente dentro de la sombra negra de la nave descendente; luego se eclipsó bruscamente al tiempo que dos figuras humanas salían flotando de la nave.

Una de las dos voluminosas figuras se mostraba activa, la otra pasiva. Algo no fácil de percibir ocurrió en las sombras; luego la figura pasiva comenzó a moverse, poco a poco al principio, pero aumentando la velocidad rápidamente. Salió despedida de la sombra de la nave y se adentró de lleno en el resplandor del sol. Y ahora el observador cósmico, de habersele proporcionado un telescopio potente, habría podido notar la botella de nitrógeno amarrada a la espalda, cuya válvula evidentemente había sido dejada abierta... Un cohete rudimentario, pero efectivo.

Dando vueltas lentamente, el cadáver —pues eso es lo que era— fue menguando al contraluz de las estrellas para finalmente desaparecer por completo en menos de un minuto. La otra figura permaneció inmóvil ante la compuerta abierta, mirando cómo desaparecía. Luego la escotilla exterior se cerró, el círculo de brillo se desvaneció y únicamente la luz del sol reflejada en el planeta Venus continuó brillando en la ensombrecida pared de la nave.

En las inmediaciones de la *Star Queen*, nada significativo sucedió durante los siguientes siete días.

Cuarta parte

UNA CUESTIÓN DE HONOR

13

Cuando ella dio alcance al hombre uniformado, éste caminaba a paso de marcha a lo largo del paseo fluvial que había en los terrenos del Consejo de los Mundos, alejándose de las oficinas de la Central en la Tierra de la Junta de Control del Espacio. Los jardines, muy cuidados, estaban verdes con las tiernas hojas de los árboles en flor; otra primavera había llegado a Manhattan...

—Inspector ayudante Troy, comandante. Me han dicho que lo alcanzase a usted antes de que se marchase.

El comandante siguió andando.

—No voy a ninguna parte, Troy. No hago más que salir del despacho.

La muchacha echó a andar a su lado. Él era un hombre enjuto, de ascendencia eslava a juzgar por su aspecto, con el pelo muy corto de color gris hierro y una voz con acento escocés tan ronca que apenas era más que un susurro. Llevaba el uniforme azul muy planchado e impecable; la insignia de oro del cuello de la chaqueta era resplandeciente; llevaba prendidas en el pecho solamente unas cuantas cintas, pero eran precisamente aquéllas que contaban. A pesar del traje azul y de su empleo en el cuartel general, el rostro profundamente arrugado del comandante, curtido hasta haber adquirido un color casi negro, traicionaba los años pasados en el espacio profundo.

Abrió un pastillero de plata y se metió en la boca una minúscula esfera de color púrpura; luego pareció acordarse de Sparta, que marchaba a su lado. Se detuvo ante la barandilla de acero y le tendió la caja abierta.

—¿Le apetece una? Rademas. —Al ver que la joven titubeaba, añadió—: Muchos de nosotros las usamos, seguro que usted ya lo sabe... Son un estímulo suave, le limpian a uno el organismo en veinte minutos.

—No, gracias, señor —repuso ella firmemente.

—Estaba bromeando —dijo el comandante con voz rasposa—. En realidad sólo son pastillas para el aliento. Con sabor a violeta. La sustancia más fuerte que contienen es azúcar. —Tensó el rostro hasta hacerle adquirir una forma que no se parecía demasiado a una sonrisa. Seguía sosteniendo la caja abierta. Sparta volvió a mover la cabeza en un gesto negativo y el comandante cerró la caja—. Como guste. —Con una mueca de desagrado, escupió la pastilla que había mantenido debajo de la lengua y la arrojó por encima de la barandilla hacia el gélido río East—. Me parece

que he usado este truco demasiadas veces; ustedes los novatos son muy prudentes.

Se puso a contemplar el agua, cuya espesa superficie verde se hallaba atestada de cosechadoras de algas con largas patas, como patines de agua sobre un estanque, y en cuyos colectores de acero inoxidable se reflejaba el sol dorado de las primeras horas de la mañana. El comandante tenía los ojos fijos más allá de las mismas, miraba directamente al sol, probablemente deseando tener una panorámica diferente, una que no tuviera aquella gran cantidad de atmósfera húmeda y sofocante en medio. Tras algunos momentos, se volvió hacia Sparta al tiempo que se aclaraba ásperamente la garganta.

—Muy bien. Parece que la inspectora Bernstein tiene una elevada opinión de usted. Le escribí un buen E. R. Vamos a encomendarle una misión en solitario.

A Sparta se le aceleró el pulso. ¡Después de dos años al fin la perspectiva de llevar a cabo una misión propia!

—Le estoy agradecida por haberme recomendado.

—Apuesto a que sí. Especialmente porque usted pensaba que ella nunca estaría dispuesta a soltarla.

Sparta se permitió una sonrisa.

—Bien, señor, confieso que estaba llegando a conocer Newark mejor de lo que hubieran sido mis deseos.

—No le garantizo que no vaya a volver allí cuando esto haya terminado, Troy. Depende.

—¿Cuál es el destino, comandante?

—TDY a Port Hesperus. Por el asunto de la *Star Queen*. No creo que sea demasiado peliagudo. O bien la nave fue agujereada por un meteorioide o no lo fue, en cuyo caso o se rompió o la rompió alguien. El propietario y la mayoría de las personas implicadas ya están de camino hacia Port Hesperus en la *Helios*, pero nosotros haremos que usted llegue antes. Trabajará con un tipo llamado Proboda, de la oficina de allí. Tiene más antigüedad, pero usted estará al mando. Lo cual me recuerda que... —Se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó de él una carpeta de cuero—. Puesto que no queremos que los funcionarios locales intenten quitarla de en medio... —Abrió la carpeta y le mostró una insignia de oro—, hemos decidido ascenderla. —Le tendió la placa—. He aquí la ayuda visual. La tarjeta electrónica en el estuche. Los datos electrónicos ya están insertados en el sistema.

Sparta tomó en las manos el estuche de la placa y estudió la complicada insignia. Un rubor delicado le floreció en los pómulos.

El comandante se quedó mirando a la muchacha durante un momento; luego, bruscamente, dijo:

—Siento que no haya tiempo para ceremonias, inspectora. De todos modos, enhorabuena.

—Gracias, señor.

—Aquí llega su medio de transporte. —Sparta se dio la vuelta al mismo tiempo que el comandante mientras un helicóptero blanco suspendido a poca altura descendía, produciendo un ruido estridente, hacia la pista para helicópteros situada delante de la torre del Consejo de los Mundos. El aparato se posó suavemente, con las turbinas dando vueltas cada vez más despacio hasta detenerse por completo y los rotores silbando en círculos perezosos—. Olvídense de su equipaje personal; una vez allí puede pedir lo que necesite —le indicó el comandante—. Dentro de lo razonable, naturalmente. Tiene usted que coger un transbordador en Newark y luego una antorcha que aguarda en órbita. Todo lo que necesite saber está en el sistema. La pondremos al día si es necesario.

La joven se sobresaltó ante aquella súbita e inminente partida, pero se esforzó por no demostrarlo.

—Una pregunta, señor.

—Adelante.

—¿Por qué enviar a alguien de la Central de la Tierra, señor? ¿Por qué no dejar que investigue Port Hesperus?

—A Port Hesperus les falta una persona. La capitana Antreen se encuentra allí al mando; estuvo estudiando las personas que nosotros teníamos disponibles y la pidió a usted con su nombre y apellido. —El comandante sonrió de nuevo—. Dele las gracias a ella. Bernstein nunca habría permitido que abandonase usted la Aduana.

Sparta saludó y se dirigió a paso vivo hacia el helicóptero que aguardaba. El comandante la estuvo mirando mientras avanzaba y no consiguió disimular su envidia.

Aparte de la tripulación de tres personas, el cúter impulsado por antorcha sólo transportaba a bordo a Sparta. La esbelta nave blanca, portadora de la banda azul y la estrella dorada de la Junta de Control del Espacio, avanzó como un rayo en dirección al sol describiendo una órbita hiperbólica y se acercó a Port Hesperus una semana después de que Sparta subiera apresuradamente a ella. Al cabo de dos días de viaje, cuando estaban a menos de una semana del encuentro con Port Hesperus, llegó un mensaje por radio. «Aquí la *Star Queen*; habla el comandante Peter Grant. El oficial ingeniero McNeil y yo hemos llegado conjuntamente a la conclusión de que queda suficiente oxígeno para un solo hombre...»

En menos de una hora la Central de la Tierra estaba al habla con Sparta; la arrugada y ennegrecida cara del comandante apareció en la pantalla del vídeo de la cabina de comunicaciones del cúter.

—Muy bien, Troy; esto viene a añadir una complicación más al asunto. Necesitamos saber si ese miembro de la tripulación salió esta mañana por la escotilla

por propia iniciativa o si lo empujaron.

—Sí, señor. ¿Están disponibles los informes que pedí acerca de los pasajeros de la Helios?

Hubo una demora de un minuto en lo que las palabras de la muchacha hacían el viaje a la Tierra y las de él el camino de vuelta.

—Estamos metiéndole en la computadora lo que nosotros tenemos en los canales negros —le dijo—. Puedo asegurarle que se las va a ver usted con un puñado de tipos raros ahí. Un tipo que trabaja para las compañías de seguros es un conocido timador; ellos también están al corriente, así que se ve que están conformes con ello. La temperamental novia de éste. Otro tipo que es el propietario de una nave con una historia tan extraña que tuvo que cambiársele el nombre. Y otro tipo prácticamente sin historia.

—Gracias, comandante.

Un minuto después él dijo:

—Cuídese, inspectora.

Y cortó.

Tres días antes de llegar a Port Hesperus, el cúter atravesó la trayectoria de la Helios, y un día después la de la *Star Queen*. Si Sparta hubiera tenido un telescopio, habría podido mirar las rápidas naves con la perspectiva de un observador cósmico. Pero eran las personas que iban a bordo lo que le interesaba.

Con la poderosa antorcha resplandeciendo, el cúter disminuía la velocidad en dirección a los grandes anillos, radios y cilindros que era la estación espacial, suspendida en elevada órbita sobre las deslumbrantes nubes de Venus y con el eje apuntando directamente al centro del planeta.

Al llegar al perímetro de radiación, la antorcha del cúter lanzó una llamada y se apagó. Se aproximó bajo energía química, cautelosamente.

Port Hesperus era uno de los triunfos de la ingeniería del siglo XXI, construido casi enteramente con materias primas procedentes de asteroides capturados. Explotando los recursos de la superficie del planeta, se había amortizado su coste en dos décadas; corrientemente albergaba a cien mil personas en unas condiciones que los habitantes de la Tierra del siglo XX hubieran considerado lujosas. Parques, por ejemplo, y espacios verdes... La gran esfera central de vidrio de la estación estaba llena de exuberantes jardines, algunos de los cuales eran un tributo a los viejos sueños sobre Venus como un mundo lleno de pantanos y junglas. Vengan a Venus y podrán ver junglas, de acuerdo, a condición de limitarse a los senderos de la brillantemente iluminada esfera central de Port Hesperus. No intenten visitar la superficie del planeta, ni siquiera pregunten. De los cinco seres humanos que lo habían intentado en

naves de aterrizaje blindadas y protegidas contra el calor, sólo dos habían regresado para contarlo.

El cúter en que viajaba Sparta se puso a girar al mismo ritmo que la bahía de aterrizaje, que miraba hacia las estrellas impulsada por energía química; al cabo de quince minutos, y con los controles de aterrizaje puestos en automático, se había adentrado en la enorme bahía del eje, que se hallaba atestada de tráfico local.

El lado de alta seguridad de la bahía de aterrizaje estaba ideado de un modo totalmente funcional, sin tonterías ni comodidades superfluas, todo acero blanco y vidrio negro, tuberías, mangueras y luces cegadoras. Un tubo como una sanguijuela gigantesca se cerró sobre la cámara de descompresión del cúter; el aire entró de golpe bajo una elevada presión y la escotilla del cúter saltó.

Sparta se tapó los doloridos oídos con las manos. Flotando en la cámara de descompresión se encontró de repente cara a cara con una delegación del cuartel general local de la Junta de Control del Espacio que avanzaba hacia ella por el tubo de aterrizaje. No parecían muy amistosos.

El más alto de los lugareños era la capitana de la unidad de Port Hesperus, Kara Antreen. Llevaba un traje gris de lana que costaba al menos un mes de su muy respetable salario; tenía el cabello cortado de un modo severo, estilo paje, y los ojos de color gris pálido estaban fijos en Sparta por debajo de unas tupidas cejas negras.

Incluso quitándose las manos de las orejas, Sparta se encontraba en desventaja social. Era cuestión de la ropa que llevaba. Había hallado poca cosa que pedir de los almacenes de la nave, a pesar de la invitación del comandante —la imaginación del furriel parecía limitarse a los pantalones cortos de gimnasia, algunos productos para aseo personal, cerveza sin alcohol y varios artículos de «entretenimiento», haciendo énfasis en unos vídeos de porno suave—, de modo que, aparte de coger unas cuantas mudas de calcetines y ropa interior y adquirir un peine y un cepillo de dientes, había llegado a Port Hesperus vistiendo todavía el traje de paisano de un inspector ayudante destinado en aduanas y entradas de un puerto de transbordadores espaciales, es decir, el disfraz de paisano de una rata de muelle sobornable: pantalones de plástico con bolsillos de parche, camisa de un color oliva desvaído y chubasquero de lona de polímero. El conjunto era claramente informal, pero por lo menos estaba pulcro y limpio.

—Ellen Troy, capitana —se presentó Sparta—. Estoy impaciente por trabajar con usted y su gente.

—Troy. —Antreen le sonrió haciendo que disminuyera la tensión—. Y nosotros estamos impacientes por trabajar con usted. Cualquier tipo de cooperación que podamos prestarle, cualquiera absolutamente, queremos que sepa que la ayudaremos.

—Eso es muy...

—¿Entendido?

—Desde luego, capitana. Gracias.

Antreen le tendió la mano; se dieron un fuerte apretón.

—Inspectora Troy, le presento a mi ayudante la teniente Kitamuki. Y éste es el inspector Proboda.

Sparta estrechó la mano de los demás. Kitamuki, una esbelta mujer con el pelo largo y negro anudado en la nuca que le caía sobre un hombro en una sinuosa cola de caballo, y Proboda, un gigantesco rubio y tosco, polaco o quizás ucraniano, con un toque de antiguo cosaco en aquellos ojos sesgados que tenía. Antreen era toda sonrisas, pero sus dos compinches estudiaban a Sparta como si estuvieran considerando la posibilidad de arrestarla en el acto.

—Vayamos adonde haya un poco de gravedad —dijo Antreen—. Le enseñaremos dónde va a alojarse usted, Troy. Y cuando esté instalada, veremos si podemos despejarle un escritorio en el cuartel general. —Echó a andar rápidamente; Kitamuki y Proboda se apartaron para dejarle paso a Sparta; luego se cerraron en apretada formación detrás de ella.

Sparta siguió fácilmente a Antreen por el pasadizo ingrávido —había pasado tres días sin aceleración en mitad del viaje y no había perdido la memoria física de cómo se tienen las piernas en el espacio— pasando desde el centro inmóvil de la estación a través de los tabiques de metal gris del sector de la estación. Sparta se detuvo un momento para adaptarse al movimiento giratorio. Siguieron avanzando a través de escotillas de emergencia pintadas a rayas negras y amarillas, y fueron a dar a unos pasillos más amplios, hasta llegar finalmente a una de las salas principales en la sección de giro de la estación que estaba lo bastante alejada del centro como para generar curvas fraccionales hacia la derecha que establecieran un «suelo», siendo éste la superficie cilíndrica de la propia sala. Una vez en la sala, Antreen torció en dirección al planeta, hacia el cuartel general de la Junta de Control del Espacio en la esfera central de la estación.

Sparta se detuvo. Kitamuki y Proboda casi se tropezaron con ella.

—¿Ocurre algo, inspectora? —preguntó Antreen.

—Es muy amable por su parte —le dijo Sparta sonriendo—. Pero no dispongo de mucho tiempo, de modo que ya veré mi alojamiento más tarde.

—Como usted quiera. De todos modos, estoy segura de que podemos instalarla en el cuartel general.

—Primero voy a ir a control de tráfico. La llegada de la *Star Queen* se espera para dentro de una hora.

—Aún no hemos tramitado la autorización para usted —dijo Antreen.

—No hay problema —repuso Sparta.

Antreen asintió con la cabeza.

—Tiene usted razón, desde luego. Con su insignia es suficiente. ¿Conoce el

camino?

—Si alguno de ustedes quiere acompañarme... —dijo Sparta.

—El inspector Proboda la acompañará. Él se encargará de atenderla en el caso de que necesite cualquier cosa —le dijo Antreen.

—Muy bien, gracias. Vamos.

Sparta ya había echado a andar en dirección a las estrellas, hacia la cúpula transparente de control de tráfico que coronaba la enorme estación espacial. Aunque nunca había viajado más allá de la luna de la Tierra, conocía el trazado de Port Hesperus con tanto detalle que hubiera dejado atónitos a los residentes más antiguos, incluso a los propios diseñadores y constructores.

Le costó sólo unos momentos abrirse paso por los pasadizos y pasillos, pasando al hacerlo por delante de atareados trabajadores y oficinistas. Cuando llegó a la doble puerta de vidrio del centro, Proboda, que venía detrás de ella, le dio alcance. Tenía el mismo rango que Sparta, pero más antiguo; manejar un asunto de éste iba a ser el primer desafío que la joven iba a encontrar en aquella misión.

El policía local que custodiaba la estación echó una ojeada a la insignia de Sparta y luego al jadeante Proboda, a quien reconoció. El guardia les hizo seña con la mano para que pasaran a la brillante oscuridad del Control de Tráfico de Hesperus.

A través de la arqueada cúpula de cristal, Sparta pudo ver los duros puntos que eran las miles de estrellas fijas. Debajo de la cúpula unas hileras circulares sobre otras terminales suavemente resplandecientes estaban dispuestas como las gradas de un anfiteatro romano. Delante de cada consola flotaba un controlador ingrávido con las correas de sujeción flojas. Las puertas por la que habían entrado Sparta y Proboda se encontraban en el centro del círculo, de modo que hicieron su aparición como un par de gladiadores en la arena, aunque nadie se percató de su llegada. En lo alto, por encima de sus cabezas, más arriba de la consola más elevada, la plataforma del controlador jefe estaba suspendida sobre tres finas tornapuntas ante el foco parabólico en forma de plato de la sala.

Sparta se dio impulso hacia arriba.

Se dio la vuelta en el momento en que se posaba con ligereza sobre el borde de la plataforma. El controlador jefe y el adjunto solamente dieron muestras de un ligero interés por la llegada de la muchacha.

—Soy la inspectora Ellen Troy, de los Servicios Centrales de Investigación, señor Tanaka... —Se había aprendido los nombres de todo el personal clave de la estación—. Y éste es el inspector Proboda —añadió cuando llegó la mole rubia detrás de ella, con el ceño fruncido—. Tengo instrucciones de dirigir la investigación de la *Star Queen*.

—Hola, Vik —dijo el controlador alegremente dirigiéndole una sonrisa al aturullado policía. Le hizo una inclinación de cabeza a Sparta—. Muy bien,

inspectora. Hemos mantenido a la *Star Queen* en automático durante las últimas treinta y seis horas. Esperamos tenerla a bordo dentro de unos setenta y dos minutos.

—¿Dónde va a hacer atracar usted la nave, señor?

—No vamos a hacerlo. Tiene usted razón, normalmente no albergaríamos en la plataforma de aterrizaje a una nave de este calibre, sino que la dejaríamos en uno de los caminos. Pero la capitana Antreen, del departamento al que usted pertenece, nos ha sugerido que traigamos a la *Star Queen* al sector de seguridad para facilitar de ese modo la extracción del..., superviviente. De modo que la operación tendrá lugar en la plataforma Q3, inspectora.

Sparta se quedó un poco sorprendida ante aquella orden de Antreen; el tripulante de la *Star Queen* había sobrevivido él solo durante una semana, y la media hora extra que costaría traerlo desde una órbita de ataque en un transbordador utilitario no supondría mucha diferencia para él.

—Me gustaría quedarme para observar el procedimiento de aterrizaje en la plataforma, si no le importa —dijo la muchacha—. Y quiero ser la primera de la fila cuando se abra la escotilla, si es usted tan amable de informar de ello a su personal. —Volvió la cabeza al advertir que Proboda estaba a punto de poner objeciones—. Naturalmente, usted estará ante la escotilla, inspector —concluyó.

—Por nosotros muy bien —dijo Tanaka. A él todo aquello no podía importarle menos—. Nuestro trabajo termina una vez que la nave se encuentra dentro y a salvo. Y ahora, si me disculpa...

Aquel musculoso hombre de pequeño tamaño se pasó ligeramente una mano compacta por el pelo negro, que llevaba muy corto. No fue hasta que se adelantó y se desprendió de las correas que lo sujetaban y en las que había estado flotando, que Sparta se dio cuenta de que no tenía piernas.

Pasó una hora en el Control de Tráfico; el caliente sol salió por algún punto situado debajo. Desde su puesto en la plataforma del controlador jefe, Sparta podía ver las estrellas y, más allá, el intenso sol naciente; divisaba hasta el primer anillo de los muchos que tenía Port Hesperus, que giraba incesantemente en torno a su centro estacionario como un tiovivo celestial. No alcanzaba a ver el disco de Venus, que quedaba inmediatamente debajo de la estación, pero el resplandor de las nubes de ácido sulfúrico del planeta que se reflejaba sobre el metal pintado de la estación resultaba casi tan brillante, procedente de abajo, como lo eran los rayos directos del sol, que venían de arriba.

La atención de Sparta no estaba puesta en la estación, sino en la nave blanca de cien metros que se alzaba vertical contra las estrellas; iba bajando centímetro a centímetro a base de acelerones de sus impulsores de maniobras, dirigiéndose hacia la gran apertura de la bahía en el centro de la estación, debajo de la cúpula de control de

tráfico.

Aquella visión le evocó un extraño recuerdo, una barbacoa en un jardín trasero, en Maryland. ¿Quiénes estaban allí? ¿Su padre? ¿Su madre? No. Un hombre, una mujer con el pelo canoso, y otros matrimonios mayores a quienes ahora no lograba situar ni imaginarse del todo. Pero no era eso el recuerdo; el recuerdo era un comedero para pájaros suspendido de la rama de un olmo por medio de un cable largo y fino, esa clase que se usa para embalar. Al final de dicho cable se encontraba el comedero lleno de semillas, que colgaba allí a dos metros largos por debajo de la rama y a un metro por encima del suelo, con el fin de proteger las semillas de las ardillas. Pero había una ardilla que no iba a permitir que la estorbasen; esta ardilla había aprendido a agarrarse al cable con las cuatro patas y a deslizarse —poco a poco y con evidente agitación— cabeza abajo por el alambre, desde la rama hasta el comedero. Las personas que celebraban la barbacoa quedaron tan impresionadas por el atrevimiento del animalito que ni siquiera se molestaron en inventar otro sistema para impedirle que lo hiciera. Estaban tan orgullosos de ello que quisieron que Sparta viera al animal llevando a cabo aquella artimaña.

Y ahora he aquí aquel enorme carguero espacial de color blanco, deslizándose cabeza abajo por un cable invisible hacia la gran boca de la bahía de aterrizaje.

Aquel recuerdo trataba de decirle algo más..., pero Sparta no lograba traerlo a la mente. Se esforzó por volver a poner la atención en el momento presente. La *Star Queen* casi había acabado la maniobra de aterrizaje.

A la salida del sector de seguridad, todo el pasadizo hasta la compuerta se hallaba atestado de gente de los medios de información. Sparta, con Proboda siguiéndole los pasos, llegó a la parte de atrás de aquella multitud.

—Me pregunto cómo se sentirá ahora —estaba diciendo uno de los cámaras mientras manipulaba su fotograma de vídeos.

—Yo puedo decírtelo —repuso un tipo pulcro con el pelo cortado a cepillo, otro reportero—. Se encuentra tan contento de estar vivo...

Sparta notó que Proboda, a su lado, se hallaba a punto de hacer valer su rango para alejar a los sabuesos de los medios de comunicación de aquel pasadizo. Suavemente, la muchacha hizo valer sus derechos sobre él.

—Quiero oír esto —murmuró tocándole un brazo.

—... que le importa un rábano cualquier otra cosa —concluyó el periodista.

—Pues yo no estoy segura de ser capaz de abandonar a un compañero en el espacio para poder llegar a casa.

—¿Y quién haría eso? Pero ya oíste la transmisión..., lo estuvieron hablando entre los dos y el que perdió salió por la escotilla. Era el único camino sensato.

—¿Sensato? Si tú lo dices... Pero resulta totalmente horrible dejar que alguien se

sacrifique para que tú puedas vivir...

—No te hagas el sentimental. Si eso nos ocurriera a nosotros, tú me sacarías a empujones antes de que yo tuviera oportunidad de decir siquiera mis oraciones.

—A no ser que tú me lo hicieras a mí antes...

Sparta ya había oído bastante. Se acercó al reportero y le dijo con calma:

—Control del Espacio. Apártense, por favor. —Y continuó adelante repitiéndolo —: Control del Espacio, apártense, por favor...

Abrieron paso ante ella sin mayores esfuerzos. Probada la siguió.

Dejaron el fardo en el compartimiento del sector de seguridad. Más allá del anillo, cerrado herméticamente, de la parte central, llegaron a la escotilla Q3, que se hallaba casi abarrotada de técnicos y personal sanitario. A través del gran soporte de vidrio la bulbosa cabeza de la *Star Queen* estaba encajándose en su lugar a sólo unos metros de distancia de allí, arrastrada y empujada pacientemente por varios tractores mecánicos. Sparta intercambió unas palabras con el personal sanitario y los demás mientras el tubo se ajustaba sobre la escotilla principal de la nave.

Cuando la presión saltó y la escotilla de la *Star Queen* se abrió, Sparta, totalmente sola, se encontraba delante de la misma.

El olor procedente del interior de la nave fue como un ataque. A pesar de ello la muchacha hizo una profunda inspiración y saboreó el aire con la lengua. Por el sabor del aire se enteró de cosas que ninguno de los tests subsiguientes hubiera podido decirle.

Pasó casi un minuto antes de que, surgiendo de las profundidades de la nave, un hombre ojeroso entrase flotando en el círculo de luz. Se detuvo todavía dentro de la *Star Queen*, asustado del tubo de aterrizaje. Tomó aire profundamente, tiritando, y luego repitió la operación. Finalmente enfocó a Sparta con ojos acuosos.

—Nos alegramos de tenerlo a salvo con nosotros, señor McNeil —le dijo ésta. Él se quedó mirándola durante un momento, y luego hizo un gesto de asentimiento con la cabeza—. Me llamo Ellen Troy. Soy de la Junta de Control del Espacio. Iré con usted mientras lo examinan los médicos. Debo pedirle que no hable con nadie excepto conmigo hasta que yo le dé permiso para otra cosa. No importa quién sea el que pregunta ni lo que le pregunta. ¿Puede usted aceptar eso, señor? —Con gran cansancio, McNeil volvió a asentir—. Haga usted el favor de avanzar hacia mí. —McNeil hizo lo que ella le decía. Cuando el tripulante se hubo apartado de la compuerta, Sparta pasó rápidamente junto a él y torció la manilla de la escotilla exterior. La maciza puerta se deslizó hasta cerrarse y se asentó con un sensible y seco golpe. Sparta se metió la mano en el bolsillo derecho de sus pantalones de carga y sacó un disco rojo de plástico flexible y brillante que pegó en el borde de la escotilla, sellándolo como un lacre cierra la solapa de un sobre. Se dio la vuelta y cogió del brazo a McNeil—. Venga conmigo, por favor.

Viktor Proboda estaba bloqueando la salida del tubo.

—Inspectora Troy, tengo entendido que este hombre ha de ser puesto bajo arresto, y que la nave ha de ser inspeccionada sin dilación.

—Se equivoca, inspector Proboda. —«Bien —pensaba Sparta—, no ha empleado la palabra "órdenes", como por ejemplo "mis órdenes son...", lo que significa que puedo posponer la inevitable confrontación un poco más.»—. El señor McNeil ha de ser tratado con cortesía. Ahora mismo voy a llevarlo a la clínica. Cuando se encuentre en condiciones para ello, él y yo mantendremos una conversación. Y hasta entonces, nadie, absolutamente nadie, entrará en la *Star Queen*. — No había apartado la mirada de los pálidos ojos azules de Proboda—. Confío en que mostrará usted la diligencia debida en llevar a cabo las órdenes de la Central, Viktor.

Aquél era un viejo truco, pero él se sorprendió cuando la muchacha lo llamó por el nombre de pila; era lo que Sparta pretendía. Aquella esbelta muchacha tendría quizá veinticinco años y él se hallaba bien adentrado ya en la treintena. Se había esforzado mucho durante una década por conseguir el rango que ostentaba ahora, pero la facilidad con que ella asumía la autoridad era auténtica, y Proboda, como buen soldado, la reconoció.

—Como usted diga —consintió en tono gruñón.

Sparta guio al ingeniero McNeil, que parecía estar a punto de quedarse dormido, hasta donde lo esperaban los médicos. Uno de ellos le colocó a McNeil una máscara de oxígeno en la cara; la expresión de McNeil fue la de un hombre que bebe un trago de agua fresca después de pasarse una semana bajo el sol tropical. Sparta les repitió a los médicos sus órdenes acerca de que no debían hablar con los medios de comunicación; la desobedecerían, naturalmente, pero no antes de que ella se hubiera apartado del lado de McNeil.

El pequeño grupo emergió de la escotilla de seguridad. McNeil, con una máscara de oxígeno tapándole la nariz y la boca y conducido por los médicos, y con Sparta y Proboda cerrando la marcha, recorrió la gama de preguntas frenéticas...

Pero, después de otra semana de espera, los medios de comunicación sólo obtuvieron la llegada de la *Star Queen* y la confirmación de la supervivencia de McNeil; poca cosa para añadir a los electrificantes mensajes por radio con que habían iniciado su observación de la muerte. La transmisión había sido tan sucinta como escalofriante.

«Aquí la *Star Queen*, habla el comandante Peter Grant. El ingeniero Angus McNeil y yo hemos llegado conjuntamente a la conclusión de que en estos momentos queda oxígeno suficiente para que un hombre, y sólo un hombre, sobreviva hasta que nuestra nave aterrice en Port Hesperus. Por tanto, si uno de los dos ha de vivir, uno de nosotros debe morir. Hemos acordado decidir el asunto sacando un solo naipe. El que saque la carta más baja se quitará la vida».

Luego había hablado una segunda voz:

«Aquí McNeil para confirmar que estoy de acuerdo con todo lo que ha dicho el comandante».

A continuación la conexión radiofónica había quedado en silencio durante varios segundos por el ruido seco que producían los naipes mientras los barajaban. Luego la voz de Grant volvió al aire:

«Aquí Grant. Yo he sacado la carta más baja. Quiero dejar claro que lo que estoy a punto de hacer es una decisión personal mía tomada libremente. Me gustaría confirmarles a mi esposa e hijos mi amor hacia ellos; les he dejado algunas cartas en mi camarote. Una última petición: deseo que me entierren en el espacio. Ahora mismo, antes de hacer cualquier otra cosa, voy a ponerme el traje. Pido al oficial McNeil que me saque por la escotilla cuando todo haya pasado y me envíe lejos de la nave. Por favor, no busquen mi cadáver».

Aparte de la telemetría rutinaria y automatizada, aquello fue lo último que se había oído de la *Star Queen* hasta el presente.

La clínica de Port Hesperus se encontraba en mitad del saliente derecho de la estación. Una hora después de su llegada, McNeil yacía recostado entre sábanas limpias. Tenía el color sonrosado, aunque las ojeras oscuras seguían allí y la antes rolliza carne de las mejillas le colgaba ahora formando pliegues. Era un hombre mucho más delgado de lo que fuera al salir de la Tierra. Había comido más que suficiente en la *Star Queen*, pero durante los últimos días, bajo los efectos de la desaceleración, apenas había tenido bastantes energías para arrastrarse hasta la cocina de la nave.

Acababa de empezar a remediar aquella carencia con una cena consistente en un Chateaubriand acompañado de buñuelos de patata y verduras, y precedido de una crujiente ensalada verde con una ligera salsa de vinagreta con hierbas y acompañada de media botella de aterciopelado «Zinfandel» de California, todo lo cual le había sido proporcionado por la Junta de Control del Espacio de acuerdo con las instrucciones de Sparta.

Ésta llamó suavemente a la puerta, y cuando él contestó con un «Adelante», entró en la habitación seguida del meditabundo Proboda.

—Espero que todo haya sido de su gusto, ¿es así? —le preguntó Sparta. La ensalada había desaparecido, pero McNeil sólo había comido la mitad del Chateaubriand y gran parte de la verdura ni siquiera la había tocado. No así el vino; botella y vaso estaban vacíos. McNeil se hallaba coronado del humo de tabaco procedente de un cigarrillo sin filtro de olor acre a medio consumir.

—Estaba delicioso, sencillamente delicioso, y siento desperdiciar el resto. Pero me temo que se me ha encogido el estómago..., lo poco que he comido me ha dejado

saturado por completo.

—Ciertamente, eso es comprensible, señor. Bien, si se encuentra usted descansado...

McNeil sonrió pacientemente.

—Sí, habrá montones de preguntas ahora, ¿no es así?

—Si lo prefiere volveremos más tarde...

—De nada sirve posponer lo inevitable.

—Agradecemos sinceramente su cooperación. El inspector Proboda grabará nuestra conversación.

Cuando todos se hubieron instalado, McNeil comenzó a contar su narración. Habló de un modo bastante tranquilo e impersonal, como si estuviera relatando alguna aventura que le hubiera sucedido a otra persona, o que de hecho ni siquiera hubiera llegado a suceder nunca, lo cual, sospechó Sparta, hasta cierto punto era el caso, aunque sería injusto insinuar que McNeil estuviera mintiendo. No se estaba inventando nada. Ella lo habría detectado al instante por el ritmo en la forma de hablar de aquel hombre, pero sí que estaba omitiendo una buena parte en su bien ensayada narración.

Cuando, al cabo de varios minutos, terminó de hablar, Sparta permaneció sentada, pensativa y silenciosa. Luego dijo:

—Eso parece resumirlo todo, entonces. —Se volvió hacia Proboda—. ¿Hay algún punto en el que quiera usted indagar con más detalle, inspector?

De nuevo Proboda se vio cogido por sorpresa. ¿Algún punto que *él* quisiera indagar? Ya se había resignado a desempeñar un papel pasivo en la investigación.

—En realidad, sí —dijo, aclarándose la garganta—. Un par de puntos.

McNeil dio una chupada al cigarrillo.

—Ataque —dijo con una cínica sonrisa.

—Veamos. Dice usted que se derrumbó cuando el meteoróide o lo que fuese chocó contra la nave, ¿no es así? ¿Qué hizo usted exactamente?

Las pálidas facciones de McNeil se oscurecieron.

—Me puse a *lloriquear*, si quiere usted conocer los detalles. Me acurruqué en mi camarote como un niño con una rodilla desollada y di rienda suelta a las lágrimas. Grant era un hombre mucho mejor que yo, se mantuvo muy tranquilo todo el tiempo. Pero yo estaba a menos de un metro de distancia de los depósitos de oxígeno cuando explotaron, ¿sabe? Justo al otro lado de la pared, en realidad; aquel maldito ruido fue el más fuerte que he oído en mi vida.

—¿Y cómo es que casualmente se encontraba usted en aquel preciso lugar justo en aquel momento? —le preguntó Proboda.

—Pues porque había estado llevando a cabo la comprobación periódica de la temperatura y la humedad en la bodega A. El compartimiento superior de dicha

bodega está sometido a presión y temperatura controladas porque allí transportamos algunas mercancías tales como alimentos especiales, puros y cosas así, mercancías orgánicas, mientras que en las bodegas donde está hecho el vacío llevamos el material inerte, en su mayor parte maquinaria. Yo acababa de salir por la escotilla de la bodega y me hallaba en aquella parte del pasillo central que pasa por la cubierta de soporte de vida, de camino hacia la cubierta de vuelo, cuando..., ¡pum!

—¿La cubierta de soporte de vida también estaba presurizada?

—Normalmente la mantenemos así para poder entrar en ella desde dentro del módulo de la tripulación. En realidad es un espacio muy pequeño que está atestado de tanques y tuberías, pero uno puede meterse allí si tiene necesidad de hacerlo. Cuando recibió el golpe las compuertas interiores quedaron bloqueadas automáticamente.

—Y ahora, el asunto del embalaje de vino...

McNeil esbozó una sonrisa tímida.

—Sí, en eso me comporté bastante mal. Supongo que tendré que pagarle a alguien una buena pasta por las botellas que conseguí tragarme antes de que Grant me pescase.

—Ese vino era propiedad personal del director del «Museo Hesperiano», el señor Darlington —gruñó Proboda—. Imagino que él tendrá algo que decir acerca de este asunto... Pero ¿dice usted que Grant volvió a poner lo que quedaba del embalaje en el lugar de donde usted lo había sacado?

—Sí, y luego cambió la combinación de la escotilla para que yo no pudiera volver a entrar.

Cierto brillo salvaje apareció en la pálida mirada de Proboda.

—Y usted asegura que la escotilla de esa bodega no ha vuelto a abrirse desde el día siguiente al del accidente, ¿no es así?

—Eso es, señor.

—Pero el compartimiento superior de esta bodega está sometido a presión. Es un recipiente cuyo volumen es casi la mitad del módulo de mando. ¡Y estaba lleno de aire fresco!

—Sí, sí lo estaba, y si hubiéramos tenido otro igual, Peter Grant aún estaría con vida —respondió tranquilamente McNeil—. En principio teníamos que haber transportado ciertas plantas. No hubieran servido para salvarnos, pero el aire extra que habría venido con ellas sí que lo hubiese hecho. —Por primera vez pareció notar la confusión de Proboda—. Oh, ya veo qué es lo que no entiende, señor. Y tiene razón en lo que se refiere a las naves antiguas..., pero la *Star Queen*, al igual que la mayoría de los cargueros más recientes, tiene una red de tuberías que permite cualquier combinación de intercambio de gas a través de todos los compartimientos herméticos, sin necesidad de tener que abrir las escotillas. Eso nos permite transportar cargas que el remitente no quiere que conozcamos ni que lleguemos hasta ellas, ¿sabe

usted? Siempre que estén dispuestos a pagar la carga de la bodega entera. Ése es el procedimiento habitual en el caso de los contratos militares.

—¿De modo que ustedes tenían acceso al aire de aquel compartimiento aunque no pudieran entrar en él?

—Exacto. Si hubiéramos querido, habríamos podido bombear el aire, sacarlo de aquella bodega y desprender la bodega entera de la nave dejándola en el espacio y librándonos así de aquella masa. De hecho Grant llevó a cabo algunos cálculos, pero no hubiéramos ahorrado tiempo suficiente.

Proboda estaba decepcionado, pero insistió.

—Pero después que Grant hubo..., eh..., abandonado la nave..., usted bien pudo haber encontrado la nueva combinación de la escotilla, ¿no?

—Quizá, pero lo dudo. Aun suponiendo que hubiera tenido interés en hacerlo, no soy un genio con las computadoras, y los archivos privados de un hombre no son fáciles de forzar para abrirlos. Y además, ¿para qué iba yo a querer hacerlo?

Proboda lanzó una significativa y rápida mirada a la botella y al vaso vacíos que se hallaban al lado del plato medio lleno de McNeil.

—Por una parte, porque todavía quedaban allí tres embalajes y medio de vino. Y nadie le habría podido impedir a usted que se los bebiera.

McNeil estudió al rubio inspector con una expresión que a Sparta le chocó, por lo que tenía de calculadora.

—A mí me gusta una copa tanto como a cualquiera, inspector. Puede que más. Puede que quizás hasta mucho más. Me llaman hedonista y es muy posible que lo sea, pero lo que no soy es un completo idiota.

McNeil aplastó lo que le quedaba de cigarrillo.

—¿Qué tenía usted que temer —insistió Proboda—, aparte, naturalmente, de cometer una felonía, si eso en realidad *no* le importaba?

—Precisamente eso —dijo McNeil tranquilamente; y el filo de acero de su afable personalidad por fin se deslizó brillando desde debajo de la sonrisa—. El alcohol interfiere en el funcionamiento de los pulmones y es un vasoconstrictor. Si de todos modos uno va a morir, puede que eso no le importe. Pero si uno tiene intención de sobrevivir en un medio pobre en oxígeno, no va uno a ponerse a beber.

—¿Y los cigarrillos? ¿Interfieren en el funcionamiento de los pulmones?

—Después de dos paquetes diarios durante veinte años, inspector, dos cigarrillos al día no son más que una muleta para los nervios.

Proboda estaba a punto de arremeter de nuevo cuando Sparta intervino.

—Creo que deberíamos dejar en paz al señor McNeil por ahora, Viktor. Podemos continuar en otro momento.

La joven había estado observando la conversación con interés. Como policía, Proboda tenía sus puntos fuertes —a ella le gustaba aquella persistencia de bulldog

aun cuando él mismo sabía que parecía tonto—, pero sus deficiencias eran numerosas. Se apartaba fácilmente del tema principal, como lo había hecho al insistir tanto en una cosa tan trivial como la destrucción de la propiedad privada (Sparta sospechaba que ello era debido a una excesiva preocupación por los poderosos intereses de la comunidad de Port Hesperus), y no se sabía bien la lección, pues de otro modo hubiese estado al corriente de lo de las escotillas de la bodega.

Pero el error más grave que había cometido era que ya se había formado un juicio moral sobre McNeil. Mas éste no era tan fácil de juzgar. Todo lo que había dicho de sí mismo era verdad. No era tonto. Y tenía intención de sobrevivir.

Sparta se levantó y dijo:

—Es usted libre de moverse a su gusto por la estación en cuanto los médicos se lo permitan, señor McNeil, aunque si prefiere evitar a los medios de comunicación, lo más probable es que éste sea el mejor lugar para hacerlo. La *Star Queen* queda fuera de los límites, naturalmente. Estoy segura de que usted lo comprenderá.

—Perfectamente, inspectora. Gracias de nuevo por proporcionarme esta estupenda cena.

Le dirigió un desenvuelto saludo desde la comodidad de la cama.

Antes de llegar al pasillo, Sparta se volvió hacia Proboda y sonrió.

—Usted y yo formamos un buen equipo, Viktor. El bueno y el malo, ya sabe. Somos naturales.

—¿Quién es el bueno? —le preguntó el otro.

La muchacha se echó a reír.

—De acuerdo. Usted estuvo bastante duro con McNeil, pero interpreto que usted es el bueno cuando se trata de sus vecinos. Por ello tengo intención de no mostrar ninguna piedad hacia ellos.

—No la sigo. ¿Cómo podría alguien de Port Hesperus estar implicado en esto?

—Viktor, vamos a ponernos un traje espacial y luego vayamos a echar una mirada a ese agujero que hay en el casco de la nave, ¿quiere?

—Muy bien.

—Pero primero tendremos que abrimos paso entre toda esa chusma.

Pasaron fácilmente por las puertas de la clínica y se adentraron en una multitud de expectantes sabuesos de los medios de comunicación.

—¡Inspectora Troy!

—¡Eh, Vik, amigo...!

—Por favor, inspector, ¿qué tiene usted para nosotros? Tiene usted algo para nosotros, ¿verdad que sí?

Dejaron al grupo de periodistas vociferando ante la puerta del sector de seguridad.

—Nunca los había visto así —masculló Proboda—. Cualquiera diría que hasta ahora no han tenido ocasión de hacer un reportaje sobre una historia real.

Sparta no tenía experiencia con los medios de comunicación. Siempre había pensado que se podían emplear con ellos las técnicas habituales de mando y control, ciertos trucos de voz y personalidad; y de hecho todo esto dio resultado hasta cierto punto. Pero la joven había subestimado la habilidad de aquella chusma para quebrarle la concentración, para malearle las funciones internas.

—Excúseme, Viktor... Necesito un momento.

Se detuvo en una esquina del pasadizo, que estaba vacío, y cerró los ojos, flotando en el aire; utilizó toda su voluntad para tratar de disolver la tensión que tenía en la nuca y en los hombros. Vacío la mente de cualquier tipo de pensamiento consciente.

Proboda la miraba con curiosidad, confiando en que no viniese nadie a quien tuviera que dar explicaciones. La formidable y joven inspectora Troy se mostraba de pronto vulnerable, con los ojos cerrados, la cabeza echada hacia delante y flotando con las manos en alto como si fueran las patas de un pequeño animal; podía verle la parte inferior de la esbelta y blanca nuca, desnuda al caerle hacia delante el rubio y liso cabello.

Segundos más tarde Sparta permitió que los ojos se le abrieran por completo.

—Viktor, necesito un traje espacial. Tengo la talla cinco y medio —dijo; y con toda sencillez su expresión volvió a recuperar la firmeza.

—Veré lo que puedo encontrar en los armarios.

—Y también necesitaremos herramientas. Abrazaderas de lapa y ventosas. Y puntales de agarre. Una llave inglesa de inercia con un juego completo de cabezas y barrenas. Y bolsas, cinta y todo eso.

—De todo eso se encuentra en un equipo de mecánico de grado diez. ¿Algo especial?

—No. Me reuniré con usted en la escotilla.

Sparta se adelantó hacia el tubo de aterrizaje de la *Star Queen*, y Proboda se alejó en dirección al cobertizo de las herramientas.

Había dos patrulleros de guardia junto a la entrada del tubo vestidos con trajes espaciales azules y con los cascos puestos, aunque sin cerrar. Iban pertrechados con armas para aturdir, rifles de aire que disparaban balas de goma capaces de herir gravemente a un ser humano aunque llevase puesto un traje espacial, pero difícilmente capaces de causar daño a los sistemas cruciales de la estación espacial. Los cartuchos de metal y las armas que los disparaban estaban prohibidos en Port

Hesperus.

A través de las ventanas de doble vidrio situadas detrás de los guardias, el enorme bulto de la *Star Queen* ocupaba enteramente la bahía de aterrizaje. La nave tenía el tamaño normal de carguero, pero era mucho más grande que las gabarras, lanchas y transbordadores que normalmente amarraban en Port Hesperus.

—¿Ha estado aquí alguien desde que sacamos a McNeil de la nave? —preguntó Sparta a los guardias.

Éstos se miraron y luego movieron la cabeza en un gesto negativo.

—No, inspectora.

—Nadie, inspectora.

Los traicionaron las voces: estaban mintiendo.

—Bien —dijo Sparta—. Quiero que me informen a mí o al inspector Proboda si alguien intenta pasar por aquí. Sea quien sea, aunque se trate de alguien de nuestro propio departamento. ¿Entendido?

—Muy bien, inspectora.

—Ciertamente, inspectora. Puede estar tranquila.

Sparta se metió en el tubo de embarque. El sello de plástico rojo seguía en su lugar sobre el borde de la escotilla. Puso una mano sobre el mismo y se inclinó hacia él.

El sello de plástico era poco más de lo que aparentaba, un simple parche adhesivo. No disimulaba ningún microcircuito, aunque sus polímeros conductores eran sensibles a los campos eléctricos y conservaban las huellas de cualquiera que se hubiera acercado recientemente. Poniendo la mano sobre el parche, inclinándose sobre el mismo e inhalando su olor, Sparta se enteró de lo que quería saber.

Los detectores magnéticos que tenía debajo de la palma de la mano recogieron la huella fuertemente impresa de un dispositivo de diagnóstico: alguien, a su vez, había pasado un detector magnético sobre el plástico con intención de descubrir sus secretos. Luego habían tenido la desfachatez de manipular el sello, presumiblemente con guantes. El curioso no había dejado huellas digitales; pero, por el olor que se desprendía de la superficie del plástico, Sparta no tuvo ninguna dificultad para identificar quién había estado allí.

La piel de cada persona transpira y rezuma grasas que contienen una mezcla de elementos químicos, especialmente aminoácidos, en una combinación tan única como el dibujo del iris. Cuando Sparta inhaló aquellos elementos químicos los analizó al instante. Era capaz de traer a la consciencia fórmulas químicas específicas y, lo que era aún más útil, asociarlas con modelos que ya tenía previamente almacenados. De forma rutinaria almacenaba las firmas de aminoácidos de la mayoría de las personas que conocía, descartando al cabo de algún tiempo aquéllas que no resultaban de interés.

Dos horas antes había almacenado la firma de aminoácidos de Kara Antreen. No se sorprendió al reconocerla en el sello. Y tampoco podía culpar a los guardias por haberle mentado. Les habían ordenado que guardasen silencio; y tenían que seguir viviendo con Antreen mucho después de que Sparta hubiera regresado a la Tierra.

Sparta tampoco podía culpar a Antreen por su curiosidad. Había estado examinando el sello, pero no había evidencias de que hubiese abierto la escotilla. Sólo había otra entrada a la nave, y era a través de la escotilla situada en la mitad de la misma, a popa de las bodegas de carga; y Sparta dudaba que la hubiera empleado. En el caso de que se hubiese puesto un traje espacial para entrar en la nave, Antreen se habría expuesto a que la vieran los cien controladores y estibadores que estaban trabajando en los muelles.

Llegó Viktor trayendo la bolsa de herramientas y un traje espacial para ella, uno azul, que era el uniforme de la ley local. Él ya se había puesto el suyo; llevaba prendida en el hombro la insignia dorada.

Minutos después se acercaban flotando al casco, iluminado con focos, de la *Star Queen*; tenían toda la atención puesta en un pequeño agujero redondo que había en una de las planchas de metal.

Detrás de ellos, en la cavernosa bahía de aterrizaje, unas grandes abrazaderas de metal chocaban con estruendo al encadenar naves a la estación, y varias mangueras y cables autodirigidos serpenteaban al salir de los colectores para repostar buscando los orificios de los tanques de combustible. Remolcadores y gabarras llegaban o se lanzaban al espacio desde la bahía, deslizándose dentro y fuera de las enormes puertas de la bahía, que estaban abiertas hacia las estrellas. Toda esta actividad tenía lugar en el silencio y muerto vacío. El cúter de la Junta de Control del Espacio se encontraba amarrado junto a la *Star Queen* en el sector de seguridad. Una lancha se hallaba ante la escotilla comercial al otro lado de la vía, con los depósitos llenos y lista para transportar pasajeros hasta la estación en cuanto llegase el transatlántico *Helios*. Toda la escena se hallaba presidida por la transparente cúpula de Control de Tráfico.

Habían pasado por una de las escotillas de los trabajadores, arrastrando tras de sí la bolsa de nailon transparente de las herramientas, que Proboda llevaba atada a la muñeca. Manteniendo una respetuosa distancia, Sparta se había abierto camino cuidadosamente alrededor de los anillos superconductores del escudo de radiación, que colgaba en un hemisferio transparente por encima de la parte superior del módulo de la tripulación de la *Star Queen*. Si Proboda se preguntó por qué, no dijo nada, y la joven no se molestó en explicarle aquello que había aprendido por medio de una experiencia personal perturbadora: que los campos magnéticos y las descargas eléctricas fuertes resultaban muy peligrosas para ella sobre todo en ciertos aspectos íntimos que los demás ni siquiera podían notar. Las corrientes inducidas en los

elementos metálicos que tenía implantados cerca del esqueleto resultaban desorientadoras e, *in extremis*, amenazadoras para sus órganos vitales.

Pero maniobró sin dificultades para acercarse a la plancha L-43 del casco de la nave. No era un lugar de fácil acceso ni siquiera para una persona con traje espacial, pues estaba semioculta en la parte de abajo del módulo de la tripulación, justo por encima del extremo convexo del largo cilindro que era la bodega C.

—Echaré un vistazo —le dijo a Proboda acercándose mucho—. Ponga esto en otra parte.

Quitó el ojo robot, similar a un cangrejo, del lugar del casco en donde estaba situado, justo encima del agujero, y se lo tendió a Proboda; los rodillos magnéticos que el ojo tenía en los extremos de las patas chirriaron al buscar un punto donde agarrarse. Proboda lo colocó en un lugar más alto del módulo y el aparato salió correteando con rapidez hacia la escotilla donde se albergaba habitualmente.

Sparta subió hasta la plancha dañada y enfocó el ojo derecho sobre el agujero. Hizo un zoom hacia el interior y lo examinó con detalle microscópico.

—Desde aquí no parece gran cosa —dijo la voz de Proboda a través del auricular que la muchacha llevaba colocado en la oreja derecha.

—Espere hasta que vea el interior. Pero primero déjeme que saque una foto de esto —murmuró. Hizo un disparo con la cámara corriente de hacer fotogramas que llevaba colgada de la muñeca izquierda.

Lo que Sparta vio en la parte exterior del casco, incluso con una ampliación que hubiera dejado atónito a Proboda, correspondía exactamente a lo que ella habría esperado si un meteorode de un gramo que viajase a cuarenta kilómetros por segundo hubiese hecho colisión con la plancha del casco. Un agujero del tamaño de un cojinete en el centro de un pequeño círculo de metal liso y brillante que se había derretido y cristalizado de nuevo.

El daño sufrido por el casco de una nave a causa de un meteorode que viaja a velocidades interplanetarias típicas se aproxima a lo que sucede cuando, por ejemplo, un misil muy veloz da en un blindaje. La hendedura en el exterior de la plancha puede que sea modesta en sí misma, pero la energía depositada produce una fuerza de choque en forma de cono que viaja hacia el interior y astilla un amplio círculo de material arrancándolo de la parte interior de la plancha. Este material derretido continúa moviéndose y a su vez causa otros daños; mientras tanto, si el interior del casco está lleno de aire, la onda de choque se expande con gran rapidez produciendo excesos de presión que son intensamente destructivos cerca del agujero, aunque decrecen muy de prisa a medida que la distancia aumenta.

—¿Es uno de éstos que salen con facilidad? —le preguntó Proboda.

—No tenemos tanta suerte —repuso la joven—. ¿Quiere alcanzarme esa llave inglesa y un Philips normal?

Casi un tercio de la superficie de la cubierta de soporte de vida estaba formado por paneles desmontables, y el L-43 era uno de ellos..., aunque no era, desgraciadamente, una puerta que se abriera como las otras cercanas, sino una plancha que había que desmontar con paciencia, aflojando unos cincuenta tornillos de cabeza plana que estaban situados alrededor de los bordes. Proboda cogió un taladro de la bolsa de nailon de las herramientas y fijó en él una broca.

—Aquí tiene —dijo al tiempo que se lo tendía a Sparta—. ¿Puedo ayudar en algo?

—Coja estos malditos tornillos.

Tardó casi diez minutos en sacar todos los tornillos. Proboda los iba cogiendo del vacío y los introducía en una bolsa de plástico.

—Vamos a probar ahora con la ventosa.

Él le tendió un pequeño y macizo electroimán que Sparta colocó contra el triángulo pintado de amarillo que había en el centro de la plancha y que servía para señalar la presencia de un punto duro de laminado férreo. La muchacha accionó el botón de encendido del imán y tiró con fuerza. El imán estaba fuertemente pegado al punto duro, pero...

—Esto es lo que me temía. ¿Puede usted apoyar los pies en algún sitio? Cuando lo haya hecho tíreme de las piernas.

Proboda buscó un punto de apoyo firme y agarró con fuerza a la joven por los pies. Tiró de ella, y la muchacha tiró de la plancha, pero ésta se encontraba fuertemente sujeta al casco.

—Tendremos que instalar un aparejo de agarre.

Proboda metió la mano en la bolsa de las herramientas y sacó de ella un juego de varillas de acero provisto de acoplamientos deslizantes. Le fue dando las piezas a Sparta una a una, y al cabo de unos cuantos minutos ésta había montado un puente de varillas paralelas sobre la recalcitrante plancha del casco; estaba dispuesto contra el casco, a ambos lados, y los puntos de apoyo eran balancines. Montó un mecanismo en forma de lombriz dentro de una sólida abrazadera, justo en el centro del puente. Fijó un asa de travesaños en la parte superior de la misma; el extremo inferior rotaba sobre una punta en la parte trasera del imán. Cuando Sparta hizo girar los travesaños, aquel mecanismo en forma de lombriz dio la vuelta y empezó a ejercer una tremenda fuerza de atracción. Después de tres vueltas completas la voluminosa plancha, como si fuera un rígido tapón de corcho deslizándose fuera de una botella, salió por fin.

—Esto era lo que le impedía salir —dijo Sparta mostrándole la parte interior de la plancha—. Hay lacre por toda la superficie.

Grumos de plástico amarillo y endurecido habían sujetado la plancha con gran fuerza; era espuma de plástico que había sido vomitada de los botes de emergencia del interior de la cubierta. Parte de ella había sido transportada por la fuerte corriente

de aire hacia fuera, en dirección al agujero producido por el meteorode, y se congeló sobre éste cerrando el escape herméticamente, cometido para el que la espuma había sido diseñada; el resto, sencillamente, había formado un enorme amasijo.

Sparta inspeccionó la parte interna de la plancha y el oscuro y duro montón de plástico que tapaba el agujero. Lo fotogramó, y luego miró hacia atrás por encima del hombro.

—Déjeme ver ese juego de cuchillos. —Proboda se lo tendió y ella escogió un cuchillo curvo de hoja fina—. Y deme unas cuantas bolsitas de éstas.

Con cuidado metió el filo del cuchillo debajo del quebradizo plástico. Se puso a pelar el plástico hacia atrás, y éste se desprendió en delgadas láminas como sedimento, como hebras de madera.

—¿Para qué hace eso?

—No se preocupe, no estoy destruyendo las pruebas. —Guardó las virutas en una bolsa transparente—. Quiero ver qué aspecto tiene el agujero debajo de todo ese engrudo. —Debajo del plástico se encontraba el lado ancho del agujero cónico, que tenía el tamaño de una moneda de cinco centavos, rodeado por una aureola de brillante metal recristalizado—. Bueno, ciertamente esto es de libro. —Volvió a fotogramarlo, y luego le pasó a su compañero la plancha del casco—. Vamos a poner todo esto dentro del saco.

Sparta alumbró con la lámpara de mano el ennegrecido interior de la cubierta de soporte de vida. Pasó unos momentos estudiando a su manera aquello que veía. Luego tomó más fotogramas.

—¿Puede meter la cabeza por aquí, Viktor? Quiero que vea esto.

Con grandes dificultades debidas a la falta de espacio, Proboda metió el casco al lado del de ella, de manera que se tocaban.

—Qué desorden. —La voz del hombre sonó muy fuerte tanto por la conducción a través de los propios cascos como por el intercomunicador.

Todo en un radio de dos metros a partir del punto en el que se encontraba el agujero del casco se hallaba seriamente dañado. Las tuberías se veían frenéticamente retorcidas y acabadas en bocas melladas, como gusanos retorcidos y congelados.

—Ambos tanques de oxígeno de un golpe. Difícilmente se encontraría un punto más vulnerable en toda la nave. —Una de las esferas de oxígeno estaba rasgada, mientras que la otra yacía en pedazos como el cascarón de un huevo roto. Fragmentos de la maltrecha célula de combustible flotaban cerca del techo, donde habían quedado reunidos bajo los efectos de la suave desaceleración de la maniobra de aterrizaje—. Excúseme un minuto, tengo que meter el brazo ahí dentro.

Sparta levantó la mano y recogió algunos brillantes pedazos de los escombros que había en el techo; con cuidado metió éstos, así como otras muestras, en bolsas de plástico. Echó una última mirada hacia el interior de la arrasada cubierta y luego se

retiró.

Volvieron a colocar las herramientas y las pruebas que habían reunido en la red.

—Con esto tenemos suficiente por ahora.

—¿Ha encontrado lo que esperaba?

—Es posible que sí. Tendremos que esperar el resultado de los análisis. Antes de marcharnos vamos a asomarnos al interior de la nave.

Se fueron impulsando a lo largo del voluminoso cilindro de la bodega (agarrándose de un asa a la siguiente), hasta que llegaron a la escotilla central de la *Star Queen*.

La escotilla central estaba situada en el largo eje que separaba los tanques de combustible de la *Star Queen* de los motores nucleares de las bodegas y del módulo de la tripulación, justo en la popa de las propias bodegas. Sparta se puso a manipular los controles externos que abrían la escotilla —controles que estaban estandarizados en todas las naves, de acuerdo con las leyes vigentes— y luego penetró por aquel estrecho espacio. Proboda entró tras ella con dificultad, arrastrando la bolsa de las herramientas.

La muchacha cerró la compuerta exterior. Desde dentro podía presurizar el compartimiento de aire, siempre que no hubiera contraórdenes desde el interior de la nave. Pero una señal roja y muy brillante que estaba encendida en la parte superior, al lado de la rueda de la compuerta interior, indicaba: «PRECAUCIÓN, VACÍO».

—Voy a presurizar —dijo Sparta—. Esto no va a oler demasiado bien.

—¿Por qué no nos dejamos puestos los trajes espaciales?

—Tenemos que enfrentarnos a ello tarde o temprano, Viktor. Déjese el casco puesto, si quiere.

Proboda no discutió con ella, pero se quedó con el casco puesto. La joven no permitió que él viera la sonrisa irónica que esbozaban sus labios. Aquel hombre tenía unos sentimientos muy delicados para su tamaño y profesión.

Sparta hizo uso de los controles para presurizar el interior del conducto central de la nave. Al cabo de unos momentos el indicador de precaución cambió del rojo al verde —«Presión atmosférica ecualizada»—, pero la muchacha no abrió aún la compuerta interior. Primero se quitó el casco.

En el cerebro de Sparta penetró violentamente el olor a sudor, a comida rancia, a humo de cigarrillos, a vino derramado, a ozono, a pintura nueva, a aceite de engrasar, a grava, a excrementos humanos... y, por encima de todo, a dióxido de carbono. El aire ya no era tan malo como lo había sido para McNeil en aquellos últimos días, porque se había mezclado con aire fresco procedente de la estación, pero aún lo era bastante; Sparta necesitó unos momentos de consciente esfuerzo para despejarse la cabeza.

Lo que no le dijo a Proboda fue que no estaba haciendo aquello por el mero gusto

de torturarse.

Al cabo de un rato no solamente era capaz de notar directamente los componentes químicos de aquello que la rodeaba, sino también evaluar y hacer salir a la consciencia lo que observaba. Tenía una pregunta urgente que hacer allí, antes de entrar: ¿había usado alguien aquella escotilla durante la travesía?

La escotilla principal no era problema. Si Grant y McNeil hubiesen abandonado la nave a través de ella durante el vuelo, el otro hombre se habría enterado... Hasta que salieron por ella juntos la última vez, naturalmente, y sólo McNeil regresó. Pero esta escotilla era otra cuestión. Podía concebirse que uno de ellos hubiese logrado deslizarse furtivamente fuera de la nave a través de esta escotilla secundaria mientras el otro dormía o estaba atareado en alguna otra parte. La cuestión había adquirido ahora nueva importancia.

El olor del lugar respondió a su pregunta.

—Bien, creo que ya consigo entenderlo.

Le dirigió a Proboda una sonrisa cargada de intención, y él la miró dubitativamente desde la seguridad del interior del casco.

Sparta le dio la vuelta a la rueda. Abrió la compuerta interior y entró en el pasillo central. Durante un momento la experiencia resultó profundamente desorientadora: estaba en un estrecho conducto de cien metros de longitud, un apretado tubo de superficie brillante tan recto que parecía desvanecerse en un punto negro. Durante un momento tuvo la perturbadora sensación de estar mirando al interior del cañón de un rifle.

—¿Sucede algo? —Oyó fuertemente la voz de Proboda por el comunicador.

—No..., estoy bien.

Sparta miró hacia «arriba», en dirección al arco de la nave y a la escotilla de la cámara de descompresión de la bodega que se encontraba a unos cuantos metros de altura. Por encima de la escotilla había un acceso a la bodega de carga, y de allí al propio módulo de la tripulación.

La luz junto a la misma era verde: «Presión atmosférica ecualizada». Sparta hizo girar la rueda, levantó la escotilla y entró en la gran cámara de descompresión que separaba las enormes bodegas desmontables —cada una de las cuales tenía su propia cámara de descompresión— del módulo de la tripulación. Las escotillas exteriores de las cuatro cámaras de descompresión de las bodegas la rodeaban; unos brillantes letreros rojos brillaban en tres de ellas. «PELIGRO. VACÍO.»

El letrero situado junto a la escotilla de la bodega A, sin embargo, resplandecía con un color amarillo frenético: «Estrictamente prohibida la entrada a toda persona que no posea autorización».

Todas ellas respondían al diseño estándar: pesadas ruedas con radios en medio de puertas circulares de acero montadas sobre bisagras. Cualquiera que diera con la

correcta combinación de números situada en el panel que había junto a la rueda, obtendría rápidamente acceso.

Tardó unos momentos en acercarse a cada uno de ellos antes de que Proboda trepase hasta allí desde abajo llevando consigo la bolsa de herramientas. Las bodegas B y D no se habían tocado desde hacía semanas, pero el teclado de la bodega A y la rueda mostraban las esperadas señales de que habían sido manipulados. Igual que, aunque esto no era tan esperado, ocurría con la bodega C.

—La bodega A es la única que está cerrada, Viktor —le dijo Sparta cuando él se le acercó—. Tendremos que averiguar la combinación más tarde, o forzarla. ¿Quiere mirar dentro de la B? Yo revisaré la C.

—Claro —contestó Proboda. Apretó los botones pertinentes para presurizar la cámara de descompresión de la bodega B.

La muchacha se cerró el casco y entró en la bodega C. El ritual de cerrar la escotilla exterior detrás de ella, evacuar la cámara de descompresión y abrir la escotilla interior que daba a la bodega sin aire —reprimiendo toda tentación de impaciencia—, tenía que llevarse a cabo cuidadosamente. Una vez hecho se encontró en el interior.

Era un cilindro de acero tan grande como un silo para almacenar grano y muy oscuro, con la excepción de una luz piloto que había situada junto a la cámara de descompresión. A la tenue luz verde de dicho piloto los monstruos metálicos, cada uno de casi seis toneladas métricas de masa, se alzaban contra la pared como una hilera de coristas. Todos estaban fuertemente encadenados a las costillas o cuerdas de aleación de acero de la bodega. En las sombras parecían hacerse más grandes a medida que Sparta se acercaba y los ojos compuestos que tenían, de diamante, parecían seguirla como los ojos de los retratos *trompe l'oeil*.

No eran nada más que máquinas inertes, desde luego. Sin sus varas de combustible, amontonadas allí cerca dentro de ensamblajes de grafito protectores, los enormes robots no podían moverse ni un milímetro. No obstante, Sparta no podía negar la impresión que le causaban aquellos cuerpos de titanio, segmentados y hechos para soportar temperaturas de horno, o aquellas piernas parecidas a las de los insectos hechas para enfrentarse con el terreno más abrupto; o aquella boca con bordes de diamante y las garras hechas para desgarrar las más recalcitrantes matrices naturales...

Y aquellos brillantes ojos de diamante. Cuando se acercaba al robot que tenía más próximo, Sparta notó un cosquilleo en el oído interno. Se detuvo un instante antes de reconocer los efectos de la radiactividad latente, identificables gracias a la misma clase de corriente de inducción —diminuta, en este caso— que ella había temido en el escudo contra radiación de la nave. Una ojeada rápida al número de serie de la máquina le confirmó que aquélla era la que Sondra Sylvester había hecho probar en

los terrenos de prácticas de Salisbury tres semanas antes de que el robot fuera cargado a bordo de la *Star Queen*.

Con mucha cautela pasó junto al primer robot e inspeccionó los demás, uno a uno, escudriñando aquellas cabezas erguidas e imponentes. Todos, excepto el primero, estaban fríos como la piedra.

De regreso a la cámara de descompresión de acceso, después de haber cerrado la escotilla tras ella, Sparta aguardó a que Proboda saliera de la bodega D. Al parecer había quedado satisfecho con lo que había visto —fuera lo que fuese— en la bodega B y había decidido pasar a la bodega restante, en cuyo interior estaba hecho el vacío, mientras ella se encontraba aún admirando los robots. El hombre asomó la parte superior de la cabeza por la escotilla; con el casco puesto parecía la cabeza de una hormiga. La muchacha le dio unos golpecitos en el vaso de plástico azul.

—¿Por qué no se quita ese chisme? —le preguntó—. La peste no lo matará.

Proboda la miró y comenzó a desenroscarse el casco hasta que se lo quitó. Le llegó una bocanada de olor y arrugó aquella enérgica nariz eslava hasta la frente.

—Aquí vivió durante una semana —dijo. Pensó que quizás aquel olor hiciera que Proboda apreciase un poco más a McNeil, ya que no respetarlo—. Viktor, quiero que haga una cosa por mí. Y significa que nos tendremos que separar durante algunos minutos.

—¿Antes de que hayamos terminado aquí? Todavía tenemos que comprobar la historia que nos ha contado McNeil.

—Estoy convencida casi del todo de que ya tenemos lo verdaderamente importante. Quiero que lleve usted estas pruebas al laboratorio.

—Inspectora Troy —dijo Proboda poniéndose muy formal con ella—. Tengo órdenes de permanecer con usted. De no apartarme de su lado.

—Vale, Viktor, dígale a la capitana Antreen todo lo que crea que debe decirle.

—Primero tendrá que decírmelo usted a *mí* —insistió él, exasperado.

—Lo haré. Después, tan pronto como haya dejado usted todo eso en el laboratorio, quiero que vaya a interceptar a la *Helios*. Antes de que nadie desembarque. Entreténgalos con cualquier excusa...

En cuanto Sparta le hubo manifestado sus sospechas y él las hubo comprendido, Proboda se marchó. Aquello de ser persuasiva resultaba algo agobiador, pensó ella. La inteligencia social —la inteligencia para manipular a la gente— era la que más difícil se le hacía. Casi inmediatamente, casi involuntariamente, volvió a caer en trance.

La breve meditación le devolvió las fuerzas. Cuando permitió que el mundo de

afuera le volviera a la consciencia empezó a *escuchar*.

Al principio no filtró ni enfocó lo que oía, sino que aceptó toda aquélla sinfonía de la gran estación orbital que giraba en el espacio por encima de Venus; su repertorio de sonidos vibraba a través de las paredes de la *Star Queen*. Gases y fluidos seguían su curso a través de bombas y conductos, los cojinetes de los grandes centros y anillos rodaban suavemente en sus rondas eternas, el zumbido de miles de circuitos y autobuses de alto voltaje hacían temblar el éter. Sparta podía oír las voces apagadas de los cien mil habitantes de la estación, un tercio de ellos trabajando, un tercio respirando profundamente dormidos, y otro tercio ocupado en las ricas trivialidades de la existencia, comprando, vendiendo, enseñando, aprendiendo, cocinando, comiendo, peleando, jugando...

Simplemente escuchando, la muchacha no era capaz de entresacar conversaciones individuales. Nadie parecía estar hablando en las inmediaciones. Naturalmente, habría podido sintonizar las transmisiones radiofónicas y las redes de comunicaciones si hubiese querido entrar en estado receptor, pero no era ése su propósito. Quería hacerse una idea de aquel lugar. ¿Cómo sería vivir en un mundo de metal que se halla en órbita constante alrededor de un planeta infernal? Un mundo con parques y jardines, tiendas, escuelas y restaurantes, seguro; un mundo con vistas no paralelas de la noche estrellada y el sol brillante, pero un mundo contenido, un mundo del cual sólo los ricos podían aliviarse con facilidad. Era un mundo donde personas de culturas dispares —japoneses, árabes, rusos, norteamericanos— se veían arrojados a una estrecha proximidad bajo condiciones que inevitablemente acababan por producir tensión. Algunos iban allá por dinero, otros porque habían imaginado que el espacio de algún modo se vería libre de las restricciones de la superpoblada Tierra. Algunos venían, desde luego, porque los traían sus padres. Pero sólo unos pocos poseían el espíritu pionero que convertía las dificultades en un fin en sí mismas. Port Hesperus era una ciudad industrial, como una plataforma petrolífera en el Atlántico Norte o una ciudad industrial de los bosques canadienses.

El mensaje que recibió Sparta a través de las paredes de metal fue el de una tensión en reserva, el de la espera de un tiempo propicio, el de un sentimiento próximo a la servidumbre bajo contrato de aprendizaje. Y había algo más, en parte entre los recientes y reacios inmigrantes, pero especialmente entre los residentes más jóvenes, aquéllos que habían nacido en la estación: una sensación de monotonía, cierto resentimiento, la semisubconsciente corriente de un descontento en ciernes; de momento la generación de los más mayores aún ostentaba con firmeza el mando, y éstos tenían en la cabeza pocas cosas más que explorar vigorosamente los recursos de la superficie de Venus, hacerse la vida lo más cómoda posible mientras llevaban a cabo tal tarea y ganar los medios necesarios para abandonar para siempre Port Hesperus...

A casi un kilómetro del carguero, del lugar donde Sparta flotaba y soñaba, la vida de ocio de Port Hesperus se encontraba en pleno apogeo. La enorme esfera central de la estación se hallaba circundada por un cinturón de árboles altos —todos con la copa apuntando hacia dentro— y con una red de ventanas de vidrio provistas de persianas graduables que constantemente se ajustaban para compensar el giro de la luz de Venus y la luz del sol. Entre los árboles se entretejían senderos en medio de exuberantes jardines llenos de flores de la pasión, orquídeas y bromiláceas; las cicadáceas y helechos gigantes se alzaban junto a arroyos que fluían en chorro tenue y estanques que aún reflejaban la luz en sus aguas continuamente recicladas, sobre los que se tendían puentes arqueados de madera o de piedra.

Un paseante que recorriera todo el circuito, de tres kilómetros y medio, se encontraría con siete vistas sorprendentemente diferentes de climas controlados por separado. Estaban dispuestas por un arquitecto de paisajes, el maestro Seno Sato, y sugerían la diversidad de culturas que habían contribuido a construir Port Hesperus así como el mítico pasado de su planeta madre. Pasen por este *torii*: he aquí Kyoto, un castillo con aleros, guijarros rastrillados y pinos retorcidos. Aparten a un lado estas ramas de tamarisco y podrán ver Smarkand, con sus pabellones de arabescos de piedra azul incrustada reflejados en estanques perfumados. A través de estos desnudos abedules pasen a Kiev, con cúpulas semejantes a cebollas azules por encima de un canal helado donde hoy describen círculos los patinadores. Allá abajo la nieve se convierte en mármol pulverizado, y luego en simple arena. Y he aquí la Esfinge, en medio de un jardín de desnudas rocas rojas. Subiendo por este sendero rocoso, y más allá del ciruelo en flor, llegamos a la desaparecida Changan, una pagoda de piedra de siete pisos salpicada de florones dorados. A través de estos gingos amarillos aparece el estanque lleno de barcas de Central Park, en Nueva York, completado con goletas de juguete bajo la perpleja y divertida vigilancia del bien pulido bronce de Alicia. Una avenida de silenciosas cicutas conduce a Vancouver, con cedros chorreantes, postes de tótems y gárgolas cubiertas de cardenillo. Y bajo estas chorreantes plantas gigantes pasamos a los pantanos de helechos del legendario y ficticio Venus, con una notable colección de plantas carnívoras que brillan bajo eterna lluvia. Alrededor de esta elevada arancaria vemos la puerta de Kyoto...

A cada lado de los magníficos jardines, en cinturones paralelos alrededor de la esfera central, se hallaban la kesbah, la plaka, los Campos Elíseos, la Plaza Roja, la Quinta Avenida y la Calle Mayor de Port Hesperus, con tiendas, galerías, almacenes de baratijas, salones de té rusos, mercaderes de alfombras, restaurantes de quince sectas étnicas distintas, mercados de pescado (una de las especialidades era la brema de piscifactoría), mercados de frutas y verduras, puestos de flores, templos, mezquitas, sinagogas, iglesias, cabarets discretamente pícaros, el «Performing Arts

Center» de Port Hesperus y las calles más exteriores atiborradas de compradores, vendedores ambulantes, malabaristas y músicos, gente vestida de brillantes metales y plásticos y con la piel pintada de colores. Los jardines de Sato atraían turistas adinerados de todo el sistema solar. Los comerciantes y publicistas de Port Hesperus estaban preparados para recibirlos.

La esfera central era frecuentada también por los trabajadores de la estación y sus familiares, naturalmente. Sólo que una cosa como Disneylandia —aunque fuera una Disneylandia equipada con una cosmopolita selección de comidas, bebidas y gente real, a veces incluso peculiar— empieza a hacerse a uno familiar después de la quinta o sexta visita, y se convierte en algo mortalmente aburrido después de la que hace el número cien. Cualquier excusa que suponga novedad, variación, se hace preciosa...

Por eso es por lo que Vincent Darlington se encontraba tan agitado.

Darlington caminaba anadeando por el espectacularmente llamativo salón principal del «Museo Hesperiano» sin ningún propósito fijo; enderezaba los cuadros barrocos y rococó de recargados marcos, trataba de mantener los dedos alejados de los camarones y del caviar cultivados, de las pequeñísimas colas de langosta y de los panecillos rellenos de jamón sintético que los proveedores habían llevado a montones y que ahora brillaban bajo la extraña luz de la cúpula de vidrieras de colores de la estancia. Cada varios segundos Darlington volvía a la vitrina vacía que se encontraba en la cabecera de la sala, dispuesta donde, de haber sido el lugar aquel una iglesia, como sugería la apoteosis de sus vidrieras que formaban una arcada espectacularmente intrincada, habría estado situado el altar. Tamborileó con dedos gordezuelos en el marco dorado. Había sido construido especialmente para contener su más reciente adquisición, y lo habían colocado donde nadie que entrase en el museo pudiera *en modo alguno* dejar de verla, especialmente aquella mujer, Sylvester, si es que tenía la desfachatez de acudir allí.

Sólo por una única razón él había organizado la recepción. E invitado a una persona, a aquella persona tan especial que con toda probabilidad *arrastraría* consigo a Sylvester hasta allí. Confiaba en que viniera; estaba *impaciente* por verle la envidia reflejada en el rostro...

Pero ahora todo se había echado a perder. O por lo menos habría que posponerlo. Primero la noticia de que su adquisición había sido *confiscada*. Y luego la otra noticia que acababa de producirse: ¡qué la Policía estaba *retrasando* el desembarco de la *Helios*! ¿Qué podría tener tan *complicado*, en nombre del cielo, un simple accidente en el espacio...?

Horriblemente embarazoso, pero lo cierto era que él no tenía *intención* de volver a abrir el «Museo Hesperiano» hasta que su tesoro se hallase entronizado y a salvo.

Darlington se alejó del altar vacío. Había retrocedido espantado ante la idea de mezclarse con la multitud de personas de los medios informativos y demás chusma que se había precipitado hacia el sector de seguridad cuando la *Star Queen* por fin llegó. A continuación había llamado discretamente a las autoridades, urgiéndolas — de hecho se podría decir que *suplicando*, pero eso realmente sería la manera más *suave* posible de llamarlo— para que se hiciera algo acerca del precinto rojo que impedía que él pudiera recibir la entrega *inmediata* del libro más valioso de toda la historia de la lengua inglesa; y, honestamente, si no *fuera* el libro más valioso, por qué se había visto obligado a pagar una suma tan escandalosa por él, seguramente la suma más grande pagada jamás por un libro en lengua inglesa en toda la historia de la propia lengua inglesa? Y eso seguramente significaba *algo...*, y además había salido de sus propios bolsillos, que, al fin y al cabo, no eran, digamos, un saco sin fondo...

No era, desde luego, que a él le importase el libro en realidad, el contenido concreto del libro, es decir, las *palabras* del libro. Historias de guerra, ya saben. Se decía que ese tipo, Lawrence, había sido un escritor bastante bueno, y además estaban aquellas aprobaciones, G. B. Shaw, Robert Graves, quienesquiera que fuesen. Pero se decía que ellos también habían sido a su vez buenos escritores; para su época, claro está. De todos modos alguien lo había dicho, y realmente una reputación que dura un siglo tiene *cierto* valor, ¿no les parece? Pero no era realmente lo que él pensaba que estaba adquiriendo, de hecho —se permitió hacerse a sí mismo una pequeña confesión— allí había habido alguna confusión, bastante comprensible, con otro tipo llamado Lawrence del mismo período. Al fin y al cabo eso *era* hacía más de cien años.

Lo cual no hacía que el asunto en cuestión variase. El caso es que él había pagado dinero por aquel puñetero libro. Sólo había cinco ejemplares en todo el Universo, y tres de ellos se habían *perdido*, de modo que ahora sólo quedaba el de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de América y el *suyo* —bueno, el del «Museo Hesperiano», que a su vez era de él—. Y lo había comprado por una sola razón, para humillar a aquella mujer que lo había humillado a él como consecuencia de la escandalosa persecución pública a que ella había sometido a su..., bueno, a aquella persona tan especial que en otro tiempo había sido la compañera legal de él.

Darlington daba por supuesto que simplemente debía decirle a aquella pequeña marrana: «¡Vete con viento fresco!» Pero no podía hacerlo. Ella poseía algunos encantos muy notables, casi extraordinarios, y a Darlington no le iba a resultar fácil encontrar a alguien parecido en *aquella* lata de sardinas espacial.

Lo cual hacía que se pusiera meditabundo, cosa que le ocurría constantemente cuando pensaba si alguna vez lograría marcharse de Port Hesperus, si alguna vez podría volver a casa. En el fondo estaba seguro de que no. Enterrarían al pobre Vince Darlington en el espacio, a no ser que por algún milagro enterrasen primero a sus

hermanas. La cuestión no era la controvertida extradición a la Tierra, nada tan público ni tan legal. No, aquél era el precio que la familia —sus venenosas *hermanas* concretamente— le habían impuesto a cambio de mantener fuertemente cerrados los labios, para librarlo del encierro en una *cárcel* de Suiza, para ser más precisos. Naturalmente, habría tenido que ser dinero de *ellas*...

Éste era el retiro que se había buscado a sí mismo, y allí se quedaría, en unas cuantas habitaciones pequeñas con paredes de terciopelo y esta..., realmente *sorprendente* cúpula de vidrio (¿habría quizá sido construida como iglesia?), rodeado de sus tesoros muertos.

Contempló los camarones. No se podía decir que se estuvieran poniendo más frescos.

Se puso a hacer otra ronda y volvió a poner derechos los cuadros. ¿Cuándo se le *permitiría* tomar posesión de una vez? Quizá debiera cancelarlo todo. La capitana Antreen se había mostrado muy poco servicial. Oh, sí, muchas sonrisas y todo eso, y mucho decir que haría todo lo que estuviera en su mano, pero..., ¿y los *resultados*? Nada de promesas, cariño. Todo aquello tenía un gusto agrio, más bien servía para agriarle su pretendido triunfo sobre Sylvester.

Darlington pasó nerviosamente a una de las habitaciones laterales más pequeñas y oscuras. Se detuvo junto a una vitrina de vidrio atraído por su propia imagen, que se reflejaba en la tapa. Se dio unas palmaditas en el escaso cabello negro, se colocó las gafas de anticuada montura de asta —todavía no había perdido *del todo* el buen aspecto, gracias a Dios—, contrajo los labios en un pequeño mohín y luego siguió adelante, sin hacer caso al contenido de la vitrina.

Lo que Darlington dejaba atrás en aquella pequeña habitación eran sus verdaderos tesoros, aunque él se negase a reconocerlos como tales. Allí estaban aquellos raros fragmentos de huellas fósiles hallados en la superficie de Venus por robots exploradores, y que habían conseguido hacer del «Museo Hesperiano» un lugar de intenso interés para científicos y eruditos. Y además, después de los jardines de Sato, era una de las principales atracciones turísticas de Port Hesperus. Pero Darlington, absurdamente acaudalado incluso a partir de una asignación previamente negociada, era un coleccionista de segunda fila de arte europeo, especialmente de los períodos de melodrama y plumada, y para él el lugar que realmente les correspondía a las rocas y a los huesos era alguna gasolinera abandonada o cualquier tienda de viejas curiosidades de la Tierra. Los fósiles venusianos que tenía atraían la atención de todos los lugares del sistema solar; por eso, aunque a regañadientes, les hacía un lugar en el museo.

Continuó paseando y contemplando sus llamativos cuadros y esculturas, y sus costosas curiosidades; meditaba sobre lo que aquella entrometida mujer policía venida de la Tierra se propondría al meter la nariz en la nave abandonada que

contenía su precioso libro.

Poco antes de la hora esperada para la cita de la *Helios* con Port Hesperus, y poco después que Sparta le hubiese pedido que se asegurase de que la nave permaneciera en cuarentena mientras ella se marchaba sola para resolver un asunto, Viktor Proboda se presentó en el cuartel general local de la Junta de Control del Espacio. La capitana Antreen lo llamó en seguida a su despacho; la teniente Kitamuki, su ayudante, ya se encontraba allí.

—Las instrucciones que tenía eran muy simples, Viktor. —La sonriente máscara de Antreen se había evaporado; estaba rígida a causa de la ira—. No tiene usted que apartarse ni un instante del lado de Troy.

—Ella confía en mí, capitana. Ha prometido informarme puntualmente de todo lo que descubra.

—¿Y usted confía en ella? —le exigió Kitamuki.

—Solicitamos un sustituto. No pedimos que nos quitaran de las manos la investigación —dijo Antreen.

—A mí no me gusta eso más de lo que le gusta a usted, capitana —dijo Proboda resueltamente—. En realidad al principio me lo tomé como algo personal, sobre todo teniendo en cuenta que usted ya me había asignado a mí la misión. Pero, al fin y al cabo, la mayoría de los principales implicados en el caso tienen su base en la Tierra...

—La mayoría de los implicados son euroamericanos —le dijo Kitamuki—. ¿No le proporciona eso ninguna pista?

—Lo siento —repuso Proboda tenazmente. Ya veía que la teoría de una conspiración se avecinaba (a Kitamuki se le daban muy bien), pero aquellas teorías a él no le convencían. Proboda ponía toda su fe en otras motivaciones más simples tales como la venganza, la avaricia y la estupidez—. Realmente creo que ustedes deberían echar una mirada a todos esos resultados del laboratorio. Nosotros hemos hecho, en realidad lo ha hecho Troy, una inspección minuciosa del lugar del impacto, y lo que encontré...

—Alguien de allá, de la Tierra, ha hecho correr la voz de que se trata de desacreditar este departamento —le interrumpió Kitamuki—. Aquí, en Port Hesperus, «Dragón Azul» está produciendo unos resultados espectaculares, y a algunos de los euroamericanos residentes en la estación o de allá abajo, de la Tierra, no les gusta. —Hizo una pausa para dejar que se amainasen sus oscuras sospechas.

—Tenemos que fijarnos en el terreno que pisamos, Viktor —le dijo Antreen sin alterarse—. Para conservar nuestra integridad, Port Hesperus es un modelo de cooperación, y desgraciadamente hay alguien a quien le gustaría destruirnos.

Proboda sospechaba que alguien le estaba echando humo a la cara... No estaba seguro de quién era. Pero aunque la capitana Antreen no siempre decidía dejar claros

sus razonamientos, sí que expresaba su objetivo principal.

—Entonces, ¿cómo quiere usted que maneje este asunto?

—Haga lo que le pida Troy. Pero sepa que nosotros también estaremos trabajando con usted, a veces entre bastidores. Troy no tiene que darse cuenta de esto. Queremos que la situación se resuelva, pero no hay necesidad de ir más allá de lo que sea pertinente.

—Muy bien, entonces —convino Proboda—. ¿Debo ocuparme de la *Helios*?

—Usted haga eso —dijo la teniente Kitamuki—. A Troy déjenosla a nosotras.

—Y ahora, ¿qué es lo que quería contarnos de esos resultados del laboratorio? —le preguntó Antreen.

Sola en la *Star Queen*, Sparta empezó una investigación a fondo.

Inmediatamente debajo de la escotilla interior de la cámara de descompresión de aire principal había un espacio claustrofóbico atestado de víveres y armarios con equipo diverso. Tres trajes espaciales colgaban normalmente de la pared en un cuadrante de la plataforma redonda. Faltaba uno. Era el de Grant. Otro de ellos parecía no haber sido usado. Era el de Wycherly, el desafortunado piloto. Sparta comprobó la provisión de oxígeno del traje y curiosamente se encontró con que estaba cargado en parte, lo suficiente para media hora. ¿Lo habría guardado McNeil como reserva por si las cosas salían mal y decidía perderse en el espacio él también? Sparta se asomó aquí y allá entre los armarios llenos de equipo —herramientas, pilas, botes de reserva de hidróxido de litio y cosas por el estilo—, pero no encontró nada que resultara significativo. Rápidamente bajó a la cubierta de vuelo.

La cubierta de vuelo, en comparación con la anterior, era bastante espaciosa, y ocupaba una franja que atravesaba los amplios trópicos de la esfera del módulo de la tripulación. Las consolas que circundaban la cubierta por debajo de las amplias ventanas se hallaban animadas con luces parpadeantes cuyos indicadores, de colores, azul, verde y amarillo, resplandecían suavemente gracias a la energía auxiliar de la nave. Ante las consolas de luces había asientos para el comandante, el segundo piloto y el ingeniero, aunque la *Star Queen*, como otros muchos cargueros modernos, podía ser controlada por un solo tripulante e incluso por ninguno, siempre que se conectara el piloto automático.

La habitación era una mezcla pragmática de lo exótico y lo mundano. Las computadoras alcanzaban el rango de arte, lo mismo que las persianas de las ventanas, aunque el arte de estas últimas no había cambiado mucho en el último siglo. Los extintores de incendios seguían siendo botellas metálicas pintadas de rojo sujetas con pinzas a las paredes. Había estantes y armarios, máquinas, pero también quedaba sitio suficiente para trabajar y se gozaba de una buena panorámica de las ventanas circundantes; la cubierta había sido diseñada teniendo en cuenta que los tripulantes pasarían muchos meses de su vida en aquel reducido espacio. A Sparta le resultó chocante, sin embargo, que no hubiera toques personales, ni recortes, pósters o calendarios en las paredes, ni siquiera algún detalle curioso. Quizás el lugarteniente Peter Grant no fuera de los que toleran el desorden individual.

Además de los programas de trabajo de la nave, los libros de a bordo —el cuaderno verbal de bitácora de Grant y las grabadoras de la caja negra de la nave— eran accesibles desde aquella consola. De hecho, casi toda la información codificable acerca de la nave y de su cargamento, excepto las fichas personales informatizadas de Grant y de McNeil, eran accesibles desde aquella cubierta.

Sparta dejó escapar un suspiro y se puso a trabajar. Por los rastros químicos dejados sobre las consolas, los brazos de los asientos, los pasamanos y otras superficies, pudo confirmar que nadie aparte de Grant y McNeil había estado en aquella cubierta desde hacía semanas. Todavía existía un gran revoltijo de huellas, pero la mayoría eran de hacía meses, y habían sido dejadas por los obreros que habían remozado la nave. Sparta había fijado en la memoria los códigos estándar de acceso a la computadora. En poco tiempo más de lo que tardó en quitarse los guantes y deslizar las sondas PIN en los soportes, había descargado la memoria del ordenador y la había introducido en sus propios mecanismos de almacenamiento celular, mucho más denso y mucho más capaz.

Recorrió por encima los primeros expedientes de interés. El manifiesto de carga era tal como ella lo había memorizado durante el viaje desde la Tierra, sin añadiduras, sustracciones ni sorpresas. Cuatro bodegas de carga desmontables que podían ser presurizadas. En aquella última travesía sólo se había presurizado el primer compartimiento de la bodega A —los comestibles acostumbrados, medicinas, etc.— y aquel diminuto pedazo de masa valorado en dos millones de libras esterlinas, un libro metido en su estuche de transporte...

Otros artículos de la bodega A estaban asegurados, bien por unidades o en conjunto, en sumas relativamente grandes de dinero; dos cajas de puros destinadas nada menos que a Kara Antreen y valoradas en dos mil libras cada una —Sparta sonrió ante la idea de aquella estirada capitana de la Junta de Control del Espacio saboreando sus vegueros—, y cuatro cajas de vino, una de las cuales McNeil ya había confesado haber saqueado, valoradas en un total de quince mil dólares americanos y destinada al mismo Vincent Darlington que era el nuevo propietario del famosísimo libro.

Pero había también otros artículos cuyo transporte había costado más de lo que valía asegurarlos: la recientísima obra épica de la «BBC» en vídeo, *Mientras Roma arde*, que ocupaba una masa de menos de un kilogramo (casi todo era embalaje de plástico protector), y que no estaba asegurada en absoluto. Aunque había costado millones reproducir el original, los vídeos eran mucho más baratos de reproducir que una anticuada película de celuloide o una cinta de cassette, y por supuesto (y admitiendo cierta pérdida de fidelidad), todo el espectáculo habría podido emitirse mediante rayos hasta Venus por sólo el coste del tiempo de transmisión que se emplease. Además había un artículo que ya le había resultado atractivo a Sparta antes como merecedor de la máxima atención: un estuche de «libros variados, veinticinco kilogramos, sin valor intrínseco» destinado a Sondra Sylvester.

El contenido de las bodegas B, C y D, que habían permanecido en vacío durante todo el vuelo, ofrecía mucho menos interés —herramientas, maquinaria, materia inerte (una tonelada de carbón en forma de ladrillos de grafito, por ejemplo, más

barato de transportar desde la Tierra que de extraerlo del dióxido de carbono de la atmósfera de Venus)—, excepto los seis «Rolls Royce MPTV» —Mineros Pesados para Trabajar en Venus— de 5,5 toneladas cada uno, con una masa total de 33,5 toneladas más o menos incluyendo los ensamblajes de combustible que iban por separado, etc., destinados a la «Compañía Minera Ishtar». Sparta quedó satisfecha al ver que el manifiesto de a bordo era idéntico al que se había hecho público. Y ella y Proboda ya habían podido confirmar que era exacto.

Sparta se volvió rápidamente hacia el grabador de misión que contenía todas las grabaciones públicas de la travesía. Examinar a fondo toda la grabación, con el amplio lapso de tiempo que ocupaba, sería un proceso prolongado. De momento se contentó con un rápido e intenso examen, en busca de anomalías.

Una anomalía sobresalía, en espacio datos, en espacio olor, en espacio armonía —una explosión, otras explosiones secundarias, alarmas, llamadas de socorro..., voces humanas asustadas intentando hacer frente a los hechos, acusando—. La grabadora de misión de la caja negra contenía toda la sucesión de acontecimientos que habían tenido lugar al producirse el choque del meteorito.

Sparta lo oyó todo a la velocidad de la luz y lo reprodujo mentalmente para sus adentros. Todo ello confirmaba hasta en el más mínimo detalle lo que ya había obtenido en el primer vistazo que había echado al lugar del accidente.

Otra anomalía sobresalía en la corriente de datos de la grabadora de misión, una conversación que había tenido lugar inmediatamente antes de que el fatídico mensaje radiofónico de Grant hubiera sido transmitido a la Tierra y a Venus. «Habla Peter Grant, el comandante de la *Star Queen*. El oficial ingeniero y yo hemos llegado conjuntamente a la conclusión de que sólo queda oxígeno suficiente para un hombre...»

Pero justo en los momentos que precedían a este anuncio, Grant y McNeil no se encontraban en la plataforma de vuelo... Las voces de los dos hombres se escuchaban apagadas a causa de la mampara intermedia. Una de las voces —la de McNeil— se elevó un momento hasta alcanzar el umbral de la audibilidad, y sus palabras sonaban graves: «No estás en posición de acusarme de nada...»

¿Acusarlo...?

Toda la conversación podía recuperarse, pero para hacerlo Sparta tendría que ponerse ligeramente en trance. Y había otros fragmentos de datos que quizá cedieran a los análisis, pero debía posponer el momento de enfrentarse a ellos. Era demasiado pronto para sacrificar de nuevo el estado de alerta. Pero ahora tenía que moverse con rapidez...

El crucero rápido *Helios*, impulsado por un poderoso reactor atómico de corazón gaseoso, había salido de la Tierra hacía una semana; se encontraba a una semana y un

día de distancia de Port Hesperus, cuando se recibió el sombrío mensaje por todo el sistema solar: «Al habla el comandante Peter Grant, de la *Star Queen*...»

Al cabo de unos minutos —incluso antes de que Peter Grant hubiera salido por última vez de la cámara de compresión de aire de la *Star Queen*— el capitán de la *Helios* había recibido órdenes de la Junta de Control del Espacio, que actuaba de acuerdo con las leyes interplanetarias, de notificar a sus pasajeros y tripulación que todas las transmisiones que se llevasen a cabo desde la *Helios* serían grabadas, y que cualquier información pertinente obtenida de ese modo sería usada en los subsiguientes procedimientos legales y administrativos, incluidos los procesamientos criminales, en caso de haberlos, que apuntasen hacia el incidente de la *Star Queen*.

En otras palabras, que todos los que se hallaban a bordo de la *Helios* eran sospechosos en la investigación de algún delito aún sin especificar cometido contra la *Star Queen*.

Y no sin razón. La *Helios* había salido de la Tierra en una órbita parabólica en dirección a Venus dos días después de que el meteorode chocase contra la *Star Queen*. La fecha de salida del crucero rápido había estado durante meses en las listas, pero en el último minuto, después del choque del meteorito, la *Helios* admitió varios pasajeros nuevos. Entre ellos estaba Nikos Pavlakis, que representaba a los dueños del carguero accidentado. Otro era un hombre llamado Percy Farnsworth, representante del grupo «Lloyd's» que había asegurado la nave, el cargamento y las vidas de la tripulación.

Otros pasajeros habían reservado pasaje en aquel vuelo con mucha antelación. Había un emérito profesor de arqueología de Osaka, tres adolescentes holandesas que emprendían una grandiosa gira interplanetaria y media docena de técnicos mineros árabes acompañados de sus esposas, cubiertas con velos, y de sus traviosos hijos. Las muchachas holandesas más bien sentían regocijo ante la idea de que se sospechase de ellas como criminales interplanetarias, mientras que a Sondra Sylvester, otra pasajera que había hecho la reserva con antelación, no le ocurría lo mismo. La joven compañera de viaje de Sylvester, Nancybeth Mokoroa, se mostraba sencillamente rígida de aburrimiento con todo aquel asunto.

Aquella no era la clase de pasajeros que se puede mezclar fácilmente; el profesor japonés sonreía y guardaba las distancias, y los árabes se mantenían aparte sin molestarse siquiera en sonreír. Las quinceañeras se paseaban tambaleantes sobre los zapatos de tacón alto durante los períodos de aceleración constante y se movían con incomodidad dentro de aquellos vestidos tan ajustados a los que no estaban habituadas, se encontraran bajo aceleración o no, y tenían como objetivo principal a todas horas dirigirle miradas amorosas al único pasajero varón que no iba acompañado y cuya edad era superior a los quince años e inferior a los treinta. Él no les devolvía el cumplido. Se trataba de Blake Redfield, que se había sumado en el

último minuto a la lista de pasajeros y que se mantuvo muy reservado durante toda la travesía.

Tales encuentros sociales, cuando se daban, tenían lugar en el salón de la nave. Allí Nikos Pavlakis, muy nervioso, hacía todo lo que podía para congraciarse con su cliente, Sondra Sylvester, siempre que sus caminos se cruzaban. Lo cual no sucedía a menudo; pues ella generalmente evitaba los encuentros. De todos modos, el pobre hombre estaba fuera de sí a causa de la preocupación; se pasaba la mayoría del tiempo solo, bebiendo ouzo acompañado de una bolsa de plástico de aceitunas de Kalamaca. A Farnsworth, el hombre de los seguros, a menudo se le encontraba merodeando en las sombras, cerca de Nikos; daba sorbos a un frasco de ginebra pura y le echaba ostensibles y furiosas miradas a Pavlakis. Tanto Pavlakis como Sylvester se habían propuesto evitar a Farnsworth.

Pero fue en el salón, no mucho después del sacrificio público de Grant, donde Sylvester se encontró a Farnsworth agasajando a Nancybeth con un bulbo templado de Calvados. El hombre de mediana edad y la mujer de veinte años estaban flotando, ingravidos y ligeramente beodos, ante un espectacular telón de fondo formado por estrellas auténticas. Aquella visión enfureció a Sylvester, tal como Nancybeth, sin duda alguna, se había propuesto. Antes de acercarse a ellos, Sylvester pensó en la situación: al fin y al cabo, ¿qué necesidad tenía de preocuparse? La muchacha poseía una belleza como para pararle el pulso a cualquiera, pero era leal como un visón. No obstante, Sylvester creyó que no podía permitirse ignorar al taimado Farnsworth durante más tiempo.

Nancybeth, con una malicia apagada sólo ligeramente por la ingravidez y el alcohol, contempló a Sylvester mientras ésta se acercaba a ellos.

—Hola, Sondra. Te presento a un amigo mío. Prissy Farnsworth.

—Percy Farnsworth, señora Sylvester.

Uno no puede ponerse de pie cuando se halla en microgravidez, pero a pesar de ello Farnsworth se incorporó admirablemente y metió hacia delante la barbilla en una reverencia que resultó bastante creíble.

Sylvester lo miró con desagrado: aunque se aproximaba a los cincuenta años, Farnsworth adoptaba la apariencia de un joven oficial del ejército que se hallase fuera de servicio durante el fin de semana y se dedicase un poco a la matanza de faisanes, por decirlo así. El teniente coronel Witherspoon, al que Sylvester acababa de conocer en los terrenos de maniobras de Salisbury, era también un modelo de aquel tipo. Farnsworth tenía el mismo bigote, la misma cazadora de tiro con coderas y la misma rigidez en el cuello. El acento de colegio de pago y la recortada dicción de Rata del Desierto eran, no obstante, estrictamente de segunda mano.

Sylvester hizo que no veía la mano que el hombre le tendía.

—Deberías tener más cuidado, Nancybeth. Una resaca de coñac no resulta nada

agradable.

—Querida mamá Sylvester —dijo la muchacha con una sonrisa afectada—. ¿Qué te había dicho, Fanny? Es una experta en todo. Yo no había oído hablar en toda mi vida de este mejunje hasta que ella me inició.

Nancybeth se pasó el bulbo de brandy de manzana de una mano a otra. Al lanzarlo la tercera vez falló, y Farnsworth lo rescató cogiéndolo en el aire y se lo devolvió sin hacer ningún comentario.

—Tengo entendido que disfrutó usted de una visita muy agradable al sur de Francia, señora Sylvester —dijo Farnsworth desafiando los obstinados desplantes de la mujer.

Sylvester le lanzó una mirada con intención de hacerlo callar, pero inesperadamente, Nancybeth se puso a hablar, muy animada.

—Ella se lo pasó muy bien dos días. ¿O fueron tres días? Yo me aburrí durante tres semanas.

—Señor Farnsworth —se apresuró a interrumpirla Sylvester—, ese intento de sonsacarle a mi compañera información que usted imagina puede serle útil de alguna manera..., resulta muy evidente.

Nancybeth abrió mucho los ojos.

—¿Sonsacarme? Pero señor Farnsworth... Y se agarró con gesto teatral la ondulante falda del vestido estampado de flores.

—Y despreciable —añadió Sylvester.

Pero Farnsworth hizo como que no se daba por aludido.

—No he pretendido ofenderla, señora Sylvester. Sólo hablaba por hablar, nada más. En lo que se refiere a los negocios, francamente, yo prefiero hablar con usted cara a cara, ¿eh?

Nancybeth soltó un gruñido.

—De hombre a hombre, por así decirlo —comentó. Y luego fingió encogerse atemorizada cuando Sylvester la miró con furia. Estaba claro que se había tomado más copas de más de lo que Sylvester se temía.

—Me malinterpreta usted, señora Sylvester —continuó diciendo Farnsworth con suavidad—. También represento los intereses de usted, ¿sabe? En un sentido.

—¿En el sentido de que se verá usted forzado a pagar a sus clientes cualquier suma que no consiga escatimar?

Él se dio un poco de impulso hacia arriba.

—No tiene usted nada que temer, señora Sylvester. La *Star Queen* aterrizaría a salvo con el envío que usted ha hecho aunque fuera una nave fantasma. Es necesario algo más que un miserable meteoróide para hacer algo en un robot «Rolls Royce»... ¿qué?

En el transcurso de esta conversación Nancybeth había ido poniendo una serie de

caras exageradas, imitando con mímica primero el frío desprecio de Sylvester y luego la herida inocencia de Farnsworth. Era esa clase de exhibición infantil lo que en algunas circunstancias le confería cierto atractivo de golfillo. Pero en aquel momento resultaba tan poco atractiva como una rabieta.

—Gracias por su interés, señor Farnsworth —dijo Sylvester con frialdad—. Y quizá sea usted tan amable de dejarnos en paz ahora.

—Permítame que sea directo, señora Sylvester, y le pido perdón...

—No. ¿Por qué no es indirecto? —sugirió animadamente Nancybeth.

Farnsworth continuó hablando:

—Al fin y al cabo, ambos somos conscientes de las dificultades por las que atraviesan las «Líneas Pavlakis», ¿no es así?

—Yo no soy consciente de tal cosa.

—No hace falta mucha imaginación para darse cuenta de lo que Pavlakis habría podido ganar hundiendo su propia nave, ¿eh?

—Nancybeth, me gustaría que te vinieras conmigo ahora mismo —dijo Sylvester al tiempo que se daba la vuelta.

—Pero lo hizo bastante mal, ¿no es cierto? —continuó diciendo Farnsworth y con voz más profunda y ronca al tiempo que se acercaba a Sylvester—. ¿Ningún daño de importancia en la nave, ningún daño en absoluto en lo que se refiere al cargamento? ¿Ni siquiera en ese famoso libro por el que usted demostraba tanto interés?

—No se olvide de la tripulación —gritó Nancybeth todavía mareada como un diablillo—. ¡Intentó matarlos a todos!

—Buen Dios, Nancybeth... —Sylvester echó una rápida mirada al otro lado del salón, hacia el lugar donde Nikos Pavlakis revoloteaba sobre el ouzo—. ¿Cómo puedes decir semejante cosa de un hombre al que ni siquiera conoces?

—Pero sólo se cargó a la mitad —terminó la muchacha—. El bueno de Angus se libró.

—Ésa es una suposición muy sagaz, señora Sylvester, y yo apostararía a que tiene razón. —La mirada insinuante de Farnsworth se agudizó melodramáticamente—. En caso de accidente las «Líneas Pavlakis» pagan unas primas de seguro de vida para los tripulantes bastante grandes... ¿Lo sabía usted?

Ella lo miró fijamente a los ojos, casi en contra de su voluntad.

—No, señor Farnsworth, realmente no lo sabía.

—Excluyendo el *suicidio*, no obstante. Y además hay otra cuestión...

Sylvester desvió la mirada de la del hombre. Había algo en aquellos dientes, en el pelo rojizo, que hizo que el estómago se le revoliera. Miró con enojo a Nancybeth, la cual le devolvió una mirada de aturdida y exagerada inocencia. Agarrándose a un pasamanos cercano, Sylvester les volvió la espalda a los dos y se lanzó apresuradamente hacia el exterior, adentrándose en la penumbra.

—Adiós, Sondra..., perdónanos por haberte hecho enfadar —cacareó Nancybeth al tiempo que Sylvester desaparecía por la puerta más cercana. Miró de reojo a Farnsworth—. ¿Suicidio? ¿Eso significa que no tendrá usted que pagar a Grant? Quiero decir *por* Grant. ¿Por qué él se quitó la vida?

—Puede que signifique eso. —Farnsworth le devolvió una mirada como la de un búho—. A no ser que no lo hiciera así, naturalmente.

—¿Qué no lo hiciera? Ah, sí... ¿Y si lo *asesinaron*?

—Ah, asesinato. Ésa es una zona gris. —Farnsworth se dio un tirón del nudo de la corbata de polímero color sangre—. Oye, lo he pasado estupendamente. Pero me temo que ahora tengo que marcharme.

—Sí. Wurspercy —dijo en un arrullo la recién abandonada Nancybeth. De modo que eso era lo que aquel tipo pretendía de ella, nada más que la oportunidad de entablar conversación con Syl—. Hala, vete corriendo. ¿Por qué no te vas de una vez? Y en lo que hacer, toma ejemplo del comandante Grant. Piérdete *tú* también.

Al otro lado de la habitación, no muy lejos, Nikos Pavlakis flotaba cerca de la barra en compañía del bulbo de ouzo y la bolsa de aceitunas. Se daba perfecta cuenta de que habían estado hablando de él. El genio le decía que se enfrentase a Farnsworth, que le pidiera cuentas inmediatamente, pero el sentido de los negocios le indicaba que era mejor mantener la calma a toda costa. Estaba frenético por las condiciones en que se hallaba su preciosa y nueva nave. Y casi lo mismo de apesadumbrado se sentía por Grant, que había sido un empleado de confianza de su padre y de él mismo durante muchos años, y por la viuda y los hijos de Grant. Y más aprensivo aún se sentía acerca de la perspectiva de McNeil, otro buen hombre...

Pavlakis creía saber lo que le había sucedido a la *Star Queen*. Para él resultaba retrospectivamente evidente, transparentemente evidente..., pero esperaba que no lo fuera para nadie más. Tampoco podía permitirse el lujo de que se le escapara ni el menor asomo de sus sospechas delante de nadie. Y delante de Farnsworth menos aún.

Al mismo tiempo que la *Helios* se deslizaba para entrar en la órbita de estacionamiento cercana a Port Hesperus, Sparta se encontraba husmeando en el camarote privado de Angus McNeil, en la *Star Queen*.

Había revisado rápidamente la cocina, la instalación de higiene personal y las zonas comunes. No había hallado nada que no coincidiese con el relato de McNeil. Una hornacina en el armario de las medicinas, la que había contenido el diminuto vial de veneno insípido e inodoro, se encontraba vacía. Había dos barajas de naipes en el cajón de la mesa de la sala común, una de las cuales no había sido abierta; la otra había sido utilizada tanto por McNeil como por Grant. Las huellas de McNeil eran

más fuertes, aunque Grant había sujetado con fuerza una de las cartas. Sparta se fijó en la cara de dicho naípe.

Después de las zonas comunes, Sparta había visitado el camarote del piloto. Nadie había entrado allí desde la última vez que Wycherly estuviera en la nave, antes de que ésta abandonase los «Astilleros Faralon».

Y a continuación el camarote de Grant, notable sobre todo por la falta de indicios reveladores. La cama seguía hecha, las esquinas ajustadas hacia afuera y la manta tan tirante que uno hubiera podido hacer botar en ella una moneda. La ropa estaba pulcramente doblada en los contenedores respectivos. La estantería y los archivos del ordenador privado eran en su mayoría manuales de electrónica y libros de mejora personal; no había señales de que Grant tuviera costumbre de leer nada por el mero placer de hacerlo, ni de cualquier otra afición que no fuera jugar con la microelectrónica. Las prometidas cartas a su esposa e hijos estaban sujetas con clips al pequeño escritorio plegable; Sparta las dejó donde estaban después de asegurarse de que nadie más que Grant las había tocado. Si McNeil había sentido curiosidad por el contenido de las mismas —como de hecho habría podido ocurrir—, había tenido la decencia de no tocarlas. De hecho, no había el menor rastro de la presencia de McNeil en toda la habitación.

Había otra carta, dirigida al propio McNeil, en el cajón del escritorio de Grant. Pero como McNeil no había registrado el cajón, presumiblemente no estaba al tanto de la existencia de la misma.

El camarote de McNeil proporcionaba el retrato de un hombre completamente diferente. La cama llevaba días sin hacer, puede que semanas; Sparta advirtió la presencia de algunas salpicaduras de un color tirando a púrpura producidas por el vino derramado que, si McNeil había dicho la verdad al afirmar que no había entrado en la bodega A después de que Grant hubiera cambiado la combinación, llevaban allí desde cuatro días después de acaecida la explosión. La ropa se hallaba toda revuelta, apretada de cualquier manera en los contenedores del armario. La biblioteca de vídeos era una fascinante mezcla de títulos. Había obras de mística; el *Tao Te Ching* de Lao Tsu, un tratado de alquimia, otro de la cábala. Y de filosofía: *Prolegómenos de cualquier metafísica futura*, de Kant, *El nacimiento de la tragedia*, de Nietzsche.

Algunos de los libros de McNeil eran auténticos, estaban fotográfados en cuartillas de plástico que imitaban el papel de cien años atrás. Juegos: un delgado librito de magia de salón, otro de ajedrez, otro de go^[3]. Novelas: aquella tan rara, *Jurgen*, de Cabell, y una obra reciente de los futuristas marcianos, *Dionysus Redivivus*.

Los archivos personales del ordenador de McNeil revelaban una gama diferente pero igualmente variada de aficiones. Sparta sólo tardó unos instantes en descubrir que aquel hombre había estado siguiendo atentamente los cambios de la bolsa de

Londres, Nueva York, Tokyo y Hong Kong, y que estaba suscrito a varios clubs, desde «Rosa-del-mes» a «Vino-del-mes». Vino y rosas. Entre viaje y viaje debía recoger los ejemplares de varios meses.

Había otros ficheros en el ordenador protegidos por claves que habrían bastado para detener a cualquier merodeador accidental, pero que eran tan triviales que Sparta apenas si advirtió su presencia, ficheros que hacían uso completo de las gráficas de alta resolución de la máquina. La invención del vídeo casero un siglo antes había llevado las películas eróticas al cuarto de estar, pero aquella innovación no había sido nada comparada con lo que vino después, cuando la invención de la computadora barata a base de un clip llevó un nuevo significado a la expresión «fantasía interactiva». El id^[4] de McNeil se mostraba, en gran medida, tal cual era en aquellos archivos privados que Sparta se apresuró a cerrar; a pesar de la opinión que tenía de sí misma de ser más sofisticada de lo que era normal a su edad, la cara se le había puesto de un color rosa encendido.

Se dirigió al pasillo que atravesaba por el centro la cubierta de soporte de vida. Justo al otro lado de estas paredes finales de acero, curvadas y monótonas, había tenido lugar la explosión; en el mismo momento los paneles de acceso se habían cerrado automáticamente para impedir la descompresión en el módulo tripulación.

Pasó a través de la cámara de descompresión hasta el acceso a las bodegas, a las tres cámaras que advertían «VACÍO», y a aquella otra que lucía una brillante e intermitente luz amarilla: «Prohibida terminantemente la entrada a toda persona no autorizada».

McNeil había dicho la verdad. En el tablero estaban impresas sus huellas y las de muchas otras manos, pero el rastro más reciente era el de Peter Grant —el contacto de éste sobre seis de las teclas se superponía a todos los demás—. Sparta no fue capaz de reconstruir el orden de aquellos contactos —seis teclas dan pie a múltiples combinaciones de seis factores—, pero si ella hubiera querido jugar una partida consigo misma, con toda seguridad habría podido deducir en unos cuantos segundos cuáles eran los que contaban con mayores posibilidades, dado el gran conocimiento de probabilidades de que hacía gala y, sobre todo, por lo que había tenido ocasión de aprender acerca del hombre en cuestión.

De nada iba a servirle gastar el tiempo en ello. Ya había encontrado la combinación en el lugar en que Grant la había anotado, en los archivos de su ordenador personal.

Tecléo sobre los botones. El diodo indicador que había junto a la cerradura parpadeó al pasar del rojo al verde. Sparta hizo girar la rueda y tiró de la escotilla. Dentro de la cámara de descompresión de aire, los indicadores confirmaban que la presión interior de la bodega era igual a la que había fuera de la cámara. Hizo girar la rueda de la escotilla interior, y un momento después entró flotando en la bodega.

Era un espacio circular bastante estrecho, apenas lo suficientemente grande para que una persona pudiera mantenerse erguida allí dentro, y estaba rodeado de estantes de acero llenos de bolsas y cajas de metal o plástico. El techo del compartimiento era la bóveda reforzada de la bodega propiamente dicha; el suelo era una división de acero desmontable sellada a las paredes. Las naves de madera que en otro tiempo navegaran por los océanos de la Tierra solían transportar arena y rocas a modo de lastre cuando viajaban sin cargamento de pago, pero el lastre no servía de nada en el espacio. Desde aquellos cuantos anaqueles hacinados que circundaban la parte superior presurizada de la bodega y el resto, hasta la popa, no era más que una gran botella de vacío.

Los jergones cercanos a la cámara de descompresión de aire estaban firmemente sujetos con cinturones y transportaban sacos de arroz silvestre, puntas de espárragos en gelatina, cajas de animales de caza congelados vivos en animación suspendida y algunos manjares exquisitos que, tras haber hecho el viaje desde la Tierra, valían mucho más que su peso en oro.

Y, por supuesto, aquella miscelánea que le había llamado la atención a Sparta al leer el manifiesto. Los puros cubanos de Kara Antreen y los «libros sin valor intrínseco» de Sondra Sylvester. Los libros de Sylvester se encontraban dentro de un estuche «Styrene» de color gris que mostraba pocas señales de que alguien lo hubiese manipulado. Sparta se fijó en las huellas de la propia Sylvester, en las de McNeil, en las de Grant y en otras desconocidas, pero ninguna de ellas era reciente. La muchacha dedujo rápidamente la sencilla combinación. En el interior se encontró con una gran cantidad de libros de papel envueltos en plástico, algunos encuadernados en tela o en piel, otros con cubiertas ilustradas, muy pintorescas y llamativas, pero nada que en realidad no esperase encontrar. Volvió a sellar el estuche.

A continuación se acercó al envío de Darlington, una caja gris «Styrene» similar a la anterior, aunque no idéntica, que estaba equipada con una elaborada cerradura magnética, algo incluso más complejo que el tablero numérico de la propia cámara de descompresión de aire. El estuche no mostraba signo alguno de haber sido manipulado. Las únicas señales químicas en toda la caja eran los fuertes olores opuestos a detergente, alcohol metílico, acetona y tetracloruro de carbono. Parecía que la hubieran fregado a conciencia.

¿Una medida defensiva, aquélla, como el cabello que se deja atravesado en la ranura de la puerta del armario con la intención de descubrir cualquier intento de registro o manipulación? Pues bien, nadie la había manipulado.

Sparta procedió a hacerlo. El código de la cerradura se basaba en una breve cantidad de números primos más bien pequeños. Nadie que no poseyera las capacidades sensoriales de Sparta habría podido poner al descubierto la combinación sin emplear en ello unos cuantos días, a no ser que utilizara la ayuda de un ordenador

de tamaño considerable; tardaría todo ese tiempo sólo para comprobar la mitad de las combinaciones posibles. Pero Sparta eliminó millones y billones de posibilidades en un instante leyendo simplemente los senderos electrónicos en lo más profundo de los circuitos de la cerradura y descartando aquéllos que estaban inactivos.

Entró en trance mientras lo hacía. Cinco minutos después tenía la cerradura abierta. Dentro del estuche se encontraba el libro.

El hombre que había encargado hacer aquel libro se deleitaba con las cosas de calidad. Para él la presentación de las palabras impresas con tanto esfuerzo tenía un valor tan grande, que no estaba dispuesto a permitir que aquéllos a los que esperaba impresionar con ellas, ni siquiera sus amigos, vieran algo que no fuese lo mejor. A *Los siete pilares de la sabiduría* se les había otorgado no sólo los adornos propios de un estuche de mármol, encuadernación en piel y papel precioso, sino que además estaba impresa como la mismísima Biblia del rey James, en papel biblia, con linotipia y a dos columnas.

Sparta había oído hablar de los caracteres de imprenta, aunque en realidad nunca había visto el resultado de los mismos. Sacó el libro del estuche y dejó que se abriera suavemente. Desde luego, cada letra individual y cada carácter habían sido impresos sobre el papel; no eran simplemente como una capa transparente, sino que estaban hechos con la cantidad precisa de tinta aplicada vigorosamente sobre la pasta de papel. Aquella clase de artesanía en un objeto de «producción en serie» quedaba fuera del alcance de la experiencia de Sparta. El papel era delgado y flexible, no como aquellas hojas descoloridas y ruinosas que había visto en la Biblioteca de Nueva York, donde eran expuestas como una reliquia del pasado.

La riqueza y esplendor del libro que tenía en la mano resultaban hipnóticos y la impulsaban a pasar las páginas. De momento se olvidó de la investigación. Lo único que deseaba era experimentar aquel objeto. Observó la página por la que el libro se había abierto espontáneamente.

«Un accidente era más mezquino que una falta deliberada —había escrito el autor—. Si yo no titubeaba en arriesgar mi vida, ¿por qué alborotar ensuciándola? Pero la vida y el honor parecen pertenecer a categorías diferentes... ¿O acaso es el honor como las hojas de papel biblia, que cuanto más se pierde máspreciado resulta lo poco que queda...?»

Un pensamiento extraño. El «honor» considerado como un artículo de consumo que cuanto más se perdía, máspreciado era lo que quedaba.

Sparta cerró el fabuloso libro y lo metió de nuevo en el estuche; luego volvió a colocar todo el grueso paquete en el embalaje acolchado. Ya había visto lo que necesitaba ver de la *Star Queen*.

—Damas y caballeros, lamento tener que anunciarles que sufrimos un retraso en el desembarco. Un representante de Port Hesperus se reunirá en breve con nosotros para darles explicaciones. A fin de facilitar las cosas, todos los pasajeros deberán presentarse en el salón a la mayor brevedad posible. Los auxiliares de vuelo les ayudarán.

Al contrario que la *Star Queen*, la *Helios* había llegado a Port Hesperus de la forma habitual, colocándose en la órbita de estacionamiento por medio de breves aceleraciones. Plenamente visible desde las ventanas del salón de la nave, la estación espacial se hallaba suspendida en el cielo a un kilómetro de distancia, con las imponentes ruedas girando a contraluz ante aquella luna creciente que era Venus; el verde de sus famosos jardines brillaba a través de las claraboyas de la esfera central. Sin dejar de murmurar palabras de desagrado, los pasajeros se fueron reuniendo en el salón; los que se mostraban más reacios se vieron «ayudados» por unos auxiliares de vuelo que parecían haber olvidado lo que eran las deferencias. Todos a bordo de la nave, pasajeros y tripulantes, se sentían frustrados por el hecho de haber viajado millones de kilómetros a través de un mar sin estelas para encontrarse con que en el último momento se les impedía poner pie en tierra.

Una brillante chispa avanzaba a contraluz sobre un fondo que parecía una nube de insectos y que estaba formado por las otras naves que flotaban en torno a la estación. Pronto se reveló como una diminuta lancha blanca que llevaba la familiar banda azul y la insignia de estrellas doradas. La lancha se detuvo ante la cámara de descompresión principal, y unos momentos después un hombre rubio de mandíbula cuadrada entró impulsándose enérgicamente en el salón.

—Soy el inspector Viktor Proboda, de la oficina que la Junta de Control del Espacio tiene en Port Hesperus —les explicó a los pasajeros que se encontraban allí reunidos, la mayoría de los cuales le lanzaron miradas llenas de descontento con el ceño fruncido—. Se les va a retener aquí durante un tiempo mientras continuamos la investigación de los hechos que recientemente han tenido lugar en la *Star Queen*; lamentamos sinceramente todas las molestias que ello pueda ocasionarles. Primero tengo que cerciorarme de que las tarjetas magnéticas de registro que ustedes traen están en regla. Luego, a no tardar, hablaré en privado con algunos de ustedes para rogarles que nos ayuden en nuestras pesquisas...

Diez minutos después de haber salido de la *Star Queen*, Sparta llamó a la puerta de la habitación privada que Angus McNeil ocupaba en el hospital.

—Ellen Troy, señor McNeil.

—Pase —dijo éste alegremente; y cuando la joven abrió la puerta él se encontraba de pie, sonriéndole. Se acababa de afeitarse; llevaba puestos una lujosa camisa de algodón recién planchada cuyas mangas había doblado por encima del codo y unos crujientes pantalones de plástico. No dejaba de dar ligeras chupadas a un cigarrillo que evidentemente había encendido pocos instantes antes.

—Siento interrumpirle —dijo Sparta al ver el equipo encima de la cama. McNeil había estado recogiendo los útiles de aseo; la joven advirtió que parecían haber sido proporcionadas por los mismos almacenes propiedad del Gobierno que el cepillo de dientes que ella había adquirido poco tiempo antes de manera tan apresurada.

—Buen momento para empezar de nuevo. Siento que usted me viera antes en un estado tan lamentable. Quizá lo tire todo cuando usted decida permitirme volver a bordo.

—Me temo que eso todavía tardará algún tiempo.

—¿Más preguntas, inspectora? —Al ver que la muchacha hacía un movimiento de asentimiento con la cabeza, McNeil le indicó una silla y tomó otra para sí mismo—. En ese caso será mejor que nos pongamos cómodos.

Sparta se sentó. Durante unos instantes estuvo mirando a aquel hombre sin hablar. McNeil tenía ahora mucho mejor color y, aunque seguiría estando delgado durante algún tiempo, no parecía que hubiese perdido el tono muscular. Incluso tras haber pasado días prácticamente de inanición, tenía los antebrazos poderosamente musculados.

—Bien, señor McNeil, es fascinante lo que las más recientes técnicas de diagnóstico pueden recuperar incluso de los más oscuros depósitos de datos. Pongamos por caso la grabadora de misión de la *Star Queen*. — McNeil dio una chupada al cigarrillo y la miró. La expresión placentera que tenía no se alteró—. Todos los datos de los sistemas automáticos son completos, desde luego. Y los micrófonos captan cada palabra que se pronuncia en la cubierta de vuelo. Lo que yo he tenido ocasión de escuchar confirma el relato que hizo usted del incidente en todos sus detalles.

McNeil levantó una ceja.

—Dudo que haya tenido usted tiempo de sacar en pantalla lo correspondiente a un par de semanas de tiempo real grabado, inspectora.

—Tiene usted razón, desde luego. Una revisión concienzuda llevaría varios meses. Yo he empleado un algoritmo que identifica las áreas de máximo interés. De lo que quiero hablar con usted ahora es de la conversación que tuvo lugar en el área común poco antes de que Grant y usted llevaran a cabo la última transmisión.

—No estoy seguro de acordarme...

—Por eso es por lo que son tan útiles estas nuevas técnicas de diagnóstico, ya ve. —Sparta se inclinó hacia delante, como para compartir el entusiasmo que sentía—.

Aunque no haya micrófonos en las zonas donde se habita, sin embargo el sonido viaja lo suficiente como para que lo capte la grabadora principal de vuelo. En el pasado no habríamos podido recuperar las palabras exactas.

Dejó que aquellas palabras calasen hondo. Pero la expresión de McNeil siguió sin alterarse, aunque las facciones se le tensaron de un modo casi imperceptible. Sparta estaba segura de que aquel hombre se estaría preguntando si ella no se estaría tirando un farol.

Le arrancaría tales esperanzas.

—Acabaron ustedes de cenar juntos. Grant le había servido café..., estaba más caliente que de costumbre. Él lo dejó a usted allí y se dirigió al pasillo. «¿Qué prisa tienes? —le preguntó usted—. Creía que teníamos algo que decidir...»

Ahora el último vestigio de relajación abandonó la mirada de McNeil. Mientras aplastaba el cigarrillo las carnosas mejillas se le removieron.

—Bien, señor McNeil —continuó diciendo Sparta suavemente—. ¿Tenemos algo de que hablar usted y yo?

Durante un momento McNeil dio la impresión de mirar hacia la pared blanca y vacía que había detrás de la cabeza de la muchacha, aunque sin verla. Luego enfocó la mirada otra vez en el rostro de ella. Asintió.

—Sí, se lo contaré todo —convino en un susurro—. Me gustaría hacerle un ruego. No es una condición, ya comprendo que no estoy en situación de poner condiciones; se trata simplemente de un ruego; que una vez me haya usted oído, y si está de acuerdo con mi razonamiento, no haga constar lo que estoy a punto de decirle.

—Tendré en cuenta ese ruego —dijo ella.

McNeil respiró profundamente.

—Entonces he aquí toda la verdad, inspectora...

Grant había llegado ya al pasillo central cuando McNeil lo llamó suavemente.

—¿Qué prisa te ha entrado? Creí que teníamos algo que decidir.

Grant se agarró a un pasamanos para detener su precipitada huida. Se dio la vuelta despacio y se quedó mirando fijamente y lleno de incredulidad al ingeniero. McNeil ya debía estar muerto... Pero estaba allí, sentado cómodamente, y lo miraba con una extrañísima expresión.

—Ven aquí —dijo bruscamente McNeil; y en aquel momento pareció que toda la autoridad había pasado de pronto a él. Grant regresó a la mesa sin voluntad propia, revoloteando cerca de la silla. Algo había salido mal, aunque no podía imaginarse el qué.

El silencio que se hizo en el área común pareció durar siglos. Entonces McNeil dijo tristemente:

—Esperaba algo mejor de ti, Grant.

Por fin Grant recuperó la voz, aunque apenas logró reconocerla.

—¿A qué te refieres? —susurró.

—¿A qué crees que me refiero? —repuso McNeil con lo que parecía nada más que una suave irritación—. A ese pequeño intento tuyo de envenenarme, naturalmente.

El vacilante mundo de Grant se vino por fin abajo. Y cosa extraña, descubrió aliviado que no le importaba mucho que lo hubieran descubierto.

McNeil se puso a mirarse con cierta atención las cuidadas uñas.

—Sólo por curiosidad —inquirió como quien pregunta la hora—. ¿Cuándo decidiste matarme?

La sensación de irrealidad era tan abrumadora que a Grant le dio la impresión de estar representando un papel, de que aquello no tenía nada que ver con la vida real.

—Esta mañana —repuso; y se lo creyó realmente.

—Hum —comentó McNeil sin demasiada convicción, obviamente. Se puso en pie y se aproximó al armario de las medicinas. Grant lo siguió con la mirada mientras McNeil revolvía en el compartimiento y luego regresaba llevando el frasquito de veneno. En apariencia continuaba lleno, pues Grant se había cuidado de que así fuera—. Supongo que debería enfadarme mucho por todo este asunto —continuó diciendo en tono coloquial mientras sostenía el frasco entre los dedos pulgar e índice—. Pero por alguna razón no estoy enfadado. Puede que sea porque nunca me he hecho muchas ilusiones acerca de la naturaleza humana. Y, desde luego, porque es algo que veía venir hace mucho tiempo.

Sólo esta última frase llegó a la conciencia de Grant.

—Tú..., ¿lo veías venir?

—¡Cielos, claro! Me temo que eres demasiado transparente para ser un buen asesino. Y ahora que tu pequeña imaginación ha fallado, ello nos deja a los dos en una posición bastante embarazosa, ¿no es así?

No parecía haber respuesta posible a aquella magistral exposición de los hechos.

—Tengo toda la razón —continuó diciendo el ingeniero, pensativo— para enfadarme mucho ahora, llamar a Port Hesperus y denunciarte a las autoridades. Pero sería una cosa más bien inútil; y, de todos modos, nunca se me ha dado muy bien ponerme de mal humor. Naturalmente, tú dirás que es porque soy demasiado perezoso. Pero yo no lo creo así. —Le dirigió a Grant una sonrisa retorcida—. Oh, ya sé lo que piensas de mí. Me tienes claramente clasificado en esa ordenada mente tuya, ¿verdad? Soy blando y autocomplaciente, no poseo el menor sentido moral —ninguna moral en absoluto, por lo que a eso respecta— y me importa un rábano cualquiera que no sea yo mismo. Bien, no lo niego. Puede que en un noventa por ciento sea verdad. Pero ese raro diez por ciento que queda es poderosamente importante, Grant. Por lo menos para mí.

Grant no se sentía en condiciones de recrearse en análisis psicológicos, y aquél no parecía el momento apropiado para hacer algo por el estilo. Seguía obsesionado con el problema de su fracaso y el misterio de que McNeil continuase existiendo. Y McNeil, que sabía todo esto perfectamente bien, no parecía tener prisa por satisfacerle la curiosidad.

—Bueno, ¿qué piensas hacer ahora? —le preguntó Grant deseoso de acabar de una vez.

—Me gustaría —respondió McNeil con calma— continuar la conversación donde la dejamos cuando tomábamos café.

—No querrás decir...

—Pues sí. Exactamente como si nada hubiera pasado.

—¡Eso no tiene sentido! ¡Tienes algo guardado en la manga! —le gritó Grant.

McNeil suspiró.

—¿Sabes, Grant? No estás en posición de acusarme de planear ninguna maquinación. —Soltó la botella y la dejó flotar por encima de la superficie de la mesa, entre ambos; después miró con expresión seria a Grant—. Para repetir mis observaciones anteriores, sugiero que decidamos cuál de nosotros será el que tome el veneno, sólo que ya no habrá más decisiones unilaterales. Y además —ahora sacó otro vial del bolsillo de la chaqueta; era parecido en tamaño al primero, pero de un color azul vivo; lo dejó flotando al lado del otro— esta vez será en serio. El líquido está aquí —dijo señalando hacia el frasco transparente—, sólo deja un poco de mal sabor de boca.

Por fin se hizo la luz en la mente de Grant.

—Tú lo cambiaste.

—Naturalmente. Puede que te creas un buen actor, Grant, pero, francamente, vista desde las gradas la función me pareció malísima. Adiviné que tramabas algo probablemente antes de que tú mismo lo supieras. En estos últimos días he espurgado la nave a fondo. Pensar en todos los medios con los que hubieras podido acabar conmigo resultó muy entretenido; hasta me ayudó a pasar el rato. El veneno resultaba tan evidente que fue casi lo primero que tuve en cuenta. —Sonrió tristemente—. De hecho, yo exageré la señal de peligro. Casi me traicioné cuando di el primer sorbo..., la sal no va nada bien con el café. —Antes de continuar, McNeil fijó la mirada, sin parpadear, en el amargado Grant—. Realmente me esperaba algo más sutil. Hasta ahora he hallado quince medios infalibles de asesinar a alguien a bordo de una nave espacial. —Sonrió de nuevo, ahora con una expresión horrible—. No tengo intención de describírtelos ahora.

«Aquello era sencillamente fantástico», pensó Grant. McNeil lo estaba tratando no como a un asesino, sino como a un colegial bastante estúpido que no hubiera hecho los deberes como es debido.

—¿Estás dispuesto a empezar todo de nuevo? —preguntó con incredulidad—. ¿Y tú te tomarías el veneno si perdieras?

McNeil permaneció en silencio un largo rato. Luego dijo lentamente:

—Veo que todavía no me crees. Esto no encaja bien en la ordenada imagen que tú te habías formado, ¿verdad? Pero quizá yo pueda hacértelo entender. Es muy sencillo. —Hizo una pausa y luego continuó con más viveza—. Yo he disfrutado de la vida, Grant, pero muchas veces te he admirado, y por eso siento haber tenido que llegar a esto. Cuando más te admiré fue el día en que la nave recibió el golpe. —Parecía tener dificultades para encontrar las palabras adecuadas. Evitaba mirar a Grant a los ojos—. No me porté bien entonces. Yo siempre me había sentido muy seguro, muy satisfecho conmigo mismo, realmente, de que nunca perdería la cabeza en una emergencia, pero aquello tuvo lugar justo a mi lado, algo que comprendí al instante y que siempre había considerado imposible, y ocurrió de forma tan repentina y con un ruido tan fuerte que me desconcertó. —Intentó disfrazar la vergüenza con el humor—. Desde luego, yo tendría que haber recordado que una cosa prácticamente igual me sucedió en mi primer viaje. Mareo del espacio, aquella vez..., y estaba absolutamente convencido de que a mí aquello no podía pasarme. Probablemente eso empeoró las cosas. Pero me rehíce. —Volvió a mirar a Grant a los ojos—. Y esta vez también me rehíce..., para llevarme luego la *tercera* gran sorpresa de mi vida. Te vi a *ti*, nada menos que a *ti*, empezar a resquebrajarte. —Grant se puso rojo a causa de la ira que sentía, pero McNeil no lo dejó hablar—. Oh, sí, no nos olvidemos del asunto de los vinos. No hay duda de que no se te ha marchado de la cabeza. Tu primer motivo serio de queja contra mí. Pero eso es una cosa que yo no lamento. Un hombre civilizado debería saber siempre cuándo emborracharse. Y cuándo ponerse sobrio otra vez. Aunque quizá tú no lo entenderías.

Cosa rara, justamente eso era lo que Grant empezaba a hacer, por fin. Por primera vez vislumbraba realmente la intrincada y atormentada personalidad de McNeil y se daba cuenta de lo mal que lo había juzgado. No, juzgar mal no era la expresión exacta. De algún modo sus juicios habían sido correctos. Pero sólo había tocado la superficie; nunca había sospechado lo que yacía debajo, en lo más profundo.

Y en aquel momento de perspicacia psicológica Grant comprendió por qué McNeil le estaba dando una segunda oportunidad. No se trataba de algo tan simple como un cobarde tratando de rehabilitarse a los ojos del mundo; nadie tenía por qué enterarse nunca de lo ocurrido a bordo de la *Star Queen*. Y en cualquier caso, a McNeil probablemente no le importase nada la opinión del mundo gracias a aquella pulcra autosuficiencia suya que tanto había fastidiado a Grant. Pero esa misma autosuficiencia significaba que a toda costa él debía conservar la buena opinión que tenía de sí mismo. Sin ella la vida no valdría la pena ser vivida; McNeil nunca había aceptado la vida salvo en sus propias condiciones.

McNeil estaba observando atentamente a Grant y debió suponer que éste se estaba acercando a la verdad. De pronto cambió el tono de voz, como si lamentara haber revelado tantas cosas de su propio carácter.

—No creas que me proporciona alguna especie de placer quijotesco el hecho de poner la otra mejilla —dijo cortante—; lo que sucede es que tú has pasado por alto algunas dificultades de base bastante lógicas. Realmente, Grant, ¿no se te había ocurrido que si sólo sobreviviera uno de nosotros sin un mensaje de cobertura del otro, pasaría por muchas dificultades para explicar lo ocurrido?

Grant se quedó mudo de la impresión. En lo más profundo de sus emociones en ebullición, en la ceguera producto de la furia que sentía, sencillamente había omitido considerar cómo iba a exculparse a sí mismo. Su honradez le había parecido algo tan..., tan *evidente*.

—Sí, supongo que tienes razón —murmuró. Sin embargo se estaba preguntando para sus adentros si un mensaje de cobertura era realmente algo tan importante en los pensamientos de McNeil. Quizás éste estuviera sencillamente tratando de convencerle de que su sinceridad se basaba en la fría razón. No obstante, Grant se sentía ya mejor. Todo el odio había salido de él y se sentía, casi, en paz. La verdad ya se sabía y él la aceptaba. Que tal verdad fuera bastante diferente de como él la había imaginado era algo que parecía importar poco—. Bien, acabemos de una vez —dijo sin manifestar la menor emoción—. ¿Tenemos aún aquella baraja nueva?

—Sí, hay un par en ese cajón de ahí. —McNeil se había quitado la chaqueta y se estaba remangando las mangas de la camisa—. Coge la que tú quieras, pero antes de que la abras, Grant —esto lo dijo con peculiar énfasis—, creo que será mejor que hablemos con Port Hesperus. Los dos. Y que nuestro acuerdo quede registrado en las grabaciones.

Grant asintió con aire ausente; ahora ya no le importaba demasiado hacer las cosas de una manera o de otra. Cogió la baraja precintada de naipes metalizados del cajón de juegos y siguió a McNeil por el pasillo en dirección a la cubierta de vuelo. Dejaron los brillantes frascos de veneno flotando donde estaban.

Grant se las arregló para esbozar una sonrisa fantasmal cuando, diez minutos después, sacaba una carta de la baraja y la dejaba boca arriba al lado de la de McNeil. El naipe se ajustó a la consola de metal con un chasquido apenas perceptible.

McNeil guardó silencio. Durante un minuto se dedicó a encender un nuevo cigarrillo. Inhaló profundamente el fragante y venenoso humo. Luego dijo:

—Y el resto ya lo conoce usted, inspectora.

—Excepto unos cuantos detalles de menor importancia —observó tranquilamente Sparta—. ¿Qué ha sido de los dos frascos, el de veneno real y el otro?

—Salieron por la cámara de descompresión con Grant —repuso McNeil

brevemente—. Pensé que sería mejor poner las cosas fáciles, y no correr el riesgo de un análisis químico..., que revelase restos de sal, y esas cosas.

Sparta sacó una baraja de cartas metalizadas del bolsillo de su chaqueta.

—¿Las reconoce usted? —dijo al tiempo que se las tendía al hombre que tenía enfrente.

McNeil las cogió con aquellas grandes y curiosamente limpias manos, sin molestarse apenas en mirarlas.

—Es posible que sean las mismas que usamos. U otras parecidas.

—¿Le importaría barajarlas, señor McNeil?

El ingeniero la miró con agudeza; luego hizo lo que ella le había pedido y comenzó a barajar con manos expertas las delgadas y flexibles cartas en el aire, entre las palmas curvadas y los ágiles dedos. Una vez que terminó, miró inquisitivamente a la joven.

—Corte, si no le molesta —le dijo Sparta.

—Ése habría de ser privilegio de usted, ¿no?

—Hágalo usted.

McNeil dejó la baraja en la mesita central y rápidamente levantó un montón de cartas y lo puso a un lado; a continuación colocó el montón inferior encima del primero. Luego se echó hacia atrás.

—¿Y ahora qué?

—Ahora me gustaría que volviera a barajar. La expresión del rostro de aquel hombre, a pesar de que él se esforzaba por que pareciera neutral, apenas lograba ocultar el desprecio. Había compartido con la joven uno de los episodios más significativos de su vida, y la reacción de ella era pedirle que se pusiera a hacer juegos, sin duda con intención de hacerle caer en alguna trampa. Pero se puso a barajar las cartas de prisa y no hizo comentario alguno; dejó que el siseo y los roces que las cartas producían al separarse y mezclarse hicieran los comentarios.

—¿Y ahora?

—Ahora yo escogeré una carta.

Él desplegó la baraja en abanico y se lo tendió a Sparta. Ésta alargó una mano, pero dejó revolotear los dedos por encima de las cartas, moviéndolos adelante y atrás como si estuviera tratando de decidir cuál de ellas escoger. Todavía concentrándose, dijo:

—Es usted un experto manejándolas, señor McNeil.

—Nunca lo he mantenido en secreto, inspectora.

—No ha sido ningún secreto desde el principio, señor McNeil.

Tiró de una carta de un extremo de la baraja y la levantó enseñándosela a él y sin molestarse siquiera en mirarla.

McNeil se quedó mirándola, sorprendido.

—Es la J de picas, ¿verdad, señor McNeil? ¿Es ésa la carta que usted sacó cuando jugaba contra el comandante Grant? —El hombre a duras penas susurró un sí antes de que ella sacase otra carta de la baraja que seguía extendida. De nuevo Sparta se la mostró sin mirarla—. Y ésa debe ser el tres de tréboles. La carta que sacó Grant y que lo envió a la muerte. —Dejó caer las dos cartas en la cama—. Ya puede dejar la baraja, señor McNeil.

El cigarrillo se consumía olvidado en el cenicero. McNeil ya se imaginaba el objeto de aquella demostración, y esperaba que la muchacha lo expusiera.

—Las cartas metalizadas no están permitidas en el juego profesional por una razón muy sencilla con la cual estoy segura de que se encuentra usted familiarizado —dijo ella—. No son tan fáciles de marcar con alfileres como las de cartón, pero es cosa fácil dotarlas de un dibujo débil, bien sea eléctrico o magnético, que pueda ser captado por un detector apropiado. Y ese detector puede ser muy pequeño..., lo suficientemente pequeño, digamos, como para caber en un anillo como el que lleva usted en la mano derecha. Un artículo atractivo..., de oro venusiano, ¿no es así?

Era atractivo y rebuscado; representaba a un hombre y a una mujer abrazados; en realidad, si se examinaba de cerca era más que un poco curioso. Sin dudarlo un instante, McNeil se quitó el anillo pesadamente esculpido haciéndolo girar para que le pasase por la articulación del dedo. Salió fácilmente, porque tenía el dedo más delgado que una semana antes. Se lo tendió a Sparta, pero vio con sorpresa que ésta hacía un gesto negativo con la cabeza...

... y sonreía.

—No necesito mirarlo, señor McNeil. Los únicos dibujos coherentes que hay en esas cartas los he puesto yo misma hace unos minutos. —Se recostó, apartándose de él y relajándose en el sillón; daba la impresión de estar invitándole a él a hacer lo mismo—. Empléé estos métodos para determinar qué cartas habían sacado usted y Grant. Eran las dos únicas cartas de la baraja que parecían más tocadas que las demás, que sólo habían sido ligeramente barajadas. Francamente, en parte sólo estaba adivinando.

—Pues ha estado usted de suerte —dijo McNeil con voz ronca una vez que recuperó el habla—. Pero si no me está usted acusando de hacerle trampas a Grant, ¿a qué ha venido toda esta demostración? Algunos la tacharían de poco corriente, puede que hasta de cruel.

—Oh, pero *usted* —dijo Sparta con fiereza— no habría necesitado dibujos electromagnéticos para hacer trampas, ¿verdad, señor McNeil? —Le miró los antebrazos, que descansaban en los muslos del hombre con las manos entrelazadas entre las rodillas—. Hasta con las mangas subidas.

McNeil movió negativamente la cabeza.

—Habría podido engañarle con bastante facilidad, inspectora Troy. Pero juro que

no lo hice.

—Gracias por decirlo. Aunque confiaba en que usted diría la verdad. —Sparta se puso en pie—. «La vida y el honor parecían estar en categorías diferentes, cuanto más se perdía, máspreciado se hacía lo poco que quedaba».

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó McNeil con un gruñido.

—Es de un libro viejo que he estado hojeando hace un rato..., un pasaje que ha hecho que me entren ganas de leer el libro entero en alguna ocasión. Me ayudó considerablemente a penetrar psicológicamente en la situación por la que pasa usted. Es usted muy bueno disfrazando las verdades, señor McNeil, pero su peculiar sentido del honor hace que le resulte muy difícil mentir abiertamente. —Sonrió—. No me extraña que estuviera a punto de atragantarse con aquel café.

La expresión de McNeil era ahora de confusión casi humilde. ¿Cómo podía aquella niña pálida y delgada haber penetrado tan profundamente en su alma?

—Sigo sin comprender lo que se propone hacer.

Sparta se metió la mano en la chaqueta y sacó un librito.

—Otras personas inspeccionarán la *Star Queen* después de mí, y lo harán por lo menos tan concienzudamente como lo he hecho yo. Puesto que usted y yo sabemos que no le hizo ninguna trampa a Grant que le costase la vida, quizá sea una buena cosa que usted haya sacado este libro de la nave y que yo no lo haya encontrado nunca, y que yo nunca haya sospechado que sea usted un mago aficionado tan bueno. —Dejó caer el libro sobre la cama, al lado de las cartas. Éste quedó con la portada hacia arriba: *Harry Blackstone sobre Magia*—. Y quédese también con las cartas. Son un pequeño obsequio de mi parte para ayudarle a que se reponga bien pronto. Las he comprado hace diez minutos en un quiosco de la estación.

—Tengo la impresión de que nada de lo que he dicho la ha cogido muy de sorpresa, inspectora —dijo McNeil.

Sparta tenía la mano en la puerta, dispuesta a marcharse.

—No crea que lo admiro a usted, señor McNeil. Su vida y el modo en que usted decida vivirla son asunto suyo. Pero da la casualidad de que estoy de acuerdo en que no hay justificación alguna para destruir la reputación del difunto y desafortunado Peter Grant. —Ahora la joven no sonreía—. Lo digo a título personal, no desde el punto de vista legal. Si me ha ocultado usted alguna otra cosa, la descubriré; y si es constitutiva de delito, lo cogeré por ello.

Quinta parte

REVENTÓN

17

Sparta se puso en contacto telefónico con Viktor Proboda: ya podía dejar de jugar. Los pasajeros de la Helios podían desembarcar.

Los puertos situados en el espacio —al contrario que los puertos para transbordadores espaciales construidos en la superficie de los planetas, que parecen aeropuertos normales— tienen un sabor propio. En parte son puertos, en parte estaciones de ferrocarril y en parte parada de camiones. Por todas partes se ven naves pequeñas, remolcadores, gabarras, taxis, cúteres y satélites autopropulsados que se deslizan y mueven continuamente en torno a las grandes estaciones. Hay muy pocas naves de placer en el espacio (la afición, propia de billonarios excéntricos, de navegar en yate por el sistema solar constituye una rara excepción) y, al contrario que en los puertos de tráfico intenso, en ellos no tienen cabida las fanfarronadas, los saltos por encima de las estelas de otras embarcaciones ni esos insolentes cruces por delante de la proa de otra nave. La rutina diaria consiste en igualar la órbita —exquisita precisión, con reajuste constante de los cálculos de las diferenciales de velocidad y las relaciones masa/combustible—, de manera que en el espacio hasta las naves más pequeñas se hallan rígidamente restringidas a navegar por senderos preestablecidos como si fueran vagones de carga en un patio de maniobras. Sólo que en el espacio grupos de ordenadores se encargan de cambiar continuamente la disposición de las vías.

Dejando aparte el tráfico local, los puertos de naves espaciales no tienen demasiado movimiento. Puede, como mucho, que los transbordadores espaciales de la superficie del planeta se acerquen por ellos unas cuantas veces al mes, y que las naves interplanetarias de pasajeros y de mercancías lo hagan unas cuantas veces al año. El alineamiento más favorable de los planetas tiende a concretar las temporadas de máximo movimiento; entonces las cámaras locales de comercio ponen en la calle un gran número de voluntarias disfrazadas que salen a recibir a las naves de pasajeros cuando éstas llegan, lo mismo que en otro tiempo Honolulu saludaba al Lurline y al Matsonia. A falta de faldas de hierba y de guirnaldas de flores indígenas, las animadoras de las estaciones espaciales han inventado nuevas «tradiciones» que son reflejo de la mezcla política y étnica existente en la estación, de su base económica y de las mitologías que han tomado prestadas: así, al llegar a la estación espacial de Marte, cabe que los pasajeros se encuentren con hombres y mujeres vestidos con

corazas romanas que muestran las rodillas desnudas y llevan banderas rojas llenas de blasones con martillos y hoces.

En Port Hesperus los pasajeros de la Helios, al desembarcar tras aquella larga demora, atravesaron un tortuoso pasillo de acero inoxidable adornado con luces de colores, llamativos letreros que pregonaban con orgullo en inglés, árabe y ruso los productos minerales de la estación; banderas de papel salpicadas de kanji que ondeaban movidas por la brisa producida por los ventiladores y extractores de gases, ponían una nota adicional de festividad.

Cuando los pasajeros llegaron a un sector del pasillo que tenía el techo de vidrio, les llamó la atención un silencioso tumulto que se estaba produciendo por encima de sus cabezas; al mirar hacia arriba sintieron un sobresalto al ver a una Afrodita ataviada con túnica que cabalgaba sobre una concha de plástico al tiempo que les sonreía y les saludaba con la mano. Cerca de ella una diosa del sol Shinto se mecía graciosamente ataviada con un quimono de seda. Ambas mujeres flotaban libremente en gravedad cero, y cada una de ellas formaba extraños ángulos con respecto a la otra y el resto de la gente. Esta aparición de las diosas de la estación (los japoneses estaban propagando mucho su propia identidad) se hallaba rodeada de una docena de hombres, mujeres y niños sonrientes que les hacían gestos y que llevaban cestos llenos de frutas y flores, producto de las granjas y jardines hidropónicos de la estación.

Los pasajeros, antes de que se les permitiera ascender hasta el nivel en que se encontraban aquellas criaturas celestiales, tuvieron que enfrentarse a un último obstáculo. Al final del pasillo el inspector Viktor Proboda, flanqueado por respetuosos guardas que llevaban al costado armas para aturdir, estaba esperándolos para conducirlos hasta una pequeña habitación cúbica cuyas seis caras se hallaban tapizadas con moqueta de color azul oscuro. Allí fueron entrando, unos individualmente, otros en grupo. En una de las paredes de aquel cubo enmoquetado, una pantalla de vidrio exhibía el rostro solemne de la inspectora Ellen Troy a un tamaño bastante mayor que el natural. La muchacha estaba estudiando con toda ostentación una pantalla de expedientes que tenía justo delante, pero cuya superficie quedaba fuera de la vista de aquéllos que contemplaban la pantalla de vídeo.

Sparta se encontraba en una habitación escondida, no lejos del tubo de desembarque, y en realidad no le estaba prestando atención a la pantalla de expedientes, que era sólo un apoyo. Había acordado con Proboda que traerían a los pasajeros a aquella habitación siguiendo un orden específico, y ya se había deshecho de la mayoría de ellos, incluidos el profesor japonés y los árabes con sus familias, además de varios ingenieros y viajantes de comercio.

En aquel momento estaba intentando meter prisa a las muchachas holandesas para que siguieran su camino.

—Ya no tendremos que retenerlas más —les dijo con una sonrisa amistosa—. Espero que el resto del viaje les resulte más divertido.

—Ésta ha sido la mejor parte —dijo una de ellas.

Y otra añadió con un rápido batir de pestañas que estaba dedicado a Proboda:

—Realmente nos está gustando su compañero.

La tercera muchacha, sin embargo, parecía tan remilgada como el propio Proboda.

—Por aquí, por favor —les dijo éste—. Todas ustedes. A la derecha. Vamos, vamos.

«Vikee» notó la divertida mirada de Sparta desde la pantalla de vídeo, pero consiguió meter prisa a las chicas para que salieran y después hizo entrar en la habitación a Percy Farnsworth, todo ello sin tener que mirar a la imagen de Sparta directamente a los ojos.

—El señor Percy Farnsworth, de Londres, representante de «Lloyd's». —Farnsworth entró en el cubo de interrogatorios mordiéndose espasmódicamente el bigote—. Señor Farnsworth, la inspectora Troy —le indicó Proboda señalando la pantalla de vídeo.

Farnsworth se las arregló para mostrarse enérgico y sin aliento a la vez.

—Deseo servirle de ayuda en su investigación, inspectora. No tiene más que decirlo. Esta clase de cosas son mi especialidad, ya sabe.

Sparta se quedó mirándolo, inexpresiva, durante dos segundos; un timador veterano para el que ya habían pasado los buenos tiempos y ahora trabajaba para el otro lado. Ésa era su historia, de cualquier modo.

—Ya ha sido usted útil, señor. Nos ha dado muchas pistas. —Sparta fingió leer con detenimiento el expediente de aquel hombre en la pantalla simulada—. Mumm. Su compañía, «Lloyd's», parece haberse mostrado bastante entusiasta respecto a la *Star Queen*. Aseguraron la nave, la mayor parte de la carga y la vida de los tripulantes.

—Así es. Y, como es natural, me gustaría ponerme en contacto con «Lloyd's» lo más pronto posible, redactar un informe preliminar y...

Sparta lo interrumpió.

—Bien, de manera extraoficial yo diría que las compañías de seguros han dado por terminado todo este asunto un poco a la ligera...

Farnsworth reflexionó durante unos instantes sobre aquella información. ¿A qué se refería la mujer exactamente? Llegó a la conclusión de que, por lo visto, la inspectora estaba dispuesta a mostrarse amistosa con él.

—Eso es muy alentador —dijo; y luego bajó la voz hasta convertirla en un murmullo confidencial—. Pero ¿le importaría mucho a usted... este asunto de Grant...?

—Supongo que lo que a usted le gustaría saber es si legalmente ha sido un accidente o un suicidio. Ésta es la pregunta importante en este caso. Desgraciadamente los abogados tendrán que litigar para dilucidarlo, señor Farnsworth. Yo no tengo nada que añadir a la grabación que se ha hecho pública. — Utilizó un tono que no sonaba precisamente amistoso—. Aceptaré su amable ofrecimiento de prestarme ayuda. Por favor, pase por esa puerta de la izquierda y espéreme dentro.

—¿Ahí?

Una puerta que daba a un horrible tubo de acero se había abierto de repente en la moqueta. Farnsworth se asomó vacilante, como si esperase que le saliera al encuentro un animal salvaje.

Sparta lo empujó.

—No lo retendré ahí más de diez minutos, señor Farnsworth. Siga, ¿eh?

Murmurando «de acuerdo», Farnsworth pasó por la puerta. Justo en el momento en que hubo pasado, la puerta se cerró tras de él. Proboda abrió rápidamente la puerta que daba al tubo de desembarque.

—El señor Nikos Pavlakis, de Atenas; es el representante de las «Líneas Pavlakis» —informó Proboda—. Ésta es la inspectora Troy.

Pavlakis movió de un lado a otro aquella gran cabeza suya y dijo:

—Buenos días, inspectora.

Sparta no se dio por enterada hasta que hubo terminado de leer algo en la pantalla. Entretanto Pavlakis se tiraba nerviosamente de los puños de la ceñida chaqueta.

—Veo que ésta es su primera visita a Venus, señor Pavlakis —le dijo Sparta al tiempo que levantaba la vista—. Y en circunstancias lamentables.

—¿Cómo está el señor McNeil, inspectora? —le preguntó Pavlakis—. ¿Se encuentra bien? ¿Puedo hablar con él?

—Los médicos ya le han dado de alta. Pronto podrá usted hablar con él. —A Sparta le pareció sincera la preocupación de aquel hombre, pero ello no la desvió ni un ápice de su línea—. Señor Pavlakis, advierto que la *Star Queen* tiene un número de registro nuevo, aunque, sin embargo, la nave tiene en realidad treinta años. ¿Cuál es su número de registro anterior?

El fornido hombre se encogió, asustado.

—Ha sido completamente restaurada, inspectora. Todo es nuevo, excepto el chasis básico, que ha sido reacondicionado con unos cuantos...

Viktor Proboda interrumpió la nerviosa improvisación de Pavlakis.

—La señorita le ha preguntado cuál era el número de registro anterior.

—Yo..., creo que era NSS 69376, inspectora.

—Kronos —dijo Sparta. La palabra fue como una acusación—. Ceres, en el 67,

dos miembros de la tripulación muertos, una tercera mujer herida, todo el cargamento perdido. Estación de Marte en el 73, colisión al aterrizar, lo que produjo la muerte de cuatro trabajadores de la estación y la destrucción del cargamento de una de las bodegas. Desde entonces ha sufrido numerosos accidentes con pérdida de cargamento. Varias personas han resultado heridas, y por lo menos otra muerte más se ha atribuido a un mantenimiento por debajo de lo que suele ser normal. Tenía usted buenas razones para rebautizar la nave, señor Pavlakis.

—Kronos no era un buen nombre para una nave espacial —comentó Pavlakis.

Sparta asintió solemnemente.

—Un titán que se comía a sus propios hijos. Debía de resultar difícil reclutar tripulaciones cualificadas.

Los fuertes dedos de Pavlakis recorrían una y otra vez las cuentas de ámbar.

—¿Cuándo se me permitirá examinar la nave y el cargamento, inspectora?

—Responderé a sus preguntas lo mejor que sepa, señor Pavlakis. En cuanto termine con este procedimiento. Por favor, espéreme ahí..., pase por esa puerta que hay a su izquierda.

De nuevo la puerta invisible bostezó inesperadamente en el frío tubo de acero. Con un aspecto terrible y mirando por encima del bigote, Pavlakis pasó a través de la puerta sin pronunciar una palabra más.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Proboda admitió al siguiente pasajero procedente del tubo de desembarque.

—La señora Nancybeth Mokoroa, de Port Hesperus, sin empleo conocido. —La muchacha entró enojada, mirando furiosa a Proboda y sin decir palabra; luego miró con desprecio hacia la pantalla de vídeo. Una vez que se cerró la puerta que daba acceso al pasillo y que la joven quedó encerrada dentro, Proboda dijo—: Ésta es la inspectora Troy.

—Señora Mokoroa, hace un año usted puso un pleito para romper un contrato de compañerismo de tres años de duración con el señor Vincent Darlington; fue poco después de que ustedes dos llegasen aquí. Su demanda se basaba en incompatibilidades sexuales. ¿Estaba entonces el señor Darlington al corriente de que, de hecho, usted se había convertido en compañera de la señora Sondra Sylvester?

Nancybeth se quedó mirando fijamente y en silencio a la imagen que veía en la pantalla de vídeo; su rostro adoptó una expresión de desprecio, semejante a una máscara, que era producto de una larga práctica...

... y que Sparta reconoció fácilmente como tapadera de un desesperado nerviosismo. Decidió esperar.

—Somos amigas —repuso Nancybeth con voz ronca.

Sparta dijo:

—Eso es muy bonito. ¿Entonces el señor Darlington tenía conocimiento de que también eran ustedes amantes?

—¡Sólo amigas, eso es todo! —La joven lanzó una mirada enloquecida por toda aquella claustrofóbica habitación enmoquetada y miró al enorme policía que se encontraba a su lado—. ¿Qué demonios piensa usted que va a probar? ¿Qué es toda esta...?

—Muy bien, de momento dejaremos ese tema. Ahora, si es tan amable...

—Quiero un abogado —dijo Nancybeth gritando; había decidido que el ataque era la mejor defensa—. Aquí dentro, y ahora mismo. Conozco mis derechos.

—Haga el favor de contestar sólo una pregunta más —terminó tranquilamente Sparta.

—¡Ni una puñetera palabra más! Ni una palabra más, uniforme azul. Éste es un arresto ilegal. Registro irrazonable... —Sparta y Proboda intercambiaron una mirada. ¿Registro?—. Ofensa a la dignidad —continuó diciendo Nancybeth—. Calumnia. Premeditación maliciosa...

Sparta estaba a punto de sonreír.

—No nos ponga un pleito hasta que haya oído la pregunta, ¿de acuerdo?

—Así no tendremos que arrestarla antes de hacérsela —añadió Proboda.

Nancybeth se atragantó de rabia al darse cuenta de que se había precipitado. Todavía no la habían arrestado. Y posiblemente no lo harían.

—¿Qué quieren saber? —De pronto parecía agotada.

—Nancybeth, ¿cree que alguno de ellos, Sylvester o Darlington, sería capaz de cometer un asesinato..., por usted?

A Nancybeth le sorprendió tanto la pregunta que se echó a reír a carcajadas.

—¿A juzgar por cómo hablan el uno del otro? Los dos estarían dispuestos a hacerlo.

Proboda se inclinó hacia ella.

—La inspectora no le ha preguntado lo que ellos...

Pero Sparta lo hizo callar con una mirada desde la pantalla de vídeo.

—Muy bien, gracias, puede marcharse. Por esa puerta de la derecha.

—¿La de la derecha? —preguntó Proboda; y Sparta asintió vivamente con la cabeza. El policía abrió la puerta.

Nancybeth mostraba recelo.

—¿A dónde da?

—Al exterior —le dijo Proboda—. Fruta y disfraces. Está usted libre.

La joven miró otra vez en torno a la habitación con los ojos muy abiertos y los orificios temblándole casi imperceptiblemente a causa de la cólera que sentía. Después salió precipitadamente por la puerta, como un gato salvaje liberado de una trampa. Proboda miró a la pantalla de vídeo, exasperado.

—¿Por qué ella no? A mí me ha parecido que tiene mucho que ocultar.

—Lo que ella oculta no tiene nada que ver con la *Star Queen*, Viktor. Pertenece a su propio pasado, creo yo. ¿Quién es el próximo?

—La señora Sylvester. Mire, tengo que decirle que espero que ahora actúe con más tacto que...

—Llevemos el juego tal como acordamos.

Proboda lanzó un gruñido y abrió la puerta que comunicaba con el tubo.

—La señora Sylvester, de Port Hesperus, jefe ejecutivo de la «Compañía Minera Ishtar» —dijo con voz tan formal y tan cargada de respeto como la de un mayordomo.

Sondra Sylvester entró lentamente en la pequeña habitación enmoquetada; la pesada ropa de seda que llevaba se le ceñía al cuerpo.

—¿Viktor? ¿Tenemos que pasar otra vez por esto?

—Señora Sylvester, quisiera presentarle a la inspectora Troy —dijo Proboda en tono apoloético.

—Estoy segura de que usted arderá en deseos de llegar a su despacho en seguida —le dijo Sparta—, así que procuraré ser breve.

—Mi despacho puede esperar —repuso Sylvester con firmeza—. Me gustaría descargar mis robots de esa nave de carga.

Sparta hundió la mirada en la falsa pantalla de expedientes y luego miró a Sylvester a los ojos. Las dos mujeres se miraron a los ojos a través de la electrónica.

—Usted nunca antes había tenido tratos con las «Líneas Pavlakis» —comenzó a decir Sparta—, y sin embargo ayudó a convencer tanto a la Junta de Control del Espacio como a las compañías de seguros de la nave de que se saltasen la norma de la tripulación de tres.

—Creo que ya le he dicho al inspector Proboda por qué. Tengo seis robots mineros en la bodega, inspectora. Y necesito ponerlos a trabajar pronto.

—Pues ha tenido mucha suerte. —La voz relajada de Sparta no daba señales de sentirse presionada—. Habría podido perderlos todos.

—Poco probable. Menos probable aún que el hecho de que un meteoróide chocase con la nave. Lo cual en modo alguno tiene nada que ver con el número de miembros de la tripulación de la *Star Queen*.

—Entonces, ¿usted habría preferido confiarle sus robots, asegurados en aproximadamente novecientos millones de dólares, según creo, a una nave no tripulada?

Sylvester sonrió al oír aquello. Era una pregunta astuta, con connotaciones económicas y políticas que difícilmente nadie se hubiese esperado nunca de un inspector de investigación criminal.

—No hay cargueros interplanetarios sin tripulación, inspectora, gracias a la Junta

de Control del Espacio y a una larga lista de otras instituciones que pertenecen a esa predecible clase de grupos de intereses. Yo no pierdo el tiempo con preguntas hipotéticas.

—¿Dónde pasó usted las últimas semanas de vacaciones en la Tierra, señora Sylvester?

Una pregunta decididamente no hipotética..., y a Sylvester le costó ocultar la sorpresa.

—Estuve de vacaciones en el sur de Francia.

—Alquiló usted una villa en la Isle du Levant, en la cual, excepto el primer día y el último y en otras dos ocasiones en que fue usted de visita, permaneció sola la señora Nancybeth Mokoroa. ¿Dónde estuvo usted el resto del tiempo?

Sylvester le dirigió una ojeada a Proboda, que evitó mirarla. El previo y superficial interrogatorio a que él la había sometido no la había preparado para enfrentarse con este tipo de detalles.

—Estuve..., estuve resolviendo asuntos privados.

—¿En los Estados Unidos? ¿En Inglaterra?

Sondra Sylvester no contestó nada. Con visibles esfuerzos, consiguió mantener serenas las facciones.

—Gracias, señora Sylvester —dijo Sparta con frialdad—. Pase por esa puerta de la izquierda. —La joven notó que Proboda tardaba un poco más en abrir la puerta oculta, para suavizar el impacto de la sorpresa—. Será necesario retenerla un rato. No más de cinco o seis minutos.

Sylvester mantuvo la máscara de tranquilidad mientras pasaba por la puerta, pero no pudo disimular que sentía cierta aprensión.

Proboda apresuró la entrada del siguiente pasajero en la habitación.

—El señor Blake Redfield. De Londres. Representa al señor Vincent Darlington, del «Museo Hesperiano».

En el instante en que Proboda abría la puerta del pasillo, Sparta tendió los dedos hacia el monitor, degradando la imagen de la pantalla de vídeo que resultaba visible para Redfield. Éste entró en la pequeña habitación en estado de alerta, aunque relajado, muy propio con aquel caro traje inglés que mostraba indicios de la tentación que un hombre joven tenía de dar cierto toque de presunción al corte de las solapas; llevaba el brillante cabello castaño rojizo bastante largo.

—La inspectora Troy, de la Junta de Control del Espacio —dijo Proboda indicando con un gesto de la cabeza la pantalla de vídeo y sin darse cuenta de que la pantalla ya no estaba enfocada tan nítidamente como antes.

Blake se dio la vuelta hacia la pantalla con esa media sonrisa expectante y reservada que tienen las personas acostumbradas a las relaciones sociales. Si reconoció a Sparta, no dio muestras de ello, pero la joven estaba convencida de que

aquel hombre era tan bueno como ella en esta clase de juegos. Si tenía algo que ocultar, sabría ocultarlo mejor que cualquiera de los demás.

Sparta lo examinó concienzudamente, aunque el ojo macrozoom había perdido gran parte de su capacidad al estar limitado por la pantalla de vídeo, de modo que no era capaz de captar el menor rastro de presencias químicas en Redfield. Hacía dos años que no lo veía; no parecía más viejo, pero sí más seguro de sí mismo. Se notaba que guardaba algo en reserva, algo en lo que ella no había reparado antes. El único sonido procedente del hombre, que flotaba ingrávido en aquella habitación acústicamente muerta, era la respiración, muy tranquila. Redfield esperó a que fuese ella quien hablase.

Si alguien hubiese hecho un gráfico de la voz de Sparta cuando por fin se puso a hablar, la falta de matices que se notaba en la misma habría resultado sospechosa.

—¿Actuó usted como agente del señor Darlington en la compra de Los siete pilares de la sabiduría, señor Redfield?

—Así es. —La voz de él, por el contrario, era cálida y alerta; una gráfica de la misma habría dicho: «Si tú no traicionas nada, yo tampoco».

—¿Cuál es el objeto de su viaje?

—Estoy aquí para encargarme de que ese famoso libro que acaba usted de mencionar le sea entregado sano y salvo al señor Darlington.

Sparta hizo una pausa. Parecía una respuesta ilógica, deliberadamente provocativa, y no podía dejarla pasar sin responder al desafío.

—Si planeaba usted asegurarse personalmente de dicha entrega, ¿por qué lo envió a bordo de la *Star Queen*? ¿Por qué no lo trajo usted mismo?

Redfield sonrió con malicia.

—Quizá lo haya hecho.

Comprendía que Sparta estaba al corriente de que no era así.

—He confirmado que el libro se encuentra a bordo de la *Star Queen*, señor Redfield.

—Eso resulta muy tranquilizador. ¿Puedo verlo yo también?

A Sparta le latía el corazón con fuerza, y muy de prisa. Por debajo de cualquier cosa que pudiera traer rápidamente a la consciencia, se daba cuenta de que iba a ocurrir algo que no había previsto. Y en aquel momento decidió que al señor Blake Redfield no se le iba a proporcionar más información de la que ya tenía.

—Bien, señor Redfield. Pase por esa puerta de la derecha, por favor. Siento haberle hecho esperar.

Cuando el hombre salía, Sparta advirtió que iba sonriendo. Y lo hacía con intención de que la muchacha lo viera así de sonriente. Con impaciencia, dijo:

—Muy bien, Viktor, era la última de las ovejas.

—¿La última qué?

—Las cabras están en el corral. Vamos a por ellas.

La reducida habitación a la que Farnsworth, Pavlakis y Sylvester fueron a parar tras pasar con dificultad por un retorcido recodo del tubo de acero, era otro cubo, éste de acero desnudo y tan impersonal como un submarino. La celda no tenía salida visible; el camino de vuelta se había cerrado mediante unos paneles corredizos. Una pantalla de vídeo sin imagen llenaba todo el techo.

La malhumorada conversación que sostenían los tres compañeros de encierro estaba a punto de convertirse en enconada riña cuando, de pronto, se iluminó la pantalla. Un primer plano de la inspectora Ellen Troy, ahora a tres veces el tamaño natural, se formó en la pantalla.

—Les prometí que esto no duraría mucho tiempo, y así será —anunció aquel icónico rostro. La imagen de Sparta fue sustituida por la nítida visión de una plancha de metal convexamente curvada—. Esta plancha del casco de la cubierta de soporte de vida de la *Star Queen*, designada como L-34, presenta un agujero. —La imagen se acercó en un zoom rápido a la esquina superior derecha, hasta un nítido agujero negro que se notaba en la pintura. La pantalla varió ahora para dar la imagen de la plancha desde otro punto de vista, desde la superficie interior, cóncava y ennegrecida—. La plancha presenta unas astillas internas que son características de un proyectil de alta velocidad, tal como un meteoróide —y de nuevo la imagen cambió, acercándose más para mostrar un cráter en el acero tan extenso como el del Etna—, que se halla cubierto de espuma de plástico endurecida para cerrar herméticamente el agujero.

Una nueva imagen mostró un grumo brillante y viscoso de plástico amarillo amontonado sobre el punto de la plancha donde se había mostrado el cráter, una vista del agujero antes de haber quitado de allí el plástico protector.

La voz de Sparta, pedante y casi intimidante, continuó hablando sobre la sucesión de imágenes.

—El daño, ciertamente significativo, causado a la *Star Queen* fue producido por una explosión que destruyó a la vez los tanques de oxígeno principales y la célula de combustible —dijo al tiempo que aparecía en pantalla una vista del ennegrecido desorden del interior de la cubierta de vuelo. Hizo una momentánea pausa para permitirles estudiar los daños antes de continuar—. No obstante, ni el agujero de la plancha del casco ni la explosión interna fueron causados por un meteoróide.

Los rostros solemnes de las tres personas se vieron bañados por la fría luz de la pantalla. Si aquel público formado por tres personas se había sorprendido ante aquella noticia, ninguno hizo nada que lo traicionara; reinaba un profundo silencio.

Otro primer plano, éste de una micrográfica, saltó a la pantalla.

—El dibujo derretido alrededor del agujero muestra grandes cristales irregulares de metal que son característicos de una fusión y un enfriamiento lentos, y no los dos

finos y regulares cristales que habrían resultado de una deposición instantánea de energía. Este agujero probablemente se efectuó con una antorcha de plasma. —Otro micrográfico—. Aquí ven ustedes que en realidad hay dos estratos separados del tapón de plástico endurecido. El primero es muy delgado, y sus laminaciones no muestran los dibujos de turbulencia que serían de esperar de un flujo de aire supersónico a través del agujero. Pueden ver ustedes la suave exfoliación que se da en este caso. —Ahora apareció una tabla computarizada—. Como demuestra este espectrógrafo, la capa de plástico se catalizó en realidad hace más de dos meses. En otras palabras, el agujero estaba en la plancha y fue sellado con plástico antes de que la *Star Queen* abandonase la Tierra. Observen que esta misma capa delgada está hecha pedazos en el centro, y que ha sido volada hacia afuera. La explosión se produjo dentro de la nave, abrió el agujero, permitiendo que escapase el aire, y luego volvió a sellarse rápidamente por los sistemas de emergencia de la nave. Más tablas y gráficos.

—La explosión interior fue causada por una carga de fulminato de oro que se hizo detonar mediante acetileno, y que se colocó dentro del revestimiento de la célula de combustible... Estos espectrogramas revelan la naturaleza de los explosivos. La ignición fue eléctrica y probablemente detonada a través del monitor de la célula de combustible mediante una señal preestablecida en la computadora de la nave.

La severa imagen de Sparta volvió a aparecer en la pantalla, brillando con fuerza en aquella austera celda de acero.

—¿Quién sabotó la *Star Queen*? ¿Por qué la sabotearon? Cualquiera de ustedes puede arrojar alguna luz en esto; hablen ahora o, si lo prefieren, hagan el favor de ponerse en contacto privadamente con la oficina local de la Junta de Control del Espacio. La *Star Queen* permanecerá precintada hasta que haya finalizado nuestra investigación.

Un rayo de luz penetró en la habitación y borró parcialmente la pantalla. Una doble puerta se había abierto en la parte trasera de la celda; allí afuera se encontraba justamente uno de los pasillos más concurridos del corazón de la estación.

Mientras tanto Sparta había accionado un interruptor que completaba el ciclo de su austera imagen en la pantalla de vídeo. La diminuta sala de control donde se encontraba la muchacha, poco más que un armario lleno de paneles brillantes, estaba oculta en una hendidura entre pasillos. Físicamente se encontraba más cerca de ellos de lo que ninguna de las personas de la celda se habría podido imaginar. Bajo la tapadera que le proporcionaba la pantalla se dirigió a Proboda, que revoloteaba cerca de ella en la sala de control.

—Viktor, usted cree que me mostré impertinente con la señora Sylvester. Sígalas, entonces. Si va a su despacho o se acerca a la *Star Queen*, hágamelo saber inmediatamente. Dondequiera que vaya, comuníquemelo con la mayor brevedad. Ya

se va... ¡Venga, vaya tras ella!

Sparta devolvió su imagen a la pantalla. Farnsworth y Pavlakis seguían en la habitación, aunque Pavlakis tenía ya un pie en el otro lado de la puerta y Farnsworth se encaminaba descaradamente hacia la pantalla de vídeo.

—Cosa rara ésta —le dijo Farnsworth a la pantalla gigante que quedaba por encima de su cabeza—. Lo de revelar las pruebas sin acusar a nadie.

—Nos encontramos a bordo de una estación espacial, señor Farnsworth. Más aislados que un pueblo de Kansas.

—¿Y si el malo no está aquí con nosotros?

—Entonces no hay malo alguno —repuso Sparta. El hombre era transparente, pero se comportaba con cierto descaro; estaba allí de pie, como diciéndole que ya se había dado cuenta de que Sparta conocía su pasado, pero que cometía un error al sospechar de él.

—¿Espera usted que las revelaciones que nos ha hecho permanezcan en secreto más que unos pocos minutos? ¿Incluso aunque se trate de la Tierra?

—¿Tenía usted algún comentario específico que hacer, señor Farnsworth?

Farnsworth hizo un gesto con el pulgar hacia Pavlakis, cuya mole seguía en el fondo, una silueta recortada contra el pasillo de fuera, brillantemente iluminado.

—Ése. La misma y familiar historia de timar a las compañías de seguros. Nunca se ha podido probar. Pero si ése no es el hombre que busca, seguro que él puede decirle quién es.

Era un hombre insolente, aunque en ese caso fuera, como Sparta ya había decidido, completamente inocente.

—¿Qué diría si yo le confiara que lo hizo Sylvester? —le preguntó Sparta. Bien. Al parecer esto lo echó un poco para atrás...

Pero Farnsworth se lo tomó en serio.

—¿Por celos, quiere usted decir? —Hablaba como si a él no se le hubiera ocurrido—. Este tipo, Darlington, compra el libro que Sylvester quería, de manera que ella se asegura de que él nunca...

—¿Etcétera?

—Una teoría muy original, ésa... —masculló Farnsworth.

—No es una teoría, Farnsworth. —El rostro de Sparta, de un tamaño el triple del natural, se inclinó hacia él.

—¿No es una teoría?

—En absoluto.

—Entonces ya ha dicho bastante. Por favor, perdóneme... —De pronto le había entrado mucha prisa por llamar a sus jefes. Fue flotando con dificultad hacia la puerta.

Pavlakis había desaparecido.

El intercomunicador le sonó a Sparta en la oreja derecha.

—Adelante.

—Aquí Proboda. La señora Sylvester se ha ido directamente al cuartel general de la «Compañía Minera Ishtar». En estos momentos estoy a la puerta de la verja de la «Ishtar».

La «Compañía Minera Ishtar» estaba situada a casi dos kilómetros de allí en el extremo más alejado de la estación espacial; desde allí sus ventanas y antenas podían mirar directamente a las brillantes nubes de Venus.

—Eso parece eliminarla a ella también. Reúnase otra vez aquí conmigo lo más pronto posible.

—¿Y ahora qué va a pasar? —Proboda daba la impresión de estar irritado. La inspectora había vuelto a mandarlo a la caza de gansos salvajes.

—Esperaremos. Nuestra lista es muy corta, Viktor. Creo que vamos a presenciar una confesión o un acto de desesperación. Y a no tardar. Puede que dentro de diez o quince min...

Notó tanto como oyó el contundente golpe. Las luces se apagaron, todas, todas a la vez, y en la oscuridad el sordo gemido de las sirenas de alarma fue elevándose hasta convertirse en un aullido agudo y desesperado. Unos altavoces situados en las paredes se dirigieron urgentemente a todos los que pudieran oírlos, repitiendo en inglés, árabe, ruso y japonés: «Evacúen el sector uno del núcleo central inmediatamente. Hay una pérdida de presión catastrófica en la sección uno del módulo central. Evacúen la sección uno del núcleo central inmediatamente...»

Proboda gritó al intercomunicador lo bastante fuerte como para ensordecerla.

—¿Se encuentra bien? ¿Qué ha pasado ahí? ¿Troy?

Pero nadie respondió.

Los sistemas vitales de una estación espacial son autónomos. Alguien que conocía bastante bien Port Hesperus se las había ingeniado para dejar aislado todo el sector central que miraba a las estrellas, interrumpiendo la energía del recinto principal, procedente del reactor nuclear, y cortando las líneas de las tomas solares. Todo esto en el mismo instante en que una escotilla de presión estallaba en el sector de seguridad...

Hasta que entraron en acción las baterías de emergencia, iba a estar todo muy oscuro.

Pero no para Sparta, que sintonizó su corteza visual en la gama de infrarrojos y se dirigió a toda velocidad a través de un extraño mundo de formas fosforescentes, un entorno que recordaba misteriosamente alguna gigantesca maqueta de plástico de cualquier complejo organismo iluminado solamente con neón rojo. Exceptuando las instalaciones de luz, que aún brillaban a causa del calor que había en sus diodos, todo lo demás estaba oscuro. Los cables empotrados en los paneles de las paredes seguían brillando por la resistencia a la electricidad que unos instantes antes había fluido por ellos, y los propios paneles brillaban débilmente con calor prestado.

Aunque la mayoría de los aparatos microminiaturizados de la estación consumían sólo unas cantidades insignificantes de electricidad, su extremada densidad formaba puntos calientes que fosforecían en los teléfonos y cadenas de datos. Todas las pantallas planas y vídeos fosforescían con los mismos alfanuméricos, gráficas o imágenes de rostros humanos que tenían en pantalla en el momento de cortarse la energía. Y aquellos lugares que habían sido tocados por manos o pies humanos durante la última hora resplandecían a causa del calor ocasionado por el paso de tales seres humanos. De haber ratas en las paredes, Sparta las habría visto.

Afuera, en los salones y pasillos, las luces de emergencia destellaron rápidamente abastecidas por sus propias baterías autónomas; lanzaban rayos duros y desnudas sombras de estróbica sobre los pasillos, que estaban abarrotados. La gente se movía como bandadas de calamares, avanzando con un único propósito hacia la parte central del núcleo; la mayoría de ellos se movían en silencio, silencio roto únicamente por algunos gritos de miedo a los que se respondía de inmediato con órdenes tranquilas cuando el personal de emergencias cogía a remolque a los recién llegados, muy atemorizados, y los conducía con firmeza hasta un lugar seguro.

La pérdida de presión es el primordial temor en el espacio, pero los residentes habituales en Port Hesperus habían pasado con tanta frecuencia por simulacros rutinarios para ese tipo de eventos precisamente, que cuando se producía uno de verdad se consideraba casi como una rutina más. Los más antiguos se encontraban a sabiendas de que era tan enorme el volumen de aire existente en tan sólo un sector del

núcleo de Port Hesperus, que harían falta ocho horas antes de que la presión bajase desde aquel lujoso valor habitual, propio del nivel del mar, a la escasez de la cima de las montañas de los Alpes. Y mucho antes de que eso sucediera, los equipos de reparaciones habrían terminado su trabajo.

Sparta procuró mantenerse en la oscuridad, evitando los pasillos y las muchedumbres; flotaba entre el tenue resplandor de infrarrojos existente en los pasadizos de acceso, avanzaba a lo largo de los conductos de carga y pasaba junto a las tuberías e hileras de cables que había en los túneles de ventilación mientras se dirigía hacia el lugar donde se encontraba la escotilla volada. Se movía en sentido opuesto al gentío, pero en la misma dirección que el aire; solamente necesitaría unos breves momentos de escucha para localizar con exactitud la dirección del viento, pues éste ululaba al pasar por la plancha de presión volada y hacía sonar el núcleo como si de un gigantesco órgano se tratase.

Mientras volaba sentía la brisa; al principio ésta se removía con suavidad, pero luego fue haciéndose cada vez más refrescante. A veinte o treinta metros del agujero, el flujo de aire alcanzaba una velocidad propia de huracán, y si Sparta se veía obligada a saltar por encima de aquella imaginaria linde, sería absorbida por aquel embudo supersónico y saldría disparada igual que una bala de rifle. Tendría que acercarse a aquel lugar, pero no tanto.

La escotilla abierta se hallaba en la cámara de descompresión Q3 y el propósito de este segundo acto de sabotaje estaba muy claro para Sparta: alguien había tenido necesidad de provocar algo que distrajera la atención de la gente de la *Star Queen*, algo que convirtiera las inmediaciones en un lugar inseguro. Alguien mucho más inteligente de lo que Sparta había sospechado. De modo que la muchacha atajó a toda velocidad por las calles traseras de la estación espacial para intentar llegar a la *Star Queen* mientras el culpable estuviera aún a bordo.

Se le ocurrió, mientras se aproximaba al compartimento de descompresión a través del tramo final de uno de los conductos de ventilación, que aquella distracción no sólo había sido inteligente, sino también astuta, pues había provocado el máximo temor con un mínimo riesgo de daños personales. Las únicas personas en las inmediaciones de la escotilla que habían volado eran guardianes pertrechados con trajes espaciales, de manera que aunque hubiesen sido absorbidos al vacío de la bahía de aterrizaje habrían estado lo suficientemente protegidos. ¿Se trataría de un malvado con buen corazón?

No el que había volado el abastecimiento de oxígeno de la *Star Queen*. Quizás en este caso la seguridad fuera más aparente que real, producto accidental de un plan fundamentalmente pragmático.

Sparta golpeó el panel del extremo del conducto de ventilación y lo vio alejarse, arrastrado por la corriente de aire; se asomó por el agujero y contempló una

desolación oscura y clamorosa. Las proximidades del comportamiento de descompresión de la zona de seguridad se hallaban desiertas. Los guardias, en el caso de que no se encontraran en un mal sitio a la hora precisa y no hubieran sido lanzados hacia afuera, habrían recibido ya órdenes de despejar la zona. Eso sería lo que el autor de los hechos planeaba, lo que necesitaba.

Y si Sparta estaba en lo cierto, el individuo aún se encontraría a bordo de la nave; habría dejado la escotilla abierta de par en par, sin malgastar el tiempo poniéndose el traje espacial, y estaría a punto de volver a salir en cualquier momento.

Sparta le impediría la huida. Se dio impulso y salió del conducto de ventilación. Pegándose a las paredes para resistir mejor el absorbente vacío, avanzó adelantando una mano detrás de la otra hasta entrar en el tubo de aterrizaje de la *Star Queen*. Siguió adelante lentamente mientras aquel viento atroz le desgarraba las orejas. Por fin llegó a la escotilla principal de la nave.

Una vez dentro de la misma manipuló los interruptores y contempló cómo la escotilla se cerraba sola herméticamente tras ella; dentro de la cámara de descompresión de aire reinaba el más absoluto silencio. Vio la fosforescencia de algunas huellas de manos en los interruptores y en los travesaños de la escalera, huellas de manos pertenecientes nada más a una persona.

Allí estaban los dos solos. Sparta se inclinó para acercarse más a una de aquellas huellas fosforescentes e inhaló su esencia química. No se trataba de nadie que hubiera conocido en Port Hesperus, nadie que hubiera tenido ocasión de tocar desde hacía semanas. Aquel penetrante dibujo de aminoácido, al hacerse plenamente visible para ella, le tomaba el pelo a su memoria, pues no se encontraba en ningún lugar a donde ella tuviera acceso...

En un posible guión, Sondra Sylvester habría estado en la bodega tratando de robar Los siete pilares de la sabiduría; pero dos minutos antes, Sylvester se encontraba a dos kilómetros de allí. En otro guión, que era el favorito de Sparta, habría sido Nikos Pavlakis quien se encontrase en la nave, en la cubierta de vuelo, disponiendo los sistemas automáticos para hacer despegar la nave y lanzarla disparada de la estación en dirección al sol, para enterrar allí definitivamente las pruebas de traición por parte suya y de sus socios. Pero, sin cómplices, Pavlakis no había tenido tiempo de poner en marcha un alboroto que causara distracción.

Sparta se adentró en la nave con cautela, pasó por la cubierta de almacenamiento de víveres y allí se detuvo; luego bajó flotando a través de la cubierta de vuelo. La fosforescencia de las luces de la consola, alimentadas por baterías, formaba un suave caleidoscopio circular en medio de la oscuridad. Se detuvo de nuevo, escuchando...

Un movimiento cauteloso y distante, el roce de un guante, quizás, o el suave roce de un pie contra la superficie metálica. Lo localizó; su presa estaba en la bodega A. Y no era quien ella esperaba encontrarse.

Si quienquiera que se hallase en la bodega no era Sylvester, entonces era uno de sus agentes. No Nancybeth, que, incapaz de concentrarse en nada que no fueran sus propias necesidades y placeres durante más de un minuto seguido, resultaba tan localizable somáticamente como un niño pequeño. Las comunicaciones dirigidas a y procedentes de la Helios habían sido rigurosamente monitorizadas; alguien que había estado a bordo de la Helios, pues. Sparta se dio cuenta de que había sido una tonta...

Se arrastró poco a poco, ingrávida, por el pasillo de la cubierta de soporte de vida con todos sus hiperdesarrollados sentidos alerta, y pasó por la escotilla de la cámara de descompresión de aire que había en la bodega —que estaba entreabierta— hasta que tuvo la cara a sólo unos centímetros de la escotilla exterior de la bodega A. Ésta también se encontraba abierta. Avanzó en silencio, dándose impulso con los dedos sin producir casi fricción, y entró en la cámara de descompresión.

—No tengas miedo de mí —le dijo él. Tenía la voz tan cálida como antes, pero esta vez se elevaba desde una base tonal más firme y profunda. Estaba bastante cerca—. Necesitaba averiguar una cosa.

Sparta pensó que aquel hombre hacía gala de un control extraordinario. Si hubiera tomado las huellas de su voz, las palabras de él no hubieran revelado falta de sinceridad.

La muchacha se detuvo donde estaba, sin aliento, a fin de poder pensar un poco. Podía oírlo y olerlo, sabía aproximadamente dónde estaba, pero iba desarmada y él no quedaba en el punto de mira.

—No tienes que dejarte ver —le dijo él—. No estoy seguro de dónde estás, en realidad, aunque creo que puedes oírme fácilmente. Déjame que te explique.

Transcurrieron unos segundos que Sparta aprovechó para acercarse centímetro a centímetro a la escotilla interior. La oscuridad de la bodega era fría y negra, al menos lo que ella podía ver, a no ser por el débil resplandor rojo que se percibía en los lugares que él había tocado.

El dibujo que formaban las huellas mostraba claramente lo que aquel hombre andaba buscando..., el espacio donde antes descansase el estuche de «Styrene» del libro ahora era un hueco frío y vacío.

—Voy a partir del supuesto de que estás dispuesta a escucharme —dijo él.

Sparta ya lo tenía localizado, pero no con tanta precisión como hubiera querido. Él acechaba en la parte de dentro de la cámara de descompresión. Aquel sonido... estaba producido probablemente por una mano o una cadera de aquel hombre al rozar ligeramente el revestimiento de la bodega, a no mucho más de unos cincuenta centímetros de la cabeza de ella. Tenía que hacer que siguiera hablando, hablando y moviéndose del modo inconsciente que entraña el hablar, que siguiera hablando un minuto más y ella sabría dónde agarrar...

—Necesitaba echarle un vistazo a este libro antes de que tú dieras permiso para

que lo sacasen de la nave —siguió diciendo él—. Tú me dijiste que estaba aquí, pero yo tenía que saber si el libro que habías visto era el auténtico. Tú no eres una experta. Yo sí.

La muchacha avanzó unos centímetros más, respirando tanto hacia dentro como hacia fuera en largas, lentas y controladas inhalaciones y exhalaciones que ningún otro oído más que el de ella misma podía captar. La respiración del hombre, como Sparta se encontraba tan cerca, era una nube visible de calor que palpitaba lentamente en el aire oscuro al otro lado de la cámara de descompresión.

En la oscuridad, a treinta centímetros de distancia, él continuaba dándole explicaciones.

—Siempre cabe dentro de lo posible que alguien que disponga de tiempo y de un montón de dinero para gastar falsifique un libro de principios del siglo xx. Habría tenido que buscar artesanos que trabajen tipos de metal, para empezar; e impresores dispuestos a imprimir un libro al estilo antiguo, línea a línea, a partir de un texto que consta casi de un tercio de millón de palabras. Habrían tenido que hacer los moldes de la linotipia, cosa que llevaría meses, y eso contando con que tal persona poseyera la habilidad necesaria, a no ser que la caja de tipos original aún existiera y hubiesen conseguido hacerse con ella. Habrían tenido que encontrar papel antiguo de la clase apropiada, o imitarlo, con filigrana y todo, y hacer que pareciera antiguo. Luego quedaría la encuadernación, el estuche jaspeado, las pastas de piel... ¡Figúrate qué maña, qué habilidad tan increíble!

En su apasionamiento ante el objeto que estaba describiendo, aquel libro peculiar y antiguo, dio la impresión momentáneamente de que se hubiese olvidado de Sparta.

Ésta titubeó, y luego habló en un susurro que sólo podía llegar hasta él.

—Te estoy escuchando. —No obtuvo respuesta Quizás él se hubiera sobresaltado por la proximidad—. ¿Por qué es tan importante ver el libro ahora? ¿Por qué no esperar? —susurró Sparta.

—Porque es posible que el libro auténtico aún se encuentre a bordo.

¿Esperaría ser él el primero en encontrar el libro auténtico? ¿O todo esto se trataba sólo de una elaborada coartada porque ella ya lo había sorprendido con el libro auténtico en las manos?

—Sondra Sylvester voló hasta Washington y luego volvió a Londres tres semanas antes de embarcar en la Helios —continuó diciendo la muchacha—. Hizo otros viajes de Francia a Inglaterra. ¿Qué estuvo haciendo allí?

—Fue a Oxford. Hizo construir un libro. —La voz del hombre era ahora más atrevida, más oscura, como madera dura y antigua—. Yo lo tengo ahora en la mano.

Un obturador chasqueó en la mente de Sparta, una pared descendió, tomó una decisión. Deslizó las manos por encima del borde de la escotilla y se dio impulso con fuerza, entrando velozmente en la bodega. Se incorporó contra los anaqueles de acero

que se hallaban situados frente a la escotilla y se volvió de cara a él. Aquel hombre era, en la oscuridad, como un globo fosforescente de color rojo junto a la escotilla abierta. Lo que tenía en las manos era..., un libro...

... sólo un libro.

—¿Podemos dar la luz? —preguntó él.

—Adelante.

Él levantó la mano y tocó el interruptor que había junto a la escotilla. Varias luces piloto verdes iluminaron la bodega, y la joven cambió la visión al espectro visible. Durante un momento Blake le sostuvo la mirada. Parecía un poco tímido, como si lamentase todo aquel alboroto.

Entonces Sparta tuvo un extraño pensamiento: pensó que él presentaba un aspecto encantador con aquel pelo rojizo en desorden y el traje completamente arrugado.

Blake levantó el libro, mostrándoselo.

—Una bella falsificación. La linotipia es perfecta. El papel es perfecto, de la clase que todavía se utiliza para imprimir las Biblias. La encuadernación es extraordinariamente buena. Cualquier análisis químico probará que el libro es nuevo, pero si uno no hubiera visto nunca el original, tendría que leer gran parte del mismo para entrar en sospechas.

Sparta lo estuvo observando mientras escuchaba. Él era, desde luego, diferente.

—¿Qué es lo que revela? —le preguntó.

—Debía de haber un montón de gente en diferentes imprentas aporreando las teclas de la linotipia. Trescientas mil palabras. Y algunos de los impresores no fueron tan cuidadosos como los demás.

—¿Errores?

—Unos cuantos tipos. Sólo unos pocos, lo cual es extraordinario. —Blake sonrió—. Realmente no hubo tiempo para hacer una corrección de pruebas a conciencia.

Sparta comprendió a dónde quería ir él a parar.

—Pero, de todos modos, lo más probable es que Darlington no hubiera leído el libro.

—Por lo que yo sé de ese hombre, ni siquiera habría llegado a abrirlo. —Sonrió—. Bueno, puede que hubiese leído la página del título.

—¿Qué te hace pensar que el original sigue a bordo?

—Porque yo traje personalmente el libro en un transbordador y lo aseguré en ese anaquel sólo unas cuantas horas antes de que la *Star Queen* partiera. A no ser que lo sacaran de la nave inmediatamente, tiene que estar aquí.

—¿Es ése el estuche donde venía?

La caja gris de «Styrene» flotaba junto a él.

—Estoy casi seguro. No estaba tan preocupado por la cerradura. Un ladrón decidido que dispusiera de tiempo de sobra y tuviera acceso a la computadora de la

nave... Me pareció saber lo que Sylvester tramaba, ¿sabes? Pero no se me había ocurrido que pudiera actuar tan de prisa. La noticia del choque con el meteorode me hizo pensar en lo ansiosa que ella se había mostrado porque la *Star Queen* emprendiera el viaje según el programa. Luego me enteré de que la inspectora Ellen Troy había sido asignada...

¿Cómo se había enterado de eso? Ya se preocuparía por ello más tarde; iba a tener tiempo de sobra para interrogar a Blake Redfield.

—Muy bien, señor Redfield. Tenga la bondad de darme esta exquisita falsificación. Prueba A. —Con tristeza, añadió—: Gracias por su ayuda, intercederé a su favor en el juicio. Con un poco de suerte puede salir bien librado.

—Siento haber tenido que volar un agujero en la estación. Pero el alboroto que produjo no fue sólo por el libro... y no es que no lo valga. —No hizo ademán alguno de entregarle el libro—. Un sabio vendedor me dijo una vez que cualquier cosa que esté en venta vale exactamente lo que el vendedor y el comprador acuerden que vale. Según eso, el auténtico Siete pilares vale un millón y medio de libras. Esta falsificación puede haberle costado a Sondra Sylvester medio millón de libras. Mano de obra y materiales. Más los sobornos y pagas.

A la muchacha le gustaba la voz de él, pero estaba hablando demasiado.

—El libro, por favor.

Blake no dejaba de mirarla a los ojos.

—Ya ves, yo sabía que si alguien venía antes de que yo abandonase la *Star Queen*, tendrías que ser tú. En realidad contaba con ello.

Otra vez algo se le había pasado por alto a Sparta. Otra vez el corazón le latía apresuradamente. En otro tiempo había conocido bastante bien a Blake Redfield, todo lo bien que un adolescente puede conocer a otro. ¿Por qué ahora aquel hombre era un misterio para ella?

—«SPARTA» —dijo él tranquilamente—. Nunca me creí todo aquello que nos contaron que te había pasado, lo que les había pasado a los tuyos, por qué cancelaban el programa. Te reconocí en el preciso momento en que te vi en aquella calle de Manhattan. Pero tú no estabas dispuesta a que supiera ni siquiera que existías. De modo que...

Un gran ruido de metal al ser roto y rasgado lo interrumpió a media frase; aquel rechinar obscuro aplastó la calidez de su voz. Antes de saber de quién se trataba, mientras se acercaba sigilosamente a él, Sparta había visto abierta aquella otra bodega, pero no le había prestado atención.

—Sígueme —le gritó zambulléndose en la cámara de descompresión tras pasar junto a él a toda prisa. En el pasillo una bocanada de calor le abrasó la cara. La cámara de descompresión de la bodega C, que se hallaba abierta, parecía la boca de un homo. Cerró la escotilla violentamente e hizo girar la rueda—. ¡Blake, muévete!

Éste salió a toda velocidad de la bodega, sin soltar el libro falsificado.

—Súbete aquí —le urgió Sparta—. ¡Tenemos que salir de la nave, rápido!

Blake se dio impulso para salir de la cámara de descompresión..., justo cuando la tapadera de la escotilla se abombó a causa de un impacto impresionante y lo arrojó violentamente hacia un lado de la escalera. Sparta lo empujó y saltó tras él un instante antes de que aquella trompa ribeteada de diamantes se abriera paso a través de la plancha de acero de la escotilla como una sierra a través de una lámina de madera contrachapada, salpicando por todas partes metralla ingrávida. El robot «Rolls Royce» iba recortando rápidamente un agujero a su medida para poder pasar a través de la cámara de descompresión, cerrada herméticamente.

El robot minero, al que habían cargado en la nave por una escotilla de presión exterior, no sólo resultaba demasiado grande para la cámara de descompresión de aire, sino también para el pasillo; el hecho de que tuviera que romper la nave en pedazos para avanzar no lo detendría.

Blake pasó por delante de los camarotes y atravesó la cubierta de vuelo y la de víveres en dirección a la cámara de descompresión de aire principal; en la oscuridad, se daba impulso y se guiaba con una mano, y agarraba el libro con la otra. Sparta lo seguía de cerca, deteniéndose sólo para cerrar con fuerza la escotilla del pasillo inferior detrás de ellos.

Blake llegó a la parte superior del módulo de la tripulación. Se detuvo contra la escotilla exterior de la cámara de descompresión de aire principal, alargó una mano para accionar los interruptores...

... y volvió a retirar la mano como si se la hubiera escaldado.

Sparta se detuvo debajo de él.

—¡Vete, Blake! ¡Vete! —le gritó antes de ver lo que él veía, la señal roja resplandeciente que decía: «AVISO, VACÍO».

—Deben de haber cerrado el área de seguridad —dijo la muchacha—. La deben de haber dejado en vacío.

—Trajes espaciales..., en la pared, a tu lado.

El avance del robot era como un campeonato de demolición, un interminable aplastar y romper metal y plástico. En cualquier momento desgarraría el casco, y entonces ellos dos perecerían en el vacío.

—No hay tiempo —dijo ella—. Nuestra única oportunidad es inutilizarlo.

—¿Hacer qué?

—Aquí no. Estamos atrapados.

Sparta volvió a zambullirse hacia la cubierta de vuelo. Blake la siguió torpemente. Para él aquel lugar estaba tan negro como la boca de un lobo, excepto por la fosforescencia de las luces que había en la consola, pero al parecer la muchacha lo veía todo. Era capaz de ver a través de la cubierta de acero lo que

parecía el resplandor de una estrella blanca enana que se acercaba.

—¡Olvídate de ese maldito libro! —le gritó a Blake.

Pero éste sujetaba la exquisita falsificación como si valiera tanto como su propia vida. El robot llegó a la cubierta de vuelo al mismo tiempo que él; era un ser de pesadilla que iba precedido por el fulgor de sus radiadores. Tras haber ensanchado la abertura del pasillo con aquella trompa provista de dientes de sierra, sus sensores erizados fueron lo primero en aparecer por encima del borde del agujero, seguidos unas milésimas de segundo después por su gran cabeza, semejante a un casco de samurai, arremetiendo hacia el interior de la habitación. La cabeza giraba dando rápidos tirones, y los ojos compuestos de láminas de diamante reflejaban el resplandor multicolor del panel de instrumentos.

La oleada de calor que emitían aquellos radiadores fue suficiente para arrojar lejos de allí, dando volteretas, a Blake y a Sparta.

Los brillantes ojos del robot se fijaron en Sparta. Los motores de las patas de aceleraron produciendo un chirrido, y el robot saltó —cinco toneladas y media de masa ingrávida con las palas para extraer mineral extendidas— hacia el ángulo del techo donde la muchacha se encontraba, toda encogida. Ella poseía una pequeña fracción de la misma masa que la máquina, y podía acelerar mucho más de prisa; para cuando el robot llegó a chocar contra el techo de la cubierta de vuelo, Sparta ya estaba botando en el suelo.

—El extintor de incendios —le gritó Blake; y durante medio segundo la muchacha pensó que aquel hombre había sido presa del pánico, que había perdido el juicio... ¿Para qué sirve un extintor de incendios contra un reactor nuclear? Pero en el medio segundo siguiente se dio cuenta de que el calor había inspirado a Blake.

El hecho de que el robot minero no estuviese construido para trabajar en caída libre les proporcionaba una pequeña ventaja en aquella batalla. Y otra ventaja, apenas mayor, se le había ocurrido a Sparta mientras saltaba para esquivar el abrazo del robot: aquella máquina brutal actuaba como si tuviera alguna queja personal..., contra ella. No sólo quería abrir un agujero en la nave y dejar morir a Sparta, ebria de hypoxia. Quería hacerla pedazos. Y además quería verlo.

Alguien estaba mirando a través de los ojos del robot, alguien controlaba todos sus movimientos...

... hasta que Blake voló hábilmente hacia la cabeza de la máquina; mientras avanzaba lo apuntó con un extintor de incendios, apretó el gatillo y le cubrió los ojos con espesa espuma...

—¡Aaaah!

Blake lanzó un grito agudo, rápidamente ahogado. El robot se había vuelto al pasar él y un radiador le había quedado a tan sólo unos centímetros del brazo; Los siete pilares de la sabiduría había estallado en llamas. Dirigió frenéticamente el

extintor hacia el libro y luego hacia sí mismo, hacia la chaqueta que estaba ardiendo.

El enorme robot se lanzó sumido en una especie de frenesí, retorciéndose y azotando sin cesar. Había perdido uno de sus agarres y se había quedado sin visibilidad, igual que un escarabajo vuelto de espaldas en el suelo. Pero en cuestión de segundos encontraría dónde agarrarse, se aferraría a cualquier estructura fija. Y entonces seguramente la persona que lo manejaba por control remoto, obligada a establecer una muerte eficaz, se olvidaría de la venganza personal y se pondría sencillamente a usar la máquina para aplastar y romper las ventanas de la *Star Queen*.

Mientras tanto el enloquecido y fiero robot dominaba la cubierta de vuelo, bloqueándoles la huida; aunque no llegara a encontrar un buen apoyo para ponerse en pie, los mataría prendiéndoles fuego, derritiendo la cabina en torno a ellos.

Sparta sabía muy bien lo que tenía que hacer. Ello la dejaría completamente vulnerable. De modo intermitente le pasó por el cerebro la idea de que no podía fiarse de Blake Redfield, e instantáneamente el resto del cerebro dijo: «Déjalo para luego; lo primero es lo primero».

Sparta cayó en trance. La corriente de datos de frecuencia ultraelevada —la corriente de datos de un olfato frenético, la corriente de datos llena de odio de la transmisión de control del robot— fluyó hacia la mente de la muchacha. Levantó los brazos y las manos y los curvó formando un arco de antena. El vientre le ardía. Emitió el rayo del mensaje.

El robot dio una sacudida espasmódica y luego se quedó paralizado.

Sparta lo tenía cogido igual que a un gato, por el pescuezo, sólo que agarrado con la mente en lugar de con la mano, pero tenía que concentrarse totalmente para hacerlo. Era capaz de contrarrestar la potente señal procedente de aquel cercano transmisor sólo porque se hallaba a unos cuantos metros de distancia del robot; la energía que tenía almacenada en las baterías implantadas debajo de los pulmones se agotaría en poco menos de un minuto.

—¡Blake! —la palabra sonó oclusiva, hueca—. Tírale de la cápsula de combustible.

Lo dijo en un jadeo. El rayo que Sparta emitía osciló y la criatura hizo un violento y espasmódico movimiento.

Blake la miró boquiabierto. La muchacha flotaba como una sacerdotisa cretense en levitación bajo aquella luz misteriosa; tenía los brazos curvados en forma de ganchos, como si estuviese otorgando una salvaje bendición. Sparta se forzó a sí misma a pronunciar las palabras, que salieron débiles como roncosp susurros.

—En la panza. Tira de ella.

Blake se movió por fin y se metió debajo del robot, entre aquellas temblorosas patas y garras. Por encima de la paralizada máquina el techo se estaba chamuscando a causa del calor de los radiadores; el recubrimiento de plástico, recalentado, empezó a

derramar un humo acre que se extendía por toda la habitación. Blake manoseó torpemente la portilla del combustible —Sparta quería decirle lo que tenía que hacer, pero no se atrevía—, y al cabo de un momento descubrió cómo hacerlo y consiguió abrir la portilla.

Entonces volvió a quedarse atascado. Se detuvo a estudiar el ensamblaje de la célula de combustible durante unos segundos que se hicieron interminables.

Comprobó que estaba hecho tanto para seguridad como para resultar de simple manejo. Al fin y al cabo, era un «Rolls Royce». Blake cerró los dedos en torno a las grapas de cromo del ensamblaje de combustible, se sujetó firmemente con los pies contra el caparazón del robot y tiró de él.

El ensamblaje de combustible salió. El revestimiento se cerró como un telescopio para protegerlo cuando él lo retiraba. En aquel instante el voluminoso robot quedó destripado, muerto. Los radiadores se empezaron a enfriar...

... pero no a tiempo de impedir que el techo estallase envuelto en llamas.

—Maldita sea, más vale que haya otro extintor aquí dentro —gritó Blake.

Y lo había. Sparta lo sacó del soporte de un tirón, pasó como una flecha junto a Blake y cubrió el llameante acolchado del techo con espuma cremosa. Vacío toda la botella y luego la tiró lejos.

Se miraron —los dos emocionados— exasperados, chamuscados, tiznados y atragantándose con el humo; y entonces él se las arregló para esbozar una sonrisa. Sparta hizo un esfuerzo por devolvérsela.

—Vamos a ponernos los trajes espaciales antes de que nos asfixiemos.

Él se puso el de McNeil, ella el de Wycherly. Cuando Sparta estaba pasando parte del oxígeno de Wycherly al depósito vacío de McNeil, se detuvo. Había tenido otra inspiración.

—Blake..., fue Sylvester quien robó el libro, quien hizo que lo robaran, y creo que sé dónde se encuentra ahora.

—Tenía una caja con otros libros a bordo, pero ya he mirado allí...

—Yo también. Esto es una suposición. No me lo echés en cara si me equivoco.

Retorció los guantes del traje espacial, excesivamente grande para ella, y se los arrancó.

—¿A dónde vas?

—Necesito los dedos para lo que voy a hacer. Volvió a darse impulso hasta la cubierta de vuelo. Se movió entre las garras y patas del robot inerte hasta que encontró la entrada al procesador principal. Abrió la portilla y metió la mano dentro.

Blake la observaba desde el techo, apenas visible en la oscuridad.

—¿Qué haces ahí dentro?

La muchacha llevaba en ello lo que ya empezaba a parecer mucho tiempo.

—Voy a tener que volver a insertar el ensamblaje del combustible. No te

preocupes, ahora está lobotomizado.

Blake no dijo nada. No se le ocurría nada que decir, excepto que la muchacha debía estar loca.

Cuando el ensamblaje del combustible se deslizó dentro del robot, la cabeza de éste se tambaleó y las garras batieron débilmente, pero sus movimientos eran como los de un rinoceronte drogado. Sparta, que parecía pequeñísima dentro del traje de Wycherly, se situó de nuevo en el inerte abrazo del robot y metió la mano en el procesador. Los motores comenzaron a silbar. El abdomen del robot se abrió por el centro y se puso a desplegar una capa tras otra de cámaras compuestas, hasta que todos aquellos complicados intestinos de metal de la cavidad del procesador de metales quedaron al descubierto. Con aquella horrible luz parecía que la máquina se hubiera sacado las entrañas a sí misma.

Sparta se dio impulso por encima del destripado robot y se asomó al interior. Allí, sujeto entre dos enormes y macizos engranajes de tomillo sin fin y en medio de una malla de extremos de tubo y parrillas, se hallaba un frágil y hermoso libro, abrigado en su estuche.

Primero se encendieron las luces, y varios equipos de trabajadores vestidos de uniforme avanzaron eficientemente hacia el vacío sector de seguridad, evacuado de gente y de aire con el fin de reponer la escotilla de presión que había sido volada. Al cabo de media hora de comenzar la emergencia, ya se había presurizado de nuevo el núcleo y la vida se había reanudado como de costumbre.

Antes de eso, mientras el aire seguía fluyendo de nuevo hacia la cámara de descompresión Q3, una brigada de patrulla, con trajes de presión y las armas aturdidoras desenfundadas, irrumpió en la *Star Queen*. Eran policías curtidos, acostumbrados a vérselas con la furia de borrachos y homicidas y otras formas de locura que comúnmente afligen a los humanos residentes en estaciones espaciales. Pero aquella destrucción los dejó atónitos.

Por una parte, habían tenido pocas ocasiones de ver de cerca a los robots mineros que rondaban por la superficie del planeta, situado debajo de ellos; eran máquinas que les pagaban todos sus salarios. Pero encontrarse a uno de ellos surgiendo en medio de los escombros del puente de la *Star Queen*, aunque estuviera desguarnecido y debilitado, resultaba sencillamente aterrador. Se acercaron a la máquina con la misma cautela que unos buceadores se acercarían a un gran tiburón blanco en estado de coma.

Salvo por el robot, que resultó estar inutilizado, la nave se encontraba completamente desierta. Durante un largo rato ninguno de los patrulleros advirtió que faltaban los dos trajes espaciales que antes se encontraban colgados en la cubierta de víveres.

Cinco minutos después de habérselos puesto, Sparta y Blake ya se habían desembarazado de los trajes espaciales. De nuevo habían tomado la dirección de los conductos de ventilación, que estaban a oscuras. La muchacha conocía los caminos traseros de un modo que a él le era imposible conocerlos, pues había almacenado en la memoria mil diagramas de ingeniería. Pero Blake sí se había ocupado de memorizar lo que necesitaba saber acerca del trazado interno de Port Hesperus antes de salir de la Tierra, pues ya entonces planeaba el asalto a la *Star Queen*.

—Tres tacos de plástico montados sobre un reloj automático para la escotilla de presión —le dijo a Sparta—. Una carga cortará los cables auxiliares; también un reloj automático. Yo mismo desmonté los disyuntores, quería asegurarme de que no causaría ningún daño importante. Un par de trabajadores de la planta de energía tendrán resaca de éter...

—¿C-4? ¿No pusiste fulminato de oro? ¿Ni detonadores de acetileno?

Hablaban mientras avanzaban uno en pos del otro por entre aquel ensombrecido laberinto.

—¿Quién iba a usar esa chatarra? Es peligroso como mil demonios.

—Alguien a quien no le importase el daño que se produciría y quisiera que los escombros dieran la impresión de una explosión en una célula de combustible.

—¿La *Star Queen* sabotada?

—Debes de ser la última persona de todo el sistema solar en enterarte de la noticia. Eso suponiendo que no lo hicieras tú mismo.

Blake se echó a reír.

—Necesito que me cuentes el resto de lo que tú sabes, Blake, antes de decidir qué voy a hacer contigo.

—Detengámonos aquí un minuto —dijo él. Siguiendo una multiplicidad de tuberías y cables, habían llegado a la zona media del núcleo. Se encontraban en una subestación, rodeados de enormes aparatos de bombeo y voluminosos transformadores grises; la oscuridad crepuscular se hallaba surcada de brillantes barras de luz que se proyectaban desde un enrejado que había más abajo, deslizándose lentamente con la rotación de la estación. Por entre las barras podían ver directamente el interior de la esfera central, circundada de árboles y jardines, y las explanadas gemelas del centro social de la estación.

—Yo no seguí cursos de explosivos en «SPARTA», Linda...

—No me llames así. Nunca.

Aquella enojada advertencia resonó por toda la cámara de metal.

—Es demasiado tarde. Ya saben quién eres.

—¿Sí? Pues yo también sé quiénes son ellos. —La voz la traicionó, pues estaba cansada, y el miedo afloró a la superficie—. Lo que no sé es dónde están.

—Uno de ellos está aquí, en la estación. Buscándote. Por eso encendí los fuegos artificiales..., para poder estar contigo a solas. Antes de que ellos te cogieran.

—¿Quién es?

—No creo que yo pueda reconocerlo. O reconocerla. Pero quizá tú sí.

—Maldición. —Sparta suspiró—. Empieza desde el principio, ¿quieres?

—«SPARTA» se disolvió un año después de marcharte tú. En aquel entonces los de mi nivel, los de dieciséis y diecisiete años, éramos aproximadamente una docena: Ron, Khalid, Sara, Louis, Rosaria...

La muchacha lo interrumpió.

—Me acuerdo perfectamente de esa época.

—En primavera, después de que tú te marchases, vinieron a vernos extraños personajes pertenecientes a una agencia del Gobierno. Estaban reclutando gente, buscaban voluntarios para un «programa de entrenamiento suplementario», y no dejaban de hacer insinuaciones pesadas acerca del lado negro. Nos produjeron la

clara impresión de que tú habías ido antes que nosotros... Y, claro, tú eras un ídolo para todos.

—La que pagaba el pato por todos, querrás decir.

—Eso también, algunas veces. —Blake sonrió al recordar—. De todos modos, éramos unos primos, las víctimas propicias para comenzar el experimento. O por lo menos yo hice el primo. Me apunté —tuve que lanzarme a un combate a base de gritos con mi madre y mi padre, pero acabaron por ceder— y me fui a un campamento de verano con unos cuantos más. Quedaba en la parte este de Arizona, bien alto en el Mogollon Rim. Estuvimos allí unas tres semanas. Sabían que nos encontrábamos en buena forma, así que fueron directos al grano intelectual. Supervivencia. Cifras. Demolición. Asesinato silencioso. Luego me di cuenta que todo aquello no era más que peso ligero, un juego de niños. Como una audición, una criba, en realidad, para escoger a aquéllos de nosotros que tuvieran talento. Los que fueran psicológicamente susceptibles.

—¿Y a quiénes escogieron? ¿A ti y a quién más?

—A nadie. Tu padre apareció por allí una tarde. Le acompañaban unos forzudos de paisano, puede que del FBI. Nunca lo había visto tan enfadado; sencillamente aterrorizó a aquellos tipos supuestamente duros que dirigían el lugar. A nosotros, los muchachos, no nos dijo gran cosa, pero notamos que se le estaba rompiendo el corazón. Una hora más tarde nos llevaban de vuelta a Phoenix. Ahí acabó el campamento de verano. —Blake hizo una pausa—. Ésa fue la última vez que vi a tu padre. Tampoco vi nunca más a tu madre.

—Están muertos. Oficialmente. En un accidente de helicóptero ocurrido en Maryland.

—Sí. ¿Fuiste al funeral?

—Quizá. Pero quizá no. Ése es precisamente el año que me falta de la memoria.

—No he conseguido encontrar a nadie que fuera al funeral. Nos enteramos de eso, del accidente, un mes después de llegar a casa. «SPARTA» se disolvió entonces. El otoño siguiente nos dispersaron, a la mayoría nos metieron en colegios privados..., rodeados de personas que nos parecían retrasados mentales. Todavía teníamos mucho que aprender. De lo que te había ocurrido a ti, nadie supo nunca nada.

—¿Qué me pasó a mí?

Blake la miró, y la expresión de los ojos se le suavizó.

—Esto no lo sé por experiencia, esto lo sé porque lo he investigado —le dijo Blake—. En algunas publicaciones encontrarás noticias de que por aquella época hubo un programa para implantar biochips en sujetos humanos. Supuestamente, aquel programa estaba bajo el control de la Marina, porque ellos eran los expertos en biochips, en vez de estar bajo el control del Ministerio de Sanidad o el de Ciencia, como cabría esperar. El primer sujeto fue alguien que se suponía estaba clínicamente

muerto, muerto cerebralmente.

—Una buena tapadera. —Sparta se echó a reír, pero la amargura se le reflejaba en la voz—. Todo lo que hicieron fue darle la vuelta a la relación causa y efecto.

Blake se quedó aguardando, pero ella no dijo nada más.

—Ese sujeto dio, supuestamente, muestras de una notable mejoría al principio, pero luego se trastornó de un modo bastante serio y lo tuvieron que poner bajo cuidados permanentes. En un sitio privado de Colorado.

—Biochips no fue lo único que le implantaron, Blake —susurró la joven—. Tenían mucho que ocultar.

—Ya he empezado a darme cuenta de ello —dijo él—. Hicieron todo lo que pudieron. Hace cuatro años ese lugar de Colorado se destruyó en un incendio. Doce personas murieron. Y ahí se acaba la pista.

—Todo lo que me has contado ya lo he reconstruido por mí misma —dijo ella con impaciencia.

—Si no te hubiera visto viva, me habría dado por vencido. ¿Cómo lograste escapar?

—Por el médico que se suponía era mi perro guardián... Al parecer la conciencia empezó a molestarle. Empleó biochips para reparar las lesiones que me habían causado. Empecé a recordar... —Se dio la vuelta hacia Blake y, sin pensarlo, le agarró con fuerza de un brazo—. ¿Qué ocurrió durante ese año que me falta? ¿Qué intentaban hacerme realmente? ¿Qué hice yo que los asustó y les obligó a convertirme en un vegetal?

—Puede que te enterases de algo —insinuó él.

Sparta iba a empezar a hablar, pero titubeó; el tono de Blake le alertó de que a lo mejor no le gustaba lo que iba a oír. Retiró la mano y preguntó con calma:

—¿Qué supones tú que fue?

—Yo creo que te enteraste de que «SPARTA» era algo más que lo que afirmaban tus padres. La punta de un enorme iceberg, un antiguo iceberg. —Blake se quedó mirándola mientras la estación giraba en el espacio y las brillantes barras de luz que penetraban por la reja se cortaban en cintas—. Hay una teoría. Un ideal. Se han quemado hombres y mujeres con la excusa de ese ideal. Y a otros que creyeron en ello se les ha ensalzado como grandes filósofos. Y algunos de los creyentes ganaron poder y se convirtieron en monstruos. Cuanto más profundizo en el estudio de este tema, más conexiones encuentro y más se adentran en el pasado. En el siglo XIII se les conocía como adeptos del Espíritu Libre, los prophetae, pero usaran el nombre que usasen, nunca han sido erradicados del todo. Su meta ha sido siempre la divinidad. La perfección de esta vida. El superhombre.

A Sparta le hormigueaba el cerebro; las imágenes danzaban a media luz, pero se encendían y se apagaban como un estroboscopio antes de que consiguiera traerlas a la

consciencia. Aquella vibración peculiar sobrepasaba su sentido normal de la vista; se apretó los párpados cerrados con los dedos.

—Mis padres eran psicólogos, científicos —dijo en un susurro.

—Siempre ha habido un lado oscuro y un lado iluminado, un lado negro y un lado blanco. —Con paciencia, Blake esperó a que ella volviera a abrir los ojos—. El hombre que dirigía Inteligencia Múltiple se llamaba Laird —le dijo Blake—. Trató de mantener en secreto que estaba implicado en el asunto.

—Reconozco el nombre.

—Laird conocía a tus padres desde hacía muchos años, desde hacía décadas. Desde antes de que inmigraran. Es posible que estuviera al corriente de algo que los colocara en una situación embarazosa.

—No —susurró Sparta—. No, Blake. Creo que él los sedujo con visiones de un camino más fácil hacia la perfección.

—¿Te has acordado de algo nuevo?

La muchacha miró a su alrededor, distraída y nerviosa.

—Me has sido de gran utilidad, Blake. Ya es hora de que pasemos al resto de nuestro asunto.

—Laird se ha cambiado el nombre, puede que hasta el aspecto, pero creo que sigue teniendo influencias en el Gobierno.

—Ya me preocuparé por eso más tarde.

—Si hubiera conseguido controlarte a ti, habría podido convertirse a sí mismo en lo que hubiera querido. —Hizo una pausa—. Puede que hasta en presidente.

—Pero fracasó a la hora de controlarme. Y también fracasó en hacerme perfecta.

—Me parece que le gustaría enterrar las pruebas de su fracaso.

—Eso lo comprendo bastante bien. Pero es problema mío.

—Yo lo he hecho mío —dijo Blake.

—Lo siento, pero no puedes tomar parte en este juego. Y sigamos con el juego al que estábamos jugando antes. Atrapar a un ladrón.

—Inspectora Ellen Troy, de la Junta de Control del Espacio.

La expresión de la redonda cara de Vincent Darlington ondeó entre desagrado e incredulidad.

—¿Qué demonios había podido...?

Por fin se decidió por adoptar una expresión de deferencia ante la autoridad. De mala gana abrió las puertas del «Museo Hesperiano».

Sparta se metió la insignia en el bolsillo. Todavía llevaba el disfraz de rata de muelle, y en aquel momento se sentía más como una rata de muelle que como una policía.

—Creo que conoce usted a Blake Redfield, de Londres —continuó Sparta.

—Cielos, señor Redfield —exclamó Darlington, emocionado—. Oh, pasen, adelante los dos. Por favor, perdonen este espantoso desorden, íbamos a haber tenido una celebración...

El lugar parecía un depósito de cadáveres. Numerosos trapos blancos cubrían abultados montones encima de unas mesas largas que se alzaban contra las paredes. Escenas lujuriosas y reverentes en óleos densos colgaban en marcos muy recargados. Una luz coloreada procedente de la cúpula de cristal se extendía sobre todo ello.

—¡Bien! —Darlington, titubeante, le tendió a Blake una rolliza mano—. Es..., es estupendo conocerle a usted en persona por fin.

Blake le estrechó la mano con firmeza, mientras la escandalizada mirada de Darlington se posaba en la manga chamuscada de la chaqueta. Blake siguió la dirección de la mirada.

—Lo siento, pero me acabo de ver implicado en el incidente de la pérdida de presión —le explicó— y no he tenido tiempo de asearme.

—Dios mío, eso ha sido espantoso. ¿Qué demonios ha sucedido? Es la clase de cosas que le hacen anhelar a uno volver a tierra firme.

—El incidente se está investigando —dijo Sparta—. Entretanto se ha decidido permitirle a usted sacar su propiedad de la *Star Queen*. Creo que estará exactamente igual de segura aquí con usted.

En la curva del brazo izquierdo, Blake sostenía un paquete en forma de adoquín envuelto en plástico blanco.

—Aquí tiene el libro, señor —le dijo al tiempo que le tendía el paquete. Retiró el plástico revelando el prístino papel jaspeado del estuche.

Darlington abrió mucho los ojos detrás de las gruesas gafas redondas y frunció la boca con deleite. Tranquilamente cogió el libro de las manos de Blake, lo contempló durante un momento y luego lo llevó ceremoniosamente a la vitrina que se hallaba en la cabecera de la sala.

Depositó el libro sobre el vidrio y sacó del estuche el volumen de cubiertas de piel. Los cantos dorados de las páginas brillaron bajo aquella luz extraña y dramática. Darlington acarició la portada marrón tostado con tanta suavidad como si de una piel viva se tratase; luego le dio la vuelta a aquel precioso objeto en sus manos para inspeccionar la impecable encuadernación. Lo colocó reverentemente de nuevo sobre el vidrio y comenzó a hojearlo..., hasta que llegó a la página del título.

Allí lo dejó. Blake miró a Sparta. Ésta sonrió.

—¿Lo envió usted así? —le preguntó bruscamente Darlington—. Este hermoso libro podría haberse ensuciado gravemente.

—Nos hemos quedado la caja de embalaje como evidencia —dijo Sparta—. Yo le pedí al señor Redfield que inspeccionase el libro a fin de garantizar su autenticidad.

—Yo deseaba ver que estaba a salvo en sus manos, señor Darlington.

—Sí, desde luego. ¡Bien! —Darlington sonrió alegremente; luego echó una ojeada por la sala presa de una súbita inspiración—. ¡La recepción! ¡Al fin y al cabo, todavía no es demasiado tarde! ¿No les parece? Voy a llamar a todos inmediatamente.

Darlington echó a andar hacia su despacho, dio unos pasos y se acordó de que había dejado Los siete pilares de la sabiduría al descubierto. Tímidamente, regresó.

Se puso a manipular las complicadas cerraduras de la vitrina y después colocó cuidadosamente el libro en unos almohadones de terciopelo que había en el interior. Empujó la puerta de la vitrina y la cerró.

Una vez que Darlington hubo acabado de ajustar la cerradura magnética, levantó la vista y le dirigió una afectada sonrisa a Sparta; ésta le hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Pues nosotros nos vamos. Por favor, tenga el libro a mano por si fuera requerido como prueba.

—¡Estará aquí mismo, inspectora! ¡Estará aquí mismo! —Darlington dio unas palmaditas en la vitrina; luego salió disparado hacia una de las mesas y quitó con una reverencia la sábana que la cubría, poniendo al descubierto un montón de canapés de gambas. Estaba tan emocionado que casi se pone a aplaudir.

Blake y Sparta se encaminaron hacia las puertas.

—Oh, por cierto, tienen ustedes que venir a la fiesta —les dijo Darlington cuando la puerta de entrada se abría ante ellos—. ¡Los dos! Cuando hayan tenido oportunidad de asearse.

La avenida que discurría por delante del museo estaba atestada de peatones. Se encontraban enfrente del jardín de Vancouver; echaron a andar con paso rápido atravesando el pavimento de metal y siguieron un sendero entre rocas de granito cubiertas de helechos buscando el abrigo de las arqueadas ramas de pino y postes de tótems. Una vez que estuvieron a solas, Blake dijo:

—Si no me dejas ir contigo, voy a aceptar la invitación de Darlington. Estoy muerto de hambre.

Sparta asintió con la cabeza.

—Veo, Blake, que disimulas tan bien como yo. «Implicado en el incidente...»

—Es una distinción que no supone diferencia alguna, ¿no? Dar una falsa impresión a sabiendas es mentir, y punto.

—Mi trabajo es de esa naturaleza —respondió la muchacha brevemente—. ¿Y tú en qué te basas?

Cuando Sparta se daba la vuelta, él la cogió suavemente por el codo.

—Guárdate la espalda. No sé qué se proponen hacer contra ti, pero han sacado los instintos asesinos.

Sparta recuperó el paquete que había ocultado en la sala de los transformadores y luego se apretó el intercomunicador, cuyo timbre insistente había apagado ella misma

hacía media hora, contra la oreja.

—¿Dónde ha estado?

La pregunta de Proboda, mitad de preocupación y mitad de pánico, resultaba casi conmovedora.

—Había subestimado a nuestra presa, Viktor. Fui a la *Star Queen* esperando que...

—¿Ha estado a bordo? —gritó él tan fuerte que la joven se arrancó el intercomunicador de la oreja.

—Maldita sea, Viktor..., esperaba coger al culpable in fraganti —resumió la muchacha volviéndose a poner el intercomunicador en la oreja—. Pero desgraciadamente me tropecé con un enorme robot.

—Dios mío, ¿se ha enterado de lo que ha ocurrido dentro de esa nave?

—Acabo de decirle que he estado allí —repitió Sparta, exasperada—. Quiero que se reúna conmigo en las oficinas de la «Compañía Minera Ishtar». Vaya usted solo y hágalo ahora mismo.

—La comandante Antreen está terriblemente enfadada, Ellen. Quiere que venga usted aquí inmediatamente.

—No tengo tiempo. Dígale que le entregaré un informe completo en cuanto me sea posible.

—Yo no puedo..., es decir, por mi propia inicia...

—Viktor, si no se reúne conmigo en la «Ishtar» tendré que ocuparme de Sondra Sylvester yo sola. Y estoy demasiado cansada para ser amable.

Desconectó el intercomunicador. Esta vez no mentía; consternada, se dio cuenta de que estaba temblando de fatiga. Confiaba en que el cansancio no le impediría llevar a cabo el resto de la tarea.

Las dos compañías mineras más importantes de Port Hesperus constituían la base económica de la colonia; «Ishtar» y «Dragón Azul» eran rivales cordiales aunque serios, y sus respectivos cuarteles generales se encontraban en lados opuestos, en brazos salientes situados en el extremo de la estación que apuntaba hacia el planeta. Por la parte de fuera, estas instalaciones se hallaban erizadas de antenas que transmitían y recibían telemetría codificada. Sólo los espías veían el interior de los transbordadores acorazados de metal de la competencia. Las instalaciones de fundición y acabado estaban ubicadas en algunas estaciones satélites que se hallaban a varios kilómetros de distancia.

Tras mostrar su placa a un monitor de vídeo, a Sparta se le permitió la entrada en la «Ishtar» a través de sus puertas principales tachonadas de bronce, la llamada Cancela Ishtar, que daba a un largo pasillo en espiral tapizado con paneles de cuero oscuro y que conducía hacia fuera desde el núcleo ingravido hasta llegar a una

gravedad semejante a la que es normal en la Tierra. No había vigilantes a la vista, pero la joven era consciente de que su avance sería seguido por medio de monitores durante todo el trayecto.

Al final del pasillo se encontró en una habitación lujosamente recubierta de paneles de caoba tallada; el suelo estaba cubierto de alfombras chinas y persas. Aparentemente la estancia no tenía otra salida, aunque Sparta sabía que no era así. En el centro de la habitación en sombras una pequeña lámpara iluminaba una estatuilla de oro de la antigua diosa babilónica Ishtar, una versión moderna realizada por Fricca, la popular artista del Cinturón Principal.

Sparta se detuvo, atraída por la estatuilla, y realizó con su ojo macrozoom una inspección microscópica. Se trataba de un trabajo maravilloso, pequeño pero henchido de poder, flexible pero nudoso, como un estudio en cera de Rodin. Alrededor de la base se habían esculpido los versos de un himno primitivo en letras que imitaban la escritura cuneiforme: «Ishtar, la diosa del crepúsculo, soy yo. Ishtar, la diosa del amanecer, soy yo. Los cielos destruyo, la tierra devasto en mi supremacía. La montaña arraso de una vez, en mi supremacía».

—¿En qué puedo ayudarla?

La pregunta, hecha en tono no de ofrecimiento de ayuda, sino de desdén, procedía de una joven que había emergido en silencio de las sombras.

—Soy la inspectora Troy, de la Junta de Control del Espacio —dijo Sparta volviéndose hacia ella. La alta recepcionista llevaba puesta una larga túnica púrpura de algún tejido que tenía la misma textura que el terciopelo chafado; Sparta se sintió avergonzada de recordar que ella tenía el pelo chamuscado, las mejillas tiznadas, y los pantalones rotos y manchados—. Por favor, informe a la señora Sylvester —se aclaró la garganta— de que he venido para hablar con ella.

—¿La está esperando, inspectora? —preguntó aquella voz suave, fría y decididamente poco dispuesta a cooperar...

El nombre de la recepcionista estaba grabado en un sólido broche de oro que llevaba prendido debajo de la garganta, un broche que habría resultado invisible para los ojos normales. Pero no para los de Sparta.

Uno de los talentos que debe poseer un policía que vale más que el término medio de sus compañeros, es ser capaz de decir más de una cosa a la vez; algunas frases sencillas llevan una rica carga de implicaciones (obedéceme o vas a la cárcel), y el truco de emplear el nombre de pila nunca está de más, aunque sólo consiga hacer enfadar al interpelado.

—Necesito su entera cooperación, Barbara. —Barbara reaccionó con un movimiento brusco congelando la imagen en la pantalla de vídeo que llevaba en la mano y que había estado consultando—. He venido a ver a Sondra Sylvester por un asunto oficial y urgente —le dijo Sparta— concerniente a Los siete pilares de la

sabiduría.

La recepcionista tecleó con aire estirado un código de tres dígitos y le habló en voz baja al artilugio. Un momento después la voz ronca y exuberante de Sondra Sylvester llenaba la habitación.

—Acompañe inmediatamente a mi despacho a la inspectora Troy.

A la joven recepcionista se le bajaron los humos.

—Sígame, por favor —susurró.

Sparta pasó tras ella a través de unos dobles paneles que se abrieron deslizándose en silencio. Un pasillo curvo conducía a otro, y éste pronto se abría mostrando escenas de una gran ambigüedad; debajo de Sparta, y a un lado, unas ventanas ahumadas y curvas daban a salas de control ocupadas por docenas de operarios que estaban sentados ante pantallas y vídeos de color verde y anaranjado. Otro pasillo de cristal curvo cruzaba por arriba y por abajo, y otras salas de control se veían a través de las distantes ventanas. Muchas de las pantallas que Sparta contemplaba mostraban gráficas o columnas de números, pero en otras se veían imágenes de vídeo en directo que presentaban un extraño mundo, semejante a una pecera, desenrollado igual que la panorámica de un paseo por una feria.

En algún lugar de la superficie de aquel planeta situado debajo —en el lado visible e iluminado o a lo lejos, en la oscuridad de más allá del límite— algunas señales de radio transmitidas por satélites sincrónicos movían los robots por control remoto, haciéndoles buscar, cavar, moler y apilar. Las panorámicas que mostraban las pantallas en movimiento eran vistas del infierno a través de ojos de robot.

Pasaron de pronto más allá de las salas de control. Sparta siguió a la recepcionista a través de una puerta que iba a dar a otro pasillo, y por fin entraron en un despacho de tal opulencia que Sparta titubeó antes de entrar.

Un escritorio de calcedonia pulida se alzaba delante de una pared de bronce curvado y tosca textura. Una luz rojiza caía a intervalos sobre la superficie de la pared iluminando las estatuas colocadas en nichos, obras exquisitas de los mejores y más importantes artistas del sistema solar: un duplicado en escayola de Ishtar, obra de Fricca, flanqueado por Innanna, Astarté, Cibeles, Mariana, Afrodita y Laksmi. Otra pared contenía, de arriba abajo, una serie de estantes llenos de libros encuadernados en piel de colores y estampados en oro y plata. A través de las ventanas provistas de poderosos filtros las sulfurosas nubes del planeta rodaban en medio de una luz crepuscular.

Era una habitación que, paradójicamente, hablaba de desesperación; una prisión cuyos estáticos lujos estaban pensados para sustituir las fortuitas simplicidades de la libertad.

—Puedes retirarte, Barbara.

Al darse la vuelta Sparta se encontró detrás de ella a Sylvester, que llevaba puesta

la misma túnica de seda oscura que vestía al desembarcar de la Helios. Y cuando Sparta se volvió para mirar a la recepcionista, ésta ya no estaba; aquellas mujeres conocían un misterioso truco para moverse silenciosamente. Sparta se sorprendió a sí misma deseando que Proboda ya hubiese hecho acto de presencia.

—Es usted mucho más pequeña de lo que me esperaba, inspectora Troy.

—Las imágenes de vídeo producen a veces ese efecto.

—Y no me cabe la menor duda de que ése es el efecto que usted buscaba —le dijo Sylvester. Cruzó la alfombrada habitación hacia el escritorio de piedra y se sentó tras él—. En circunstancias normales la invitaría a que se pusiera cómoda, pero realmente en estos momentos me encuentro en extremo ocupada. ¿O es que está usted dispuesta a liberar mi cargamento?

—No.

—¿Y qué puedo yo decirle de Los siete pilares de la sabiduría?

Sparta se daba cuenta de que estaba demasiado cansada para andarse con sutilezas; se sorprendió a sí misma por lo directo de la pregunta que formuló.

—¿Cuánto se gastó usted en falsificarlo? ¿Tanto como habría pagado por el auténtico?

Sylvester se echó a reír con una especie de ladrido sobresaltado.

—Una pregunta muy ingeniosa para la que no hay respuesta.

Pero, al contrario que Sparta, Sylvester no sabía mentir bien; se sostenía en una cuerda floja, y lo que pretendía pasar por frialdad era el resultado de una larga práctica en refrenar una naturaleza tempestuosa.

—Se marchó usted de la villa que había arrendado en la Isle du Levant el día después de llegar allí; tomó un magnoplano de Tolón a París y luego un reactor hasta Washington, D. C., donde empleó un día visitando la Biblioteca del Congreso para grabar todo el contenido del único ejemplar que queda de la edición de Oxford de Los siete pilares de la sabiduría y que aún es accesible para el público. Luego voló a Londres, donde con la ayuda de la librera Hermione Scrutton, cuya implicación en el fraude literario quizás hasta llegue a considerarse distinguido en ciertos círculos, concertó usted encuentros con algunos grupos de Oxford, una ciudad donde se mima el arte de la imprenta y se conservan los antiguos instrumentos para el mismo, donde hasta los tipos que se empleaban en el pasado se muestran como tesoros de museo, y donde las veneradas técnicas todavía se practican de vez en cuando, con la ayuda de varios impresores y un encuadernador, personas cuyo amor por el arte de hacer libros es tan grande que se permiten intervenir en falsificaciones sólo por el placer de poner en práctica sus habilidades, aunque las muy sustanciosas sumas que usted les pagó no sirvieron precisamente para enfriar su entusiasmo, usted consiguió una copia casi perfecta de Los siete pilares de la sabiduría. Le fue todavía más fácil sobornar a un miembro de la tripulación de la *Star Queen*, hombre notorio por su amor al lujo, para

que practicase su bien calculada destreza en una caja cerrada y robase un libro del cargamento de su propia nave, sustituyéndolo por la falsificación que usted le dio.

Mientras Sylvester escuchaba estas explicaciones, el color de las pálidas mejillas se le iba acentuando.

—Ése es un guión extraordinario, inspectora. No puedo imaginarme qué comentario desea que le haga.

—Sólo que lo confirme.

—No soy un estanque preparado para que usted pesque en él. —Sylvester deseaba poder relajarse—. Por favor, márchese ya. No dispongo de más tiempo.

—Fui muy descuidada en mi primera inspección de la *Star Queen*... Sabía que uno de sus robots había sido probado sobre el terreno; creí que eso era lo que explicaba la radiactividad residual que tenía. No me molesté en examinar los ensamblajes de combustible.

—Salga de aquí —le dijo llanamente Sylvester.

—Pero a veces saber poco resulta peligroso. Si hubiera inspeccionado a fondo aquel robot caliente, me habría dado cuenta de que McNeil había reinsertado las varas de combustible para poder abrir la máquina. Ese descuido estuvo a punto de costarnos la vida a Blake Redfield y a mí. A manos de usted.

—Lo que está diciendo es una completa tontería...

De dos rápidos pasos Sparta se colocó ante el escritorio. Levantó el paquete envuelto en plástico que llevaba todo el tiempo en un costado y lo dejó con un golpe sobre la piedra pulida.

—Aquí está todo lo que queda de su libro, señora Sylvester.

Sylvester se quedó helada. Miró fijamente el paquete. La indecisión era tan evidente, tan atormentadora, que Sparta pudo sentir la aprensión y el dolor de aquella mujer.

—Un farol sólo servirá para hacerle ganar un poco más de tiempo —continuó diciéndole Sparta—. Puede que yo no esté acertada del todo en los detalles, pero investigaré a fondo sus archivos financieros, hablaré con los que están al corriente. Con McNeil, para empezar. Los detalles y los testigos irán apareciendo en breve. Y además está ese libro. —El libro yacía allí; un envoltorio rectangular envuelto en plástico—. Es difícil de reconocer en su actual estado —comentó roncamente Sparta, cuyo miedo y rencor por el ataque cometido contra su vida por fin dejaban paso a la ira y borraban la apatía que había amenazado su capacidad de criterio—, de modo que quizá tenga usted la bondad de decirme de cuál de las dos copias se trata.

Sylvester suspiró. Temblando, alargó la mano hacia el plástico transparente y lo retiró... El chamuscado bloque de páginas yacía entre cenizas dentro de los fragmentos destrozados del estuche.

—Esto es demasiado cruel —dijo en un susurro. Sylvester se afirmó en su sillón,

agarrándose con tanta fuerza al borde del escritorio que los nudillos se le pusieron blancos—. ¿Cómo quiere usted que lo sepa?

Sparta le dio la vuelta al libro y empezó a curiosear abriendo las tostadas páginas.

—«Los soñadores del día son hombres peligrosos —leyó—, porque pueden actuar en sueños con los ojos abiertos para hacerlo posible». Donde dice «sueños» debería decir «sueño», en singular. —Sparta le dio otra vez la vuelta al libro e, inclinándose sobre el escritorio, lo empujó hacia Sylvester—. Blake Redfield me ha informado de que el texto contiene muchas otras erratas del estilo. Éste es el falsificado. El original ya ha sido devuelto a su dueño.

—¿A Darlington?

—Eso es correc...

En un estado casi de total agotamiento, en la embriagadora oleada de venganza contra la mujer que había tratado de quitarle la vida, Sparta no había escuchado... Su reacción ante la pistola negra que apareció en la mano de Sylvester apuntando hacia ella, fue lamentablemente lenta.

Blake Redfield pasó unos cuantos minutos en su habitación con vistas a Venus del «Hesperus Hilton»; luego, con una camisa blanca, corbata marrón y traje de seda oscuro cortado con bastante estilo, salió para hacer una segunda y más respetable aparición en el «Museo Hesperiano».

Sus aventuras de los últimos tiempos lo habían dejado curiosamente indeciso, inquieto. El hecho de haber visto casualmente a Linda en aquella esquina de Manhattan había despertado en él algo, cierto sentimiento que no fue apremiante al principio, pero sí insistente y cada vez más intenso.

Le había resultado cosa fácil combinar sus investigaciones acerca de la misteriosa desaparición de una amiga de la infancia con su propia pasión de coleccionista, porque él se encontraba como en casa en las viejas librerías, en los depósitos de las bibliotecas y en los archivos de datos, ya fueran electrónicos o con base de fibra; solamente en estos lugares y en ninguno más. Y así había ido a dar con la pista, larga y deliberadamente oscura, del sombrío culto internacional que sólo en los últimos tiempos había podido relacionar con los prophetae del Espíritu Libre. Y guiado por su buen olfato para la deducción y las hipótesis susceptibles de comprobación, se había enterado de más cosas de las que esperaba.

Mucho antes de eso se le habían despertado otras pasiones más salvajes, pasiones que él había alimentado de muchacho cuando, medio en serio, se dedicaba a practicar ciertos juegos de agentes secretos con sus compañeros, allá en las montañas de Arizona. Se embadurnaban con betún. Se espiaban unos a otros. Volaban cosas, etc.

Blake había continuado sus lecciones privadamente. No más juegos con pintura.

Pero al seguir el rastro de Linda —Ellen, como se hacía llamar ahora—, se encontró con que a la investigación le faltaba algo de aquella cualidad fantástica que había imaginado de antemano. Cuando por fin encontró a la muchacha —una agradable sorpresa que él había organizado, además— se esperaba que ella lo saludara como a alguien de la familia; pero en cambio Linda se había mostrado preocupada por ciertos asuntos que no estaba dispuesta a compartir, capas y capas de preocupación, ramas de potencial entrelazadas; tantos crímenes, tantos criminales bailando una gavota invisible. Tantas lealtades que mantener en equilibrio. Tantos rincones que vigilar. Se había vuelto muy diestra en ocultar los pensamientos y los sentimientos a la gente, demasiado diestra. Y él había confiado en lograr conmover aquellos sentimientos.

Ahora se preguntaba qué parte de sorpresa habrían tenido en realidad las dramáticas revelaciones que le había hecho. La joven era misteriosamente experta en algunas cosas de las que él a duras penas se percataba.

Vincent Darlington, casi mareado por el éxito social, saludó a Blake efusivamente y lo condujo hasta una especie de capilla. La sociedad de la estación espacial era algo parecido a un invernadero, bastante fluida e incestuosa, y las exhibiciones llamativas formaban parte del juego. Múltiples plumas y trapecios relucientes se bamboleaban sobre cabezas cuyo pelo, cuando no estaba rapado por completo, había sido torturado hasta hacerle adquirir variadas y extraordinarias formas: ruedas de vagones, trinquetes y mazas de Estrella Matutina, zigurats, sacacorchos. Las caras que había debajo de aquellos cabellos presentaban toda la gama de colores naturales y algunos artificiales, bien resaltados por pinceladas de pintura; en los hombres se veía todo un extraño muestrario en forma de barbas, perillas y bigotes. La estancia, se encontraba llena hasta los topes, y daba la impresión de que todos los allí presentes se esforzaban por situarse en el mismo lugar, cerca de las mesas donde estaba la comida. Aquellas personas, obviamente, apreciaban el gusto de Darlington, si no en cuestión de arte, sí al menos en lo referente al champán y los entremeses.

Blake reconoció a algunos de sus compañeros de viaje a bordo de la Helios, incluida la compañera de Sylvester, lo que no dejó de causarle cierta sorpresa. Nancybeth se pavoneó ante Blake cuando éste trataba de abrirse paso hasta la vitrina que contenía Los siete pilares de la sabiduría. Nancybeth estaba radiante; se había puesto unas botas verdes, altas hasta la rodilla, de plástico, y por encima una minifalda de piel auténtica teñida de blanco que le colgaba formando tiras desde el cinturón de cáñamo crudo. Llevaba la parte superior apenas cubierta con una malla de trama gruesa de aluminio color púrpura que le hacía juego con los ojos color violeta.

—Abre la boquita —le dijo la muchacha con zalamería al tiempo que levantaba la barbilla y formaba un mohín con los labios; y allá del «pa...», ya que al hacerlo abrió la boca lo suficientemente cuando Blake iba a preguntarle «para qué», no logró llegar más como para que Nancybeth le metiera por ella un tubo de algo blando y húmedo, de colores rosa y naranja, entre los dientes.

—Parecías hambriento —le explicó la muchacha mientras él masticaba.

—Lo estaba —repuso Blake una vez que hubo tragado y sin poder evitar una mueca de desagrado.

—No me refiero sólo a la tripita, Blakey. Tienes una mirada hambrienta. — Nancybeth bajó la voz unos decibelios a fin de que a él no le quedara otro remedio que acercarse mucho para poder oírla. Los pendientes de espejo de la joven, de al menos doce centímetros, le colgaban como péndulos y amenazaban con hipnotizarle —. Durante el tiempo que duró el viaje en la nave observé que me comías con los ojos.

—Qué horrible para ti —dijo. Pronunció estas palabras más altas de lo que había pensado; algunas cabezas cercanas se volvieron hacia ellos.

Nancybeth retrocedió.

—¡Blake, tonto! ¿No entiendes lo que te estoy diciendo?

—Ojalá no lo entendiera. —Blake aprovechó aquel temporal retroceso de la muchacha para avanzar unos cuantos centímetros hacia su objetivo—. ¿Has podido ver ya el libro? ¿Crees que Darlington le ha proporcionado un entierro decente en este mausoleo?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nancybeth con suspicacia. Ahora tenía la barbilla atravesada en el hombro de él y corría peligro de ser empujada hacia atrás—. Vince tiene muy buen gusto. A mí me parece que el canto dorado de las páginas entona muy bien con el techo...

—A eso me refería.

Finalmente llegó al altar que albergaba la reliquia, pero sólo para descubrir que ésta resultaba prácticamente imposible de ver; los invitados a la fiesta que se hallaban en las inmediaciones utilizaban la parte de arriba de la vitrina, que era de cristal, a modo de útil mesa para dejar en ella los platos y las copas de vino. Blake se apartó de allí, asqueado, con Nancybeth todavía junto a él.

—Me sorprende verte aquí sin la señora Sylvester —le dijo sin tapujos a la muchacha.

Nancybeth no era en absoluto sofisticada, pero poseía un sexto sentido para apreciar las necesidades de los demás, y aquel aire flemático de Blake le causó efecto; le contestó con amabilidad.

—Vince no se habla con Sondra. A mí me invitó hace mucho..., porque pensó que me las arreglaría para conseguir que ella me acompañara. Tenía la idea de que Sondra le restregaría las narices conmigo y que él se las restregaría a ella con el libro.

Blake sonrió.

—Eso está muy bien, Nancybeth. Describes el asunto tal como lo ves.

—Ahora lo veo. Y ahora lo digo. Pero no es una respuesta.

—Perdona. El caso es que estoy buscando a otra persona.

La mirada de Nancybeth se enfrió. Se encogió de hombros y le dio la espalda a Blake.

Éste avanzó entre el gentío buscando entre los rostros de aquellos desconocidos. Después de llenar un plato trató de alejarse de la multitud, y se encontró solo de momento en una habitación pequeña parecida a una capilla que salía de un lateral de la grotesca nave con cúpula de vidrio de la catedral de Darlington. En esta pequeña habitación había vitrinas que mostraban objetos muy diferentes a la sucesión de execrables baratijas que Darlington había colocado en el centro del escenario. Dentro de aquellas vitrinas Blake reconoció los fósiles de la vida venusiana que habían proporcionado a aquella tonta galería de arte de Darlington un lugar en el mapa del sistema solar.

Se trataba de polvorientos objetos rojos y grises, fragmentos y morfológicamente

ambiguos. Él no sabía nada de paleontología, pero comprendía que aquellos objetos habían sido autenticados como restos de ciertos seres autores de los túneles en la tierra, seres que se arrastraban, que quizás aleteaban y se deslizaban, durante el lapso de tiempo, un breve paraíso de agua líquida y oxígeno libre, que había prevalecido hacía millones de años, antes de la catastrófica regeneración positiva del efecto de invernadero que había convertido a Venus en el infierno de elevada presión y anegado de ácido que era actualmente.

Aquellos restos eran más sugerentes que descriptivos.

Volúmenes eruditos se habían dedicado a aquella docena de fragmentos de piedras, pero ninguno de ellos podía decir con seguridad de qué cosas procedían o qué había quedado detrás de ellos, excepto que, fueran lo que fuesen, habían sido seres vivos.

Aunque no era precisamente nuevo para él, Blake se quedó meditando con aire triste sobre el rompecabezas que era el hecho de que tantas personas iguales a Vincent Darlington poseyeran tesoros de cuyo valor no tenían ni la menor idea..., aparte de que valían un montón de dinero y aparte de la posesión en sí misma.

Pero aquellas meditaciones se vieron bruscamente interrumpidas.

En la habitación contigua un grito de mujer se elevó por encima de las conversaciones; un hombre gritó y, en rápida sucesión, se oyeron siete golpes muy ruidosos, sobrepasados sólo por el largo estruendo de vidrios al romperse.

Durante un momento el aire quedó en calma, aunque resonando, antes de que todo aquel gentío empezase a vociferar, a gritar y a pelearse unos con otros en su afán por salir de allí. Blake consiguió esquivar a aquellas personas, que ya huían presa del pánico, y segundos después se encontró en una habitación vacía; se enfrentaba a un cuadro sangriento.

Sondra Sylvester se retorció de dolor sujeta por Percy Farnsworth y por Nancybeth, que estaba horrorizada. Los cristales, al caer, habían acuchillado la pesada túnica de seda de Sylvester, a la que regueros de sangre procedentes de cortes en la cabeza le corrían por la pálida cara. Tenía el brazo derecho levantado rígidamente por encima de la cabeza; Nancybeth intentaba bajárselo para hacerse con la pistola negra que Sylvester todavía mantenía fuertemente agarrada al tiempo que le gritaba:

—Syl, ya no más, ya no más...

Mientras tanto Farnsworth tenía a Sylvester agarrada por la cintura e intentaba arrojarla al suelo sembrado de vidrios rotos; él y Nancybeth también habían sufrido cortes en la cabeza y en los hombros. Sylvester curvó el dedo sobre el gatillo y una octava bala fue a chocar contra la vidriera ya acribillada del techo desprendiendo otra lluvia de fragmentos.

Luego Sylvester dejó caer la pistola; ya había agotado la munición. Se relajó casi

con fruición en brazos de los otros, que de pronto se encontraron proporcionándole apoyo.

Blake los ayudó a moverla hasta un lado de la habitación, lejos de los cristales rotos. A Sylvester le corría tanta sangre por los ojos que debía de estar cegada por ella —los cortes en el cuero cabelludo sangran copiosamente aunque no revistan gravedad—, aunque había tenido la vista muy despejada cuando le metió los primeros tiros de aquella arma ilegal a Vincent Darlington en el cuerpo.

Darlington yacía de espaldas en medio de un charco color carmesí que a cada momento se hacía más extenso; miraba fijamente con los ojos muy abiertos a través de la cúpula hecha añicos; con el cuerpo rociado de polvo de vidrio miraba hacia las copas de los altos árboles que se hallaban al otro lado de la superficie de la esfera central.

Detrás de él, a salvo en el interior de una vitrina que servía de mesa para los platos sucios y copas vacías, descansaba el objeto de la pasión de Sylvester.

Sparta se encontraba dentro de un caleidoscopio; rotos fragmentos de vidrio caían con rápidos y repentinos saltos para formar nuevos dibujos, también simétricos, que se repetían interminablemente y avanzaban hacia el borde de la visión de la muchacha hasta que consiguieron sobrepasarla. Aquel vórtice de colores sesgados que giraba lentamente parecía estar absorbiéndola hacia el infinito. A cada cambio, una sibilante explosión hacia afuera le resonaba dentro de la mente. La escena era mareante y vívida...

Y una parte de su consciente se quedaba a un lado y la miraba con regocijo. Esa parte se acordaba de un póster que Sparta había visto en la pared de la consulta de un oculista, el dibujo de un coche cruzando a toda velocidad un desierto por una larga carretera recta. A un lado, un indicador rezaba: «Punto de fuga, a quince kilómetros».

Se echó a reír ante aquel recuerdo, y el sonido de su propia risa la despertó.

Al abrir los ojos azules se encontró con los de Viktor Proboda; más brillantes y más azules, estaban muy abiertos en aquella sonrosada y cuadrada cara, a sólo unos centímetros de ella.

—¿Cómo se siente?

Tenía las rubias cejas contraídas a causa de la preocupación.

—Como si alguien me hubiera golpeado en la cabeza. ¿De qué me estaba riendo? —Con la ayuda de Proboda, se sentó. Sentía un fuerte dolor en el músculo de la mandíbula que recordaba remotamente un flemón que tuvo en la muela del juicio catorce años atrás. Con cautela se tocó la mejilla—. ¡Ouuuu! Apuesto a que está bonito.

—No creo que la mandíbula esté rota. Usted lo notaría.

—Estupendo. ¿Siempre mira usted el lado bueno, Viktor? —Se puso en pie con

ayuda de él.

—Deberíamos llevarla a la clínica. Una conmoción cerebral requiere inmediata...

—Un minuto. ¿Se cruzó con su amiga Sondra Sylvester cuando se dirigía hacia aquí?

Proboda se notaba incómodo a todas luces.

—Sí, en el núcleo, justo delante de la Cancela de Ishtar. Adiviné que pasaba algo malo por la expresión que tenía. Me miró, pero ni siquiera me vio. Yo iba pensando en lo que le había hecho a la *Star Queen* ese robot minero, y me figuré que por eso usted había venido aquí, así que decidí que lo mejor sería buscarla a usted.

—Gracias..., maldita sea. —Se agarró una oreja, pero el intercomunicador se le había caído—. Esa mujer lo golpeó y se ha soltado. Viktor, llame para que me envíen rápidamente una patrulla al «Museo Hesperiano». Llame también al museo e intente prevenir a Darlington. Creo que ella ha ido a matarlo.

Proboda comprendía que no era momento de pedir explicaciones. Buscó el canal de emergencias, pero en cuanto mencionó el «Museo Hesperiano» la persona que enviaba las patrullas lo interrumpió.

Proboda se quedó escuchando con las mandíbulas apretadas; luego cortó la comunicación. Miró a Sparta.

—Demasiado tarde.

—¿Está muerto?

Él hizo un gesto afirmativo con un brusco tirón de la mandíbula.

—Le ha metido en el cuerpo varias balas del 32. Cuando la sujetaron logró meter cuatro más por la cristalera del techo. Ha sido una suerte que no matase a alguien al otro lado de la estación.

Aquel hombre seguía mirando el lado bueno de las cosas.

Sparta le tocó el brazo, en parte para animarle a ponerse en marcha y en parte para consolar a aquel policía grande y triste, pues se daba cuenta de que se sentía apenado por Sylvester, a quien había admirado, y no por Darlington, que no era más que una sanguijuela tonta.

—Venga, vámonos —le dijo ella.

Una mujer alta estaba en la puerta, Kara Antreen. Rígida y gris, tenía una severidad en aquellos hombros cuadrados que estaba reñida con el lujo del despacho de Sylvester.

—Viktor, quiero que se haga cargo inmediatamente de la investigación sobre el tiroteo de Vincent Darlington.

Proboda se detuvo, perplejo.

—No hay mucho que investigar, capitana. Había una habitación llena de testigos.

—Sí, no debería llevar mucho tiempo —dijo Antreen.

—Pero la *Star Queen*...

—Queda relevado de sus responsabilidades con respecto a la *Star Queen* —le comunicó llanamente Antreen. Miró con intención a Sparta, como desafiándola a que la contradijera—. Ahora tenemos un nuevo caso.

Sparta titubeó; luego asintió.

—Tiene razón, Viktor. Me ha sido de mucha ayuda y se lo agradezco. —La triste cara de Proboda se puso todavía más larga—. La capitana y yo podremos concluir el caso rápidamente —concluyó Sparta.

Proboda se alejó unos cuantos pasos. Había quedado impresionado por la inspectora Ellen Troy, a la que se había abierto lo suficiente para que ella lo notase. Incluso la había defendido ante su jefe. Y ahora ésta se agarraba a la primera oportunidad que encontraba para sacarlo del caso.

—Como usted diga —gruñó. Echó a andar con paso firme pasando junto a Antreen y sin dignarse siquiera a volver la vista hacia Sparta.

A solas, las dos mujeres se estuvieron mirando en silencio. Antreen estaba impecable con un traje de chaqueta de lana gris. Sparta parecía un golfillo cansado, vapuleada pero con la sabiduría que proporcionaba la experiencia en las calles. Sólo que ahora Sparta ya no se sentía en desventaja. Sólo tenía necesidad de descansar.

—Repetida e ingeniosamente se las ha arreglado usted para esquivarme, inspectora Troy —le dijo Antreen—. ¿Por qué este repentino cambio de actitud?

—No creo que éste sea el lugar apropiado para que hablemos, capitana —respondió Sparta haciendo un gesto con la barbilla para indicarle los micrófonos y ojos de la habitación—. Las corporaciones como ésta son buenas escondiendo secretos. Pero podría considerarse una violación de los derechos establecidos para los sospechosos.

—Sí, tiene razón. —Antreen dejó caer los párpados sobre los ojos grises; he ahí, notó Sparta, una excelente mentirosa que no se traicionaba a sí misma cuando esperaba algo—. ¿Volvemos entonces al cuartel general? —le sugirió Sparta.

Confiadamente, ésta pasó por delante; Antreen echó a andar inmediatamente detrás. Se adentraron en el pasillo transparente en forma de espiral que daba a las salas de control.

Sparta se detuvo ante el pasamanos.

—¿Ocurre algo? —preguntó Antreen.

—Nada. No me di cuenta de todo esto cuando venía. Estaba demasiado ocupada. Para alguien que no había salido nunca antes de la Tierra, esta vista es impresionante.

—Supongo que sí.

Desde diez metros por encima de ellos, detrás del vidrio curvo, Sparta y Antreen contemplaron a los hombres y mujeres de la «Ishtar» que se encontraban ante las consolas. Algunos estaban alerta y trabajando de firme, otros hacían el vago y charlaban perezosamente entre ellos tomando café y fumando cigarrillos mientras

contemplaban gigantescas pantallas por las que se veía a los leales robots cortando y sacando tierra en el mundo interior.

Antreen tenía la mano derecha metida en el bolsillo exterior derecho de la chaqueta. Se inclinó y se acercó a Sparta con un gesto que un árabe o un japonés quizá no hubieran percibido. Pero se acercó lo suficiente como para poner nerviosa a una persona euroamericana.

Sparta se volvió hacia ella, relajada y alerta.

—Aquí podemos hablar —susurró Sparta—. En este tramo no han puesto ojos ni oídos.

—¿Está segura?

—Comprobé el pasillo al venir —le dijo Sparta—. De modo que ya podemos dejar de jugar.

—¿Qué?

En el tono de Antreen, y por encima de la cautela, Sparta percibió dignidad ofendida, no culpa..., aquella mujer era excelente. Sparta empleó un tono exagerado.

—Ya habrá recibido usted los expedientes que pedí a la Central, ¿no es así?

Estaba haciendo el papel de policía duro del Cuartel General que se dirige a otro de provincias.

—Sí, naturalmente.

Enojo, persuasivamente superpuesto a confusión; pero Sparta se le echó a reír en la cara.

—No sabe usted de qué demonios le estoy hablando.

De repente Antreen se erizó de recelo. No dijo nada. Sparta decidió molestarla con fuerza.

—Los expedientes de las «Líneas Pavlakis». Ponga en forma a su gente, ¿quiere? —Pero detrás de la mofa desdeñosa que expresaba con el rostro, magullado y ennegrecido, Sparta se estaba esforzando terriblemente por evitar que el palpitante consciente volviera a partirse en pedazos. Los pedacitos rotos de caleidoscopio empezaban a girar en remolinos en los bordes de su visión—. Si hubiera leído los informes sabría que fue ese mono de Dimitrios para vengarse del joven Pavlakis. Venganza. Porque el muchacho puso fin al fraude de seguros que Dimitrios había estado llevando a cabo con Pavlakis padre durante cuarenta años. Pavlakis cayó él sólo en la trampa al contratar a Wycherly para que lo protegiera..., un tipo que habría hecho lo que fuera para quedar bien, que necesitaba dinero más que nada en el mundo y que además tenía la ventaja de que ya era hombre muerto. ¿Tiene usted toda esa información?

—Tenemos esa información —repuso Antreen con brusquedad. De nuevo enojo, esta vez extendido sobre un alivio engraido al comprobar que Sparta sólo estaba hablando de trabajo policial, al fin y al cabo—. Tenemos la declaración de Dimitrios,

la declaración de la viuda. El mismo Pavlakis acudió a nosotros por su cuenta antes de que lo localizásemos..., antes de la voladura. Dice que todo el tiempo sospechaba algo, sospechaba que Dimitrios tramaba un falso accidente.

—¿Ah, sí? —Sparta sonrió, pero la suya resultó una sonrisa extraña saliendo de aquella cara hinchada, chamuscada—. Entonces, ¿qué estaba usted haciendo aquí en realidad?

—Vine para decirle... —Pero esta vez Antreen no pudo disimular el susto—. Usted...

—Vino por mí. Aquí me tiene. Le ha costado una eternidad cogermelo a solas.

—¡Usted lo sabe!

Antreen miró a su alrededor, frenética. No podía decirse que estuvieran a solas. Pero se encontraban aisladas de los trabajadores de allá abajo, en medio un tubo de vidrio sin oídos. Después, ¿qué iban a pensar los testigos respecto a lo que estaba a punto de ocurrir?

Lo que la capitana Antreen les dijera que pensasen.

Antreen levantó bruscamente la mano derecha y la sacó rápidamente del bolsillo, pero estaba demasiado cerca, había sido un error acercarse tanto. Sparta, a su vez, había interpuesto la mano derecha entre los cuerpos de las dos, de modo que le agarró la muñeca a Antreen al sacar ésta la mano del bolsillo. En una milésima de segundo Antreen se tambaleaba; Sparta la estaba haciendo caer de lado en la dirección del brazo con el que le oponía resistencia, aprovechando esa misma resistencia. Sobresaltada, Antreen intentó hallar el equilibrio extendiendo la pierna izquierda, pero no encontró otro punto de apoyo más que el muslo izquierdo de Sparta, sólidamente plantado en el suelo. Antreen se tiró de cabeza, pero Sparta no se lo permitió; sin dejar de controlar el arma, Sparta no le soltó a Antreen la muñeca derecha, por lo que ésta giró sobre la espalda al tiempo que caía. Se golpeó fuertemente contra el suelo alfombrado.

Si Sparta hubiera sido un poco más fuerte, un poco más grande, si hubiera estado un poco menos cansada —si hubiera sido perfecta—, quizás habría podido evitar lo que sucedió a continuación. Pero Antreen era rápida, más fuerte y tenía tanta práctica en el combate sin armas como Sparta. Haciendo palanca con las largas piernas y el brazo libre dio una voltereta y tiró de Sparta hacia ella. Sparta dio un brusco tirón del brazo de Antreen por detrás de su espalda al tiempo que rodaba. Cuando diera media vuelta más, Sparta tendría que soltarla; y Antreen quedaría encima de ella...

Antreen lanzó un grito agudo cuando ella misma se clavó el punzón en la columna vertebral.

Fue un dolor creciente, pero gritaba por algo más que por el dolor. Gritaba horrorizada por lo que estaba pasando, por lo que estaba a punto de pasarle..., lo que le iba a pasar rápidamente, aunque no lo suficientemente rápido.

Sparta, casi instantáneamente, le sacó de un tirón a Antreen el objeto de la espalda.

Sólo entonces vio de qué arma se trataba en realidad. Sabía que era demasiado tarde...

Porque la aguja telescópica ya había salido disparada y se retorció como un gusano del grosor de un cabello dentro de la médula espinal buscando el cerebro. Aunque ya no pudiera sentir la muerte mental que se le acercaba rápidamente, Antreen continuaba aullando.

Sparta tiró el cilindro de la vacía jeringuilla hipodérmica sobre la alfombra y se sentó, recostándose con las piernas extendidas y apoyándose en los brazos, rígidamente tendidos hacia atrás, mientras aspiraba grandes bocanadas de aire. En el pasillo resonó el sonido de pies calzados con botas y por la curva apareció una patrulla cuyos miembros iban vestidos con trajes azules; llevaban las armas aturdidoras desenfundadas. Se detuvieron, tropezándose, en orden, la primera fila arrodillada. Media docena de morros de pistola apuntaban a Sparta.

Antreen había seguido rodando, de espaldas. Ahora estaba llorando entre grandes sollozos de pena porque la consciencia le iba disminuyendo cada vez más.

Viktor Proboda se abrió paso a empujones entre los patrulleros y se arrodilló junto a ella. Extendió aquellas grandes manos suyas hacia la mujer, pero después titubeó, temeroso de tocarla.

—No puede hacer nada por ella, Viktor —le susurró Sparta—. Y no tiene dolores.

—¿Qué le pasa?

—Está olvidando. Olvidará todo esto. En unos pocos segundos dejará de llorar, porque ni siquiera podrá recordar por qué llora.

Proboda miró la cara de Antreen, aquella cara atractiva enmarcada en pelo liso gris; era un rostro momentáneamente estirado como la máscara de Medusa, pero en el que el temor ya se estaba desvaneciendo y las lágrimas se iban secando.

—¿Hay algo que yo pueda hacer por ella?

Sparta movió negativamente la cabeza.

—Ahora no. Quizá más tarde, si ellos quieren. Pero probablemente no querrán.

—¿Quiénes son ellos?

Sparta le hizo un gesto con la mano.

—Luego, Viktor.

Proboda decidió esperar; la inspectora Troy decía muchas cosas que no alcanzaba a comprender la primera vez. Se puso en pie y gritó en dirección al techo.

—¿Dónde está esa camilla? Vámonos de aquí. —Pasó por encima de Antreen con la mano extendida en dirección a Sparta. Ésta le cogió la mano y Proboda tiró de ella hasta conseguir ponerla en pie—. Prácticamente toda la empresa las estaba observando. Nos avisaron inmediatamente.

—Yo le dije que el pasillo estaba limpio de micrófonos. Tenía tantas ganas de cogermelo que me creyó. Lo que le está pasando a ella es lo que me habría pasado a mí...

—¿Cómo sabía usted que ellos nos avisarían?

—Yo... —Sparta se lo pensó mejor—. Fue una afortunada suposición.

Hubo un revuelo entre la Policía, y apareció la camilla. Cuando los dos portadores se estaban arrodillando junto a Antreen, ésta habló, con calma y claridad.

—La consciencia lo es todo —dijo.

—¿Están vivos mis padres? —le pregunto Sparta.

—Los secretos de los adeptos no deben compartirse con los no iniciados —repuso Antreen.

—¿Son mis padres adeptos? —quiso saber Sparta—. ¿Es Laird un adepto?

—Eso no está en el lado blando —le contestó Antreen.

—Ahora me acuerdo de usted —dijo Sparta—. Me acuerdo de las cosas que me hizo.

—¿Tiene un pase Q?

—Recuerdo su casa de Maryland. Tenían ustedes una ardilla que bajaba por un cable.

—¿La recuerdo yo a usted? —le preguntó Antreen.

—Y recuerdo lo que me hicieron.

—¿La recuerdo yo a usted? —repitió Antreen.

—¿Significa algo para usted la palabra «SPARTA»? —inquirió Sparta.

El ceño de Antreen se frunció con incertidumbre.

—¿Es eso..., es eso un hombre? Sparta notó un nudo en la garganta y que las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

—Adiós, señora gris. Vuelve usted a ser inocente.

Blake Redfield esperaba en el pasillo ingrátido, fuera de la Cancela de Ishtar, mezclado con el grupo flotante de mirones y sabuesos de los medios de información que habían seguido a los policías con ansiosa desesperación. Sparta se introdujo por debajo de la cinta amarilla y lo buscó entre la gente.

Cuando él le vio la cara, primero se sorprendió, pero luego sintió preocupación. La muchacha le permitió que le examinara las heridas.

—Me guardé la espalda, tal como dijiste. —Trató de sonreír con los labios hinchados—. Me atacó de frente.

Cuando Blake le tendió la mano, ella se la dio. De la mano de aquel hombre era más fácil ignorar las preguntas que los periodistas le gritaban, las maldiciones de aquéllos que parecían dispuestos a matar por unas palabras. Pero cuando Kara Antreen pasó ante ellos en una camilla flotante, las grabadoras de fotogramas giraron

en su totalidad para seguir a aquella procesión, y la muchedumbre de periodistas se fue detrás como tiburones tras la presa. Sparta y Blake se quedaron rezagados unos instantes...

—¿Quieres que cojamos un atajo?

Y unos segundos más tarde habían desaparecido.

Caminando el uno al lado del otro, atravesaron a toda velocidad los oscuros túneles y conductos en dirección a la esfera central.

—¿Sabías desde el principio que era Antreen? —le preguntó Blake.

—No, pero cuando la vi por primera vez se me estimuló la memoria. Algo que había muy en el fondo, algo que yo no conseguía hacer salir a la consciencia, me hizo saber que era buena idea apartarme de su camino. Éste que acaba de tener lugar ha sido su segundo intento. Era ella quien manejaba el robot contra nosotros.

—¡Yo creía que había sido Sylvester!

—Yo también. La ira es enemiga de la razón, y yo estaba tan enfadada que no era capaz de pensar correctamente. Sondra Sylvester deseaba ese libro más que nada, mucho más de lo que deseaba a Nancybeth, incluso más que humillar a Darlington. Nunca habría arriesgado el libro auténtico, aunque nos hubiera oído hablar y supiera que ya estaba atrapada. Fue Antreen la que puso micrófonos en la nave para oírnos.

Después siguieron flotando en silencio hasta que llegaron a un puesto de observación que daba a los jardines centrales, y salieron al suelo. Completamente solos en aquella balanceante caja de luz, se sintieron tímidos de forma repentina e inexplicable.

Sparta hizo un esfuerzo para continuar.

—Antreen subió a bordo de la *Star Queen* y puso el combustible en el robot mientras yo hilvanaba poco a poco mi conferencia sobre sabotaje. Les tendió una trampa a personas que no eran los indicados. —Se echó a reír con cansancio—. Tuvo la oportunidad que buscaba antes de que yo me encontrase preparada para ello. Seguramente no esperaba tener que vérselas contigo. Al ver que el robot no había hecho el trabajo, supongo que se daría cuenta de lo difícil que iba a resultarles matarme abiertamente, por lo menos de una manera que no atrajera las sospechas sobre sí misma. De modo que decidió atacar mi memoria. Después habría ido a por ti.

—¿Te has enterado de algo acerca de tus padres? —le preguntó Blake con voz tranquila aunque llena de interés—. ¿Y de los demás?

Sparta negó sacudiendo la cabeza.

—Demasiado tarde —dijo tristemente—. Antreen ya no podría decirnos nada aunque quisiera.

Esta vez la muchacha tendió una mano hacia él y le cogió suavemente una de las suyas.

Blake le cubrió la mano con la suya, y luego le alzó la barbilla.

—Entonces tendremos que hacerlo solos, supongo. Los dos juntos. Tendremos que encontrarlos. Si es que estás dispuesta a dejarme participar en este juego.

El sabroso aroma de Blake era especialmente delicioso cuando se encontraba a sólo unos centímetros de distancia.

—Debí dejarte hacerlo antes.

Sparta se inclinó ingravidamente hacia delante y dejó descansar los magullados labios en los de él.

EPÍLOGO

La siguiente vez que Sparta tuvo ocasión de enfrentarse con él, McNeil contó sin más evasivas el resto de la verdad que aún no había confesado. Había salido de la clínica, y después había alquilado una habitación en las viviendas para los tripulantes en tránsito, pero se pasaba la mayor parte del tiempo en su restaurante francés favorito, situado en la avenida que discurría frente a los olmos blancos de Samarkand. Una grabación de alondras de la pradera sonaba dulcemente entre los árboles cercanos.

—Sabía que usted volvería —le dijo él—. ¿Quiere tomar un poco de este excelente «St. Emilion»?

Sparta declinó el ofrecimiento. Le contó lo que sabía, y él completó el resto.

—Y si coopero completamente, ¿cuánto tiempo cree que me echarán? —le preguntó en tono de desafío.

—Bueno, como la propiedad ha sido recuperada...

—No olvide que usted tendría difícil lo de probar la intencionalidad si mi abogado fuese lo bastante listo como para conseguir mantenerme fuera del estrado —le indicó McNeil alegremente.

—Difícilmente conseguiría hacerlo. Y, de cualquier modo, también podríamos cogerle a usted por el asunto de las botellas de vino.

—Ay, el propietario de todas esas finezas en cuestión ya es un difunto.

Sparta sabía que no haría servicio a la causa de la justicia si se echaba a reír demasiado fuerte, de modo que asintió solemnemente con la cabeza.

—McNeil, tendrá usted los talones puestos a enfriar en una celda por lo menos de cuatro a seis meses.

—Lástima. Eso es casi la misma duración de un viaje rápido al Cinturón Principal. Y yo siempre he intentado evitar esos viajes.

—Puede que ahora sí acepte una copa de eso —le indicó Sparta.

Él le sirvió y la muchacha tomó un sorbo. Le dio las gracias. McNeil se puso serio.

—Puede que haya algo que se le está pasando a usted por alto, inspectora. Ése es un magnífico libro, no se trata solamente de un objeto. Y merecía estar en posesión de alguien que fuese capaz de apreciar el contenido. Y también la encuadernación.

¿Está sugiriendo que le movió a usted algo más que la avaricia, señor McNeil?

—Hasta ahora nunca le he dicho a usted una mentira, inspectora. Yo admiraba a la señora Sylvester. Siento verla arruinada.

—Le creo, McNeil. Siempre le he creído.

McNeil sabía cuidarse solo. Blake Redfield necesitaba ayuda. La investigación

acerca de la inexplicable conducta patológica de Kara Antreen continuaría sin duda durante meses, si es que no eran años; con efímero pesar, Sparta se atribuyó pecados que no había cometido. Nunca se llegó a sospechar que Blake hubiese volado una escotilla, que hubiese cortado la energía, asaltado a trabajadores o irrumpido en una propiedad embargada por el Gobierno para robar en ella. En lugar de todo esto, Blake desapareció a la sombra de Sparta.

Viktor Proboda estaba allí, en la bahía de aterrizaje, para despedirlos con un ramo de ásteres hidropónicos. Acompañados por un coro de periodistas, Blake y Sparta estaban a punto de embarcar en la *Helios*, primer paso del largo viaje de regreso a la Tierra.

—Ha sido un placer, Viktor. Si hay justicia, no pasará mucho tiempo antes de que... —El intercomunicador de Sparta sonó suavemente—. Un segundo.

Ladeó la cabeza y escuchó que alguien le decía casi sin aliento:

—¡Inspectora Troy, inspectora Troy! ¡Nuevas órdenes de la Central de la Tierra! Queda cancelado su viaje..., tiene que presentarse en el Cuartel General de inmediato.

—¿De qué se trata?

Levantó la vista y vio una patrulla de trajes azules que ya venía flotando hacia ella; era su escolta para conducirla al Cuartel General.

Unos segundos después, cuando encontró tiempo para responder a las insistentes preguntas de Blake y de Proboda, lo único que pudo decir fue:

—Tendré que alcanzarte un poco más tarde, Blake. Ahora no puedo decirte lo que ha ocurrido. Y no me creerías aunque te lo dijera.

Durante el transcurso del complicado escándalo que les había acaparado la atención en las últimas semanas —entre entierros, audiciones y juicios— los habitantes de Port Hesperus no habían parado un instante, ni siquiera habían hecho más lenta su forma de trabajar. Cinco de los enormes robots nuevos de la «*Ishtar*» habían ido a la superficie inmediatamente después de que a la *Star Queen* se le levantase el precinto. El sexto le fue entregado a la «*Ishtar*» y siguió a sus colegas después de que equipos de forenses hubieran levantado hasta la última molécula que aportase pruebas del robot y de la nave que éste había devastado.

Se envió el nuevo equipo de robots a explorar un prometedor sinclinal situado en el glaciar de la enorme meseta de Lakshmi, en una zona que hasta entonces sólo había sido estudiada por encima por algunas máquinas de superficie. Entre las muestras de mineral recogidas en dichas expediciones de prospección se encontraba un raro fragmento que ahora se encontraba en el «Museo Hesperiano», un fósil, uno

entre sólo una docena de fósiles venusianos.

No resultaría inesperado que cuando se emprendieran en serio los trabajos de excavación en esa región apareciera otro fósil, o quizás un par de ellos. A los operadores de Port Hesperus se les había pedido que estuvieran muy atentos a las pantallas por si tal acontecimiento tenía lugar.

La atmósfera de Venus es tan densa en la superficie y la luz del sol tan difusa, que manejar uno de aquellos resplandecientes robots era en muchos aspectos muy parecido a manejar un módulo minero en el fondo de los océanos de la Tierra. No siempre resultaba fácil para un operador saber qué era lo que estaba viendo en las grandes pantallas. Éstas le mostraban un mundo en forma de pecera con horizontes cercanos que se inclinaban bruscamente hacia arriba, y todo lleno por todas partes de unas rocas secas y resplandecientes de color naranja oscuro. Mirar aquellas pantallas era como mirar el mundo a través del fondo de un grueso cenicero de vidrio naranja. Y conducir un robot inmenso por un cañón estrecho, y hacerlo pasar por debajo de un cañón estratificado en forma de arco recogiendo muestras de roca cada pocos metros, era algo que podía resultar a la vez extenuante y desorientador.

De manera que al operador del «HDVM Rolls Royce», alerta y todo como estaba, podía perdonársele que no reconociera inmediatamente que la azotadora trompa de la criatura había irrumpido en una caverna que no era, como parecía en un principio, un hoyo natural del acantilado.

Tan extrañas eran las formas que se vieron súbitamente iluminadas por el resplandor de los radiadores de color blanco, que el operador sólo tuvo unos instantes para reaccionar —instantes peligrosamente prolongados por la demora de la señal remota por radio— e impedir la destrucción de múltiples capas de inscripciones esculpidas y de las severas, monstruosas representaciones que surgieron de pronto en su pantalla.

COMENTARIO A POSTERIORI por ARTHUR C. CLARKE

Al contrario que algunos escritores, nunca he sido dado al trabajo en colaboración en el área de la ciencia ficción, y todas mis novelas las he escrito solo. Sin embargo, ha habido notables excepciones. En los años sesenta trabajé con el director Stanley Kubrick en la película más realista de ciencia ficción hecha hasta el momento, un ambicioso proyecto llamado *2001: Una odisea del espacio*. Más de una década y media después tuve otro encuentro con un director de Hollywood llamado Peter Hyams, que produjo y dirigió la impresionante adaptación visual de mi continuación, *2010*.

Ambas películas fueron experiencias muy gratificantes, y a la vez me sentí sorprendido y encantado por algunos de los resultados. Ahora me encuentro de nuevo implicado en una intrigante aventura de colaboración, que ha evolucionado a partir de mi relato original, *Breaking Strain*.

La novela (¡horrible palabra!) *Breaking Strain* la escribí en el verano de mil novecientos cuarenta, mientras hacía mi tardía licenciatura en el King's College de Londres. Mi agente, Scott Meredith, que entonces tenía poco más de veinte años, la vendió con prontitud a *Trilling Wonder Stories*; puede ser situada más convenientemente en mi primera colección de relatos *Expedition to Earth* (1945).

Poco después de aparecer *Breaking Strain*, algunos críticos perceptivos comentaron que al parecer yo aspiraba a ser el Kipling de los Caminos Espaciales. A pesar de no ser yo consciente de ello, ésa era ciertamente una notable ambición, sobre todo si se tiene en cuenta que yo nunca había imaginado que los albores de la Era Espacial sólo se hallaran a tan sólo diez años de aquello.

Y si se me permite continuar con esta modesta comparación, Kipling realizó dos excelentes intentos de ser el Clarke de la Era Aérea; véanse «Con el Correo nocturno» y «Tan fácil como el ABC». Las letras ABC, por cierto, son las siglas del Aerial Board of Control (Junta de Control del Aire); nosotros necesitamos algo así, con dientes, en esta época de secuestros aéreos y bombas en los aeropuertos.

Ah, sí, *Breaking Strain*. El relato original está ahora un poco desfasado de fechas, aunque no tanto como yo hubiera esperado después de casi cuarenta años. En cualquier caso, eso no importa; la clase de situación que describe es una de ésas que pueden haber ocurrido incontables veces en el pasado y que permanecerá con nosotros —en formas todavía más sofisticadas— mientras dure la carrera humana.

Verdaderamente, la dramática catástrofe del Apolo XIII en 1970 presenta algunos paralelismos muy próximos. Todavía tengo colgada en la pared la primera página del resumen de esa misión, en la cual el administrador de la NASA, Tom Paine, ha escrito: «Exactamente como tú habías dicho que sería, Arthur».

Pero el planeta Venus, desgraciadamente, ha desaparecido; mi amigo Brian Aldiss resumió de forma certera nuestra sensación de pérdida en el título de su antología *Farewell, Fantastic Venus...*

¿Dónde están los grandes ríos y mares, morada de gigantescos monstruos capaces de proporcionar un digno desafío a los héroes de molde creados por Edgar Rice Burroughs? (Sí, E. R. B. hizo varias visitas allí cuando Marte se volvió aburrido). Se las ha llevado el viento, un viento lleno de vapor de ácido sulfúrico a mil grados Fahrenheit...

No todo está perdido, sin embargo. Aunque puede que nunca caminen seres humanos por la superficie de Venus tal como es hoy día, dentro de unos cuantos siglos —o milenios— quizá volvamos a poner de moda el planeta más cercano a los deseos del corazón. El hermoso Lucero del Alba quizá se convierta en el gemelo de la Tierra que en otro tiempo pensamos que era, y los remotos sucesores de la *Star Queen* surcarán los caminos espaciales que separan los mundos.

Paul Preuss, que sabe todas estas cosas, ha puesto al día inteligentemente mi viejo relato introduciendo algunos elementos con los cuales yo nunca había soñado (aunque me sorprendió enormemente que *Los siete pilares de la sabiduría* apareciera en el original: cuando leí el nuevo texto, pensé que se trataba de una invención de Paul). A pesar de que deploro que las historias de crímenes tengan un atractivo tan universal, supongo que todavía habrá alguien intentando ganar un dólar deshonesto vendiendo seguros de vida incluso el día antes de que el Universo se derrumbe y se precipite hacia el último y definitivo Agujero Negro.

También es un interesante desafío combinar los dos géneros, crimen y ciencia ficción, especialmente cuando algunos expertos han sostenido que eso es imposible. Mi única contribución aquí es *Trouble with time*, y aunque odio decirlo, Isaac Comose-llame lo manejó soberbiamente en su serie *Caves of steel*.

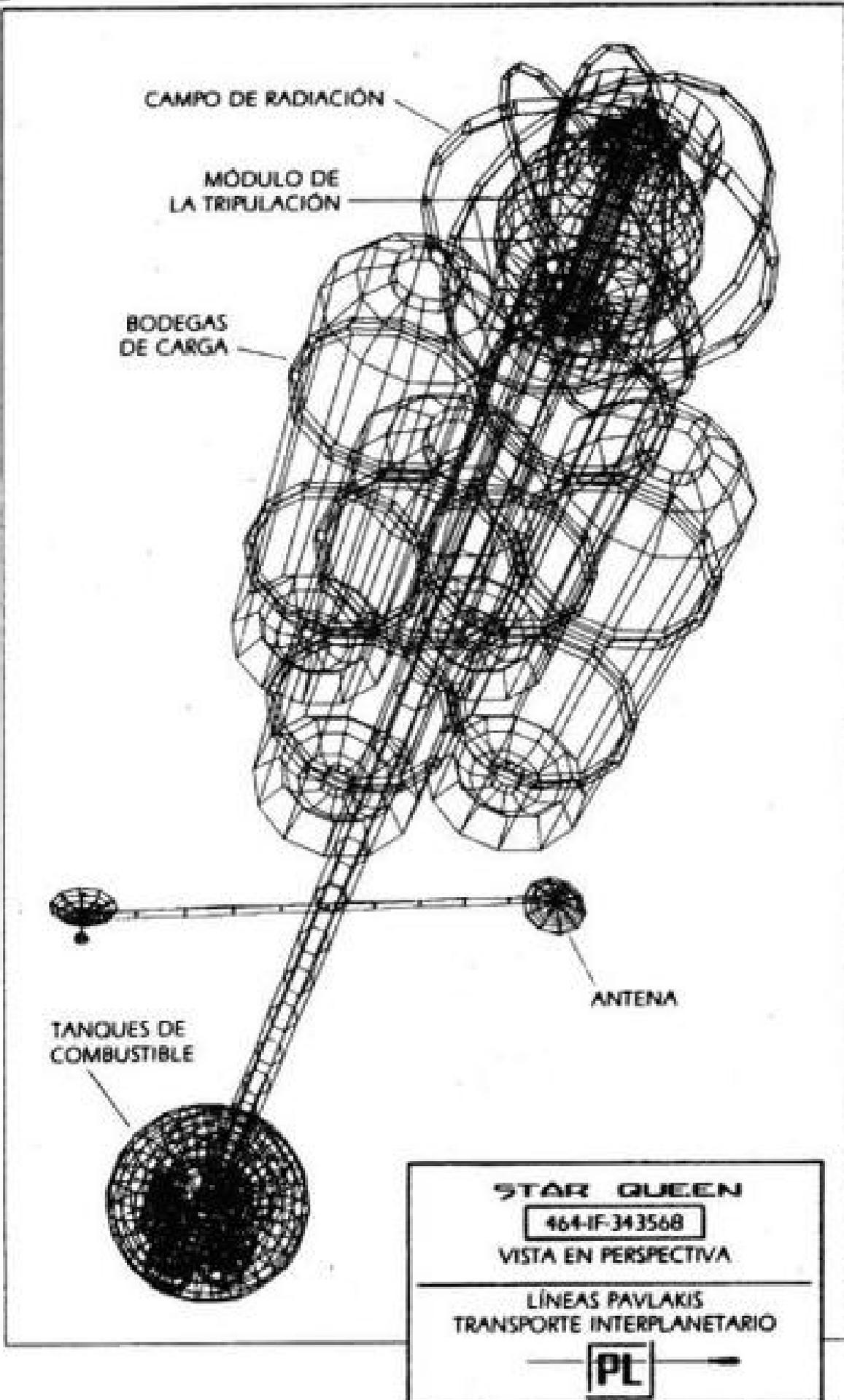
Ahora le toca a Paul. Creo que ha hecho un buen trabajo.

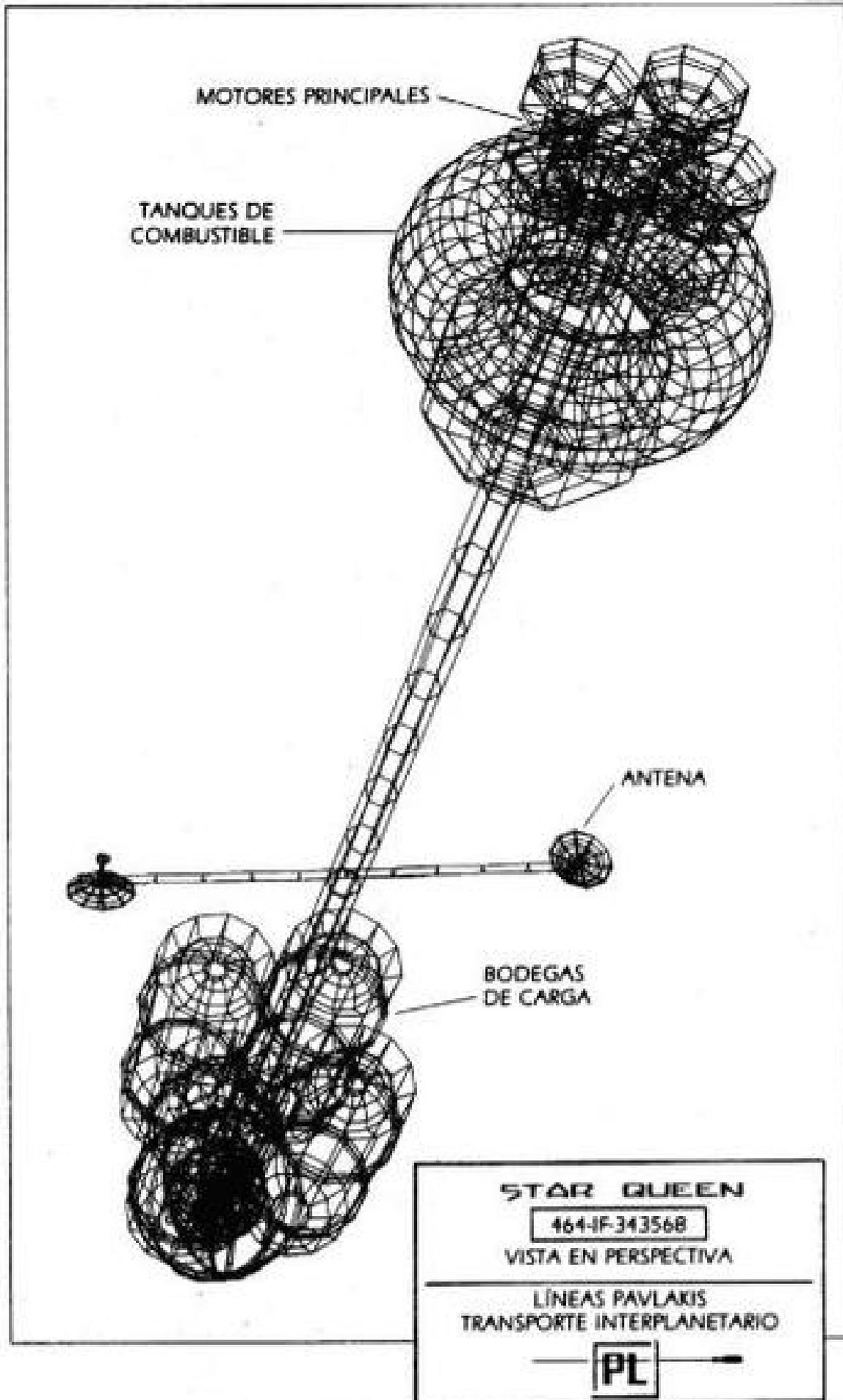
Arthur C. Clarke
Colombo, Sri Lanka

CARACTERÍSTICAS TÉCNICAS

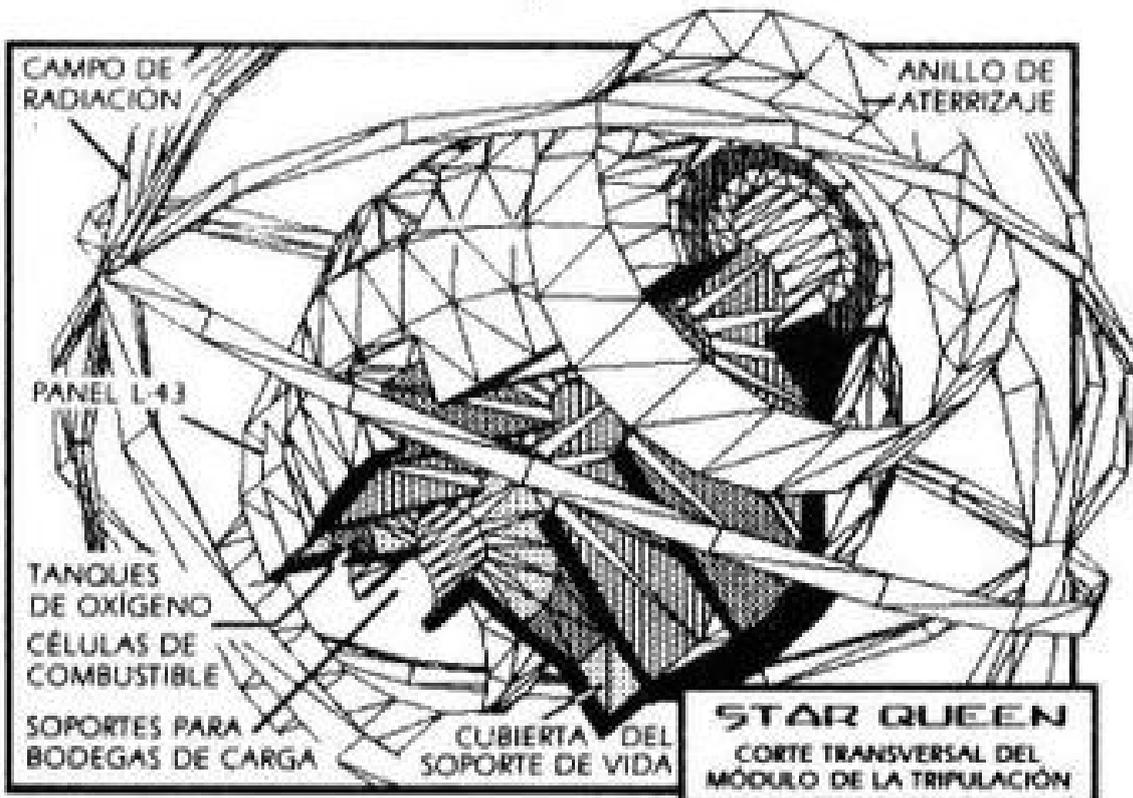
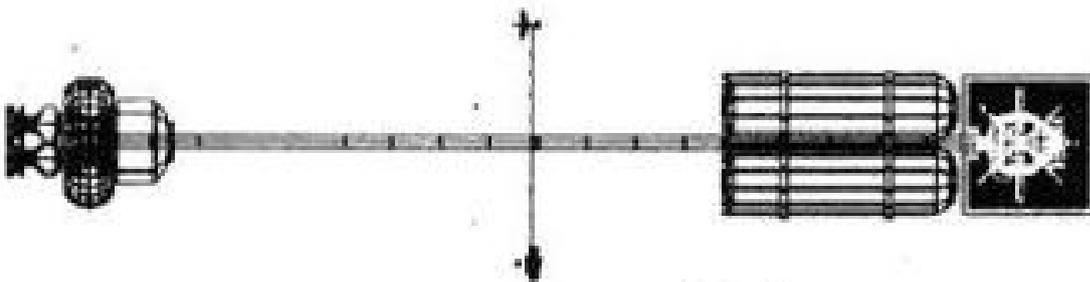
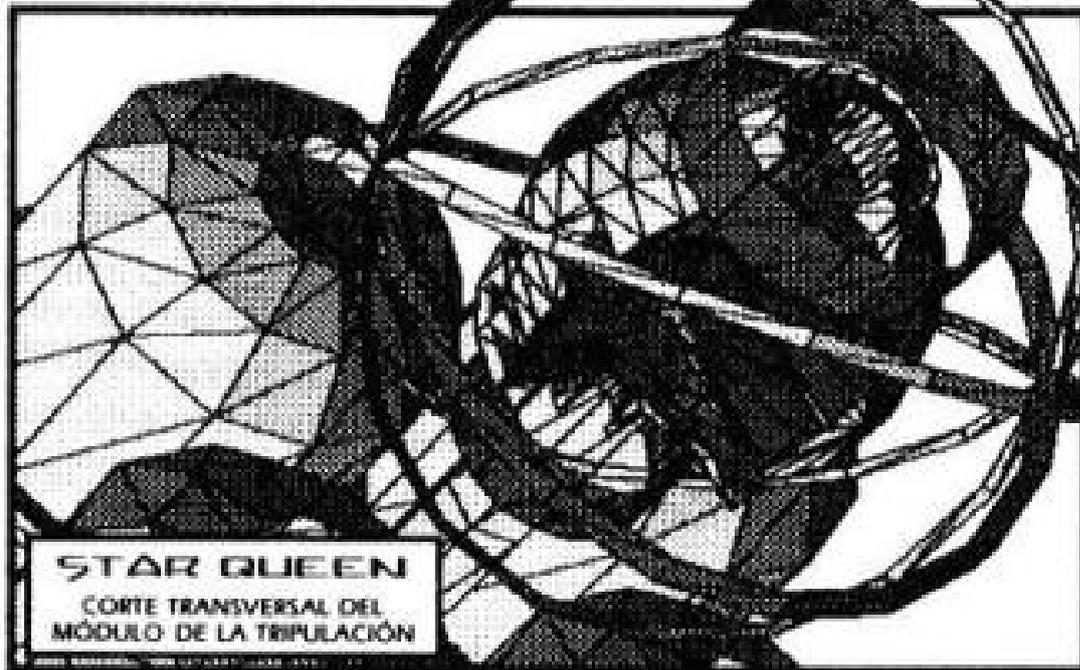
En las siguientes páginas aparecen diagramas generados por computadora, que representan algunas de las estructuras y la ingeniería que se encuentran en *Venus Prime*.

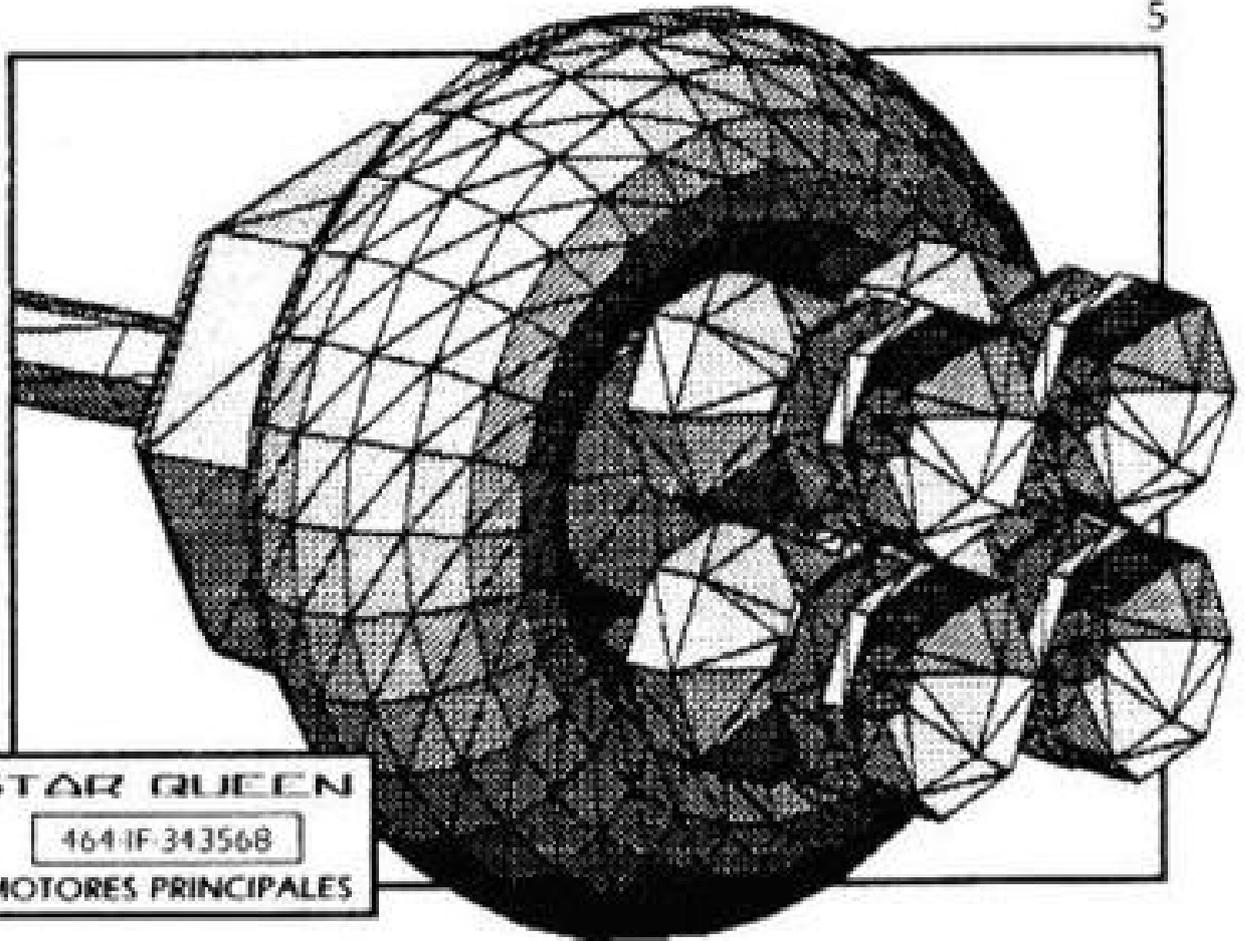
- Páginas 2-5: *Star Queen*: Carguero interplanetario. Dos vistas en perspectiva; cortes del módulo de la tripulación; motores principales; depósitos de combustible.
- Páginas 6-8: *Port Hesperus*: Estación espacial en órbita alrededor de Venus. Dos cortes en perspectiva; componentes axiales.
- Páginas 9-11: *Robot minero*: Mecanismo para análisis y procesamiento de los elementos de la superficie venusiana. Dos vistas laterales de la figura completa; componentes individuales.
- Página 12: *Circuito de regeneración visual*: Análisis geológico de la superficie de Venus visto por un robot minero.
- Páginas 13-16: *Sparta*: Esquemas de los implantes de neuronas. Componentes visuales; componentes auditivos; componentes olfativos; componentes táctiles.



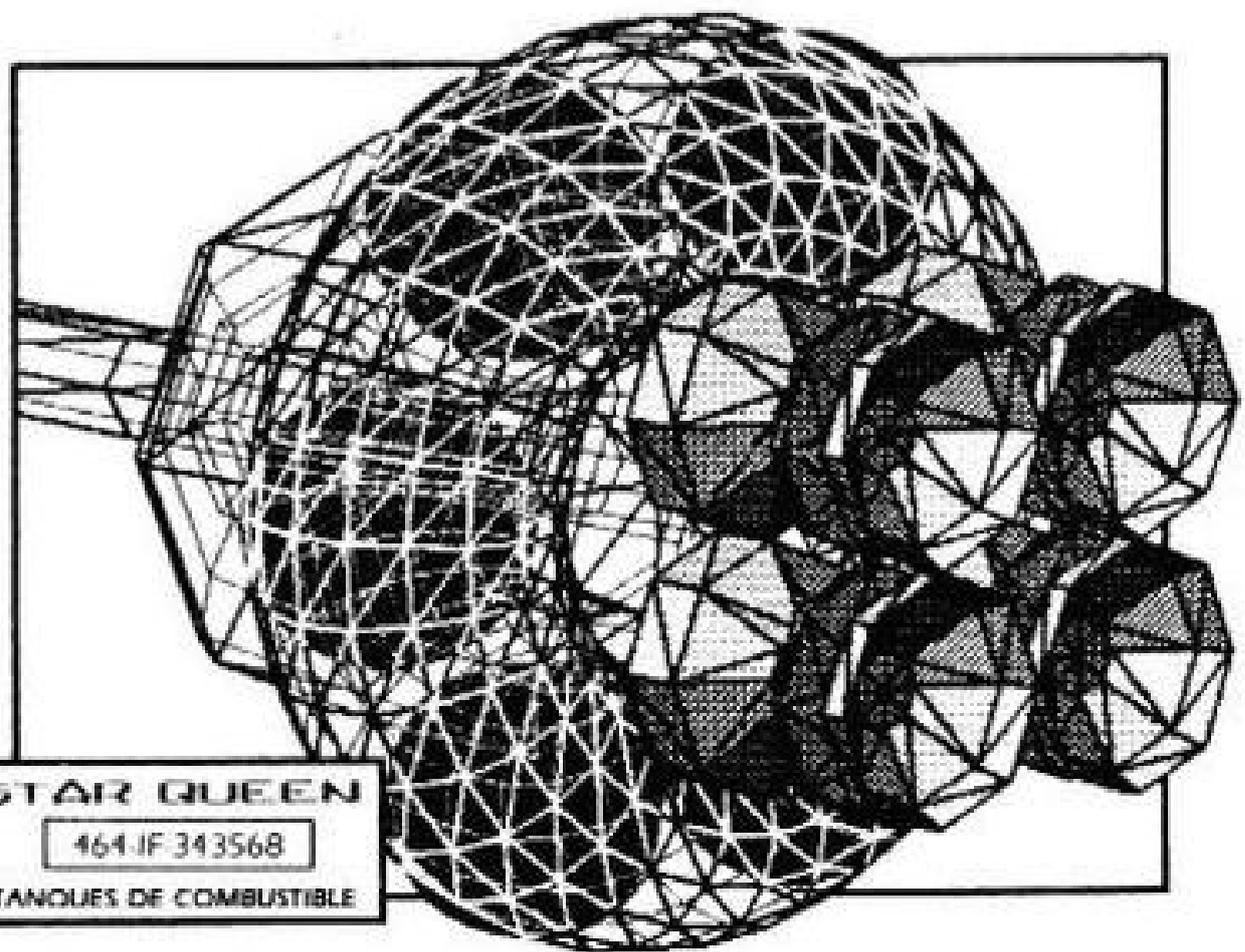


4

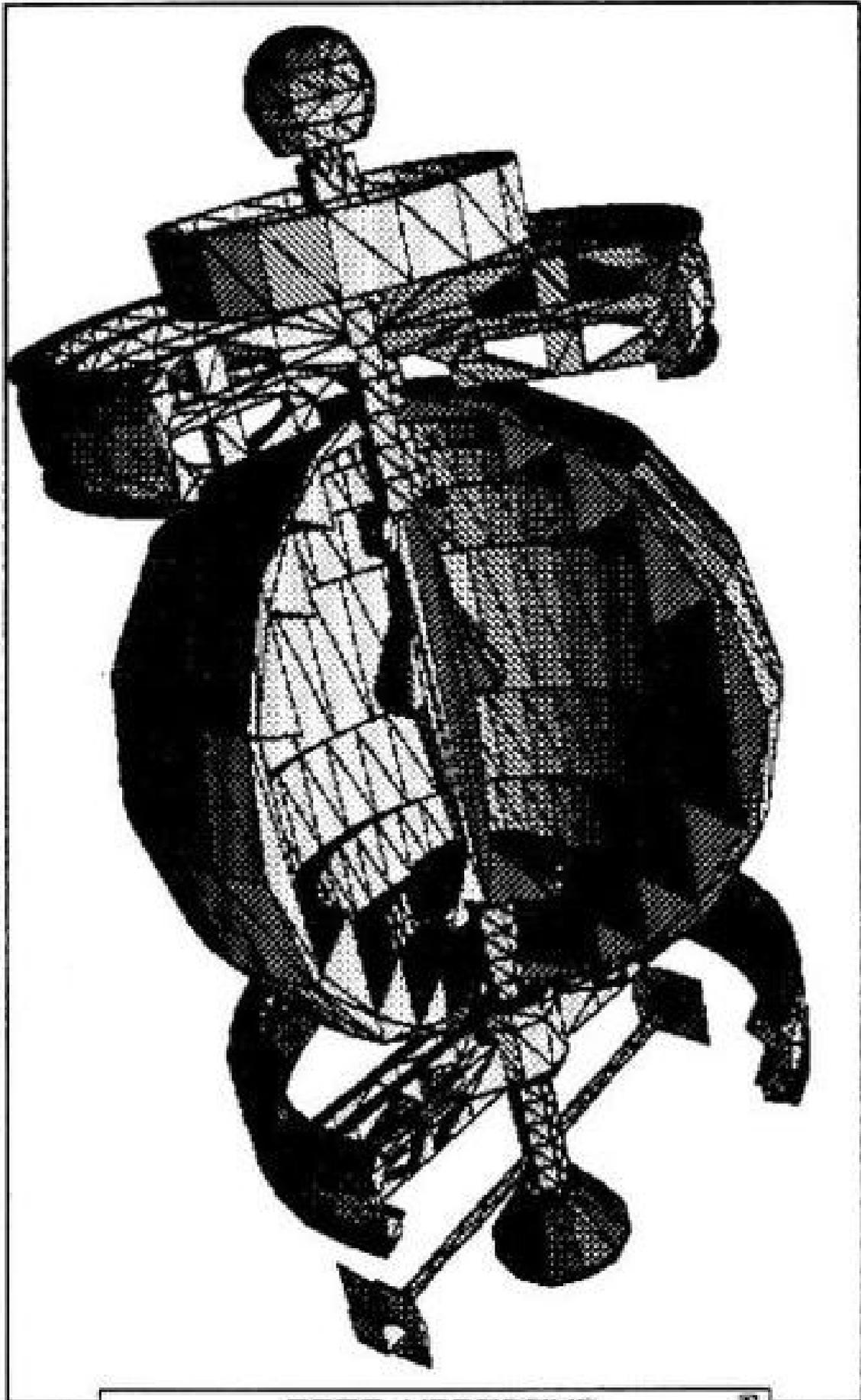




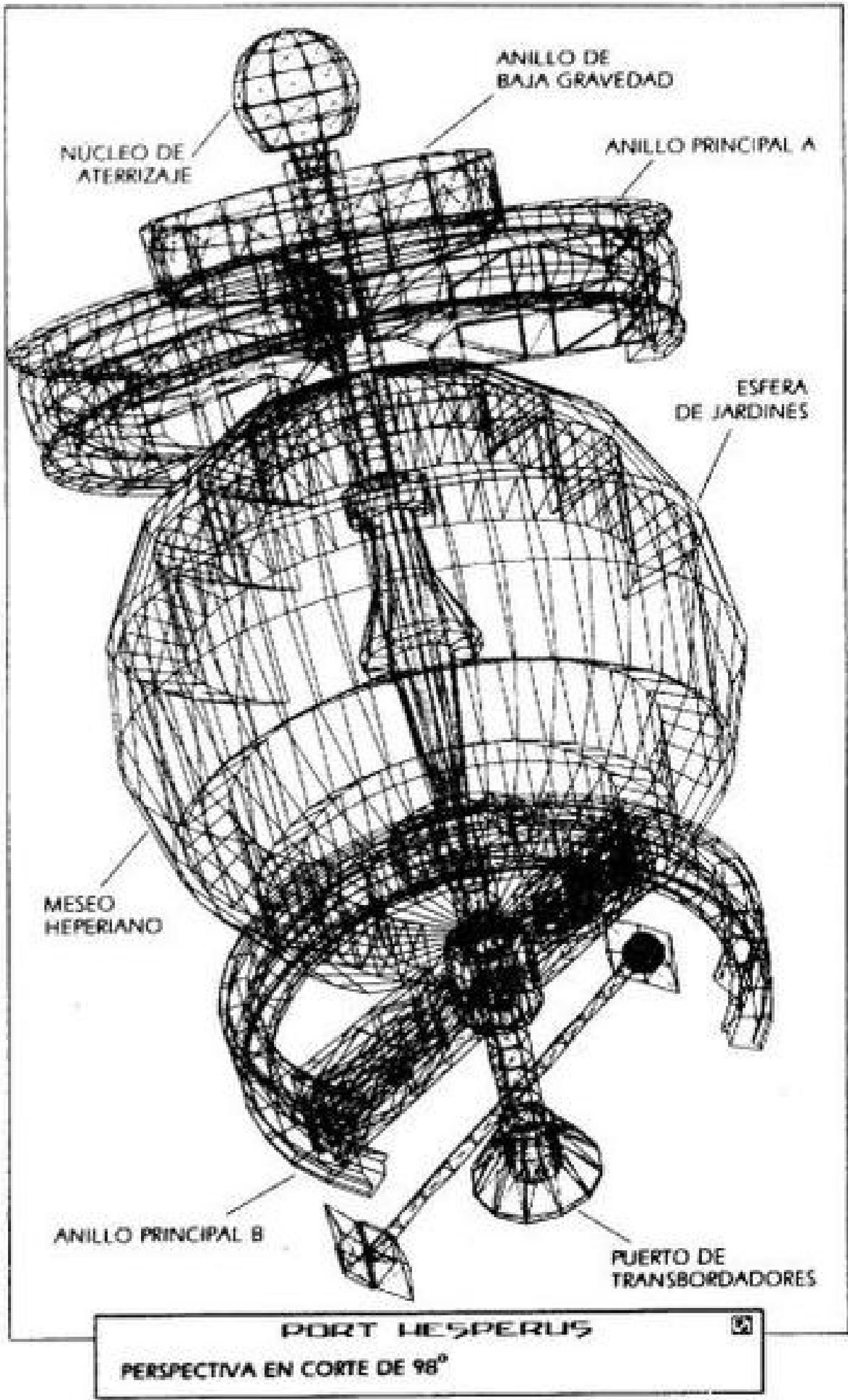
STAR QUEEN
464-IF-343568
MOTORES PRINCIPALES

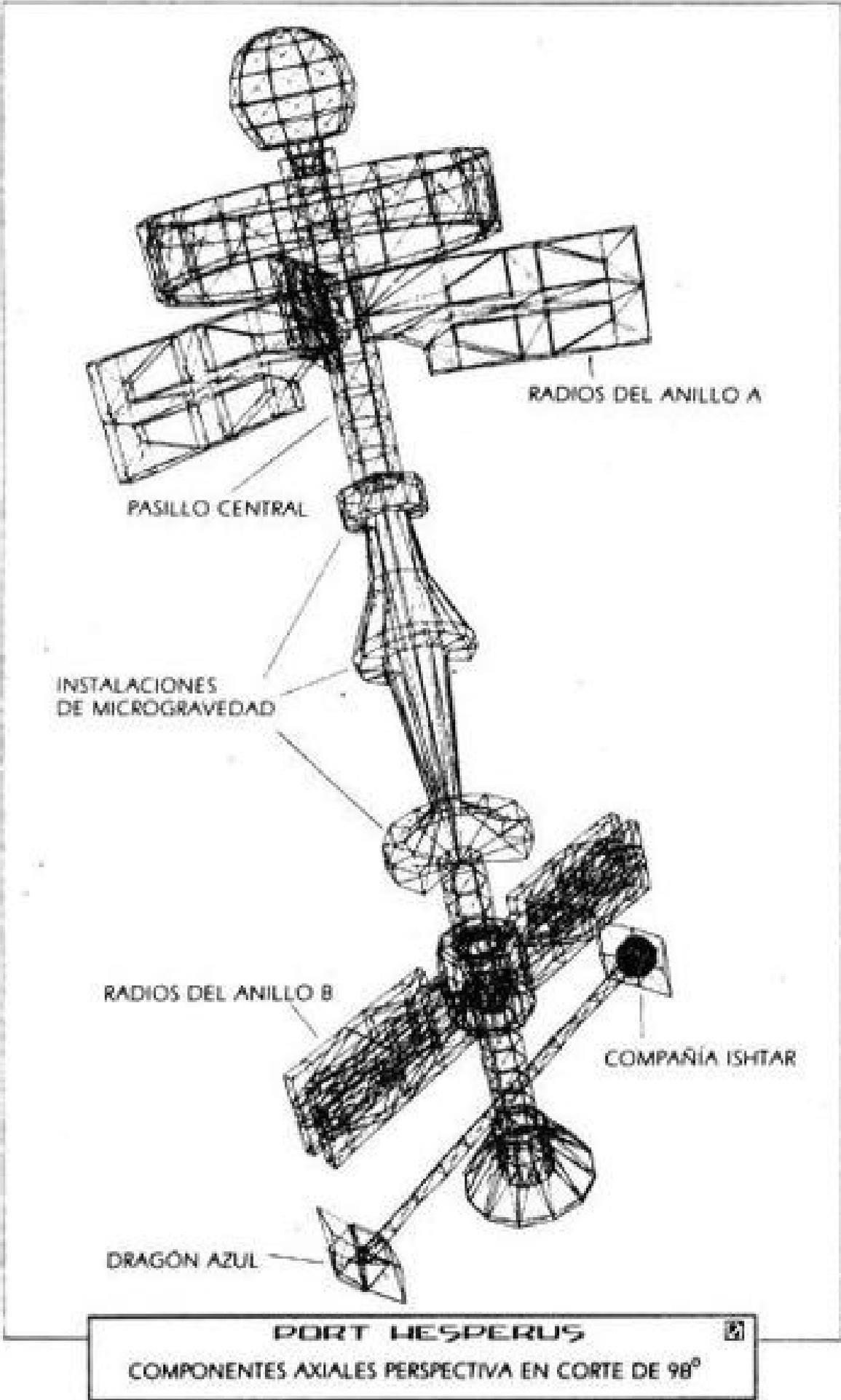


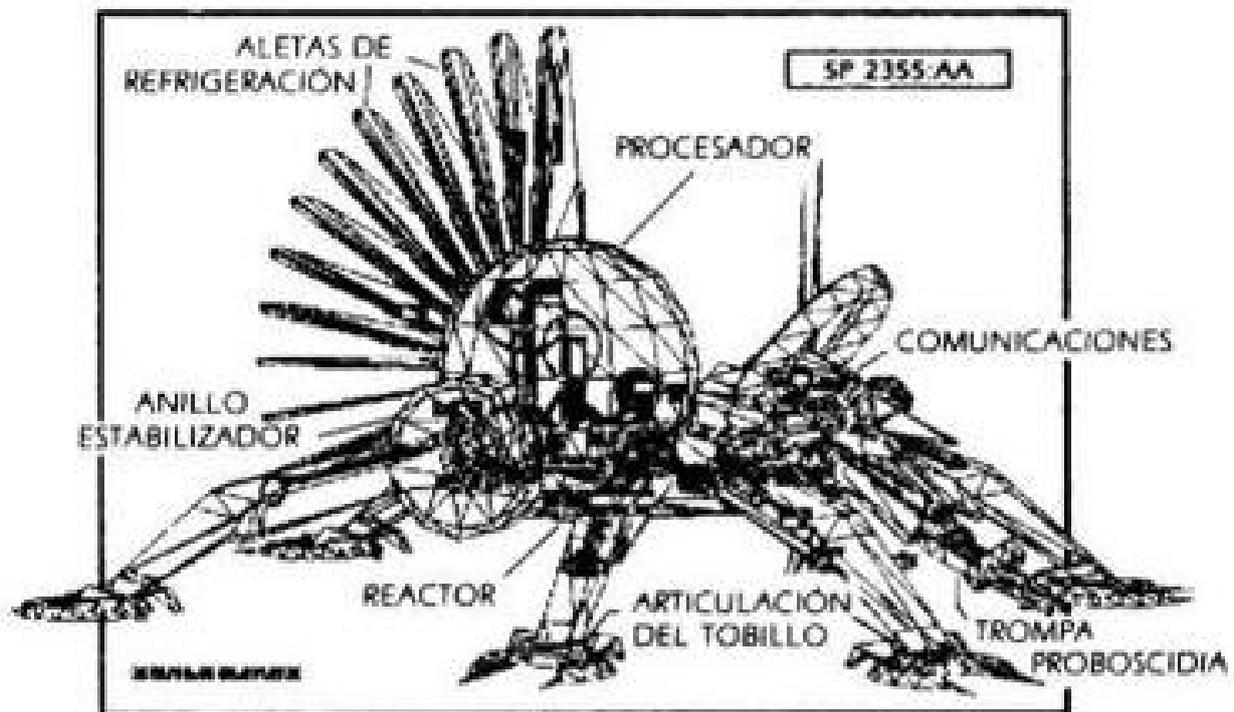
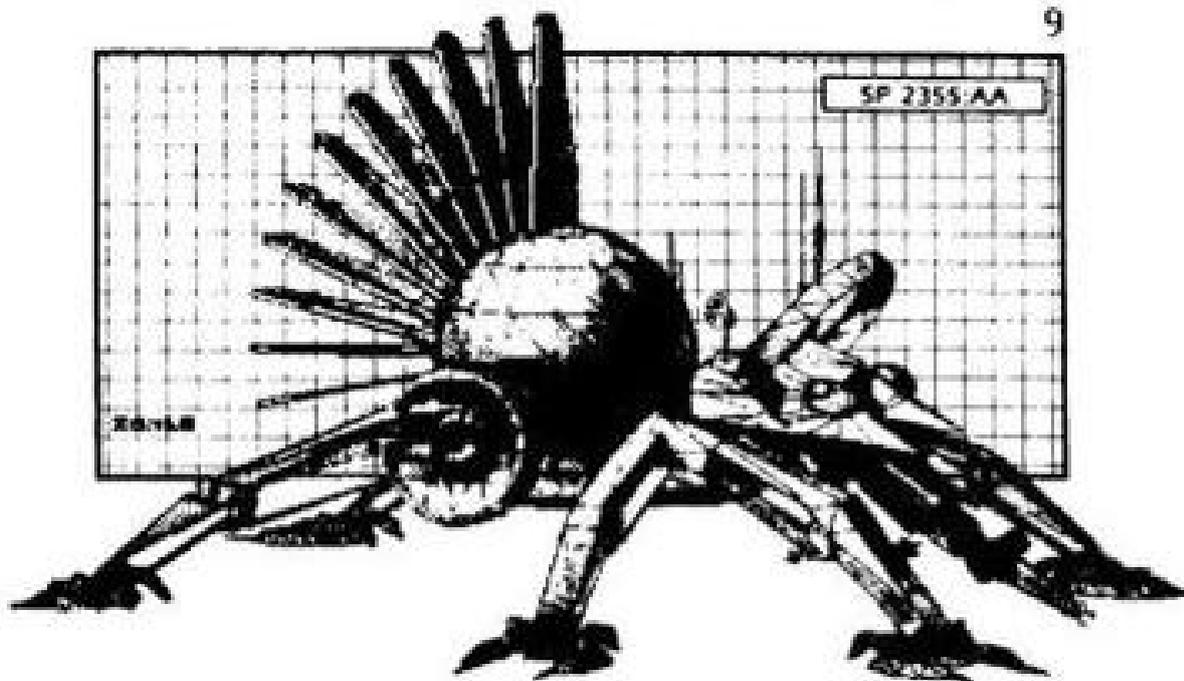
STAR QUEEN
464-IF-343568
TANQUES DE COMBUSTIBLE



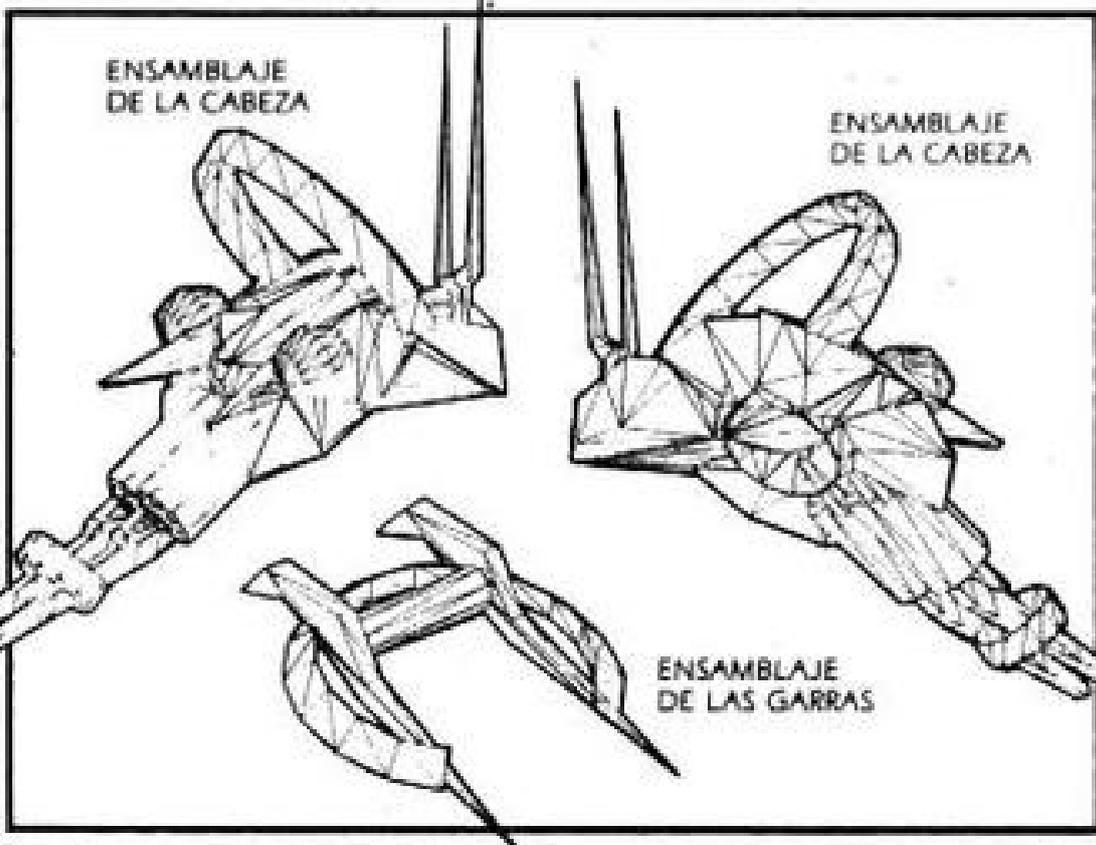
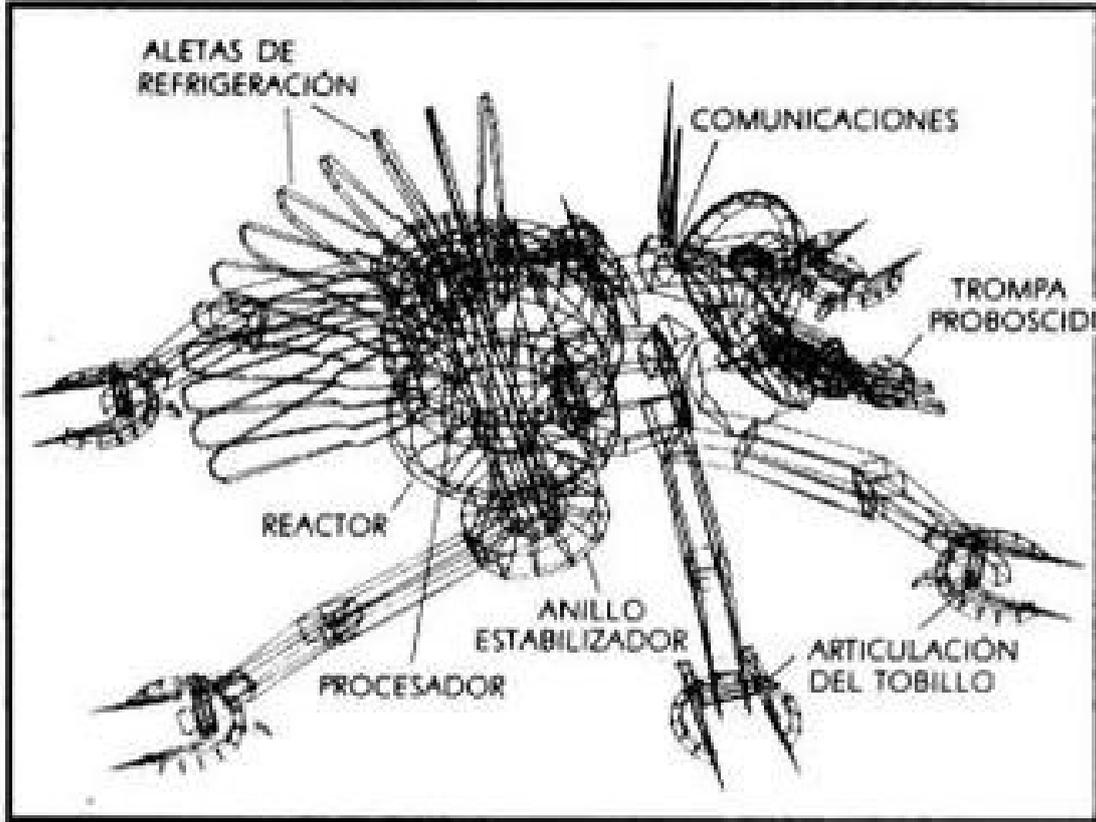
PORT HESPERUS
PERSPECTIVA EN CORTE DE 98°



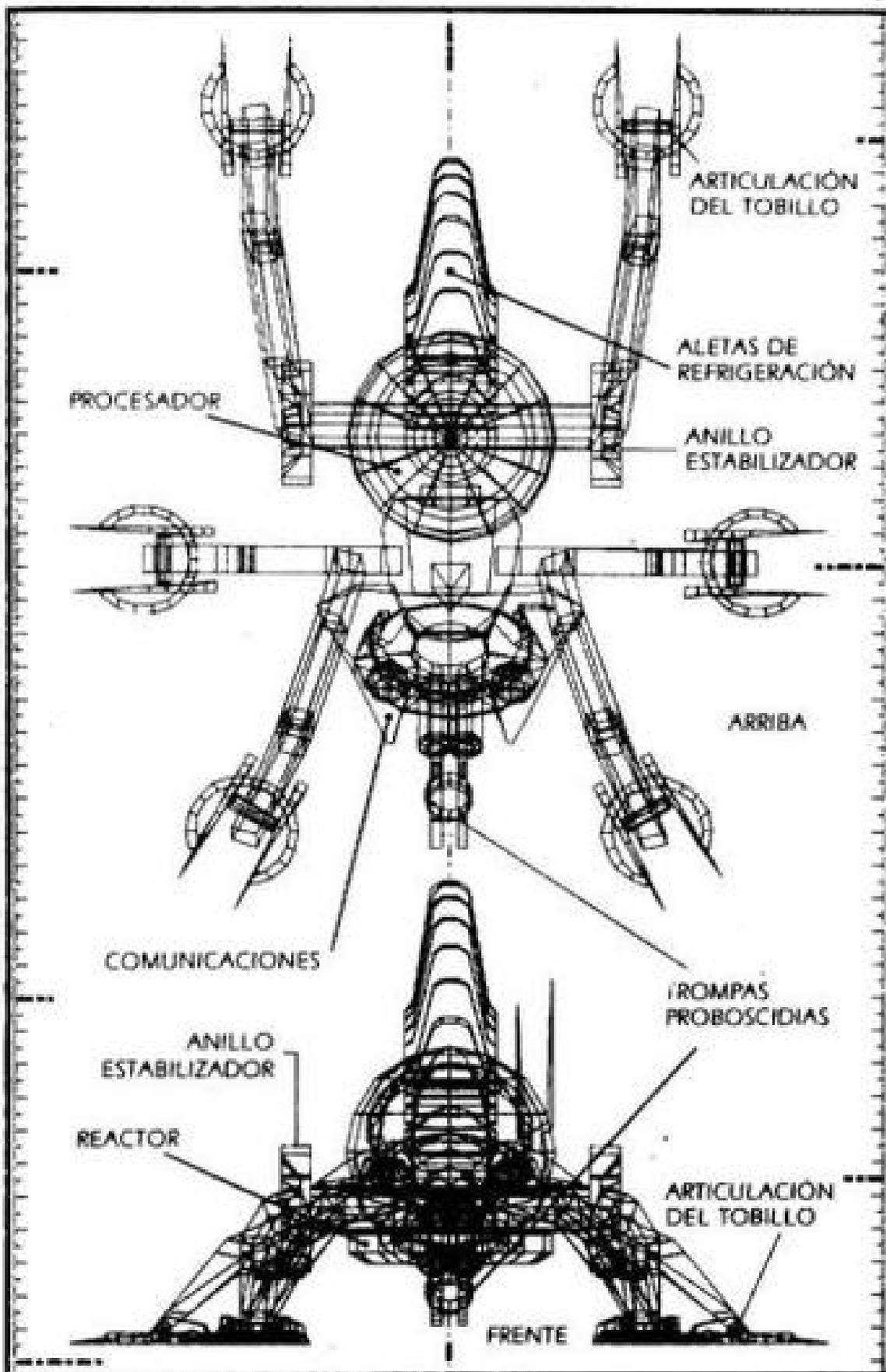




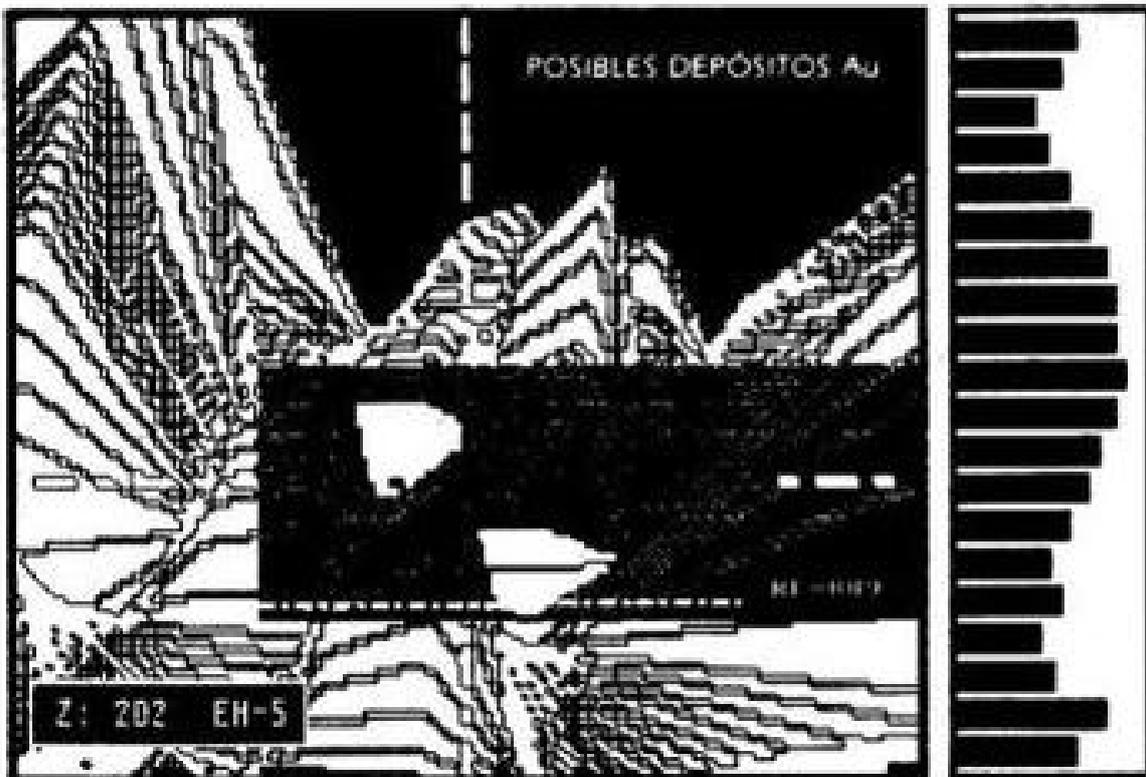
RRC	SP 2355-AA	LA PAT FEND	237-22
SECCIÓN	ROBOT MINERO		238-22
DE			244-22
CLIENTES	CLIENTE: COMPAÑIA ISHTAR		245-23



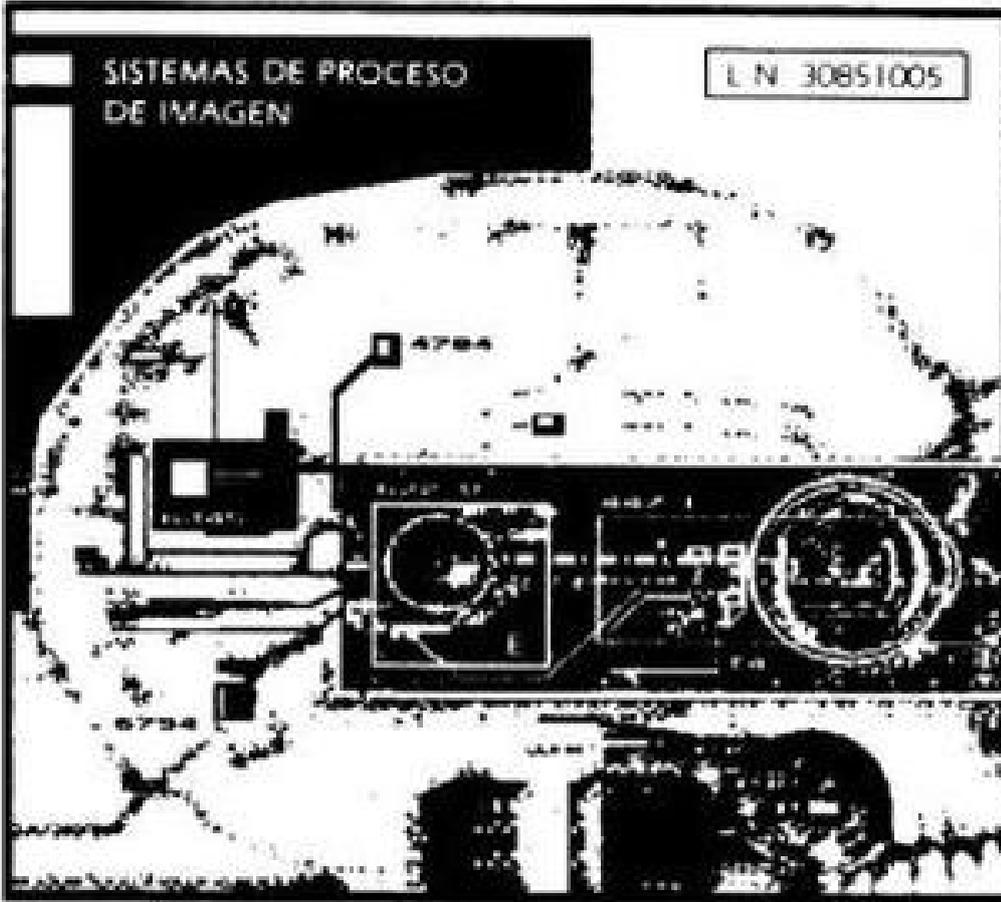
RRC	SP 2355:AA	LA. PAT. PEND.	237-22
SECCIÓN	ROBOT MINERO		238-22
DE			244-22
CLIENTES	CLIENTE: COMPAÑÍA ISHTAR		245-23



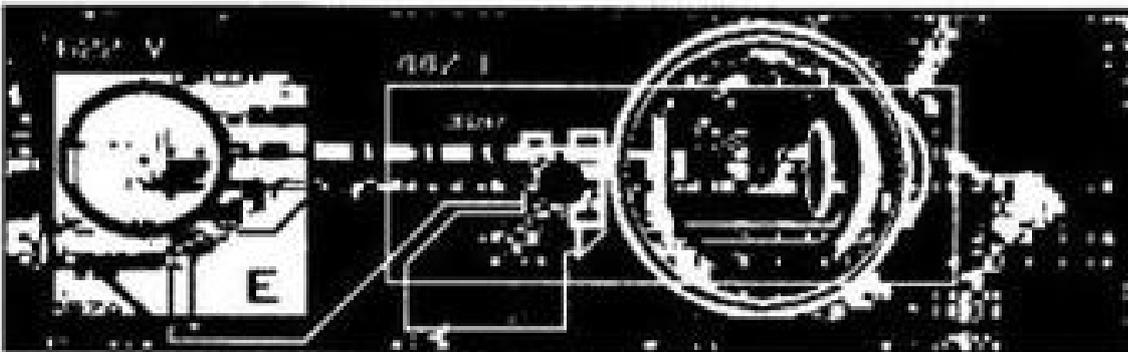
RRC	5P 2355:AA	I.A. PAT. PEND.	237-22
SECCIÓN	ROBOT MINERO		238-22
DE			244-22
CLIENTES	CLIENTE: COMPAÑIA ISHTAR		245-23



RRC	SP 2355:AA	I.A. PAT. PEND.	237-22
SECCIÓN	ROBOT MINERO		238-22
DE			244-22
CLIENTES	CIRCUITO DE REGENERACIÓN VISUAL		245-23

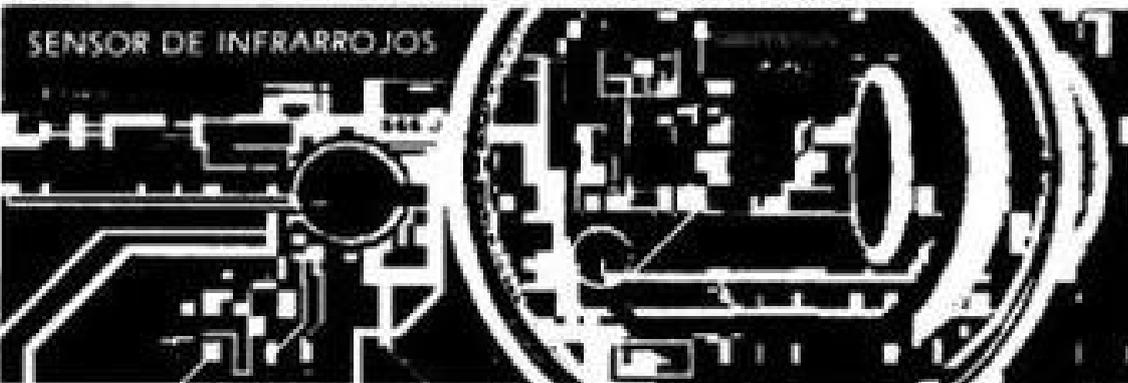


1.8x



1.5x

E = MEMORIA DE IMAGEN AUMENTADA

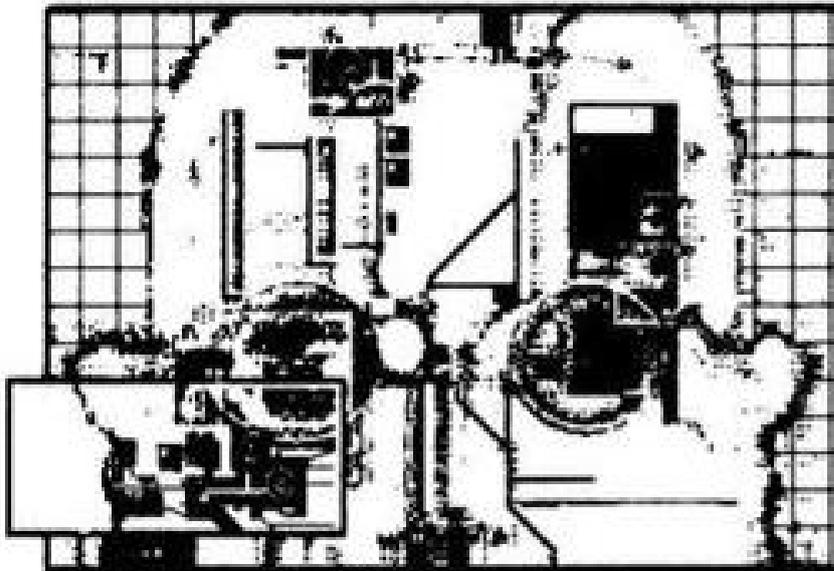


3.8x

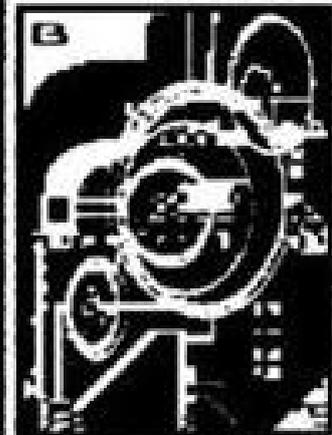
SPARTA

L N 30851005

HOJA 1 DE 4
ESQUEMA DE COMPONENTES VISUALES

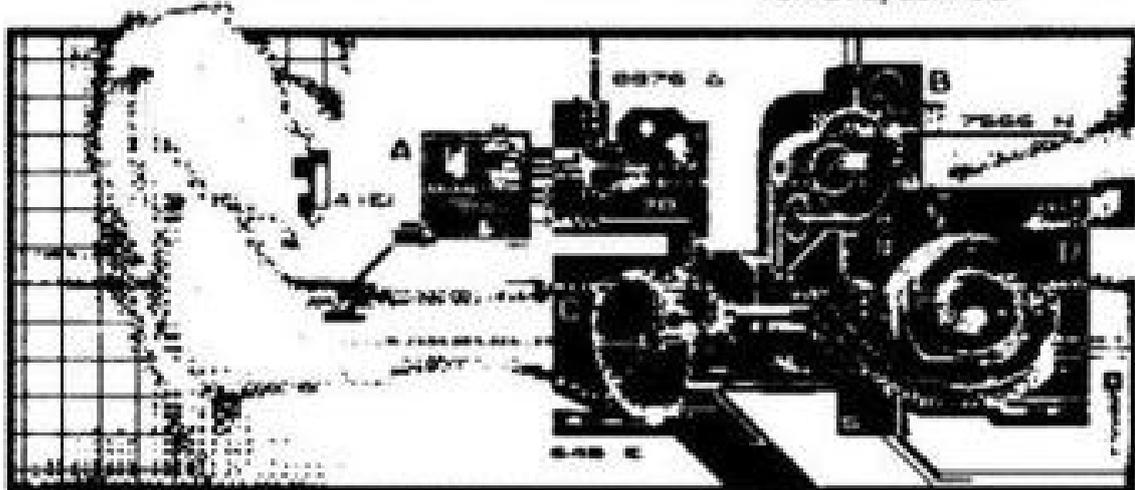


1.0x

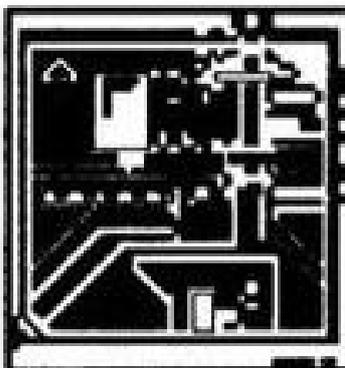


9.0x

B: ENSAMBLAJE MARTILLO/
YUNQUE/ESTRIBO



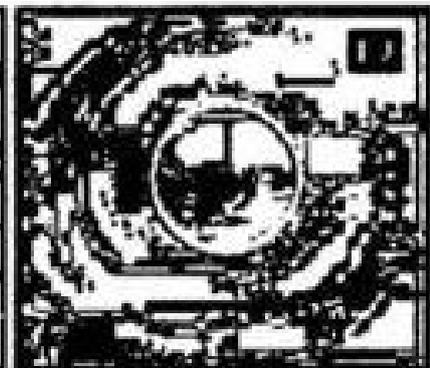
4.5x



12.5x A: SENSOR
DE ALTA FRECUENCIA



C: TÍMPANO

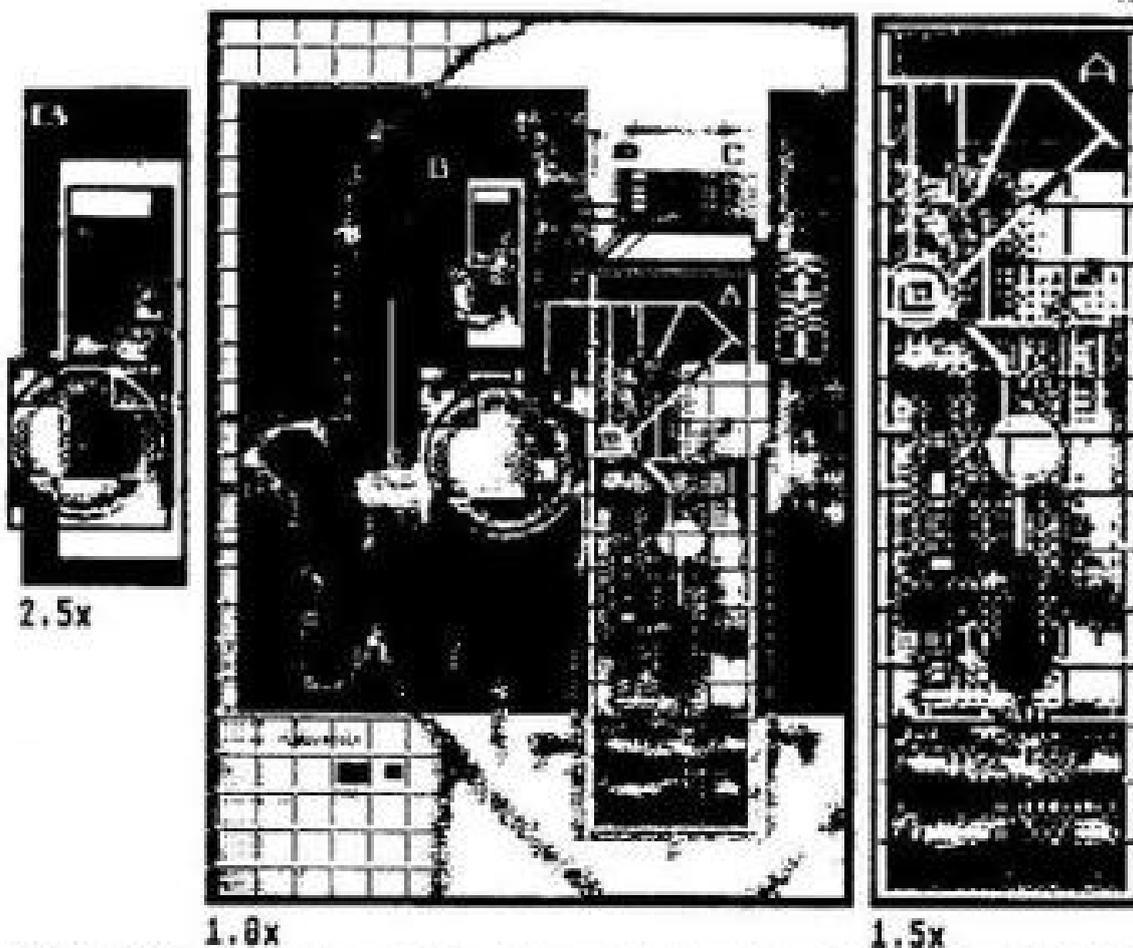


D: CANAL SEMICIRCULAR

SPARTA

L.N. 30851005

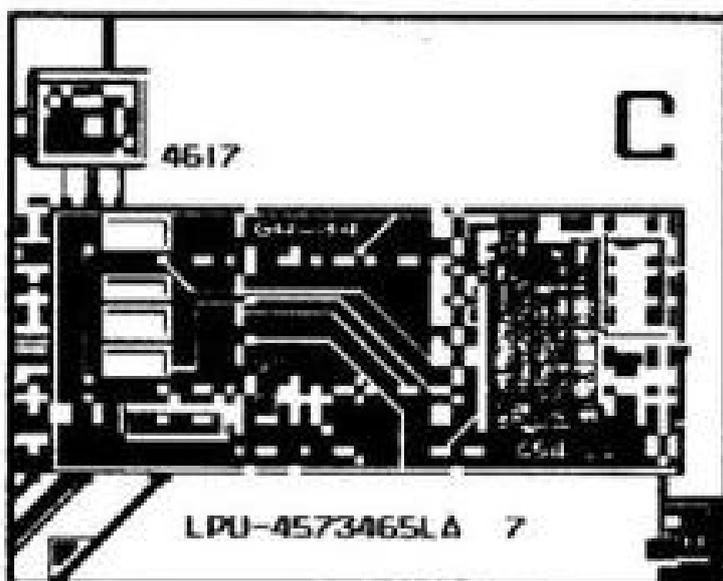
HOJA 2 DE 4
ESQUEMA DE OÍDO INTERIOR



2.5x

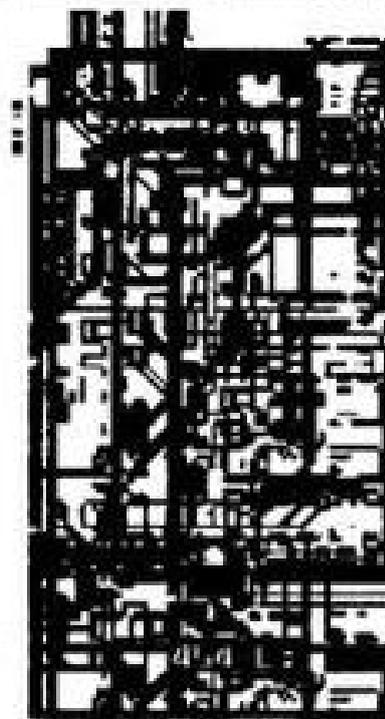
1.8x

1.5x



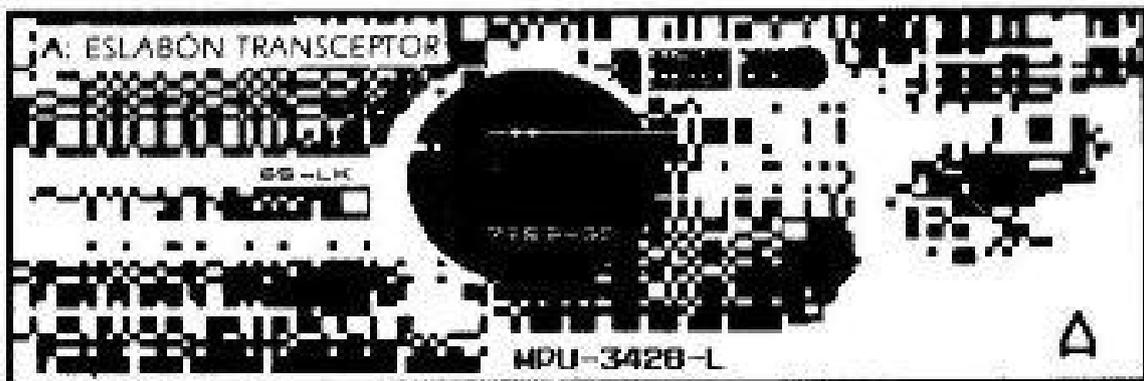
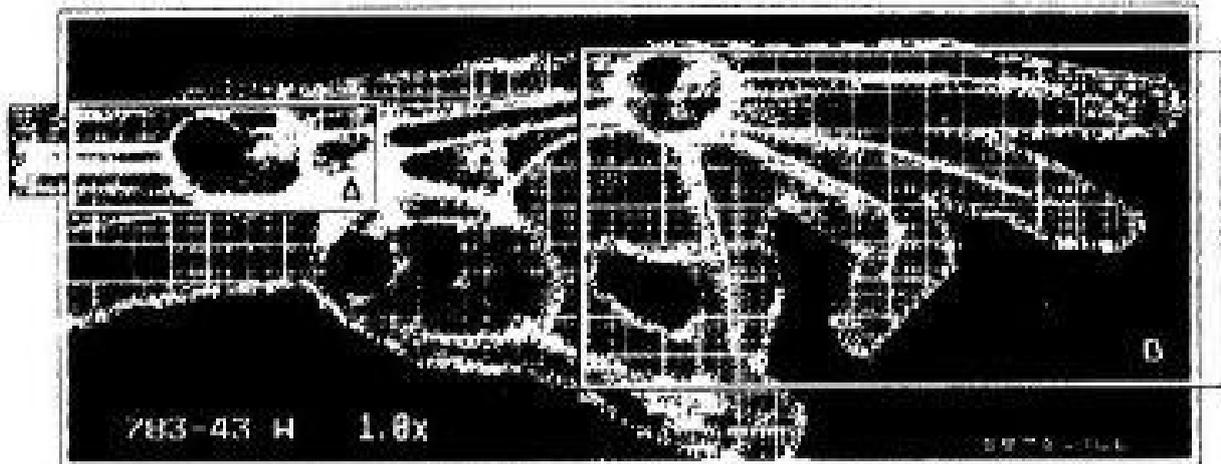
4.5x

A: MEMORIA PRIMARIA A CORTO PLAZO
 B: PROCESADOR DE DATOS OLFATIVOS
 C: INTERFACE DEL PROCESADOR DE LA PARTE DELANTERA DEL CEREBRO

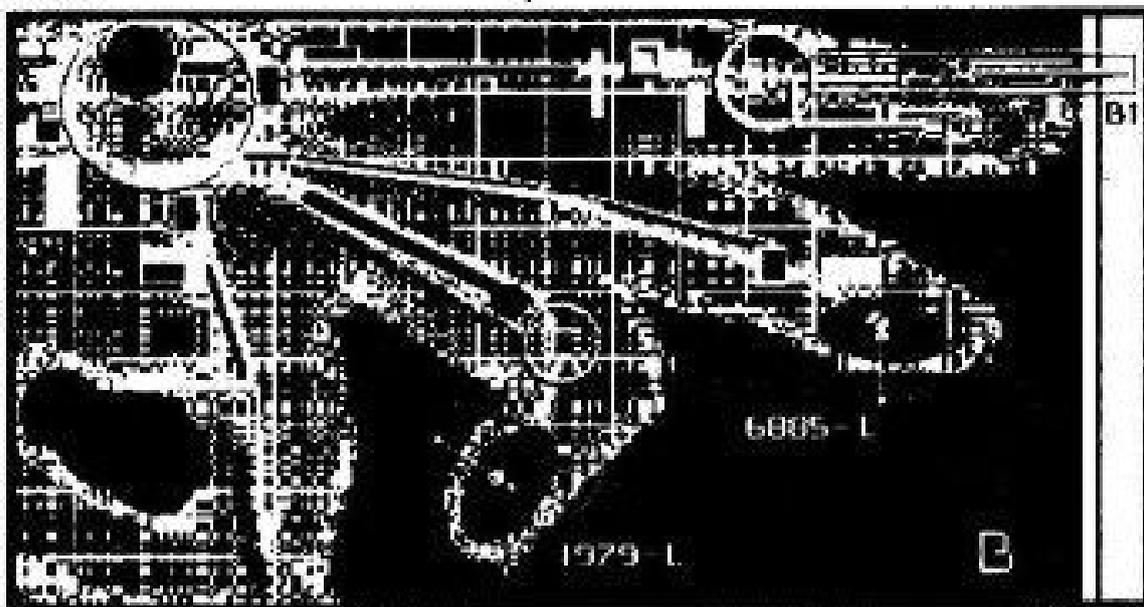


13.5x

<p>SPARTA L. N. 30851005</p>	<p>HOJA 3 DE 4 ESQUEMA DE LOS SISTEMAS OLFATIVOS</p>	
--	---	--



4.0x



2.0x

B: SENSORES MAGNÉTICOS



7.0x

B1: ESPINAS PIN

	HOJA 4 DE 4 ESQUEMA DE LOS SISTEMAS TÁCTILES ELECTROMAGNÉTICO/INTERFACE
L.N. 30851005	

Notas

[1] En francés en el original. (*N. del T.*) <<

[2] Helena de Troya. (*N. del T.*) <<

[3] Juego japonés que se juega con dos jugadores, uno de ellos con piedras blancas y otro con negras, sobre un tablero marcado con cuadros. (*N. del T.*) <<

[4] Parte de la psique que constituye el inconsciente, que es la fuente de la energía instintiva o libidinosa. (*N del T.*) <<